

ANTOLOGÍA DE NOVELAS DE ESPIONAJE

PRIMERA SELECCIÓN

*



ALAIN PAGE - Disco rojo para Calone

CLAUDE RANK - El carn

PAUL KENNY - Todos con

Lectulandia

En este primer tomo de Selección de novelas de espionaje, editado por Ediciones Acervo en 1967 con una selección realizada por José A. Llorens Borrás, presentamos estas tres novelas:

Alain Page – Disco rojo para Calone (*Feu rouge pour Calone*)

Claude Rank – El carnaval de los buitres (*Le carnaval des vautours*)

Paul Kenny – Todos contra Coplan (*Tous contre Coplan*)

La traducción al español de los originales en francés, publicados por la prestigiosa Éditions Fleuve Noir, corrió a cargo de José María Aroca.

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de
espionaje - Primera selección**

Antología de novelas de espionaje - 01

ePub r1.0

Titivillus 18.07.2019

Título original: *Antología de novelas de espionaje – Primera selección*

AA. VV., 1967

Traducción: José María Aroca

Diseño: Piolin

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

ANTOLOGÍA DE NOVELAS DE ESPIONAJE

PRIMERA SELECCIÓN

Selección de JOSÉ A. LLORENS BORRAS

Versión española de JOSÉ M.^a AROCA

Títulos originales:

Alain Page - *Feu rouge pour Calone*

Claude Rank - *Le carnaval des vautours*

Paul Kenny - *Tous contre Copean*

© ÉDITIONS FLEUVE NOIR, 1966

EDICIONES ACERVO, BARCELONA, 1967

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Antología de novelas de espionaje - Primera selección](#)

[Antología de novelas de espionaje. Primera selección](#)

[Cubierta](#)

[DISCO ROJO PARA CALONE](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Cubierta](#)

[EL CARNAVAL DE LOS BUITRES](#)

[Advertencia del autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Primera parte](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[Segunda parte](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[Tercera parte](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[Cubierta](#)

[TODOS CONTRA COPLAN](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Notas](#)



DISCO ROJO PARA CALONE

Alain Page

Capítulo primero

El expediente estaba sobre la mesa, delante del coronel. En la portada, alguien había escrito en caracteres góticos: OPERACIÓN ODER. El coronel lo hojeó. No era muy voluminoso, pero no tardaría en hincharse. Al menos, eso esperaba.

Llamaron a la puerta y entró una joven de uniforme.

—Ha llegado Werner Klaus, mi coronel.

—Hágale pasar.

La secretaria se volvió, hizo una seña a alguien. Retrocedió ligeramente para dejar paso al hombre, volvió a cerrar la puerta. Werner Klaus permaneció un instante inmóvil en el centro de la oficina.

El coronel le observó. Apreciaba mucho a aquel hombre, al cual había formado a imagen suya. El reflejo de lo que él había sido unos años antes, cuando pertenecía aún al grupo «Acción».

—Siéntese, Werner.

El recién llegado se dejó caer sobre una butaca, sacó sus cigarrillos. Encendió uno y tiró la cerilla en un cenicero.

—He recibido su último informe. El Presidium me ha encargado que le transmita sus felicitaciones.

Werner Klaus se encogió de hombros.

—No he hecho más que cumplir con mi obligación.

—Lo sé. Pero había que cumplirla bien. Los israelitas son una gente desconfiada y hábil. En fin... Es un asunto provisionalmente archivado. Por desgracia, la lucha que estamos librando tiene varios frentes, y en cuanto se cierra una brecha aparece otra.

—¿Cuál es el campo de batalla, esta vez?

La mirada del coronel se perdió del lado de la ventana.

Detrás de los visillos, algo amarillentos, un día sucio enturbiaba el paisaje. Los árboles eran unas simples pinceladas grisáceas, y las fachadas de los inmuebles semejaban ruinas. Un farol encendido parecía ser el sol de un mundo muerto.

—Francia —dijo el coronel—. Más concretamente: París. Miró a Werner Klaus.

—Usted conoce perfectamente París, ¿no es cierto?

—Únicamente allí pude aprender a hablar francés sin acento. ¿De qué se trata?

—De una misión un poco distinta a sus intervenciones habituales. Algo más sutil, más elaborado.

—¿Por qué me ha escogido a mí? ¿Acaso no tiene agentes fijos sobre el terreno?

—Sí, desde luego. Y trabajará usted con ellos. En realidad, temo que este asunto les venga un poco ancho. Además, me gustaría evitar que les localicen. Y, si el asunto acaba mal —cosa que estoy obligado a prever—, hay que desaparecer rápidamente, sin dejar el menor rastro.

—¿Tan importante es?

—Mucho, Werner, mucho. El asunto ha sido discutido al nivel más elevado, y me han encargado su ejecución.

Cogió el expediente que poco antes había estado hojeando y lo volvió de modo que Werner Klaus pudiera ver la cubierta.

—OPERACIÓN ODER... —leyó Werner a media voz—. ¿Eso quiere decir?

El coronel soltó el expediente, escogió un cigarro en un cofrecillo y lo encendió con gestos que parecían proceder de un rito.

—Afecta a nuestra frontera... La que no debe ser discutida^[1]. El mundo evoluciona, Werner, y nos consideramos lo bastante adultos como para decidir nuestro propio destino. Sin intervención de nadie. No queremos que sigan considerándonos como una simple moneda fraccionaria, como una prenda política. Los Grandes —o los que se tienen por tales— pueden hacer lo que se les antoje... pero al margen de nosotros.

—¿Todos, sin excepción? —preguntó lentamente Klaus.

—Todos, sin excepción —confirmó el coronel.

—¿No es arriesgado?

—Sí, naturalmente. Hace tres años, no hubiéramos podido prever la posibilidad de una actitud semejante. Pero hay precedentes que nos han abierto los ojos. Cuba, Argelia, Indonesia... Nuestra industria se rehace lentamente, pero existe, empezamos a tener mercados extranjeros, nuestra Alemania se convierte finalmente en una realidad.

Werner Klaus no hizo ningún comentario. Aunque servía a la política de un país, quería permanecer personalmente al margen de todo compromiso político. Y, por otra parte, miraba con cierto desdén a los «sedentarios», los

que nunca habían salido de la Alemania del Este y lo regían todo desde lo alto de su estrecho sectarismo.

Él había viajado, se había rozado con otras civilizaciones, con otras ideologías, y, aunque se negara a ellas, no podía ignorarlas o rechazarlas en bloque. En realidad, había perdido aquella especie de fe que poseía diez años antes, cuando era un militante activo. Sólo le quedaba una afición algo desesperada a la aventura, un romanticismo superado de andariego de continentes.

Pero el coronel lo ignoraba.

—¿Cuál es esa nueva orientación? —preguntó Klaus.

—¡Oh! Se basa en una palabra que está de moda: independenciamiento. Con respecto a todo el mundo. Puesto que, por voluntad de nuestros enemigos de ayer, nuestro problema continúa sin resolverse, hemos decidido actuar por nuestra cuenta. Sin embargo, sucede que la actitud política actual de ciertos países nos perjudica. Me refiero a Francia, especialmente.

El coronel sacudió la ceniza de su cigarro y continuó:

—Francia trata en estos momentos de obrar a contracorriente. Al menos en apariencia. En realidad, es un problema de influencia entre ella y los Estados Unidos. Francia no tolera ser tratada como una potencia de segundo orden. De ahí su política exterior de estos últimos años. Escarceos con el tercer mundo, política de neutralismo, apertura a las repúblicas populares... Desde luego, eso no engaña a nadie, y todo el mundo sabe que la orientación profunda de los dirigentes franceses es completamente reaccionaria. Ejemplo: la flagrante contradicción entre la política interior y la política exterior. Y engañados o no, ciertos países han decidido hacerles el juego a los franceses, por interés personal.

—¿Qué países?

—La U. R. S. S., por ejemplo. Se preparan visitas de jefes de Estado, se hacen declaraciones conjuntas sobre ciertos problemas mundiales...

—Perdone que le interrumpa. ¿Qué puede importarnos eso, puesto que, en nuestro caso, Francia se muestra más bien favorable a nuestras tesis?

—En apariencia, ya se lo he dicho. Es un arma dirigida contra América. Pero es también un arma que los franceses proporcionan a los rusos. Así, pueden tratar directamente con los americanos. En sustancia, pueden decir: «Haced algunas concesiones, si no queréis que vuestro Pacto Atlántico se descomponga. Nosotros apoyaremos a Francia». El problema de los rusos estriba en salir airoosamente del callejón vietnamita. Cogidos entre los americanos y los chinos, tratan de encontrar un medio de resolver la cuestión

y, al mismo tiempo, de restablecer su prestigio. No pueden pensar en influir la conducta de los chinos. Paradójicamente, pues, buscan una apertura del lado americano. Pero los americanos se obstinan. Sólo un grave peligro que les amenazara en Europa les haría reflexionar. La dislocación de su sistema de defensa, por ejemplo.

Werner Klaus escuchaba atentamente. Preguntó:

—¿Dónde intervenimos nosotros en todo eso?

—En seguida va a saberlo —dijo el coronel—. Últimamente, nuestras fuentes de información nos han permitido enterarnos de lo que los rusos ofrecían a los americanos...

—Y es...

—La reunificación de las dos Alemanias.

El coronel se inclinó hacia adelante y continuó:

—Y eso es algo que no podemos aceptar. En consecuencia, debemos actuar antes de que sea demasiado tarde. Supongamos por un momento que ese acercamiento franco-ruso no pueda realizarse. ¿Qué sucederá? Nada. Los americanos no accederán a abandonar el Vietnam del Sur a cambio de la reunificación de Alemania. Sería desproporcionado. Por lo tanto, la acción que vamos a emprender tenderá a evitar que los franceses y los rusos coqueteen a espaldas nuestras.

Werner Klaus aplastó su cigarrillo.

—Eso me parece muy difícil...

—No —dijo el coronel, con una leve sonrisa—. Hay dos modos de proceder: o demostrarles a los franceses que los rusos quieren engañarles, o bien... hacer lo contrario.

El coronel hizo una breve pausa. Luego prosiguió:

—Hemos escogido la segunda solución, por dos motivos. El primero es psicológico. El ruso está tan condicionado, que por doquier ve conjuras y trampas. Conoce perfectamente la perfidia del occidental. Por lo tanto, resultará más fácil de convencer. El segundo motivo es de orden práctico. Da la casualidad de que tenemos un agente en el seno de uno de los servicios de espionaje franceses más eficaces. Ese servicio, muy discreto, depende directamente del Primer Ministro. Está dirigido por un personaje temible y completamente desprovisto de escrúpulos...

Werner Klaus esbozó una leve sonrisa. La observación no dejaba de resultar irónica en labios del coronel.

—Se llama Georges-Henri Costes. Las oficinas del servicio se encuentran en la Avenida Hoche, de París, y tienen como tapadera la anodina razón social

siguiente: Servicio de Documentación Geográfica y Económica.

—Está usted bien informado.

—¡Oh! Eso no es nada. Hace mucho tiempo que lo sabíamos. Lo que nos interesaba era una antena en el interior mismo de ese servicio. Tardamos cuatro años en encontrar a un hombre que aceptara trabajar para nosotros. Pero ese hombre nos ha facilitado unas valiosas informaciones. Figura en nuestra plantilla de agentes con la referencia AF.28.

—¿Tendré que establecer contacto con él?

—No. Mejor dicho, el contacto será indirecto. No debemos arriesgarnos. Se comunicará usted con uno de sus enlaces.

—El peligro será el mismo, si tengo que ver a su agente.

—No, ya que ellos dos no se han visto nunca. AF.28 envía sus informaciones por radio. Un breve mensaje en banda magnética que pasa a velocidad superior a la normal. Resulta incomprensible a la escucha, y suficientemente rápida para que no se disponga de tiempo para grabarla.

Werner Klaus asintió.

—¿Cuál será mi misión exacta? —inquirió.

—AF.28 nos es muy útil en el interior del servicio francés, de modo que no podemos sacrificarle. Sin embargo, para lo que hemos previsto, necesitamos un agente francés que se haga detener. Un agente que aceptará hacer lo que se le diga. Sin discutir. Sin formular preguntas. Lo sabrá todo. Excepto que ha sido sacrificado de antemano.

—¿Espera inducir a la traición a otro agente de la red? Me sorprendería. Conozco bien a los franceses. No es una raza que traicione fácilmente.

—Es cierto. Pero el que hemos escogido para desempeñar el papel no es francés de origen. Y precisamente por eso estamos en condiciones de presionarle.

—Explíquese.

—Actualmente se llama Marc Weber, nacido en Estrasburgo el... el...

El coronel consultó su expediente.

—... el 15 de enero de 1930. En realidad, nació en Nueva York y fue inscrito en el Registro Civil con el nombre de Mark Warren. Éste era el nombre con el cual figuraba en la plantilla de la C. I. A. Y bajo este nombre fue enterrado en 1959 en un cementerio de Burdeos. De hecho, los servicios franceses le habían detenido y le colocaron entre la espada y la pared: o trabajaba para ellos, o pasaba a ocupar la tumba que le había sido preparada. Escogió morir oficialmente para renacer bajo la identidad de Marc Weber. Un hecho que sólo es conocido por el Servicio francés...

El coronel sonrió, añadiendo:

—... y por nosotros, desde hace algún tiempo. No cabe duda de que los americanos se alegrarían de enterarse de que uno de sus antiguos corresponsales trabaja actualmente para los franceses.

—Comprendo. Parten ustedes del principio de que habiendo cambiado de chaqueta una vez, no vacilará en volver a hacerlo.

—Exactamente. Parece ser que tiene notablemente desarrollado el instinto de conservación. Y vamos a aprovecharnos de ello.

—¿Y si se niega?

—Podría suceder. En cuyo caso, informaríamos a los americanos y el señor Warren-Weber sería liquidado.

—Bueno... Ahora, supongamos que acepta.

—En tal caso, le explicará usted que en adelante trabajará para nosotros y que, para ponerle a prueba, va a confiarle una primera misión. Los detalles ya han sido previstos. La misión conducirá a Weber a un lugar determinado, en un momento determinado. Entonces se producirá un error voluntario, y los rusos descubrirán que los servicios franceses les están engañando.

—¿Qué clase de misión le será confiada a ese Weber?

—Un atentado. En el momento oportuno le daré los detalles. Normalmente, el descubrimiento del asunto deberá conducir a los dos países al borde del incidente diplomático. Uno de nuestros corresponsales en París le dará las últimas informaciones de orden práctico.

—¿Cuándo he de emprender el viaje?

—Mañana. Pasará la frontera clandestinamente. En Munich le esperan un automóvil francés y una documentación francesa. Se convertirá usted en Claude Leroy, representante en Francia de la empresa alemana Kristal, productos de belleza de todas clases. De la Alemania del Oeste, naturalmente. Ocupará un apartamento en París, en el distrito XVI, calle La Fontaine. ¿Alguna otra pregunta?

—De momento, no.

—Muy bien. Pase a la habitación contigua: el capitán Reís le explicará en qué consistirá la misión de Weber.

Werner Klaus tendió la mano al coronel y dijo:

—Si se entera usted de que estoy muerto o enterrado en Lyon o en Marsella, no lo crea. Ya sabrá dónde encontrarme.

El coronel le miró atentamente.

—Siempre he respondido por usted, Werner.

—¿Puede alguien estar tan seguro de sí mismo?

—Cuando ocupe usted este puesto, tendrá la respuesta.

Era una eventualidad que no atraía lo más mínimo a Werner Klaus. Prefería permanecer en su incertidumbre.

Capítulo II

Para Marc Weber, la felicidad, cuando estaba en París, era el pabellón que alquilaba sobre las alturas de St. Cloud. Era el minúsculo jardín que le aislaba de sus vecinos, era el rosal que cada año trepaba un poco más a lo largo de la fachada. Era todo lo que no tenía relación con Georges-Henri Costes lo que permitía olvidarse de él.

Aunque fuera invierno, Weber encontraba encantador su jardín. La luz del atardecer prestaba un inesperado relieve a las ramas negras del tilo. Más allá, se concretaba una claridad rosácea: París. Weber imaginaba la curva del Sena, el desfilar de los inmuebles con sus múltiples rectángulos luminosos, aquella vida cuyo ruido y cuyo movimiento no le alcanzaban.

Dejó caer el visillo de la ventana del salón y fue a encender las luces. Llevaba un pantalón tejano y una camisa a cuadros. No se había afeitado, no había salido. Había pasado todo el día en casa, preguntándose si Martine llamaría o no.

A fin de cuentas, no tenía importancia. Martine era una costumbre. Una mala costumbre. Si venía, tendría que cambiarse, sacar el automóvil, bajar por los Campos Elíseos y cenar en Pub Renault, lo cual, para Martine, era «estar al día».

Con lo fácil que era sacar una lata de conservas y una botella de vino, y comer en cualquier rincón, leyendo una novela barata.

Marc Weber no tenía el menor parecido con la imagen que suele atribuirse a un agente secreto. En realidad, no tenía nada de aquellos héroes de la sombra. Ni el aspecto, ni el comportamiento. No era muy alto, ni robusto; más bien flaco, tirando a rubio, con un rostro incoloro y vulgar. Vestía de confección, sin rebuscamiento ni descuido, siempre en tonos grises, con corbatas discretas. Era una de esas personas a las que nunca se reconoce y a las que siempre se confunde con otras.

A pesar de ello, un melancólico día de octubre de 1959, cuando llevaba tres años en Francia, dos caballeros habían llamado a la puerta de su casa y le habían rogado cortésmente que les acompañara. Poco después, oficialmente

muerto, se había encontrado provisto de una nueva identidad bajo la cual había reanudado sus actividades. Únicamente había cambiado de amo.

Weber era el agente ideal para determinadas misiones secundarias de enlace o de seguimiento de un individuo. Podía ser marinero entre los marineros, empleado entre los empleados, con aquella misma facultad de hacerse olvidar en unos minutos.

A pesar de todo, de su paso por la C. I. A., había conservado algunas pequeñas costumbres, como la de matar con no importa qué: un manojo de llaves, un periódico enrollado, un bastón corriente y otros objetos cotidianos.

Nunca iba armado, y cuando el accesorio le fallaba, le quedaban aún sus manos. Eran lo único notable en su persona. Fuertes, grandes, con unos dedos cortos que tenían prácticamente la misma longitud.

Un severo entrenamiento le había permitido convertirlas en dos armas temibles que podía llevar continuamente encima sin que nadie desconfiara.

Había oscurecido casi por completo. Weber puso en marcha el televisor y entró en la cocina. Abrió el refrigerador, lo examinó. Sacó de él una lata de raviolis, otra de *foie-gras* y un *yogourt*. Abrió las dos latas y las colocó en una cacerola medio llena de agua que puso al fuego.

Sonrió. En una noche tan tranquila como aquélla los franceses le habían caído encima. Ignoraba cómo consiguieron localizarle. Georges-Henri Costes no quiso decírselo nunca.

Weber volvió al salón y se acercó a un montón de libros. Ahora se había acostumbrado a leer en francés, idioma en el cual leía incluso traducciones americanas. Escogió un volumen que hablaba del Tercer Reich. A Weber le gustaban los relatos personales, los testimonios, la historia contemporánea.

En la cocina, el agua empezó a hervir. Weber se disponía a dirigirse hacia allí, cuando llamaron a la puerta. Por un instante, pensó en hacerse el sordo, pero los postigos de sus ventanas no estaban cerrados y le sería imposible hacer creer en su ausencia. ¿Quién podía ser? ¿Martine?

Soltó el libro y fue a abrir la puerta. No era Martine. Weber no conocía al hombre que le miraba sonriendo. Un tipo alto, bien vestido.

—Buenas noches, *monsieur* Weber.

—¿Nos hemos encontrado ya en alguna parte?

—No... Antes de esta noche, no.

—¿Qué desea?

—Vengo de parte de Georges-Henri Costes. ¿Puedo entrar?

De hecho, había entrado ya. Se quitó el sombrero, el abrigo, y los tiró sobre una butaca.

—Se está bien aquí... Un perro invierno, ¿verdad? Poco frío, pero muy húmedo.

Weber siguió al hombre que penetraba en el salón. Repitió:

—¿Qué desea?

El hombre se volvió y dijo:

—Me llamo Claude Leroy. ¿Puedo sentarme?

Acababa de hacerlo. Sacó un paquete de Gitanes, encendió uno y añadió:

—¿No se le estará quemando algo, por casualidad?

Weber dio un respingo y se dirigió precipitadamente a la cocina para apagar el gas. Regresó, pero se detuvo en la puerta, desconfiado.

—No conozco a ningún Georges-Henri Costes —dijo.

—¿De veras? ¿No conoce a las personas a cuyas órdenes trabaja?

—Soy inspector de ventas, y trabajo para una casa que fabrica instrumentos quirúrgicos.

—Sí, sí, lo sé. La casa Legendre, fundada en 1882. Pero eso es la tapadera. Yo también tengo una, desde luego. Soy representante de una fábrica de productos de belleza.

Weber avanzó un par de pasos.

—Creo que debería usted marcharse, caballero. Se ha equivocado de dirección.

—No, no... Marc Weber, nacido en Estrasburgo, el 5 de enero de 1930. ¿No es usted?

—¿Qué quiere de mí?

—Hablarle.

—No tengo el menor deseo de hablar con usted.

—Comete un error al desconfiar de mí...

Weber permaneció un instante silencioso, luego se decidió. Cruzó el salón, descolgó el teléfono. A su espalda, la voz de Leroy restalló:

—En su lugar, yo soltaría ese aparato... *monsieur* Mark Warren.

Weber se inmovilizó, soltó el auricular. Se volvió, lentamente.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Mark Warren... Sí, ya sé que figura como muerto desde hace algunos años. Desde octubre de 1959, para ser exacto. Incluso tiene una tumba en Burdeos. Pero, si se abriera aquella tumba, la sorpresa sería de órdago.

Weber se esforzaba en permanecer tranquilo. Dijo:

—¿Adónde quiere usted ir a parar? ¿Por qué ha citado el nombre de Costes?

—¡Vaya! Entonces, ¿le conoce?

—Tal vez... ¿Le ha enviado él?

—Podría contestarle que sí, pero prefiero decirle la verdad: no, no me ha enviado él.

—¿Quién?

—¿No lo adivina?

—¿Los americanos?

—No, no, *monsieur* Weber... Afortunadamente para usted, ya que entonces estaría a punto de ser enterrado por segunda vez. Por otra parte, no importa de dónde vengo. Da la casualidad de que sé algo que le interesa, en el momento en que necesito de usted. Una buena oportunidad para proceder a un pequeño intercambio, ¿no?

La cosa se iba aclarando. Weber se dejó caer en un sillón, encendió un cigarrillo. ¿Cómo habían podido localizarle con tanta precisión?

—¿Qué clase de intercambio?

—Nuestro silencio a cambio de su... cooperación.

—¿Y si me niego?

—Mañana por la mañana, los servicios americanos sabrán lo que le ocurrió realmente a Mark Warren. Y le advierto que no tendrá ninguna posibilidad de tratar con ellos, ya que al mismo tiempo los servicios franceses sabrán que los americanos van por usted. Una situación fastidiosa, ¿no?

Weber sacudió la cabeza, contempló su cigarrillo.

—¿No tiene usted la impresión de haber aceptado un riesgo al venir a contarme todo eso?

—Sí, pero muy pequeño... Le conocemos, Weber. Sabemos lo que es capaz de hacer con sus manos. Pero no se le ocurra ensayar ese truco conmigo. Yo también tengo mis armas secretas...

Leroy sonrió, y continuó:

—Bueno, ahora que nos hemos asustado mutuamente, hablemos como personas adultas. Está atrapado, Weber, no se haga ilusiones. Por otra parte, estoy convencido de que se ha dado cuenta desde el primer momento. En realidad, el problema es sencillo: o se niega usted y Warren-Weber desaparece para siempre, o bien acepta y..., y... no le prometo nada, ya que no ejercemos una profesión basada en el futuro. Es posible que le dejen vivir en paz el resto de su vida, y es posible que le envenenen para obtener otra cosa... Si lo convierte usted en una cuestión de dinero, creo también que llegaremos a entendernos.

—¿Y si lo convierto en una cuestión de principios?

—Vamos, Weber... Eso, no. A no ser que haya encontrado usted principios después de 1959, porque en aquella época no tenía usted ninguno. Y no me diga que en seis años los ha adquirido...

—De acuerdo. Supongamos que acepto. ¿Qué tendré que hacer? ¿Facilitarle informaciones sobre el Servicio?

—No. No las necesitamos. En primer lugar, queremos someterle a una prueba.

—¿Qué clase de prueba?

—Se lo explicaré cuando me haya dado su asentimiento.

—¿En qué cambia eso las cosas?

—Si dice usted que sí, partiremos inmediatamente. Sabemos que goza de una especie de vacaciones desde hace quince días. Desde que regresó de un viaje a España. De Barcelona, exactamente.

Por un instante, Weber se preguntó si le estaban tendiendo una trampa. Tratándose de Costes, no sería de extrañar. Pero, por otra parte, Costes no hacía nunca nada a título gratuito, y Weber no acertaba a ver lo que habría podido motivar semejante actitud.

Entonces, ¿cómo podía estar tan bien informado aquel individuo?

—Usted dirá, Weber.

—Creo que no me deja usted ninguna opción para elegir.

—Lo admito. Admito que tengo cierta ventaja sobre usted.

—¿Para quién trabaja?

—¡Qué importa eso! De momento, cuanto menos sepa mejor para usted.

—De acuerdo. ¿Vamos muy lejos?

—Bastante. Llévase alguna ropa de recambio.

—Voy a vestirme.

—Le acompaño. Su habitación está en el primer piso, ¿no es cierto? Pase delante. Vamos, vamos, yo le seguiré.

Leroy se encontraba a dos metros de distancia. Weber se encogió de hombros, diciendo:

—No soy tan idiota. Eliminarle a usted no me serviría de nada.

—Exactamente.

Subieron, uno detrás de otro. Weber entró en su dormitorio, escogió cuidadosamente un traje, una corbata, calcetines y zapatos.

—Un momento —dijo Leroy—. Permítame revisar todo eso antes de ponérselo.

Se sentó en el borde de la cama y examinó minuciosamente cada una de las prendas, especialmente las costuras y los botones. Apartó la camisa a un

lado, sonriendo.

—Ésta, no. Las puntas del cuello me parecen... ¿cómo diría yo?... demasiado almidonadas.

Se puso en pie, descolgó otra camisa del armario y la palpó antes de entregársela a Weber.

—Vamos. Puede usted vestirse.

Mientras Weber se preparaba, Leroy llenó una maleta después de haberla examinado atentamente. La conservó en su mano, y cuando Weber hubo terminado bajó detrás de él.

—Iremos en mi automóvil —dijo Leroy—. Usted conducirá y yo le indicaré el camino.

Cuando cruzaban el salón, Weber preguntó:

—¿Y si Costes me necesita mañana?

Leroy sonrió.

—Costes no le necesitará mañana, ni pasado mañana. Luego... eso no tendrá ninguna importancia.

—¿Por qué?

—Porque habrá cumplido usted su misión y estará de regreso. Por favor...

Weber salió el primero. Delante de la verja de su jardín había un 404 negro. Leroy le hizo una seña para que subiera y tomara el volante, mientras él se instalaba en el asiento trasero.

Era un hombre que no dejaba nada al azar.

—¿Adónde vamos? —preguntó Weber.

—De momento, al distrito XVI. Una vez allí recibirá instrucciones.

Weber se encogió de hombros y puso el motor en marcha. A pesar de su aparente docilidad, no dejaba de buscar un medio de salirse de aquel embrollo.

Capítulo III

—Ha caído usted en la trampa —dijo Leroy.

Weber le miró de soslayo y replicó:

—Bromea usted, ¿verdad?

—Me refería al juego, naturalmente... Mire: muevo mi dama, doy jaque al rey y, al mismo tiempo, amenazo su alfil y su caballo...

Era cierto. Pero Weber jugaba demasiado distraídamente. Movi6 su rey y contempl6 c6mo Leroy se apoderaba de su alfil.

—He observado que tiene usted mucha afici6n a las maniobras en diagonal.

—¿Qu6 conclusiones saca de ello?

—Que no es usted un hombre amigo de la l6nea recta, aunque tiene la suficiente voluntad para alcanzar su objetivo, a pesar de que su camino sea un poco m6s largo.

Weber barri6 las fichas del tablero. No le gustaba ser estudiado de aquel modo. Estudiado y descubierto. Encendi6 un cigarrillo.

—¿Cu6ndo tengo que actuar? —inquiri6.

—¿Tiene usted prisa? Me sorprende...

—No me gusta estar encerrado cuando no he escogido mi c6rcel.

—Mañana se habr6 acostumbrado. ¿Quiere que juguemos a cartas?

—¡D6jeme en paz con sus juegos!

—Entonces, ¿un poco de lectura?

Weber no respondi6. Se puso en pie, se acerc6 a la ventana y levant6 el visillo. Nunca le hab6a gustado Suiza, y Ginebra era una ciudad que le deprim6a. Sin embargo, aquella avenida era semejante a un mont6n de avenidas europeas, con sus edificios cincuentenarios, sus pl6tanos perfectamente alineados, su abundante tr6nsito...

Se volvi6.

—No es usted franc6s, ¿verdad?

—¿Por qu6 supone eso?

—Habla usted demasiado bien... No tiene bastante acento. Todos los franceses tienen acento, incluso los parisienses. Usted, no.

—¿Conclusión?

—Pocos extranjeros son capaces de hablar el francés sin acento. A un anglosajón, por ejemplo, le resulta prácticamente imposible. Yo no he conseguido eliminarlo, a pesar de los años que llevo viviendo en Francia.

—¿Y qué pueblos son los más aptos para hablar ese idioma correctamente?

Leroy sonrió. Tenía un juego de cartas en las manos y las barajaba diestramente. Weber se encogió de hombros.

—Los rusos, por ejemplo. Y también los alemanes.

Weber intuyó que había adquirido una leve ventaja. Leroy sacudió la cabeza, contemplando sus cartas. Una de ellas cayó al suelo. Se inclinó a recogerla.

—Muy interesante —dijo.

—¿Para quién trabaja usted? —preguntó Weber.

—Eso no tiene importancia... para usted, se entiende. No está en condiciones de decir no.

Aquello era lo que más irritaba a Weber. La seguridad con que el otro creía poder disponer de él. Una seguridad teñida de un leve desprecio. Se sintió enrojecer. Después de todo, no tenía más que lo que merecía. Iba a traicionar una vez más. Iba a aceptar algo que le desagradaba por unos motivos despreciables.

—Podría hacer fracasar su jugada en el último momento.

—Podría, desde luego... Pero no lo haré. Le importa demasiado su pellejo.

—¿Acaso no piensan ustedes liquidarme, de todos modos?

—No sea estúpido. Un agente vivo, incluso un agente doble, siempre es más útil que muerto.

Weber volvió a acercarse a la mesa y aplastó su cigarrillo a medio consumir. Leroy le miró, sonriendo.

—Me detesta usted, ¿no es cierto?

—Bastante, sí... Pero no por los motivos que usted supone.

—Desengáñese, los conozco. No somos enemigos, por definición. Me odia usted porque le tengo en mi poder y ni siquiera me tomo la molestia de ocultarlo. Soy un cínico, ¿verdad? En realidad, lo que ocurre es que no me gusta la hipocresía superflua.

Weber sacudió la cabeza.

—¿Y si yo le matara, ahora mismo?

—Podría intentarlo... Pero, en primer lugar, no es seguro que lo consiguiera, y, después, no podría usted escapar. Bueno, ¿jugamos a cartas?

Weber no era un hombre dado a la violencia, pero tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse y no saltar al cuello de su interlocutor. Cerró los ojos un instante, volvió a abrirlos y se sintió agotado. Sus manos estaban húmedas.

Sonó el teléfono y Leroy tiró el juego de cartas sobre la mesa. Mientras se dirigía al teléfono, Weber volvió una carta al azar. El nueve de espadas. Le pareció un mal presagio.

En el otro extremo de la habitación, Leroy contestaba con monosílabos a su corresponsal. Colgó el teléfono y se acercó de nuevo a Weber, diciendo:

—Bueno, acabo de recibir confirmación... La cosa será mañana. Voy a ponerle al corriente.

Extendió sobre la mesa un plano de Ginebra y señaló con el dedo índice un lugar determinado.

—Nos encontramos aquí —dijo.

Era un gran plano en perspectiva, con los edificios y los monumentos en elevación.

—Eso es la embajada de Rumania.

Su dedo había remontado el trazado de la avenida, para detenerse unos edificios más allá. Volvió a moverse en sentido contrario, siguiendo un complicado itinerario antes de detenerse sobre otro edificio.

—La embajada soviética. He aquí los tres polos importantes de nuestro asunto.

Weber contemplaba el plano con el ceño fruncido. Dos puntos a cada extremo de una línea concreta, y, sobre aquella línea, un tercer punto, interceptando uno u otro de los primeros. Interceptando, exactamente... Levantó la cabeza y miró fijamente a Leroy.

—¿Atentado? —inquirió.

—Exacto.

—¿Contra quién?

—El ministro de Asuntos Exteriores soviético.

Weber dio un respingo.

—¿Contra...? ¿Está usted loco?

—Si estuviera solo en el asunto podría usted creerlo, pero sabe perfectamente que todo esto forma parte de un plan minuciosamente elaborado.

Leroy se alejó, abrió un armario y regresó con un alargado estuche de cuero. Lo abrió. En su interior había un fusil del calibre 22, provisto de una

mira telescópica.

—Es lo que está más de moda para los atentados. Vamos, cójalo, no tenga miedo. Está descargado.

Weber vaciló y terminó por coger el arma, examinándola minuciosamente. Había sido fabricada en Brno, Checoslovaquia. Luego la soltó, sacudiendo la cabeza.

—No comprendo nada.

—Bueno, aquí estoy yo para informarle.

—En primer lugar, ¿cuál es el objetivo de ese atentado? ¿Y por qué me han escogido a mí, que no soy un especialista? Cualquiera de sus hombres hubiese podido hacerlo...

Sonrió levemente y añadió:

—A menos que no deseen sacrificar a uno de sus hombres.

—No sea ridículo. No puedo contestar a su primera pregunta, porque es algo que está por encima de nosotros, que somos unos simples ejecutores. En cuanto a la segunda pregunta, ya le he dicho que somos gente precavida. Queremos ponerle a prueba y, al mismo tiempo, obligarle a que se comprometa con nosotros. Después del atentado, podremos responder de usted.

—¿Por qué?

—Porque no habrá un lugar en el mundo donde pueda refugiarse, ni un solo país al cual pueda ofrecer sus servicios. Incluso admitiendo que consiguiera advertir a los franceses y a los americanos, quedarían siempre algunos caballeros a los cuales les encantaría entrevistarse con usted.

Weber permaneció silencioso. Se obligó a no mirar a Leroy. No quería que el otro supiera lo que pensaba. Súbitamente, acababa de descubrir un fallo en el personaje.

—Continúe —se limitó a decir.

—El ruso se encuentra en Ginebra para asistir a una conferencia internacional sobre el desarme. Su recorrido habitual para dirigirse a la sala de conferencias está severamente vigilado. A lo largo de ese itinerario no puede alquilarse un apartamento, sin que la policía investigue los antecedentes del nuevo inquilino hasta la cuarta generación. En su caso, *monsieur* Weber, esa investigación resultaría particularmente peligrosa. Por tanto, había que encontrar otra cosa. Y esa otra cosa es la visita que el ruso hará a su colega rumano. Los suizos ignoran esa visita, puesto que no han sido informados de ella.

—¿No habrá escolta?

—Sí, desde luego. Pero los edificios de la avenida no serán controlados.

—Comprendo. Pero eso nos conduce directamente a otra importante cuestión: la de mi seguridad. Ya que si los inmuebles no están controlados, mañana, inmediatamente después del atentado, serán registrados a fondo.

—Usted no estará ya allí.

—¿De veras? ¿Cómo piensan evacuarme? ¿En helicóptero?

—Lo hemos previsto todo.

—Le escucho...

—Verá... El apartamento que hemos alquilado se encuentra en el último piso del inmueble.

—¿Tendré que huir por los tejados?

—Sí.

—La idea no me gusta demasiado.

—Ya le he dicho que todo está previsto. Mire...

Colocó de nuevo el dedo sobre el plano.

—Nuestro inmueble está aquí... Cuando llegue usted al tejado, pasará a éste, y luego a éste... En este otro inmueble, hay una trampilla que da a una escalera de servicio. Podrá bajar por ella tranquilamente. Llevará un uniforme de empleado del gas. Un automóvil le esperará a la puerta.

Weber examinó el plano. En tres edificios, cruzaba dos calles. Leroy continuó:

—Hemos estudiado el recorrido. Nadie podrá verle desde la calle.

Sacó una estilográfica de su bolsillo y señaló con una cruz la avenida que debía recorrer el coche del ministro.

—Cuando pase por aquí, disparará usted... Venga...

Leroy le llevó hasta la ventana y la abrió. Extendió el brazo.

—La distancia es de ciento cincuenta metros, aproximadamente. Con la mira telescópica, el blanco es seguro. El ministro ocupa siempre la parte izquierda del asiento trasero. A su derecha va el secretario.

—¿No están blindados los cristales de la ventanilla?

—Los del automóvil que utilizará mañana, no.

Leroy volvió a cerrar la ventana. Weber dio algunos pasos por la habitación, y dijo:

—Veo que está todo previsto.

—Todo, Weber, todo. No tenga miedo. Por otra parte, ya habrá podido observar que no dejamos nada al azar.

Weber sacudió la cabeza. Leroy volvió a plegar el plano y lo introdujo en el cajón de un secreter. Se instaló de nuevo ante la mesa.

—¿Una partidita?

—No, gracias. Necesito concentrarme.

—Un hermoso ejemplo de conciencia profesional. ¿Quiere usted revistas, o alguna otra cosa?

—No. Una cosa: ¿cómo llegaré al tejado?

—Detrás de la cocina hay un secadero. En ese secadero se encuentra la entrada de servicio, y, pasada ésta, se llega a un pequeño rellano. La trampilla está allí.

Weber encendió otro cigarrillo y se dejó caer en una butaca. Fumó en silencio, mientras Leroy hacía solitarios.

Transcurrió el tiempo. Los dos hombres se ignoraban. Más tarde, Weber se puso en pie, diciendo:

—Tengo sed.

Cruzó el salón y entró en la cocina. Cogió un vaso de un armario, abrió el grifo. Pero no llenó el vaso. Dejándolo en el fregadero, se dirigió al secadero. Efectivamente, había otra puerta. Weber rodeó un montón de botellas vacías, apoyó la mano en el tirador. La puerta resistió. Encima, había un pequeño tragaluz. Weber acercó una caja a la puerta, se encaramó en ella, echó una ojeada... Increíblemente, permaneció unos instantes inmóvil. Volvió a bajar, trató de nuevo de abrir la puerta. Se inmovilizó repentinamente. A su espalda, Leroy decía:

—No insista. Esa puerta está cerrada con llave.

Weber dio media vuelta y regresó a la cocina. Leroy le tendió su vaso.

—Tenga. Se ha olvidado usted de llenarlo. ¿Quiere un poco de hielo?

Weber cogió el vaso y se tragó el contenido. Se preguntó si Leroy le habría visto encaramarse en la caja. Suponía que no.

Al pasar, dejó el vaso sobre la mesa y se dirigió al salón. Se dispuso a encender un cigarrillo, mientras Leroy entraba a su vez.

Weber sacudió su fósforo, mientras Leroy volvía a ocupar su puesto ante la mesa. Weber se acercó y tiró el fósforo en el cenicero. Leroy alzó bruscamente los ojos, captando algo insólito en la conducta de Weber. Pero era demasiado tarde. La mano de Weber se había apoderado del cenicero para golpear entre los dos ojos a Leroy. Éste se derrumbó de su silla, como alcanzado por un rayo.

Weber se inclinó sobre él y le tomó el pulso. Le sorprendió comprobar que seguía latiendo. Poco hombres eran capaces de resistir un golpe semejante.

Weber registró los bolsillos de Leroy y encontró un manojito de llaves, de las cuales se apoderó. Volvió a la cocina y unos segundos después veía confirmadas sus sospechas: el pequeño rellano existía, realmente, pero en él no había ninguna trampa.

Volvió a cerrar la puerta, con aire pensativo, y regresó al salón. Recuperó su chaqueta y se la puso. Se disponía a salir cuando reflexionó, y sacó el plano de Ginebra para estudiarlo. Hizo una mueca, dobló de nuevo el plano y se lo metió en el bolsillo.

La entrada principal le estaba prohibida. Su única posibilidad era la entrada de servicio. Contando con la sorpresa, podía dar resultado. Dirigió una última mirada a Leroy, que respiraba débilmente, y salió del apartamento.

La escalera era angosta y oscura. Weber bajó los peldaños de cuatro en cuatro para ir más aprisa. Ignoraba cuál era la capacidad de recuperación de Leroy.

Sin embargo, cuando llegó al primer piso se detuvo, escuchando. Continuó el descenso, más lento ahora. Empezaron a llegarle los ruidos de la calle. Una vez fuera, tendría que girar a la derecha, luego a la izquierda.

Después... El después dependía de las circunstancias. Si tenía tiempo, iría a la Embajada de Francia. Si no...

La puerta que daba a la calle estaba cerrada. Se encontraba al final de un largo pasillo, bastante oscuro. Weber avanzó por él con precaución, silenciosamente. Antes de abrir, encendió un cigarrillo, se decidió...

Salió y, debido a su físico, estuvo a punto de pasar inadvertido. Los dos hombres que discutían en la acera, cerca de un automóvil, le dirigieron una mirada distraída. Luego, bruscamente, uno de ellos gritó:

—¡Eh!

Al mismo tiempo, salió proyectado hacia adelante. Weber echó a correr con un segundo de retraso y notó que el hombre le alcanzaba. Una anciana se apartó, sorprendida al ver a dos adultos persiguiéndose como un par de golfillos.

Weber se volvió bruscamente y su mano izquierda entró en acción. Golpeó al hombre con precisión, debajo de la barbilla, a la altura de la nuez. El hombre se desplomó.

Su colega había escogido otro medio: el automóvil. Weber había conseguido una ventaja de un centenar de metros cuando el vehículo se puso en marcha.

Imposible llegar a la embajada de Francia. Quedaba la última solución. Weber giró a la izquierda, y luego a la derecha, confiando en recordar bien el

plano. Llevaba una calle de ventaja al automóvil.

Weber desembocó en una avenida y vio el edificio del hotel des Postes. Hizo un último esfuerzo y entró antes de que el automóvil diera la vuelta a la esquina de la calle.

Sin detenerse a recobrar el aliento, se metió en la cabina telefónica e insistió para que le dieran urgentemente comunicación con París. No había demora.

—Le pongo con Wagram, 10-10... Hablen.

—Costes —dijo rápidamente Weber—. Quiero hablar con Costes...

—*Monsieur* Costes no está en su despacho...

—Oiga... Soy Weber. ¿Es usted Paule Blain?

—Sí, pero...

—Escuche, Paule... La cosa es grave, muy grave...

En la oficina de Paule Blain, lo sabía, un magnetófono se había puesto ya en marcha. Con el reverso de la manga, Weber se secó el sudor que perlaba su frente y continuó:

—Estoy en Ginebra... Me obligaron a venir, porque conocían mi verdadera identidad... Insisto: sabían que yo era Warren... Por otra parte, están perfectamente documentados sobre el Servicio...

Se interrumpió repentinamente. Tres hombres acababan de entrar en el vestíbulo del hotel. Weber conocía demasiado bien su oficio para no adivinar quiénes eran.

Continuó, en el mismo tono, pero con la garganta un poco más seca:

—Acaban de llegar... Se trataba de un atentado contra el ministro de Asuntos Exteriores soviético... Era una trampa... El atentado tenía que cometerlo yo... Ignoro a qué organización pertenecen esos hombres...

Bruscamente, uno de los recién llegados vio a Weber. Hizo una discreta seña a sus compañeros, y los tres efectuaron un movimiento convergente hacia la cabina.

—*Allô? Allô?* —dijo Paule Blain.

—¿Terminaron? —inquirió la voz de la operadora.

—Aquí están —dijo Weber—. Dígale a Costes que...

Uno de los hombres había abierto la puerta de la cabina. Los otros dos, detrás, le aislaban completamente del público. Weber continuaba sosteniendo el teléfono. Enfrente de él, el hombre le apuntó con una especie de revólver.

—Ha cometido usted un error, *monsieur* Weber. Y ni siquiera le servirá de lección. Al menos en este mundo.

No hubo detonación, sólo un leve ¡plop! Weber sintió un pinchazo a la altura del plexo solar. Los hombres volvían ya a cerrar la puerta, se alejaban. Weber les contemplaba, inmóvil. No sufría.

Un ruido le sobresaltó. Su mano había soltado el teléfono. La parálisis se apoderaba lentamente de su cuerpo.

Luego notó una intensa opresión, y supo que iba a morir. Horriblemente, con lentitud. Envenenado. Conservaba toda su lucidez. Los sonidos le llegaban ahora amortiguados, lejanos, lejanos...

Supo que se deslizaba a lo largo de la pared de la cabina. Vio, de un modo muy confuso, que la puerta se abría. Alguien gritó, muy lejos, a muchos kilómetros de distancia...

—¿Terminaron? —volvió a preguntar la operadora.

Para Weber, todo había terminado.

Capítulo IV

Georges-Henri Costes detuvo una vez más el magnetófono. Estaba solo y quería estarlo. Deseaba la soledad y el silencio de su oficina para reflexionar en la frase de Weber: *Por otra parte, están perfectamente documentados sobre el Servicio...*

Habían encontrado a Weber muerto en una cabina telefónica de un hotel de Ginebra. Aquella mañana, los periódicos aludían discretamente al asunto. Se daba a entender que podía tratarse de un nuevo episodio de la guerra secreta de los espías.

Si un periodista cualquiera se mostraba demasiado curioso, habría que actuar, presionar al periódico para que el reportero en cuestión fuese enviado a entrevistar a Soraya o al hermano de Fabiola.

Pero eso era un simple detalle. Lo grave era la afirmación de Weber. Documentados sobre el Servicio. ¿Quién? ¿Cómo? Al margen de la muerte de Weber, indudablemente penosa, aquel punto particular era sumamente grave.

A la larga, Costes había terminado por identificarse con el servicio que dirigía desde hacía años. Lo consideraba un poco como cosa suya. Alcanzarlo, era alcanzarle a él. Casi en su carne.

Por primera vez, el conjunto de su organización era vulnerable. Encendió un cigarrillo y se sentó en un rincón de su oficina. Por mucho que reflexionara, llegaba siempre a la misma conclusión. Si una organización enemiga estaba realmente tan documentada, alguien había traicionado.

Traidor. Una etiqueta que Costes no había tenido que pegar nunca sobre uno de sus agentes. La cosa le desconcertaba y le afligía al mismo tiempo. Había consultado ya las listas del personal del Servicio, agentes fijos y agentes ocasionales. Trabajo inútil.

Sin embargo, no sólo contaba con la afirmación de Weber, sino que el hecho de que hubieran descubierto su verdadera identidad, conocida únicamente por el Servicio, aportaba la prueba de que no había mentido.

La situación resultaba completamente nueva para Costes. Desde luego, en el curso de los años habían desaparecido muchos hombres que trabajaban para

él, pero aquellas desapariciones no habían comprometido nunca a todo el Servicio.

Y, ¿cuánto tiempo hacía que duraba aquello?

Imposible sospecharlo. Costes volvió a coger las listas de las personas que trabajaban para él. ¿Cómo iba a maniobrar para descubrir al traidor?

En resumidas cuentas, sólo podía responder de sí mismo y de Paule Blain, su secretaria, puesto que ella le había transmitido la cinta con el registro de la conversación telefónica de Weber.

Además, Weber había hecho otra revelación: aquella historia del atentado contra el ministro soviético. ¿Qué significaba? ¿Quién lo había suscitado? ¿Y por qué Weber había hablado de una trampa? ¿Por qué habían obligado a Weber a participar en todo aquello?

En rigor, sólo esta última pregunta podía encontrar una respuesta: querían comprometer a los servicios de información franceses. Desde luego, la maniobra no estaba clara, y habría que indagar los motivos profundos de aquella acción.

Costes continuó repasando sus listas. Cuando hubo terminado, pulsó el botón de su interfono.

—Paule. ¿Quiere traerme los nombres de los agentes actualmente disponibles en París?

Unos segundos después, Paule entraba en la oficina. Dejó un fichero sobre el escritorio de Costes. Éste lo consultó.

Finalmente levantó la cabeza, y miró a Paule. La muchacha conocía perfectamente a Costes. Sabía interpretar las menores señales.

—¿Es grave?

—Habló usted con Weber... Nos esperan unos días sombríos. Eso es todo. Gracias, Paule.

La joven no insistió. Costes sólo decía lo que quería decir. E incluso cuando hablaba, no había que cometer la imprudencia de extraer conclusiones de sus palabras. Más de uno se había equivocado.

En el fichero que Paule había traído sólo figuraban tres nombres. Costes empuñó una estilográfica y empezó a dibujar arabescos...

Un problema peliagudo. De hecho, todo el mundo podía haber traicionado. Incluso sus agentes más seguros.

* * *

Paule Blain perforaba unas fichas con una aplicación desacostumbrada en ella. Sobre todo cuando tenía delante a Nicolás Calone.

Calone sonrió y dijo:

—Paule, sigue usted un mal camino.

La joven alzó la cabeza.

—¿Un mal camino? ¿Por qué?

—Su encarnizamiento en el trabajo. Eso me recuerda a alguien...

Con el mentón, señaló la puerta de la oficina de Costes. Continuó:

—Por lo visto, ha conseguido contagiarle el virus.

—Nada de eso, Nicolás. Se trata de un trabajo urgente.

—Lo que yo decía... Con él, llega un día en que todo se hace urgente.

Paule había vuelto a su tarea. Calone sacudió la cabeza. En su fuero interno, se sentía ligeramente mortificado. No era un secreto para nadie que Paule Blain estaba enamorada de Calone.

Él mismo lo sabía, pero nunca había intentado aprovecharse de aquella ventaja. Paule Blain estaba enamorada de él. Sencillamente. Y aquel amor le producía una satisfacción egoísta.

Pero, hoy, Paule Blain le dedicaba una actitud igualmente indiferente. Y él se había acostumbrado a aquella sonrisa un poco tierna, a aquella mirada especial que Paule le reservaba. Y he aquí que nada de todo aquello parecía existir ya.

Calone se sintió defraudado. Encendió un cigarrillo, preguntando:

—¿Sabe usted adónde quiere enviarme el gran jefe?

—No tengo la menor idea, Nicolás.

Ni siquiera había levantado la cabeza.

—Vamos, Paule... Somos viejos amigos. ¿Qué importancia tiene que lo sepa unos minutos antes?

Finalmente, Paule le miró.

—De veras, Nicolás, yo...

Paule se calló y Calone la observó, perplejo. Decididamente, Paule estaba hoy muy rara. Aplastó el cigarrillo en el cenicero del escritorio de la joven, y cogió la mano de Paule.

—Dígame, Paule: ¿tiene algo que hacer esta noche?

—Sí.

—¿Y mañana por la noche?

—¿Sabe usted dónde estará mañana?

—Con usted..., si Dios..., es decir, si Costes me lo permite.

Paule sacudió negativamente la cabeza y dijo:

—No es usted razonable, Nicolás.

Apartó suavemente su mano y miró a Calone. Una expresión emocionada asomó a sus ojos. Calone tuvo la impresión de que la joven iba a decir algo, pero Paule permaneció silenciosa y reanudó su trabajo.

Calone se alejó del escritorio y fue a apoyarse en la pared.

En aquel momento resonó el timbre del interfono. Costes preguntó:

—¿Ha llegado Calone?

—Sí, señor.

—Voy a recibirle.

—Bien, señor.

Se puso en pie y Calone la siguió. Cuando iba a abrir la puerta, Calone la cogió por los hombros.

—Paule, ¿qué sucede?

—Nada, Nicolás. Le aseguro...

—No sabe usted mentir. ¿Ha olvidado que me paso la vida descubriendo mentirosos?

Paule había abierto la puerta y Calone se vio obligado a entrar en la oficina de Costes. Se volvió, viendo cómo Paule cerraba la puerta, y se dirigió a Costes:

—¿Qué le pasa a Paule?

—Nada especial que yo sepa. ¿Por qué?

Calone observó a Costes, intuyendo que la entrevista no sería una entrevista corriente. Costes tenía un aspecto de gato bien alimentado, que caza ratones por placer, por deporte.

—Siéntese, Nicolás.

Calone se dejó caer en la butaca de costumbre, desconfiado y atento.

—¿Qué tal su estancia en París?

—Muy bien... Hago el turista. He descubierto con sorpresa que conocía mejor Estambul y Hong-Kong que París. Bueno, ¿adónde va a enviarme esta vez?

—A ninguna parte.

—¿Una misión en París?

—No.

Se produjo un silencio. Costes añadió una segunda flor a la primera. Finalmente, Calone preguntó:

—Entonces, ¿adónde?

—Ya se lo he dicho: a ninguna parte.

Un nuevo silencio se instaló entre los dos hombres. Luego, Costes alzó la cabeza.

—Tengo graves problemas, Nicolás.

—¿De veras? —sonrió Calone—. Bueno, no es la primera vez que le ocurre.

—Esta nueva situación, sí. Nos afecta a todos. Se trata de la existencia misma del Servicio.

Costes miró a Calone. Éste fumaba un cigarrillo, impasible, algo hundido en su butaca, con los ojos entrecerrados, pero terriblemente presente detrás de la pantalla de sus párpados.

—¿Obstáculos?

—Sí, y de los grandes. Ya sabe usted cómo funciona el Servicio, de quién depende y cómo está montado nuestro presupuesto.

Calone asintió. El Servicio dependía directamente del Primer Ministro, y su presupuesto era secreto.

—Pues bien, me han ordenado que haga economías.

Calone se permitió una leve sonrisa. No era la primera vez. Trabajaban desde hacía años en plan económico, en un inestable equilibrio, pero los resultados eran tales que aquella historia del presupuesto no era a fin de cuentas más que un falso problema.

—Vamos, sabe usted perfectamente que todos los años se ha planteado la cuestión, y siempre se ha arreglado. Esta vez, debe tratarse de un funcionario que no posee el sentido de las realidades.

—No, Nicolás. He sido llamado a Matignon. Debo atenerme a las nuevas directrices.

Costes había vuelto a sus dibujos. Calone le observaba, perplejo. Aquella actitud no encajaba con el temperamento de Costes, que hubiese preferido hundir todo el Servicio a hacer concesiones. Pero, después de todo, tal vez era la solución que había escogido.

—Entonces, ¿cerramos por falta de existencias?

—No hemos llegado aún a eso... Pero tengo que proceder a algunos reajustes.

—¿De tipo... administrativo?

—No, exactamente. De hecho, no se ha puesto en duda la utilidad del Servicio. Digamos que los expertos han comparado ciertos resultados con el precio que hubo que pagar para obtenerlos. Y han inscrito varias cosas en el pasivo.

Costes dibujaba ahora con energía. Sin levantar la cabeza, añadió:

—Una de esas cosas era su nombre, Nicolás.

De momento, Calone no comprendió el verdadero alcance de aquellas palabras, y luego descubrió hasta qué punto su profesión se había convertido para él en una segunda naturaleza. Nunca había imaginado que pudieran despedirle con tanta facilidad.

—¿He comprendido bien?

—Sí. Tengo que darle de baja.

Calone encendió un cigarrillo con la colilla del anterior. Fue su única señal de nerviosismo. Dijo:

—Eso requiere alguna explicación, ¿no?

—¿De qué serviría? Me han indicado que los resultados obtenidos no justificaban siempre los medios que usted había empleado.

—¿Me encuentran demasiado caro, o demasiado listo? ¿Es una cuestión de dinero, o de política?

—Digamos que hay un poco de las dos cosas. Mire, Nicolás, ya hemos hablado de ello a menudo. El espionaje ha evolucionado. Usted y yo nos hemos formado en la misma escuela: la de la experiencia y la acción. Pero los tiempos han cambiado. Obligado por las circunstancias, he seguido el movimiento y practicado una reconversión parcial, sabiendo que un día tendría que ser total. Ese día ha llegado.

Calone se encogió de hombros.

—Conozco el estribillo: el espionaje se ha convertido en una cuestión económica. Ya no se roban los planos de las fortificaciones, sino que se torpedea al enemigo en los mercados extranjeros. En vez de cañones se utiliza el libro de cheques. ¡Uf! Bueno, me río de los razonamientos de sus técnicos. Que reconviertan todo lo que les dé la gana, pero cuando se den cuenta de la estupidez que han cometido, que no cuenten conmigo para nada.

Calone se inclinó hacia adelante y continuó:

—Sabe usted perfectamente que razonan en falso, que siempre harán falta individuos como yo, oscuros cretinos que se comprometen física y moralmente y a los cuales no puede reemplazarse con ninguna cuenta corriente, con ninguna reserva de oro. Y esto no es orgullo mal entendido, sino una comprobación... de técnico.

Calone volvió a retrepase en su asiento y sonrió.

—No trato de convencerle, desde luego. Si quiere que le diga lo que realmente pienso...

Costes enarcó las cejas, con aire escéptico. ¿Quién podía vanagloriarse de conocer a fondo el pensamiento de Calone? Ni siquiera él podía estar seguro. En esto, eran idénticos.

—... creo que es usted de mi misma opinión.

—No se trata de eso. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, y he querido darle algunas explicaciones. Va usted a conseguir que lo lamente.

—Tranquilícese... No intento defender mi medio de vida. No he acumulado una fortuna en este maldito oficio, pero creo que no voy a morir de hambre.

—Entonces, no dramatice. De todos modos, he conseguido un empleo para usted en París.

Calone abrió la boca, pero no dijo nada. Bruscamente, descubría lo irreal de la situación. En la medida en que podía conocerse a Costes, creía conocerle. Y sabía que Costes le conocía a él. Entonces, ¿por qué aquella desdichada proposición?

Con Costes, las cosas no eran nunca sencillas. Detrás de la frase más vulgar se ocultaba siempre una segunda intención.

Calone decidió entrar en el juego.

—Muy amable por su parte —dijo—. Supongo que no se molestará si me niego a aceptarlo.

Costes hizo un gesto evasivo.

—Haga lo que quiera.

—Desde luego.

Calone aplastó su cigarrillo en el cenicero y prosiguió:

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Adelante.

—¿Somos muchos los desahuciados?

Costes volvió a empuñar su estilográfica. Ahora, en su cuartilla había un enorme ramo de flores negras, erizadas de espinas. Murmuró:

—De momento, sólo usted.

—Eso es muy propio de usted.

—¿A qué se refiere? —inquirió Costes, alzando la cabeza.

—Eso de dar vueltas alrededor de la olla por espacio de una hora. Sería demasiado sencillo decirme que tiene usted intención de prescindir de mis servicios, y únicamente de los míos... Cuando se muera, legue su cerebro a la Facultad de Medicina: seguramente será una curiosidad para ellos.

Costes suspiró.

—Deje de meterse conmigo de una vez, Nicolás. Usted lo convierte todo en un asunto personal.

—Eso le ha sido útil más de una vez, ¿no? Bueno, mi... licenciamiento surtirá efecto a partir de hoy, supongo...

—Sí. Piense en lo que le he propuesto. La oferta será válida durante algún tiempo.

—No me perdonaría nunca el quitarle el empleo a un pobre hombre que necesita ganarse la vida. Además, mis pantalones no suelen empezar a romperse por el asiento.

—¿Qué va usted a hacer?

—No creo que le interese. En cuanto haya cruzado la puerta de esta oficina, no tendremos ya nada en común.

—Digamos que la pregunta era de tipo particular..., amistoso.

—Evitemos las despedidas desgarradoras, si no le importa.

Calone se había puesto en pie. Con las manos en los bolsillos, observaba a Costes, el cual fingía no verle. Podía haber dicho muchas cosas, pero no veía la necesidad de hacerlo.

—Le será abonada una indemnización, a menos que prefiera hacer valer sus derechos al retiro.

Calone sonrió irónicamente. ¿Trataba Costes de encolerizarle? ¿Lo hacía a propósito, o hacía a propósito de no hacerlo a propósito? Todo era posible.

Calone dijo:

—Voy a marcharme, ante de que llegemos a las cosas desagradables.

—Como quiera, Nicolás. Crea que lamento tener...

Pero Calone acababa de salir de la oficina. Salió, permitiéndose el lujo de no dar un portazo, y se detuvo a la altura del escritorio de Paule. Ésta seguía perforando sus fichas con la misma energía.

—Estaba usted al corriente, ¿no es cierto?

Paule le miró.

—No podía decirle nada, Nicolás.

—Y, desde luego, se sintió obligada a calcar su actitud en la de Costes. Se ha dejado invadir por el oficio, Paule, y lo lamento.

—Escuche, Nicolás...

Sus labios temblaban ligeramente. Su mano estaba crispada sobre un expediente.

—Nada —dijo Calone—. El Servicio acabará por tragársela; se traerá usted a la oficina su catre y su cocinilla de alcohol, como él. No verá usted más lejos de sus fichas, su universo será esta habitación siniestra, y su futuro se limitará a decir: sí, señor Costes, bien, señor Costes... En seguida, señor Costes. De todos modos, le deseo que muera con la satisfacción del deber cumplido.

Una lágrima apareció en la comisura del ojo de Paule. No pudo pronunciar una sola palabra. Calone sabía que, al otro lado de la pared, Costes no se perdía un vocablo de la conversación.

—Hasta la vista, señorita Blain.

Calone se alejó.

—¡Nicolás!

La voz de Costes surgió repentinamente del interfono.

—¿Paule? Haga el favor de venir inmediatamente.

La joven permaneció inmóvil. Calone se volvió.

—Bueno, ¿qué espera? Conteste. Vamos... Dígale: Sí, señor Costes.

—Sí..., señor... Costes.

Esta vez, Calone salió dando un portazo.

Paule sacó un pañuelo y se secó los ojos antes de entrar en la oficina de Costes. Éste la miró.

—Era necesario, Paule, usted lo sabe.

Paule se limitó a inclinar la cabeza. Costes continuó:

—Ahora, procure que todo el Servicio se entere: Nicolás Calone no pertenece ya a la casa. Ha sido expulsado por faltas graves. ¿Comprendido? Vaya... y por esta vez la dispense de contestar: sí, señor Costes.

Capítulo V

El coronel hojeaba el expediente OPERACIÓN ODER.

Ahora figuraban en él varias hojas más, pero no podía decirse que se trataba de algo constructivo.

El coronel suspiró, descolgó el teléfono interior y preguntó:

—¿Ha llegado Werner Klaus? Bien... Hágale pasar.

Unos segundos más tarde, la secretaria introdujo a Werner Klaus. El coronel esperó a que la puerta se hubiera cerrado para decir.

—La cosa no ha sido demasiado brillante, Werner.

—Lo sé... Eso nos enseñará a fiarnos de la psicología.

—Tome asiento y explíquese.

Klaus se instaló en la butaca.

—Pues bien, normalmente, Weber no tenía que haber reaccionado de ese modo. Habiendo traicionado una vez, era susceptible de volver a hacerlo. ¿No es eso?

El coronel asintió con un gesto.

—Todo lo contrario de lo que sucedió.

—Yo no creo en una historia de error psicológico. He estudiado bien su informe. En mi opinión, Weber se olió la trampa y, perdido por perdido, prefirió probar suerte.

—También yo lo creería, si se hubiera limitado a huir. Sin embargo, se metió en la cabina de aquel hotel, sabiendo el peligro que significaba. Y llamó al Servicio para el cual trabajaba.

—Eso es lo que más me preocupa. ¿De cuánto tiempo dispuso para hablar?

—¡Oh! De un par de minutos.

—En un par de minutos pueden decirse muchas cosas. De todos modos, no pudo comunicarse con el director del servicio, ya que cuando Weber llamó se encontraba ausente.

—¿Quién recibió la llamada?

—La secretaria de Costes, indudablemente.

—¿No ha podido usted obtener más detalles por medio de su agente?

—Al parecer, nada ha cambiado. El expediente Weber ha sido archivado tras una breve e inútil encuesta de un agente del Servicio en Ginebra. Todo da a entender que Costes ha renunciado a continuar la investigación.

Werner Klaus sacó sus cigarrillos.

—No parece propio de él.

—No. Pero ¿qué hubiese podido descubrir? Nada. Únicamente alguna indicación facilitada por Weber hubiera podido incitarle a actuar.

—¿Y no es ése el caso?

—No. Weber ha sido incluido en la cuenta de pérdidas y ganancias. Nadie ha sido encargado de continuar con el caso. En realidad, Weber no era un agente demasiado importante, y Costes ha creído tal vez que los americanos le habían identificado como antiguo agente suyo. De ahí su brutal eliminación. Ante semejante posibilidad, se comprende que Costes no haya tenido interés en manifestarse. Los americanos hubieran podido formularle algunas preguntas embarazosas acerca de la recuperación de sus agentes por los franceses.

El coronel encendió un cigarro que procedía directamente de La Habana. Comprad productos cubanos. Ayudad a un país hermano. Existían imperativos más desagradables.

—A pesar de todo, ha sido una falsa maniobra.

Werner Klaus hizo una mueca y se llevó maquinalmente la mano a la nariz.

—Desde luego... El K. O. más prolongado de mi carrera.

—No se queje; después de un fracaso semejante, tendría usted que estar muerto.

—Es verdad.

—No hace falta que le diga que no he hecho llegar aún el informe a las altas esferas. De haberlo hecho, su carrera y la mía habrían terminado. He ganado un poco de tiempo diciéndoles que el caso seguía un curso favorable, y que no era más que una cuestión de tiempo y de circunstancias.

—Deduzco de ello que no ha renunciado usted.

—No *puedo* renunciar.

—Entonces, ¿vamos a continuar?

—Vamos a continuar —confirmó el coronel.

Werner Klaus sacudió la cabeza, escéptico.

—No veo el modo... No irá usted a decirme que ha encontrado otro agente del Servicio al cual podemos obligar a ponerse de nuestra parte.

—Casi, casi, Werner.

El coronel sonrió. Sacó una cuartilla del expediente y la agitó, diciendo:

—Es nuestra nueva arma secreta. Responde al nombre de Nicolás Calone.

—¿Quién es?

—Un agente especial de los Servicios franceses. Mejor dicho, un ex agente.

—¿Cómo es eso?

—Acaban de expulsarle, por faltas graves. Teníamos ya una pequeña ficha suya. Es un duro, Werner, de reflejos muy rápidos. Pertenecía al Servicio desde hacía varios años, pero parece ser que en estos últimos tiempos se mostró algo imprudente.

—¿Y piensa usted utilizarle?

—Sí. Nada mejor que un espía amargado... y sin trabajo. Aceptará cualquier cosa. Si se le plantea la cuestión del modo adecuado, desde luego.

Werner Klaus permaneció silencioso durante unos instantes. Miró al coronel.

—Puede decirse que nos cae como llovido del cielo, ¿no? Una casualidad demasiado afortunada, quizás.

La sonrisa del coronel se acentuó.

—He pensado en esa posibilidad, pero aparte de lo burdo de la trampa que nos sería tendida, las informaciones procedentes del seno mismo del Servicio francés demuestran lo contrario. Ese Calone ha sido realmente expulsado después de una escena bastante desagradable en la oficina de Costes. Mi informador se ha enterado a través de la propia secretaria, a la cual le había afectado profundamente el suceso. Ya que esa joven, que se llama Paule Blain, estaba enamorada de Calone. Una circunstancia que tendrá su importancia en el futuro. Por lo tanto, no hay ningún motivo para dudar de su sinceridad. Por otra parte, no olvide que Costes ignora que estoy al corriente de todo lo que ocurre en el interior mismo de su Servicio.

—Es cierto.

—No digo que ese hombre esté ganado de antemano, pero sí que me parece una carta sólida. Objetará usted que continúo basándome en datos psicológicos, pero, después de todo, son los únicos válidos para colocar a alguien entre la espada y la pared.

El coronel aspiró una profunda bocanada de humo y continuó:

—He estudiado el caso de Calone. Sería inútil ofrecerle dinero. Hay dos medios para alcanzarle: las mujeres y el orgullo. Combinando los dos, el éxito es casi seguro. Imagine por un instante, Werner, que le expulso de nuestros servicios sin previo aviso y que se encuentra usted bruscamente sin empleo.

Era usted alguien poderoso, activo, alguien superior al promedio de los individuos y, de repente, no es usted más que uno de esos individuos del montón. El semidiós ha caído de su pedestal. No, no proteste. También yo he pasado por ese trance. Yo defendía una ideología, es cierto, pero había un oscuro placer en ser el dueño de destinos ajenos, en poder decidir en acontecimientos de importancia internacional. Ser el ángel exterminador, disponer impunemente de un derecho de vida o muerte sobre numerosos individuos... Sí, es un raro placer, más puro por cuanto es secreto, que le convierte a uno en un Gran Iniciado, ignorado de las masas, pero pudiendo a cada instante golpear como un dios...

El rostro del coronel se había animado progresivamente. Oscuros sueños, extraños deseos insatisfechos, reaparecían súbitamente. ¿Cuál había sido su secreta ambición en determinada época? Su edad le había permitido conocer el nazismo, participar en él activamente. Los antiguos mitos germanos se encontraban allí, intactos, bajo la delgada capa de barniz de una ideología que tal vez no era más que circunstancial.

Se había callado, perdido en sus sueños íntimos. Bruscamente, su mirada volvió a hacerse concreta. Continuó:

—Hay armas que no se abandonan fácilmente. Calone acaba de ser desposeído de ellas. Le bastará ofrecérselas de nuevo.

—¿Cree usted que aceptará?

—Sí, en cuanto adquiera conciencia de que sin ellas no es nada. En el fondo, casi me alegro de que Weber haya sido eliminado. Si Calone da resultado, tendremos en él una pieza más importante para nuestro juego. Hace muy poco tiempo, estaba considerado como uno de los mejores agentes del Servicio. Los rusos le conocen. Su captura, vivo o muerto —no es de esos hombres que se dejan coger—, demostrará palpablemente la falsedad de la política exterior francesa.

Werner Klaus escuchaba atentamente.

—¿Cuál es su plan para conducirlo a nuestro terreno?

—Es un plan en dos tiempos. Usted es el segundo. He aquí el primero.

El coronel pulsó un botón y unos instantes después se abrió una puerta. Werner Klaus volvió la cabeza y quedó mudo de asombro.

Para describirla, sólo se podían utilizar mayúsculas. B de Belleza, G de Gracia, C de Clase. Era la Mujer que mora en todos los subconscientes masculinos, la Mujer eterna, intemporal y a la vez presente. Uno se sentía emocionado como ante una obra de arte, y también un poco angustiado ante la idea de no tener acceso a aquel paraíso.

Ella sonreía levemente, la cabeza apenas inclinada y un mechón rubio y rizado sombreando el óvalo de su rostro. Con sus altos tacones, debía medir un metro setenta. Un metro setenta de oro puro, el diamante sin defecto.

Un sueño, pensó Werner Klaus.

—¿Qué opina usted de ella? —preguntó finalmente el coronel.

—No hay problema —admitió Werner, con la boca un poco seca—. Con semejante cebo, puede usted hacer picar al propio Johnson.

—Le presento al teniente Ilse Greiner. Uno de nuestros elementos más brillantes.

—No me cabe la menor duda.

—Ilse..., éste es el camarada Werner Klaus. Trabajaré usted en contacto con él. Siéntese.

Con una galantería completamente occidental, Werner Klaus se puso en pie, acercó un sillón y se lo ofreció a la joven, la cual se instaló en él cruzando las piernas. Werner volvió a sentarse, observándola. Buscaba el fallo, el defecto. No lo encontró.

El coronel carraspeó.

—Ahora que han trabado ustedes... conocimiento —dijo—, voy a exponerles los detalles de mi plan.

Sus dos interlocutores le escuchaban atentamente.

—No será fácil —continuó el coronel—, pero, si triunfamos, obtendremos unos resultados que nunca habríamos podido obtener con Weber. Digamos que hemos llevado a cabo un desdichado ensayo general, y que vamos a pasar al trabajo en serio. En Weber, podíamos operar sobre el instinto de conservación. Un arma de doble filo, como hemos tenido ocasión de comprobar. El hombre que nos interesa tiene otro punto de acceso: el orgullo.

Su cigarro se había apagado. El coronel lo tiró.

—Ante todo, no hay que perder de vista que Calone es un hombre del oficio, muy bien preparado y que no caerá en una trampa burda. Será un trabajo difícil, que el menor de los errores puede echar a perder. La operación se dividirá en dos tiempos. Primer tiempo...

Se volvió hacia la joven.

—Le afecta a usted, Ilse. Trabará usted conocimiento con Nicolás Calone. Dispone de armas suficientes para conducirlo a que se interese por su persona. ¡Oh! No le pido que le convierta en un devoto enamorado, en un perro fiel que la siga ciegamente a todas partes. No es de esa clase de hombres. Sus aventuras amorosas no duran más de un mes. Un período más que sobrado para nuestro plan. Bien... Cuando la haya conocido, le hará su número

habitual, el que hacía *en otros tiempos*... ¿Comprende? Con su antigua mentalidad. Entonces se apoyaba en el aura de misterio que le rodeaba y que las mujeres debían captar. Pero, por una vez, el misterio no dará resultado. Porque será únicamente Nicolás Calone, un hombre como los demás, con un automóvil y un apartamento en París, un hombre vulgar, en una palabra. Y usted, mi querida Ilse, le tratará entonces como a un vulgar seductor. Calone descubrirá que su encanto se ha desvanecido, y empezará a formularse preguntas. Tal vez se mirará a un espejo para interrogarse. Poco a poco, se dará cuenta de que su físico no ha cambiado, de que el problema tiene otra raíz. Adquirirá conciencia de que se ha convertido en un hombre como los demás. Su orgullo se resistirá a admitirlo. No hay que perder de vista que será un hombre sin empleo, lo cual va contra su naturaleza. Lentamente, le inducirá usted a dudar de sí mismo, cosa que en un hombre de acción como él será el comienzo de la revuelta. Al principio acusará al mundo entero; luego, su odio cristalizará en el hombre responsable de su estado: Costes. Sin duda tratará de hacerle creer a usted que no es lo que es, y a usted le resultará fácil colocarle entre la espada y la pared... Cuando considere usted que está maduro, lo hará saber a nuestro amigo Werner.

El coronel se volvió hacia Werner Klaus.

—Entonces entrará usted en escena, mi querido amigo. Le hará unas propuestas determinadas, y volverá a la carga tantas veces como haga falta. Ilse Greiner apoyará paralelamente su acción. Desde luego, Calone no debe sospechar que hay la menor relación entre ustedes. La cosa tiene que parecer casual. Usted ha ido a hacerle una proposición, porque se ha enterado de que actualmente se encuentra disponible. ¿Se creen ustedes capaces de salir con bien del asunto? Repito: no olviden que el hombre es peligroso. ¿Ilse?

—Me pide usted que me vanaglorie de mis cualidades de seductora... ¿Qué mujer no ha conocido fracasos en ese terreno?

—Confío en usted... Prefiero su humildad a una vanidad fuera de lugar. ¿Y usted, Werner?

—Si Calone reacciona tal como usted ha previsto, creo que podré conseguir algún resultado. Seré lo que él ya no es. Éso le infundirá tal vez la nostalgia suficiente para aceptar. Por otra parte, lo enfocaré todo en un plan de camaradería, de una especie de fraternidad... Sin embargo, hay un punto que me gustaría concretar.

—Le escucho.

—¿Cuáles eran los resortes que movían a ese Calone cuando estaba en activo? ¿El ideal? ¿El gusto a la aventura?

—No creo que sea un hombre de ideales políticos. No encaja con su ficha psicológica. Digamos que encontraba en su profesión el medio de realizarse, de vivir su aventura. Semejante a los que en otras épocas descubrían continentes. Servían a un país tanto como se servían de él, tenían la impresión de aportar algo a la humanidad, al tiempo que satisfacían sus necesidades personales de aventura. Actualmente, Nicolás Calone es un corsario sin buque ni tripulación. A ustedes corresponde el hacerle aceptar los que van a proponerle. Desde luego, Werner, le recomiendo la misma prudencia que en el caso de Weber. No conviene que sepa de inmediato quiénes serán sus nuevos amos. Será usted francés, aunque con un nombre supuesto, como medida de precaución. Si insiste, háblele vagamente de Europa, de una organización internacional... De compatriota a compatriota, el contacto resultará posiblemente más fácil. En cuanto a usted, Ilse, será una estudiante alemana de Dusseldorf: por desgracia, su acento francés no es tan puro como el de nuestro amigo Werner. Su formación le permite afirmar que estudia usted literatura francesa. Conservará su verdadero nombre. Será la sobrina de un industrial renano que realmente existe y que no puede negarnos nada. ¿Algo más?

Ilse y Werner sacudieron negativamente la cabeza.

—De acuerdo. Saldrán ustedes mañana, por separado. Disponen de veinticuatro horas para familiarizarse con el expediente que he hecho preparar para cada uno de ustedes. Encontrarán en él todos los detalles prácticos. Una cosa más: la operación no puede durar más de tres semanas. Transcurrido ese plazo su utilidad sería nula.

El coronel saludó a sus dos agentes, los cuales salieron de la oficina. La trampa estaba tendida. La presa no podía dejar de caer en ella.

Pero ¿podrían domesticarla?

Capítulo VI

Desde hacía unos días, Calone había descubierto que era un solitario. Hasta entonces no había tenido conciencia de ello. Su profesión le conducía a frecuentar diversos ambientes, a entablar relaciones a menudo efímeras, pero que le permitían acariciar la ilusión de que no estaba solo.

Pero ahora había roto con su profesión, y Calone se daba cuenta de que no tenía ninguna atadura, ninguna relación, aparte los números de teléfono de algunas amiguitas ocasionales. Un pobre bagaje para amueblar su soledad. Ni siquiera tenía el atractivo de la novedad.

Aquella mañana, Calone se encontraba en su apartamento, entregado a sus amargos recuerdos. Costes, en su oficina, con su maciza silueta y su inquietante mirada, prácticamente imposible de descifrar. Un mundo al cual le había sido súbitamente negado el acceso. No podía acabar de creerlo... Sin embargo, no ocurría nada. Al separarse de Costes, estaba convencido de que su jefe había representado una comedia, deliberadamente inhábil para que él no se dejara engañar y comprendiera que sucedía algo de lo cual no podía hablarle.

Era muy propio de la mentalidad de Costes. Lo malo era que nada venía a corroborar aquella hipótesis. Los días pasaban, y Calone empezaba a lamentar el haberse dominado delante de Costes. Un escándalo hubiese tenido al menos la ventaja de aliviarle.

A las once, tomó una ducha y se afeitó. A mediodía estaba de un humor sombrío, y el tiempo que hacía no contribuía a mejorar su estado de ánimo. El París de los días grises presentaba su peor aspecto.

Calone hojeó su agenda. Pero ningún nombre le inspiró. Decidió ir a almorzar, solo, a las afueras de París. Tenía que encontrar una explicación satisfactoria a la actitud de Costes. La más sencilla, la más evidente, la que había dado el propio Costes, no podía creerla.

Iba a salir cuando sonó el teléfono. Calone se inmovilizó un instante. ¿Se habría arrepentido Costes? De ser así...

Descolgó el receptor.

—*Allô!* ¿Nicolás?

Costes no había tenido nunca una voz tan armoniosa. Con un rastro de acento anglosajón.

—¿Sí?

—Soy Bárbara.

Bárbara, una amiga de su ex y efímera esposa. Se había encontrado con ella tres o cuatro veces en los Estados Unidos, y como insistiera diciendo que pasaba la mitad de su vida en Europa, Calone le había dado su número de teléfono.

—Le he llamado varias veces, pero siempre estaba usted de viaje. ¿Cómo le van las cosas?

—Muy bien. ¿Lleva usted mucho tiempo en París?

—Un par de meses, aproximadamente. Espero que no va usted a marcharse inmediatamente y que por fin tendremos ocasión de vernos...

—Cuando usted quiera... Precisamente he empezado unas largas vacaciones.

—¡Estupendo! Pero, ahora que caigo... Esta noche doy una pequeña fiesta. ¿Por qué no asiste a ella? Si es que no tiene ya otro compromiso...

La alusión era clara. Calone recordó ciertas veladas americanas durante las cuales se vio asediado por Bárbara, a pesar de la presencia de su esposa. Es cierto que en América, a partir de las diez de la noche, las costumbres tenían un aspecto muy especial.

—No tengo ningún compromiso.

—He alquilado un apartamento en el *boulevard* Maurice Barres, de Nancy. En el 17 bis. ¿Le espero a las seis? Luego iremos a cenar.

—De acuerdo.

—Un abrazo, Nicolás. Hasta luego.

Calone colgó el receptor, casi lamentando haber aceptado la invitación. Pero, después de todo, un poco de distracción no le vendría mal.

Cambió sus planes, almorzó en París, vagabundó un rato, regresó a su piso para cambiarse de ropa...

* * *

A las seis y media aterrizó en el rellano del departamento de Bárbara. A través de la puerta oyó la música, el rumor de las conversaciones, algunos estallidos de risa. Una docena de personas, por lo menos.

Bárbara en persona acudió a abrirle. Saltó a su cuello, comprometiendo el equilibrio de su vaso a medio llenar.

—¡Mi querido Nicolás! ¡Cuántas ganas tenía de verle!

Le cogió del brazo y le arrastró en dirección al salón. Bárbara no había cambiado. Continuaba siendo la norteamericana un poco loca, pero cuidadosa de su aspecto, que Calone había conocido. Un vestido de un modista parisiense, un par de joyas compradas en Nueva York, un sabio peinado de Alexandre cuya armonía Calone hubiese destruido de buena gana. Por puro sadismo, desde luego.

—Ya conoce usted la costumbre, Nicolás. Las presentaciones se hacen al azar... Le sirvo un vaso y, luego, le dejo campar a sus anchas...

Guiñó un ojo y añadió:

—¿Ron blanco? ¿*Whisky*?

—Ron blanco —dijo Calone—. Esta noche necesito entonarme un poco.

—Bravo. Por fin tendré ocasión de ver de cerca su horrible temperamento.

Calone la miró de soslayo.

—¿Quién le ha hablado de eso?

Bárbara enrojeció, murmurando:

—¡Dios mío! Ya he metido la pata. Yo... Bueno, eso no tiene la menor importancia...

Se produjo un silencio. Finalmente, Calone inquirió:

—¿Cómo le van las cosas?

—En América, las mujeres son fuertes, Nicolás. Lo han heredado de sus abuelas. Hace falta algo más que un divorcio para abatirlas.

—Me alegra mucho saberlo.

—Volverá a casarse próximamente.

Bárbara le tendió un vaso, preguntando:

—¿Está bastante frío?

—Perfecto. Y usted, ¿no ha vuelto a casarse?

—Pienso hacerlo dentro de poco.

—Felicidades. ¿Quién es el nuevo elegido?

Bárbara señaló a alguien con un gesto discreto.

—El que está junto a la ventana. ¿Qué le parece? Es guapo, ¿verdad? No, no es lo que usted cree: tiene más dinero que yo.

Pero Calone no miraba ya al efebo rubio que hablaba procurando exhibir sus blancos dientes. Sus ojos se habían detenido sobre la interlocutora del joven. Estaba vuelta de espaldas y no podía verla bien. Pero, si su rostro confirmaba lo que prometía su figura...

Bárbara se dio cuenta de que hablaba al vacío y tocó ligeramente el brazo de Calone.

—¿Le fascina hasta tal punto?

—Perdón...

—Desde luego, la chica vale la pena.

—¿Quién es?

—Una estudiante alemana que uno de mis amigos ha traído un par de veces.

Calone sonrió.

—Mi querida Bárbara, si me lo permite, voy a darme a conocer a sus amigos. ¿Le parece que empecemos por su futuro marido?

Bárbara sonrió burlonamente.

—Me encanta su cortesía... tan francesa. La muchacha se llama Ilse.

Calone se dirigió directamente hacia ella. Se detuvo delante de la pareja, alargó la mano al joven y dijo:

—Nicolás Calone. Soy un viejo amigo de su futura esposa.

—Encantado. Me llamo Shanon, Mark Shanon.

Pero Calone no le miraba ya. Se había vuelto, sonriendo, hacia la joven alemana, esperando manifiestamente una presentación.

El rostro confirmaba las promesas de la figura. El salón parecía ahora bañado por otra luz. Una luz que no favorecía nada a las otras mujeres.

—Ilse Greiner. Está terminando sus estudios de literatura.

Calone estrechó su mano. Se sentía en plena forma.

—Encantado —dijo.

Apenas notó la llegada de Bárbara en busca de su prometido. Sin duda lo había hecho a propósito. Calone sólo veía el rostro de Ilse, la sonrisa de Ilse.

—Bueno —dijo Calone—. No tenemos nada que decirnos, y es muy natural. Es demasiado pronto... o demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? Pero, si acabamos de conocernos...

—Sí, pero tenemos ya un largo silencio entre nosotros. La gente no concede la suficiente importancia a los silencios. Cuando no se arranca inmediatamente, diciendo no importa qué, la conversación se hace difícil. Bueno, ¿por dónde podríamos empezar? Mire, voy a proponerle otro vaso, ya que el suyo está vacío. Venga...

—Bebo muy poco, ¿sabe?

—A un par de vasos no puede llamársele beber.

La cogió suavemente de la mano y la arrastró en dirección al buffet. Ilse tomó otro *whisky*. Calone alzó su vaso.

—Por la literatura en general, y por la que le ha hecho venir aquí en particular.

—¿Le interesa la literatura?

—Voy a desaprovechar una ocasión de hacerme el interesante: leo muy poco.

—¿Por qué?

Calone miró a su alrededor con aire de misterio, se inclinó sobre el oído de Ilse y murmuró:

—Voy a hacerle una confidencia: soy un personaje de novela.

—Comprendo... Prefiere vivir su vida a leer la de los demás.

—Exactamente. Hoy, por ejemplo, tengo la impresión de que empiezo un nuevo capítulo.

—¿Por qué?

Calone se echó a reír.

—¿No lo adivina usted?

Ilse apartó la mirada, sin insistir. Calone señaló a la concurrencia.

—¿Conoce usted a mucha gente aquí?

—No. Aparte de Bárbara y de su prometido, no conozco a nadie.

—Excepto al amigo que la ha traído...

—Excepto a él, desde luego... Mire, es aquél...

Señalaba a un joven delgado y moreno que llevaba unas gafas ahumadas. Su traje había sido cortado por Cardin, pero lo clásico de su indumento no hacía olvidar sus orígenes mediterráneos.

—Se llama Jean-Claude Pottier. Trabaja en el cine.

—Está pasado de rosca.

—¿Cómo dice?

—Que está pasado de rosca... La nueva ola fue hace siete años.

—Es usted muy atrevido... No le conoce y no sabe lo que ha hecho.

—Cuestión de olfato.

—¿Está seguro de tener mucho?

—El suficiente para no dejarme devorar.

—Eso es también desconfianza.

—Llámelo como quiera... En la vida, todo es cuestión de reflejos. Hay que saber juzgar aprisa, no equivocarse.

—Habla usted como si su vida estuviera continuamente en peligro...

—Algo de eso hay.

—¡Vamos! ¿Quién vive peligrosamente ahora? La única aventura se encuentra en la Bolsa, y lo único que puede sucederle a un aventurero de nuestros días es morir de un ataque cardíaco ante la caída de sus acciones. A menos que sea de indigestión en un almuerzo de negocios.

—He aquí un punto de vista que no va a ayudarla en la vida.

—¿Por qué?

—Parece usted despreciar a esa clase de individuo. Siendo así, ¿dónde irá a buscar al dichoso elegido?

—Queda la aventura intelectual.

Calone hizo una mueca, vació su vaso y lo depositó sobre una bandeja.

—¿Su cineasta?

—¿Por qué no?

—Lo dudo.

—No pretenderá usted tener la exclusiva de la Verdad. Después de todo, es la suya, únicamente la suya.

—¡Oh! Nunca he tratado de imponerla. Cuanto más se cree poseerla, más evidente se hace que es una experiencia de solitario. Yo, por ejemplo...

—Perdone... Jean-Claude me llama.

Calone se interrumpió en medio de su frase, y acabó por sonreír. Continuó dando la vuelta al salón, y sostuvo sucesivamente una discusión técnica sobre automóviles, otra sobre la nueva moda que descubría las rodillas de las mujeres, y otra sobre el nuevo techo de la Ópera. Quedó agotado. Ilse se encontraba en otro grupo, asediada por un tipo de cincuenta años, vestido con el atildamiento propio de aquella edad.

Luego, Bárbara sugirió que fueran a cenar. Precisamente, conocía un restaurante «foormidable», un *bistrot* cuyo dueño, provenzal, servía unas especialidades de su región «positivamente divinas».

Calone se acercó a Ilse. Le propuso:

—¿La acompaño?

—Lo siento. Voy con M. Lenoir.

Era el viejo atildado. Seguramente tenía un enorme Lancia gris y conducía con guantes de chófer de *rallye*.

Bárbara se acercó a Calone.

—¿Me acompaña, querido?

—Con mucho gusto.

Salieron del apartamento. El viejo atildado tenía efectivamente un Lancia y conducía con guantes deportivos. Calone se contentaba con un modesto 404. Una vez instalada, Bárbara dijo:

—Nicolás, está usted a punto de enamorarse.

—¿Yo? —inquirió Calone, con fingida inocencia— ¿Y de quién?

—Hipócrita... De Ilse. Lo veo llegar, como una avalancha.

—¿Y qué?

—No se fíe, Nicolás. Ilse es muy joven.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Quién corre peligro, ella o yo?

—Los dos, sin duda. Le conozco bien, Nicolás, conseguirá lo que se propone. Pero ¿y después?

—Es una pregunta que nunca me formuló.

Rodaron unos instantes en silencio. Luego, Bárbara dijo:

—¿Sabe una cosa, Nicolás? Es usted el único hombre con el cual no me hubiera casado nunca.

—No es una opinión muy amable, que digamos.

—Al contrario. Le aprecio demasiado para llegar a ese extremo.

Calone se limitó a sonreír. Bárbara colocó su mano sobre la de Calone, acarició sus dedos.

—Una verdadera lástima...

—¡Eh! No olvide que está prometida.

Bárbara retiró su mano, rebuscó en su bolso.

—¿Quiere usted un cigarrillo, Nicolás?

Calone inclinó la cabeza. Bárbara encendió dos cigarrillos y deslizó uno entre los labios de su compañero. Encogió las piernas, como si tuviera frío, dio unas chupadas a su cigarrillo y dijo:

—¿Siempre ha desarrollado usted unas actividades tan misteriosas?

—¿Quién le ha hablado de eso?

—En ciertos lugares, los rumores se extienden con mucha rapidez.

—No haga caso de los rumores. Soy un simple geógrafo.

—Sí, sí, lo sé, ya me lo ha dicho. Pero nunca me ha explicado qué necesidad tienen los geógrafos de pasearse con unas enormes pistolas... ¿No lo recuerda? Una noche, en Tucson...

El rostro de Calone se cerró. Involuntariamente, Bárbara acababa de hundirle de nuevo en sus problemas. Con cierta sequedad, dijo:

—No hablemos más de eso, ¿quiere?

Capítulo VII

Werner Klaus no recordaba haber encontrado al coronel fuera, si no de su despacho, al menos de los locales que albergaban el Servicio al cual pertenecía.

Klaus le vio de lejos, instalado en la terraza de un pequeño café, leyendo un periódico, como un modesto rentista que toma plácidamente el sol.

Klaus se detuvo delante de la mesa, diciendo:

—Tenía miedo de llegar tarde...

Se sentó, mientras el coronel le preguntaba:

—¿Dificultades?

—No, no, todo marcha bien.

—¿Qué quiere usted tomar?

—Una cerveza.

Permanecieron allí largo rato, hablando de cosas intrascendentes. Luego, el coronel pagó las consumiciones y se puso en pie. Los dos hombres subieron a lo largo de la orilla del Rin. El coronel había escogido Colonia por motivos estratégicos y prácticos.

—¿Entonces?

—La trampa funciona.

Klaus contempló al coronel mientras andaba. También aquello era nuevo para él. Dejaba de ser el hombre-tronco, la cabeza pensante. Klaus se dijo que perdía algo de su prestigio. El coronel era bajito y delgado. Sus pasos eran regulares y menudos, y Klaus no podía adaptar a ellos sus largas piernas.

—Nuestra amiga ha conquistado a Calone, tal como estaba previsto. Él le consagra la mayor parte de su tiempo.

El coronel se detuvo para contemplar el paso de unas barcazas. Klaus se acodó en el parapeto y murmuró, con aire soñador:

—Me gustaría dejarme conquistar así. Aunque fuera una trampa...

—No se lo deseo. Y en el terreno psicológico, ¿qué tal se encuentra Calone?

—Salva bastante bien las apariencias. Y, además, el conocer a Ilse le ha entonado. Es el período eufórico.

—Ejem... ¿Cuáles son exactamente sus relaciones?

Klaus dirigió una burlona mirada al coronel.

—Diríase una pregunta de marido celoso... Tranquilícese, no han llegado muy lejos. Ilse sabe parar las cosas a tiempo.

El coronel había enrojecido ligeramente.

—Ilse me interesa como un mecanismo concebido por mí —replicó, en tono seco—. Quiero saber si funciona bien y si da el rendimiento esperado.

—Desconfía usted, ¿no es cierto?

—Naturalmente. Por mucho y bien que se condicione a una persona, siempre hay que conceder un margen a los imponderables. Imagine que sea ella la que se enamore...

Klaus hizo una mueca.

—Me sorprendería mucho. Ilse sólo tiene las apariencias de una mujer. Puede usted estar orgulloso de su mecanismo.

—¿Qué sabe usted de ella? ¿Acaso se han visto?

—Sí. Una vez.

—Se lo había prohibido.

—Lo sé, pero su emisor sufrió una avería. Me lo hizo saber, y fui a repararlo.

El coronel golpeaba el pequeño muro de piedra con su periódico enrollado.

—No me gusta eso. La menor imprudencia puede comprometerlo todo.

Se volvió bruscamente, miró a Klaus.

—¿Le ha hecho usted la corte?

—Sí.

—¿Y ella le envió a paseo?

Se miraban fijamente. El coronel esbozó una sonrisa de triunfo. El fracaso de Klaus parecía producirle una gran satisfacción.

—¿Le divierte eso?

—No. Me tranquiliza. Vamos, andemos un poco... Dígame, ¿cuándo cree usted que podrá entrar en escena?

—Dentro de cinco o seis días. Con un personaje como Calone, resulta difícil hacer pronósticos. Ilse le entretiene, es cierto, pero en el fondo de su ser se aburre. La acción, en él, debía ser una droga.

—Conoce usted bien el asunto, ¿verdad?

—Un poco...

—En el fondo, Calone y usted son muy parecidos. ¿Reaccionaría usted igual, Werner?

—Cuando me encuentre en la misma situación, se lo diré.

—Parece usted desconfiar de mí.

Klaus esbozó una sonrisa.

—No hago más que aplicar los preceptos de la escuela: desconfía de todo el mundo, incluso de tu mejor amigo. Mata a tu padre, si es un traidor. Sólo la causa es justa. Siempre se habla demasiado. Desconfía de los...

—Lo sé, Werner, lo sé... Y le felicito. ¿Tiene usted algo más que señalarme?

—No. El comportamiento de Calone es normal. No se encuentra con nadie ni recibe visitas. Al parecer, le han expulsado definitivamente del Servicio.

—Sí, nuestro informador me lo ha confirmado.

—¿Y a propósito de Weber?

—El asunto ha sido archivado. Según nuestro agente, no tuvo tiempo de hablar por teléfono. Sólo unas palabras, le concretó la secretaria.

—A veces, unas palabras son suficientes.

—Preferiría conocerlas, desde luego, pero no me preocupo. Lo que sé de Costes me permite afirmar que hubiera reaccionado inmediatamente. De un modo u otro. ¿Cuándo regresa usted a París?

—Esta misma noche.

—En cuanto Calone esté maduro, avíseme.

—¿Antes de actuar?

—Sí. Quiero coordinar mis informaciones antes de entrar en acción.

—De acuerdo.

—Vamos a despedirnos aquí, Werner. Buena suerte.

Klaus le miró mientras se alejaba. De espaldas, el coronel daba la impresión de que llevaba un corsé. Klaus le vio cruzar el muelle y subir a un Mercedes negro con matrícula de Munich.

Esperó a que el disco rojo hubiera cambiado para dar media vuelta.

* * *

En el servicio de información se envejece rápidamente. Costes lo comprobaba observando a Frédéric Salat, sentado enfrente de él. ¿Dónde estaba el joven de rostro frescachón que un día se había presentado a él después de su estancia en el Centro?

Pocos años habían bastado para convertir a Salat en un hombre duro, de rostro chupado. Pero, más que las facciones, lo que impresionaba a Costes era

la mirada. Los ojos azules parecían haberse vitrificado. Eran los ojos de un hombre que había visto lo peor, que había matado.

Costes quedó súbitamente desconcertado por el parecido existente entre Salat y Calone. El uno en rubio, el otro en moreno. La cosa se remontaba quizás al principio, cuando Salat había llevado a cabo sus primeras misiones con Calone...

Salat regresaba de China, una misión de altos vuelos que le había retenido semanas enteras en otro universo, completamente aislado del mundo exterior. Y aquel aislamiento era lo que había decidido a Costes a utilizarlo. De todos los miembros del Servicio, era el único que no podía ser sospechoso de traición. Había regresado en el momento oportuno...

Se encontraban en el apartamento de Salat, un amplio y tranquilo estudio en una residencia de Meudon. Paule Blain asistía a la entrevista.

Salat contemplaba su vaso, con las cejas fruncidas.

—Conozco bien a Calone —dijo, finalmente—. Esa clase de individuo no traiciona. Prefiere dejarse matar, aunque sólo sea para fastidiar a su adversario.

—Todo el mundo evoluciona, Frédéric. El cerebro de un hombre no es un mecanismo, sino un laboratorio de química cuyos recursos se desconocen. Cualquier mezcla puede producir resultados imprevistos...

Costes encendió un cigarrillo y continuó:

—Ahora bien, si quiere que le diga lo que pienso, yo tampoco creo que Calone sea el traidor que buscamos.

—¿Está seguro de que se encuentra en el interior mismo del Servicio?

—Sí. Para conocer la verdadera identidad de Weber, debía tener acceso a su expediente y, en consecuencia, pertenecer a la avenida Hoche.

—¿No podían haberse enterado por otro conducto?

—No. En primer lugar, sabían que trabajaba para nosotros. Además, Weber señaló en su mensaje que estaban muy documentados sobre nosotros. En resumen, es usted el único en quien puedo tener confianza.

—¿Y cree usted que la trampa funcionará?

Costes sonrió.

—Ya ha funcionado, Frédéric.

Salat dejó su vaso sobre la mesa y se retrepó en su butaca.

—Explíquese.

—Es muy sencillo. Nos encontramos ante dos elementos. Por una parte, hay un traidor entre nosotros. Por otra parte, los... patronos de ese individuo parecen particularmente interesados en utilizar a un agente francés en un plan

cuyo alcance ignoro todavía... Weber, al cual obligaron a someterse revelándole que conocían su verdadera identidad, escapó de entre sus manos en el último momento. Era el único agente susceptible de ser presionado. Dado que no tenían posibilidades de encontrar otro, he preferido facilitárselo yo mismo para que no se vieran obligados a cambiar de táctica. Detrás de todo esto intuyo un plan importante. Weber habló de un atentado contra el ministro de Asuntos Exteriores soviético, no lo olvide. Es probable que una potencia X trate de interrumpir el actual flirteo entre Francia y la U. R. S. S. Si me hubiera precipitado, se habrían replegado sobre sus posiciones y yo no hubiera descubierto nada. No hay que perder de vista que están informados de las actividades del Servicio. Luego habrían elaborado un plan completamente distinto. Ni siquiera sé quiénes son, Frédéric. Sólo podía hacer una cosa: utilizar sus propias armas. Me refiero a ese hombre que les informa.

—Y ha expulsado usted oficialmente a Calone del Servicio.

—Sí. Había dos alternativas: o Calone era el traidor y desaparecía, o no lo era y tal vez se decidieran a establecer contacto con él. No me resultó fácil, puede creerlo, pero espero haber sido lo bastante torpe en mi explicación como para que Calone se olera algo anormal.

Oscurecía, pero Salat no se decidía a moverse para encender las luces. Estaba fascinado por Costes. Éste se explicaba con una naturalidad que en cualquier otro hombre habría rozado la inconsciencia. Pero la palabra inconsciente no podía aplicarse a Costes, que vivía en un perpetuo estado de vigilia.

Costes se inclinó bruscamente. Su voz se hizo más áspera.

—Veo muchas cosas, Frédéric... El traidor, los miembros de la red que le dirigen y el plan que les obliga a utilizar un agente francés.

Salat asintió.

—Son muchas cosas, en efecto. ¿Qué sabe usted de Calone?

—Sé que han establecido contacto con él. Sé quién le está asediando.

—¿Una mujer?

—¡Vaya! —rió Costes—. ¿Cómo lo ha adivinado?

Se encogió de hombros.

—Una mujer, naturalmente. A Calone no podían ofrecerle otro cebo.

—De todos modos, la cosa no llegará muy lejos. Más de una ha tratado de seducirle para poseerle mejor.

—De momento, la cosa está dando resultado. Por otra parte, Calone ignora que la muchacha ha sido colocada a propósito cerca de él. Se llama Ilse

Greiner y se hace pasar por estudiante. Hay que admitir que han sabido escoger: es guapa, inteligente...

—No lo será tanto, si ha conseguido usted localizarla.

—Ella no tiene la culpa. He efectuado una pequeña investigación por mi cuenta. La muchacha tiene un tío en Dusseldorf, un tío al cual no ha visto nunca, pero que afirma conocerla. Podría ser. Pero, los primos, Frédéric, los primos... Quedaron muy sorprendidos al enterarse de que tenían una prima tan guapa. A partir de entonces, la cosa fue fácil. Siempre por mi cuenta, me di una vuelta por su pequeño estudio del distrito 16, y efectué un interesante descubrimiento: una emisora portátil. ¿Conoce usted a muchas estudiantes alemanas que tengan una emisora en su habitación?

—¿Una emisora portátil? Eso significa que tiene un corresponsal en la zona de París.

—Naturalmente. La emisora de Ilse Greiner está en una maleta, de modo que la muchacha puede transmitir desde diversos lugares. El que sirve de enlace debe de tener una instalación más importante. He informado ya a los servicios interesados, pero todavía no han descubierto nada.

—¿De modo que esa joven está seduciendo a Calone? Me gustaría saber cómo se las arregla para inducirle a traicionar... ¿Negándose a él? Tratándose de Calone, se arriesga a salir malparada...

Costes se volvió hacia Paule, sonriendo.

—Acérqueme el magnetófono, Paule...

Costes colocó el aparato sobre la mesa, diciendo:

—No le garantizo la calidad de la grabación.

Puso el magnetófono en marcha, pulsó una tecla.

—Se trata de un pequeño montaje que he efectuado para usted. El efecto es bastante impresionante, va usted a verlo. Escuche bien. Primera jornada del idilio Nicolás Calone-Ilse Greiner...

Se oyó un runruneo. La cinta empezaba...

Capítulo VIII

Bobina I. Pista I.

—No pensaba encontrarme hoy en su casa, *monsieur* Calone, y no sé hasta qué punto es razonable...

—Le prometo portarme bien, si me llama usted Nicolás.

Un chirrido. La voz de Calone, más lejana:

—¿Qué quiere usted beber?

—Nada que contenga alcohol. Si tiene usted...

(Final de la frase incomprensible).

—... del *whisky*. Tenga.

—Gracias.

—Bueno, ¿intranquila?

—He aprendido a dominar el miedo, Nicolás.

—De todos modos, ¿por qué ha venido?

—No saque usted conclusiones apresuradas de ello... Conozco a muy poca gente en París, y me encanta trabar nuevas relaciones.

—Con Bárbara, no tardará en conocer a todo París.

—La perspectiva no me seduce demasiado.

—¿Qué es lo que le seduce, exactamente?

—En primer lugar, continuar mis estudios. Luego... —¿Luego?

—Realizarme a mí misma. Y no sólo a través de la literatura. Hay la amistad...

—... el amor...

—¿Cree usted que se puede obtener satisfacción en todos esos terrenos al mismo tiempo?

—En todos, no lo sé. En algunos, sí. ¿Cuál es el más importante para usted?

—¿Por qué establecer una clasificación? ¿La ha establecido usted, acaso?

—Sí. Para mí, el amor es lo primero. Siempre busco la dificultad.

—No es usted serio, Nicolás.

—En amor, sí.

—Como todos los franceses, o, mejor dicho, como todos los hombres en general.

—¿Es decir?

—La sinceridad del momento... Es usted capaz de decir «Te quiero», de creerlo mientras lo dice, y de haberlo olvidado cinco minutos más tarde, con la misma buena fe.

—Espero poder demostrarle lo contrario, Ilse.

—Soy muy desconfiada, Nicolás. He leído mucho.

* * *

Se produjo un silencio. Con voz melosa, Costes anunció:

—Segunda jornada...

* * *

La voz de Ilse:

—El problema no está en encontrarse, sino en reconocerse. Todo el mundo engaña, todo el mundo lleva un disfraz...

—¿Usted no?

—Yo trato de ser siempre yo misma. ¡Oh! No resulta fácil.

—Creo que es usted demasiado exigente. Está deformada por su literatura.

—No es eso. No me da por el romanticismo. El hombre al que yo ame tendrá que ser un héroe, no un tipo llorón.

—¿Qué tendrá que hacer? ¿Saltar de un avión sin paracaídas, atacar el Fuerte Knox, o desafiar al campeón del mundo de los pesos pesados?

—Tiene usted una idea simplista del héroe, Nicolás. No necesitará ofrecerse como espectáculo, me bastará con saberlo...

—Comprendo. Es mucho más práctico. Un punto de vista subjetivo. Si usted ama a un hombre, aunque sea idiota y analfabeto, será un héroe. *Su* héroe.

—No me hace mucho favor con esas palabras, Nicolás.

—Es cierto. Merece usted algo mejor...

* * *

—Inteligente, la chica —comentó Salat—. Nicolás se está divirtiendo...
—Por desgracia, me veo obligado a saltarme el tercer día, que transcurrió en otra parte. He aquí el cuarto episodio de ese apasionante folletín...

* * *

—No me ha dicho nunca a qué se dedica, Nicolás.
—¿Acaso es importante para la opinión que se forme de mí?
—Todo tiene su importancia en una persona. El menor detalle... Sus manos..., su modo de andar..., el color de sus corbatas... Sí, detalles estúpidos.
—¿Necesita usted todo eso?
—No ha contestado aún mi pregunta.
—Ejem... No puedo darle una respuesta concreta. Digamos que, de momento, no hago nada.
—Es decepcionante.
—¿El qué?
—Un hombre que no hace nada. Es una máquina inútil. ¿Para qué ha sido creada?
—Para el placer. ¿Cree usted en el placer?
—No lo sé. Es algo que me da miedo.
—¿Miedo? ¿De qué? ¿De que la traten como a un objeto?
—Sí.
—Para mí, no lo es.
—¿Qué soy para usted?
—Una mujer. Una mujer que se busca y que busca... Pero es usted tan exigente, que resulta casi imposible no decepcionarla.
—La exigente no soy yo. Son los demás los que renuncian, los que aceptan los compromisos... Un día encontraré a alguien parecido a mí...
—Me gustaría ser ese alguien.
—¿Usted, Nicolás?

* * *

—Séptima jornada —anunció Costes—. Progresión al cuadrado.

* * *

—¿Sabes? Para mí, un hombre tiene que ser fuerte. No debe permitir que le impongan una ley. Si tiene que ser esclavo de su automóvil, de sus objetos

familiares, de todo un conjunto, no es un hombre.

—¿Por qué rechazaría todo eso?

—Tú defiendes tu punto de vista, Nicolás... No, no, escucha. Te aprecio de veras. Me siento atraída por ti. Pero es algo... ¿cómo diría yo?... algo puramente físico. En el otro terreno..., no te enfades..., no existes. ¿Comprendes? ¿Qué es lo que eres? Una especie de *play-boy*, más inteligente que los otros. Un solterón, guapo, que sólo piensa en sí mismo. Sabes elegir una corbata, un restaurante... Sabes decir la palabra oportuna en el momento oportuno. Eres un parisiense cabal, un producto acabado de nuestra civilización... No te rías, ¿quieres? Conozco montones de hombres como tú. Sí, sí. Pero es la primera vez que trato a uno de ellos.

—¿Tal vez por que yo soy distinto?

—No, no... Creo que quise conocerte por curiosidad, para estar segura de no equivocarme... ¡Oh! No te molestes en adoptar ese aire de superioridad. Conozco el truco. Eso quiere decir: «Pequeña mía, cuando tengas mi experiencia...» ¡La experiencia! Ahora no hacen falta cien años para adquirirla... ¿Quieres dejar de sonreír de una vez? Crees que hablo como un libro, ¿no? Anda, confiésalo... Di lo que piensas.

—Pienso que tienes una boca muy bonita, aunque diga tonterías. Pienso en tus ojos... y en tus manos... y en todo lo demás...

—¿Ves? Me has dicho eso un montón de veces.

—Me has pedido que dijera lo que pensaba.

—Me descorazonas... No, no, lo sé. Ya me has expuesto tu famosa teoría del momento. Pero ¿no crees que...? No, suéltame, Nicolás... Nicolás... Escucha... Me estás despeinando... Nicolás...

* * *

—El resto no tiene interés —dijo Costes—. El sonido es muy malo. Octava jornada.

* * *

—Me hubiera gustado vivir mil años... o aunque sólo fuera hace doscientos años. Tengo la impresión de que la gente ya no encuentra nada que hacer. ¿No opinas igual? Entonces existía la aventura... Aquellos hombres que partían sin saber hacia dónde... Defendían una causa: la suya, y la de toda la humanidad. Sí... Un tipo como Cristóbal Colón, por ejemplo. No era un santo, precisamente, pero descubrió América. Ahora, encierran a un individuo en una cápsula y le envían a dar vueltas a la Tierra.

—Juzgas todas las cosas a través de tu universo, Ilse. ¿Qué sabes del universo de los demás? ¿Qué sabes de la vida paralela de algunos hombres? Un día dijiste que la aventura, en el hombre que ames, no será forzosamente espectacular... Y, en fin, nunca sabemos nada de los demás. Sólo pensamos en nosotros mismos. ¿Quieres que te hable de mí?

—Si te empeñas... Pero ya se quién eres.

—¿Eso crees? Imagina que lo que ves es una simple apariencia, que mi vida es muy distinta... Más peligrosa, aunque no sea espectacular...

—¿Te das cuenta? No, no digas nada, Nicolás, yo no te pregunto nada. Hay cosas que no se inventan. Se las intuye. Si tú llevaras esa clase de vida, yo lo intuiría, y..., y..., bueno, las cosas cambiarían.

—¿Por ejemplo?

—No me resultaría tan difícil amarte...

* * *

—Éste es el final del condicionamiento —dijo Costes.

—Han escogido bien a su vampiresa... Pero no creo que Calone se deje atrapar.

Costes encendió un cigarrillo, con aire preocupado.

—Yo no estoy tan seguro... Si Nicolás continuara perteneciendo al Servicio, no habría problema. Ahora, en cambio, ¿sabe usted lo que va a pasar? Empezará a interrogarse, a formularse preguntas... y terminará por aceptar el contacto previsto por nuestros adversarios. ¿Se apuesta algo a que inician inmediatamente la ofensiva?

—¿Van a ofrecerle un trabajo?

—Estoy convencido de ello. El tipo que dirige todo eso es inteligente. Encontrará un medio para que Calone se trague la píldora. No se trata de colocarle en una situación de traidor... Convencerá a Calone de que sus actividades no nos afectan para nada.

Salat se puso en pie y fue a encender las luces. Hacia el oeste, más allá de los árboles del parque, el cielo tenía un color azul-malva y las ramas de un castaño se destacaban en negro, claras y concretas como un delicado dibujo japonés.

—¿Y si Calone se deja convencer? —inquirió súbitamente Salat.

—Me habrá dado involuntariamente la pista. Entonces entraré en acción.

—¿Y en caso contrario?

—Es lo que yo espero. Confío en que la actitud de Calone corresponderá a mis esperanzas. Tiene que comprender que yo había previsto todo esto, pero

que no podía obrar de otro modo. Tiene que fingir que se deja convencer, que descubrir, al igual que Weber, que los otros están demasiado bien informados sobre el Servicio... y que actúe en consecuencia.

—Le exige usted mucho.

—Conozco a Calone... No en balde le escogí con preferencia a cualquier otro. Por una parte, sólo existía una mínima posibilidad de que fuera el traidor, y, por otra, era el más apto para captar mis intenciones. Eso, sin negar capacidad a los otros agentes, desde luego. Ahora estoy más tranquilo. Las cosas se han puesto en marcha. Después de Ilse, alguien va a entrar en escena... al mismo tiempo que usted, Frédéric. Usted cubrirá las espaldas de Calone, como ha hecho ya otras veces. Nunca se sabe lo que puede ocurrir. Si Calone fracasa, que tengamos al menos un hilo conductor. Pero, mucho cuidado: hay que evitar por todos los medios el comprometer a Calone.

—Desde luego.

—Va usted a enfrentarse con una tarea muy difícil, Frédéric, y por desgracia tendrá que actuar solo. De momento, mi Servicio está a la espera. Su misión empieza esta misma noche. Algo va a pasar.

Capítulo IX

Hacía dos días que duraba la cosa. Sí, desde hacía cuarenta y ocho horas, le había sido imposible hablar con Ilse por teléfono. Por dos veces se había presentado en su apartamento, pero la muchacha no estaba allí.

Calone no había querido ponerse en ridículo, yendo al Barrio Latino. Efectuó una nueva tentativa que tampoco tuvo éxito, y colgó el receptor.

Se sirvió un *whisky* doble, sin hielo, y se instaló en una butaca, bebiendo con aire pensativo.

Estaba preocupado. Hasta cierto punto, por Ilse, pero de un modo especial por la importancia que atribuía a aquel encuentro.

Se había producido en un momento de su vida en el cual estaba disponible. ¿Cuántos años hacía que no había conocido semejante situación? Siempre había considerado que pertenecía al Servicio las veinticuatro horas del día.

Salvo durante la última quincena. Y no podía decir que aquella disponibilidad le satisficiera. Desde que Costes le había dado la baja, no se sentía en paz consigo mismo.

¿Qué es lo que había cambiado? ¿Él? ¿Cuándo? Lo ignoraba. Tampoco con Ilse le habían salido bien las cosas. No era ya un colegial para sentirse profundamente afectado en el plano sentimental, pero más allá de aquel aspecto del problema, todo parecía tambalearse a su alrededor.

Vació la mitad de su vaso, se puso en pie y fue a situarse delante de un espejo. No, él no había cambiado. Pero ¿podía ser él mismo un buen juez en la materia? Tuvo miedo de no ser ya lo bastante lúcido.

Sin embargo, la decisión de Costes había sido arbitraria. El resultado de sus últimas misiones no justificaba semejante actitud.

Pero, existía Ilse... Ilse, a la cual había sentido varias veces a punto de abandonarse, pero que no se decidía a dar el paso definitivo. Porque no creía en él, porque imaginaba que era un ocioso con dinero, preocupado únicamente por sus conquistas femeninas. ¿Podía contarle lo que había sido su vida en los últimos años? Un reflejo de prudencia le había impedido decir una sola palabra.

Tanto peor para Ilse.

Desgraciadamente, aquello no cambiaba en nada el problema, su problema personal. Calone sacudió la cabeza y volvió a sentarse. ¿Se notaba acaso que no era más que un simple desocupado?

Sonó el teléfono. Calone se puso en pie, sin prisa, y descolgó el receptor.

—¿Nicolás? ¿Cómo le van las cosas?

Era Costes. Calone respondió, en tono indiferente:

—Muy bien. Es la primera vez, desde hace años, que puedo acostarme sin mirar si debajo de mi cama hay un hombre dispuesto a estrangularme.

—Me alegro mucho. Temí que...

—No se preocupe por mí —le interrumpió Calone—. Siempre he sabido adaptarme a todo.

—¿Continúa sin hacer nada?

—Sí. Me estoy tomando unas vacaciones. Me había olvidado de que existían, y eso ocupa todo mi tiempo. ¿Por qué?

—Era a propósito de mi ofrecimiento. Tiene que tomar una decisión. Aunque sólo sea para normalizar su situación. Si acepta...

—Costes... —dijo Calone suavemente—. ¡Pueden irse al cuerno, usted y su Servicio!

Y colgó.

Mientras se servía otro vaso, se preguntó una vez más qué juego se traía Costes entre manos. Aquel encarnizamiento en perseguirle, en fastidiarle...

«Soy una máquina desprovista de corriente —pensó—. No sirvo para nada. Para nada. Un satélite que ha abandonado su órbita. Un cuerpo sin alma.»

Furioso, vació su vaso, haciendo un esfuerzo para no estrellarlo contra la pared de enfrente. Estaba decidido. Al día siguiente iría a ver a Costes. Le obligaría a explicarse. Llegaría hasta el escándalo, si era preciso. Aquella noche sentía de un modo especial lo injusto de su expulsión.

Se sirvió otro vaso, y otro más. Había practicado ya la evasión por medio del alcohol. Después de una misión especialmente penosa, por ejemplo. Era un modo de desintoxicar la mente.

Alrededor de las once llamaron a la puerta. Tras una breve vacilación, Calone fue a abrir. Pero, antes de hacerlo, atisbo por la mirilla. Vio a un hombre en el rellano, un desconocido.

Desconfiado, fue en busca de su pistola polaca. Luego abrió la puerta.

El hombre sonreía. Simpático *a priori*. Alto, como el propio Calone, con aquel aire especial de los que no han aprendido a vivir en los libros o en los

despachos. Calone reconoció en él a la clase de individuo que había encontrado a través del mundo en situaciones muy particulares.

—¿El señor Nicolás Calone?

Hablaba un francés sin acento.

—Sí...

Calone tenía la mano en el bolsillo, con los dedos cerrados alrededor de su arma.

—Me llamo Claude Hoffner. ¿Podría hablar un momento con usted?

—¿A propósito de qué?

La sonrisa de Claude Hoffner se acentuó.

—Bueno..., me he enterado de que estaba usted... ¿cómo diría yo?... disponible. Y es posible que pueda ofrecerle un empleo... si está usted de acuerdo, desde luego.

—Lo siento, pero no busco empleo.

—Estoy convencido de ello, pero lo que quiero proponerle no es un empleo corriente.

Calone vaciló un instante. Luego, intrigado, dijo:

—Pase.

—Gracias.

Claude Hoffner entró en el apartamento. Calone le señaló un asiento y le ofreció un *whisky*, que el otro aceptó.

—Le escucho —dijo Calone.

—Verá... La sociedad a la cual represento, por medios que desconozco, sabe cuáles habrían sido sus actividades hasta hace poco tiempo. Sabe también, como ya le he dicho, que actualmente se encuentra usted disponible. Interesada en sus cualidades, le gustaría que aceptara usted un empleo en ella.

—Creo que pierde usted el tiempo. Yo no...

—¡Un momento! —le interrumpió Claude Hoffner—. A fin de cuentas, el escuchar mi propuesta no le compromete en absoluto.

—Si eso le divierte...

—Opino sobre todo que el beneficio sería mutuo. Es usted un hombre de acción, *monsieur* Calone, y estoy seguro de que estas prolongadas vacaciones no son de su agrado. Lo que vengo a ofrecerle es acción, precisamente.

—¿Qué clase de acción?

—Verá... La sociedad en cuestión es de emanación europea. Se dedica a estudios de mercados, muy confidenciales, lo cual quiere decir que los elementos básicos de esos estudios son a menudo secretos. Los resultados

repercuten inmediatamente en las naciones europeas adheridas a nuestra organización.

—¿Dónde se efectúan esos estudios?

—Muy a menudo en el seno mismo de esos países.

—No acabo de entenderlo... ¿Dónde está el secreto en todo eso?

—Lo comprenderá en seguida. Ocurre que ciertos miembros de las industrias privadas e incluso de los organismos oficiales no juegan siempre limpio. Hay que acabar con ese clima de desconfianza y de engaño. De modo que esos estudios tienden a hacer inútiles las jugarretas de algunos. En cuanto esos clientes recalcitrantes hayan comprendido que nadie se deja engañar y que su actitud es completamente inútil, habremos dado un gran paso en dirección a la Europa unida. Además...

—¿Además?

—... No se excluye la posibilidad de que esos estudios desborden el marco de Europa y se efectúen en otras partes, más lejos... Al otro lado del océano. Pero ésa es otra historia.

—¿Y cuál sería mi papel?

—Sería usted uno de nuestros investigadores.

—Investigador... ¿No tiene usted una palabra más concreta para definir esa clase de actividad?

—¿Qué palabra?

—Espía, por ejemplo.

—Bromea usted... No se trata de copiar los planos del último Vostok, o de provocar una revolución en África. Nosotros no estamos politizados, sólo nos ocupamos de informaciones comerciales.

Calone vació su vaso y volvió a llenarlo.

—¿Cómo es que han pensado en mí?

—Lo ignoro, ya se lo he dicho... Tal vez sus anteriores patronos le han recomendado a nuestra sociedad... Pero esto no es más que una afirmación gratuita.

Calone hizo una mueca.

—Todo eso no parece demasiado excitante.

—No se fíe de las apariencias, *monsieur* Calone. Ciertas informaciones no resultan tan fáciles de obtener. El conseguirlas requiere habilidad, decisión... y a veces buenos reflejos. Algunos industriales tienen un temperamento nervioso y suspicaz. Desde luego, su sueldo estará en consonancia con la tarea a realizar.

—¿Qué nombre tiene esa sociedad?

Hoffner sonrió.

—Permítame que sea discreto, de momento. No nos interesa que el gran público se entere de la existencia de esa sociedad.

—¿Y yo formo parte del gran público?

—De momento, sí. Desde luego, si acepta usted mi propuesta, conocerá a los responsables y concretaremos todos los detalles. ¿Qué dice usted?

Calone lamentó haber bebido más de la cuenta. Encendió un cigarrillo y se hundió en su butaca. Claude Hoffner le observaba. Calone le era decididamente simpático. Aquella simpatía había sido en él una reacción espontánea, que descubría al hombre.

Calone, por su parte, era mucho más desconfiado. Todo aquello resultaba muy raro, a pesar de las plausibles explicaciones de Hoffner. Era demasiado sencillo. ¿Por qué venían a ofrecérselo todo en bandeja?

Sin embargo, era posible que los largos años pasados en el Servicio hubieran deformado su visión de las cosas. Tal vez Hoffner decía la verdad... De todos modos, un detalle intrigaba a Calone. ¿Cómo se habían enterado de su actual situación?

Conocía muy bien el Servicio y la discreción de Costes, el cual no era capaz de ir contando por ahí que Calone no pertenecía ya al Servicio.

A menos..., a menos que lo hiciera a propósito.

Calone no se movió, pero si Hoffner le hubiese conocido mejor hubiera desconfiado del breve resplandor que acababa de cruzar por la mirada de Calone.

Súbitamente, Calone se sintió mucho mejor, casi relajado. Encendió otro cigarrillo, dejando que transcurriera un poco más de tiempo. La situación continuaba siendo rara, pero ahora empezaba a gustarle.

A pesar de la aparente tranquilidad de Hoffner, Calone le sabía atento, casi en tensión.

—¿Y usted? —preguntó Calone—. ¿Qué cargo ocupa en esa sociedad?

—El de simple investigador. Me encantaría tenerle como camarada. ¿No cree usted que por encima de los mezquinos conceptos de las nacionalidades existe una fraternidad de individuos de nuestra clase?

—Sí, desde luego —dijo Calone, ausente.

—¿Entonces?

—Bueno, si he de serle franco, me ha cogido usted de sorpresa y la cosa no me entusiasma demasiado.

Claude Hoffner se inclinó hacia adelante.

—¿Por qué?

—El trabajo no parece muy interesante... Además, desconfío.

—¿De qué?

—No me gustaría ir contra unos intereses que he defendido durante años.

—En lo que respecta a ese último extremo, puedo tranquilizarle. Yo mismo soy francés —alsaciano—, y por nada del mundo le causaría dificultades a mi patria. Por el contrario, sé que al obrar así le presto un servicio.

Hoffner hizo una breve pausa, y luego continuó, en tono más apremiante:

—Piénselo bien, *monsieur* Calone. Le ofrezco la posibilidad de reencontrarse a sí mismo, de actuar de nuevo. Un hombre como usted no puede retirarse tan joven. Sería como enterrarse en vida. Durante todos esos días de inactividad, seguramente ha encontrado a faltar algo...

—Es posible —dijo Calone—, es posible.

Pensaba en Ilse. Claude Hoffner vació su vaso y se puso en pie, diciendo:

—Comprendo perfectamente que no se decida usted en el plazo de una hora. Es natural que desee reflexionar. Tómese todo el tiempo que quiera para estudiar mi propuesta, y volveremos a hablar de ella. ¿Le parece bien pasado mañana?

—De acuerdo.

—Bien. Le llamaré por teléfono, para concretar la hora. Calone asintió.

Acompañó a su visitante hasta la puerta. Hoffner le tendió la mano, sonriendo amistosamente.

—Creo que nos entenderemos muy bien.

—¿Por qué no? —dijo Calone— ¿Qué podría impedirlo? Volvió a cerrar la puerta y escuchó los pasos de su visitante mientras bajaba la escalera. Luego se acercó a una ventana y vio a Hoffner subir a un Simca 1500. Iba solo. El automóvil se puso en marcha.

Calone volvió a la sala de estar y contempló pensativamente el teléfono. Descolgó el receptor. Permaneció inmóvil unos instantes, sin marcar ningún número. Luego volvió a colgar el aparato.

Tenía algo mejor que hacer.

Capítulo X

Costes no se había desplazado nunca hasta tan lejos. Suspirando, subió los tres pisos que conducían a casa de Salat, maldiciendo la ley que no obligaba a los constructores de inmuebles de menos de cuatro pisos a instalar ascensores.

Salat había llegado ya. Le abrió la puerta.

—Si he de continuar de chico de recados, exigiré de mis agentes que vivan en la planta baja.

Se dejó caer en un sillón.

—¿Qué quiere usted beber? —preguntó Salat.

Costes hizo una mueca.

—Mi vesícula... Tengo que ser razonable... de cuando en cuando. ¿Tiene usted un poco de agua mineral?

Salat le llenó un vaso, en tanto que él se servía un *whisky*.

—¿Qué hay de nuevo? —inquirió Costes.

—El hombre se llama —o se hace llamar— Claude Hoffner. Vive en un apartamento amueblado del *boulevard* de Montparnasse. Es representante en Francia de un aperitivo italiano.

—Bueno, ya hemos localizado a dos: Ilse Greiner y Claude Hoffner. ¿Le ha seguido usted la pista?

—Naturalmente. La cosecha es escasa. Permanece en casa la mayor parte del tiempo. El único sitio que ha visitado es una sastrería de la calle de Miromesnil, una tienda llamada Ludo. El propietario es un tal Ludovic Kimski, que parece ser de origen polaco.

—Me ocuparé de él.

—Y usted, ¿se ha enterado de algo?

—Nuestro hombre se ha manifestado. Ha telefoneado a Calone hace unos instantes. Tienen una cita, mañana, a las once, en la terraza de la Chope de Clugny... Un lugar muy a propósito, ya que enfrente mismo hay una parada de taxis. Estará usted allí, en un automóvil provisto de taxímetro.

Salat bebió, soltó su vaso.

—¿Y... Calone?

—No ha hecho gran cosa... Ilse le ha visitado. Está dispuesta a sucumbir a los encantos ocultos de Calone... si éste le da a entender que los posee.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Estupendamente. Parece estar de muy buen humor y más relajado.

—¿Qué deduce de ello?

—Bueno...

Salat observó a Costes. El rollizo gato parecía perplejo. Acechaba delante de un agujero, pero era evidente que ignoraba lo que iba a salir de él.

—¿Se pregunta usted qué cartas juega Calone?

—¡Oh! No estoy preocupado, pero...

—¿Se pregunta usted si Calone está a punto de pasarse al otro bando?

—Nunca puede saberse lo que realmente piensa otra persona... Pero creo que va a reaccionar tal como yo había previsto. Mi intervención, la misma noche en que recibió la visita de Hoffner, le induciría seguramente a formularse varias preguntas.

—Le han presentado el asunto de un modo muy astuto. Si no consigue reconstruir el razonamiento de usted, va a perder a uno de sus mejores elementos.

—No lo creo. No olvide que esos tipos desean, ante todo, colocar a un agente francés en una situación comprometedor. No trabajan con vistas al futuro. Cometieron un primer error con Weber, al practicar el chantaje.

—Precisamente... Son lo bastante hábiles como para atrapar a Calone en sus redes sin que se dé cuenta.

—No. Estoy seguro de que Calone desconfía ya.

—¿Sabe usted algo?

—Hoffner le dio a entender que yo podía no ser ajeno al hecho de que hubieran podido establecer contacto con él. Esto representa una garantía y un riesgo, al mismo tiempo, para ellos. Si Calone establecía contacto conmigo y descubriría el pastel, habrían fracasado. En caso contrario, Calone era efectivamente el hombre amargado que ellos imaginaban, y podrían utilizarlo sin temor para su plan.

—Y, por el hecho de que Calone no se haya puesto en contacto con usted, deduce que ha comprendido, ¿verdad? Pero ¿quién le dice a usted que no está realmente amargado?

Costes sonrió, con aire de superioridad.

—Conozco a Calone. Esas reacciones infantiles no son propias de él. No se mueve, porque sabe que yo no quiero que se mueva.

Salat sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Es usted muy atrevido... Jugar una partida importante sobre unas bases tan frágiles...

—Soy un químico que conoce las propiedades de los cuerpos que utiliza. Los dosifico, los mezclo, y sé cuál será el resultado.

—El resultado... Un día, la mezcla estallará y no tendremos ya ocasión de reprochárselo.

Costes dijo fríamente:

—Una experiencia que fracasa es también un modo de progresar.

—Entonces, ¿no quiere usted admitir que Calone pueda actuar sin haber comprendido?

—No.

Salat suspiró.

* * *

Le quedaba todavía una hora antes de acudir a la cita con Hoffner. Tendido en la cama, Calone reflexionaba. Por vigésima vez repetía su razonamiento, buscando el fallo, el error.

Si había comprendido bien, no podía permitirse el lujo de fracasar. Por desgracia, tenía que actuar solo. Absolutamente solo.

En sus misiones, Calone había sido siempre un solitario. Y él prefería aquel aislamiento. De todos modos, le quedaba la posibilidad de apelar al Servicio para que le facilitara las cosas. Ahora, esa posibilidad le estaba vedada.

Todo se basaba en un simple razonamiento. Un error de partida significaba la catástrofe. Calone imaginaba a Costes en su oficina, impenetrable, pero al mismo tiempo tenso como un alambre.

Y empezaban las preguntas. ¿Por qué le había despedido Costes de un modo tan torpe y, sobre todo, tan espectacular? Los argumentos que le había ofrecido eran de lo más inconsistente. Como si Costes deseara que no creyera en ellos. Deseaba enfurecerle, amargarle... Pero la trampa era tan burda que Calone no podía sentirse enfurecido ni amargado. Por lo tanto, trataba de hacerlo creer a otros...

Pero ¿a quién? ¿A quién había encontrado después? A Ilse. Pero especialmente a Hoffner, que había venido a ofrecerle un empleo. En consecuencia, había que deducir que Costes esperaba que Hoffner le haría aquella propuesta.

Pero, en ese caso, ¿por qué Costes no le había expuesto claramente el asunto, como siempre había hecho? En primer lugar, ¿cómo sabía que

establecerían contacto con él? Una respuesta: porque el hecho se había producido ya.

Hoffner —o su red, admitiendo que existiera una red— había tanteado ya a alguien del Servicio. Costes se había enterado, y Hoffner fracasó seguramente en su intento. ¿Por qué no desconfiaba Hoffner, después de aquel fracaso, y por qué corría hacia la trampa que le tendía Costes, una trampa bastante burda, por cierto? Otra respuesta: Hoffner ignoraba que Costes estaba al corriente.

Calone se levantó y fue en busca de un cigarrillo. Reanudó su razonamiento, pero esta vez paseando por el cuarto.

Por lo tanto, Costes sabía que Hoffner establecería contacto con él, pero Hoffner ignoraba que Costes lo supervisaba todo. Pero esto no explicaba la actitud de Costes en lo que a él respecta.

En resumen, Costes había obrado como si desconfiara de él. ¿Por qué de él, y sólo de él?

Calone se detuvo.

¿Sólo de él? Esto era una afirmación gratuita. Costes le había eliminado ostensiblemente para la galería. Es decir, para Hoffner.

Calone tuvo la impresión de que avanzaba por un túnel oscuro, con las manos extendidas hacia adelante. Luego llegó la claridad.

Una pregunta, tal vez la más importante: *¿Cómo había sabido Hoffner con tanta rapidez que Calone no pertenecía ya al Servicio?*

Sólo había una respuesta: Hoffner no podía haberse enterado más que a través de alguien que trabajaba para el Servicio.

El asunto adquiriría ahora otro cariz. Había un traidor en el interior del Servicio. Un traidor al que Costes no había identificado.

Calone resumió sus impresiones.

Costes se entera (¿cómo?) de que alguien del Servicio informa a una red. Esa red, por otra parte, ha establecido contacto con otro agente con un objetivo determinado. ¿Qué objetivo, puesto que disponen ya de una antena en el interior mismo del Servicio? A definir. Fracasan. Costes, que lo sabe, decide aprovechar su ventaja. Expulsa ostensiblemente a Calone.

Razonamiento de Costes: si Calone es el traidor, les habrá demostrado a los otros que no es tan tonto como imaginan. Si Calone no es el traidor, se las ha arreglado de modo que Calone tiene que darse cuenta, necesariamente, de que aquella expulsión no está justificada.

Pero es indispensable que la expulsión parezca real, que Calone se comporte como si verdaderamente le hubieran expulsado de un modo

ignominioso.

¿Cómo había estudiado Hoffner sus reacciones durante quince días? Calone dejó la pregunta de lado y continuó su razonamiento.

Hoffner, seguro de sí mismo, llega con su oferta de trabajo. Una falsa oferta, naturalmente, ya que un organismo de aquella clase no hubiera inquietado a Costes. Pero, suponiendo que existiera una red adversaria, ¿cuál podía ser la utilidad de Calone, puesto que ya no pertenecía al Servicio?

No se trataba de informarles sobre el funcionamiento del Servicio, ya que disponían de un agente en su interior. ¿Por qué estaban interesados en reclutar a un ex agente, del cual no podrían estar nunca seguros?

La respuesta sólo podía darla Hoffner. Y Calone estaba decidido a arrancársela. De un modo u otro.

La partida iba a empezar.

Calone consultó su reloj, se vistió. Dejó su automóvil, prefiriendo tomar un taxi. Se hizo conducir a la Chope de Clugny, se apeó.

Hoffner no estaba en la terraza. Era normal. Una elemental medida de precaución. Calone se sentó y encargó una cerveza.

Hoffner llegó con un cuarto de hora de retraso. Sin duda, el tiempo que había necesitado para asegurarse de que Calone había llegado solo.

Calone le contempló mientras cruzaba el *boulevard* Saint-Germain. Un tipo agradable, pero al cual no había que subestimar.

Calone pensó en Costes. En resumidas cuentas, todo reposaba sobre el maquiavelismo que Calone le atribuía...

Pero Calone conocía a Costes, un hombre capaz de vigilarse a sí mismo durante su propio sueño.

Capítulo XI

—Su decisión me llena de alegría —dijo Hoffner—. Tenemos una gran tarea a realizar.

Paseaban por una de las avenidas del Bosque de Bolonia. Por primera vez en quince días, el sol trataba de perforar el techo de nubes. Hoffner llevaba su impermeable bajo el brazo.

—¿Y si ahora me diera usted unos cuantos detalles más? —dijo Calone. Hoffner sonrió.

—Todo llegará a su debido tiempo. Hemos dado ya un gran paso. Ahora, hay que..., ejem..., concretar el acuerdo.

—¿Cómo?

—¡Oh! Me piden solamente unas pruebas de su buena fe.

—¿Qué es lo que quiere que le dé? No he sido yo quien ha venido a buscarle.

—Lo sé, lo sé... Yo estoy convencido, porque le conozco a usted. Pero, ya sabe lo que es una sociedad.

—Es muy... anónima.

—Exactamente.

—Entonces, no perdamos tiempo. ¿Qué quiere usted?

—Unas informaciones.

—¿Acerca de qué?

—Acerca del Servicio al cual pertenecía.

Calone no respondió inmediatamente. ¿Había previsto Costes aquella eventualidad? Si había un traidor en el Servicio, la cosa no tendría importancia. Pero ¿y si todo el razonamiento de Calone era falso?

—¿Qué quiere usted saber? —preguntó, finalmente.

—El nombre de la persona que lo dirige.

—Georges-Henri Costes.

—Bien. ¿Cómo están montados los locales del Servicio?

—En dos secciones. La oficial, que corresponde a la razón social: Centro de Documentación Geográfica y Económica. Y la otra es el Servicio propiamente dicho.

—¿Por qué le han expulsado?

—Supongo que estaba muy visto —dijo Calone, en tono amargo—. Los resultados por mí obtenidos no les satisfacían, al parecer.

Miró a Hoffner y continuó:

—¿No le da miedo emplearme con semejantes referencias?

—Su trabajo será muy distinto.

—Es cierto... Lo había olvidado. ¿Continuamos?

—Sí. ¿Quién dirige el servicio Documentación-Archivos?

—Vallier. Georges Vallier.

—¿Puede describírmelo?

—Desde luego. Tiene alrededor de cuarenta años. De estatura mediana, más bien delgado, escasos cabellos... Lleva una pierna artificial.

—No —dijo Hoffner.

—¿Cómo que no?

—Georges Vallier no lleva ninguna pierna artificial.

—¿Qué sabe usted?

—*Monsieur* Calone, tenemos que trabajar con plena confianza. Y ésta sólo puede existir a base de una comprensión mutua total. ¿Me entiende?

—Perfectamente. Vallier perdió la mano izquierda.

Hoffner asintió. Calone suspiró, aliviado. Hoffner acababa de suministrarle la confirmación de un hecho: estaba perfectamente enterado del funcionamiento del Servicio.

—¿Cuál era su número clave para el fichero?

—Lo ignoro.

—¿Y el de usted?

—El 888. Tres ochos.

Hoffner permaneció silencioso unos instantes. Contempló los árboles.

—No tardará en llegar la primavera. Es mi estación predilecta. Resulta enervante y angustiosa a la vez.

—¿No me hace usted más preguntas?

—De momento, no. ¿Por qué me ha mentado acerca de Vallier?

—Si usted no se hubiese dado cuenta, habría continuado mintiendo.

—¿Por qué?

Calone sonrió.

—No tengo nada que vender. Pero he podido comprobar que usted no es comprador. Puesto que se encuentra ya en posesión de lo que desea.

—Bien razonado. No me hubiera gustado que fuera usted un traidor. Lo que yo busco es un colaborador.

—La palabra está más escogida. Hace veinte años, fusilaban a los colaboracionistas.

Bruscamente, Hoffner preguntó:

—¿Cómo se llama la secretaria de Costes?

—Paule Blain.

Anduvieron unos instantes en silencio. Calone fue el primero en hablar:

—¿Y si me hubiese negado a contestar a sus preguntas?

—Nos habríamos desinteresado de usted.

—Entonces, ¿era una prueba esencial?

—De su buena fe, sí.

Calone sacó sus cigarrillos. Conservó uno entre sus dedos un momento antes de encenderlo. Existía una posibilidad en la cual no había pensado. La de que Costes hubiese decidido someterlo a prueba para saber hasta qué punto podía confiar en él. Si era eso, acababa de meterse en un berenjenal. ¿Cómo le explicaría a Costes que sabía que no cometía ninguna traición al hablar?

Era indispensable que su primer razonamiento fuese cierto. Era indispensable que Hoffner fuese lo que debía ser: un agente extranjero encargado de reclutar a Calone por oscuros motivos.

Hoffner le formuló unas cuantas preguntas más a las que Calone respondió de buena gana.

—¿Y después de esta prueba? ¿Cuál será la próxima etapa?

—Se entrevistará usted con algunos responsables de nuestra sociedad. Si la prueba final resulta convincente para ellos, firmará usted un contrato.

—¿Y si me niego a dar mi asentimiento definitivo?

—*Monsieur* Calone... empezamos a estar ligados por un montón de cosas. Sus confidencias, por ejemplo...

—¿Chantaje?

—Tiene usted un vocabulario demasiado concreto. El otro día hablaba usted de espionaje, hoy de chantaje... No sabe usted matizar. Digamos que mis patronos considerarían eso como un argumento válido. No olvide una cosa: me ha dicho usted sí. Y en función de ese acuerdo voy a presentarle a ellos. Si se vuelve atrás en el último momento..., bueno, no sería de extrañar una explosión de mal humor por su parte. Recuerde lo que le he dicho: les interesa permanecer lo más desconocidos posible.

Las cosas se concretaban.

—De todos modos, corre usted un riesgo conmigo, ¿no?

—¿Qué clase de riesgo?

—Supongamos que después de la entrevista con sus... patronos, se me ocurre la idea de ir a contárselo todo a Costes, pensando que el asunto puede interesarle...

—Sería una torpeza inútil, ya que usted ignora cuáles son nuestras relaciones con Costes. Además, ¿qué le diría? ¿Que se ha entrevistado con dos o tres caballeros de edad madura en un lugar estrictamente anónimo? Es muy poca cosa, ¿no le parece?

—Tiene usted razón. Hablaba por hablar.

—Por otra parte, estoy convencido de que usted no hará eso, Nicolás.

Calone no dejó de notar que Hoffner había utilizado su nombre de pila por primera vez. Hoffner decía:

—Sería ir en contra de sus propios intereses. Seguramente tiene usted demasiados deseos de volver a encontrarse en un ambiente determinado, ¿no es cierto?

Calone asintió.

Estaban cerca del lago. Hoffner contempló el agua y sacudió la cabeza.

—Vivimos en un mundo completamente deshumanizado. Ni siquiera conocemos a los vecinos que viven en el mismo rellano. Y en el fondo no nos importa. Pero yo creo en la posibilidad de un entendimiento, por encima de las susceptibilidades de todas clases. Es una cuestión de buena fe. Y de inteligencia, indudablemente.

Miró a Calone:

—Usted y yo podríamos ser amigos, ¿no?

—Seguramente. Pero ¿está convencido de su buena fe? Hoffner suspiró.

—Trato de serlo al máximo. No siempre resulta fácil. Eso nos llevaría al problema de la libertad...

Se encogió de hombros y echó a andar de nuevo.

—¿Cuándo conoceré a sus responsables? —preguntó Calone.

—Dentro de dos o tres días. Pero antes volveremos a vernos. Ahora, regresemos al automóvil. ¿Dónde quiere que le deje?

—En la calle de la Asunción.

Era la calle donde vivía Ilse. Pero Hoffner se limitó a inclinar la cabeza, con aire indiferente.

Capítulo XII

Paule Blain vivía en un antiguo edificio del distrito XVI, cerca de Felix-Faure. Su apartamento, de dos habitaciones, se encontraba en el segundo piso.

Eran casi las diez de la noche. Paule no había cenado aún, retenida por Costes para un trabajo urgente. Cuando llegó al segundo rellano de la oscura escalera, sacó sus llaves. Una vez más, cenaría a base de conservas.

Iba a meter la llave en la cerradura cuando sintió una presencia detrás de ella. Mientras se volvía, alguien dijo:

—Buenas noches, Paule... No tenga miedo, soy yo.

Calone surgió de la sombra del rellano.

—Continúe, Paule, abra la puerta. Tengo que hablar con usted.

Cuando quiso protestar, Paule descubrió, asombrada, que estaba ya en el pequeño vestíbulo. Calone la siguió y volvió a cerrar la puerta.

Casi juntos, penetraron en la primera habitación. Un interior cómodo, en el que cada objeto había sido cuidadosamente escogido. Un decorado que encajaba con la dueña del apartamento. Un decorado inteligente.

Paule continuaba en pie, mostrando cierta reserva. Calone estaba delante de ella, con las manos hundidas en los bolsillos.

—¿Cómo van las cosas, Paule?

—Muy bien. ¿Por qué ha venido, Nicolás?

Luego, reencontrando su papel de dueña de la casa:

—¿Quiere usted beber algo?

—Con mucho gusto.

—Sólo tengo oporto.

—De acuerdo.

Calone la contempló mientras se movía, eficaz, precisa. Paule no envejecía. Tenía aquel rostro puro de las jóvenes inteligentes que se dedican a las artes. Costaba trabajo imaginar que era secretaria del director de un servicio de información.

Llenó dos vasos y entregó uno a Calone.

—Tiene usted un aspecto fatigado —dijo.

Calone se limitó a sonreír.

—¿Ha cenado usted? —inquirió.

—Sí —mintió Paule.

—Es usted muy afortunada. Yo no he cenado. La estaba esperando.

Paule se turbó ligeramente y contempló su vaso.

—Tengo algunas provisiones. Si quiere...

—Con mucho gusto, Paule.

Paule se dirigió precipitadamente a la cocina, como si huyera de algo. Calone la siguió.

—Nunca había estado aquí.

—No —dijo Paule, sin volver la cabeza.

Estaba sacando unas latas de una alacena. Calone se encontraba allí, muy cerca de ella, en su apartamento. Paule había pensado a menudo en aquella posibilidad. Pero no imaginó que sucediera de aquel modo.

—Y Costes, ¿cómo está?

—Bien..., muy bien.

Paule le echó una breve ojeada y empezó a abrir una lata. Calone se acercó.

—Permítame...

Unos instantes después, se volvió hacia Paule, sonriendo:

—Abrir latas es mi especialidad, Paule. Cada uno a lo suyo. Lo mismo ocurre en la vida. Usted sería una espía deplorable, ¿sabe?

—¿Por qué?

—Porque no sabe mentir.

—Pero... yo no miento nunca. Bueno, me refiero a las cosas importantes.

—¿Debo deducir de esas palabras que yo no soy una cosa importante para usted?

Paule enrojeció. Calone le cogió suavemente la barbilla.

—Vamos, vamos... ¿No recuerda nuestra última entrevista? En su oficina...

Paule se desasíó. Cogió la lata de raviolis y la vació en un plato. Calone continuó:

—Aquel día, Costes me había puesto de patitas en la calle. Su actitud no había sido normal. Siempre he sabido interpretar las actitudes de Costes. Cuando dice blanco, es para conducirlo a uno a que finalmente piense blanco, pero después de toda una gimnasia mental que le hace ver todos los colores.

Paule sonrió y encendió el gas.

—De acuerdo con aquella buena costumbre —prosiguió Calone—, he traducido el pensamiento del Gran Jefe. Y he llegado a ciertas conclusiones.

Deme esa cerilla, pues veo que va a hacer estallar el fogón.

Calone encendió realmente el gas. Luego siguió a Paule, que acababa de pasar a la otra habitación para poner la mesa.

—Como le iba diciendo, he llegado a ciertas conclusiones. A ésta, entre otras: hay un traidor en el Servicio... ¡Cuidado! Esos vasos son demasiado bonitos para romperlos... Pero ¿por qué dos cubiertos? Creí que había usted cenado ya...

—Le..., le haré compañía. Sólo había comido un bocadillo.

Calone soltó el vaso que tenía en la mano y cogió a Paule por los hombros. Murmuró:

—Paule, la adoro...

—Suélteme, Nicolás... Huele a quemado.

Calone la besó en la sien y la soltó. Se instaló en una silla y sacó sus cigarrillos. En silencio, dejó que Paule lo preparara todo. En poco tiempo, la joven había conseguido disponer una verdadera cena. Embutidos, una ensalada... Calone esperó a que la joven se sentara, la sirvió, se sirvió...

Se miraron.

—¡Qué raro! —dijo Calone.

—¿A qué se refiere?

—Al hecho de que estemos cenando, frente a frente. Imagine a un desconocido que estuviera observándonos. ¿Qué pensaría? Diría: «He aquí una pareja como tantas otras parejas. Han trabajado todo el día, cada uno por su lado, y se sienten felices al encontrarse por la noche, juntos y solos». No hay nada más estúpido que las apariencias.

—Cállese, Nicolás.

—Tiene usted razón. Desde que he llegado llevo la voz cantante. Ahora le toca a usted. Hace unos instantes le he dado un interesante tema de discusión, al hablar de ese traidor...

—No sé nada, Nicolás.

Calone soltó su tenedor.

—Me decepciona usted, Paule. Está adoptando una actitud absurda. Es más, si persiste en ella, va a fastidiar a Costes.

—Está usted loco. Nunca...

—Diríase que no le conoce usted... Costes había previsto también que yo vendría a verla. Y previo que usted hablaría, que me diría lo suficiente para que yo pudiera ver claro en este maldito asunto y sacarlo adelante. Para Costes, soy, como todos, un simple instrumento. Costes juega con los sentimientos, con las cualidades y los defectos de cada uno. Psicología

práctica. A veces primitiva, a veces demasiado complicada... Me ha conducido al lugar que quería. La etapa siguiente era usted. ¿No irá a privarle de la satisfacción de haber calculado con exactitud? Además —y eso es mucho más importante—, el que usted hable forma parte de su plan.

Paule enrollaba una bolita de pan entre sus dedos. No acababa de decidirse. Calone se encogió de hombros.

—Bueno... Voy a decirle algo más. Costes me expulsó del Servicio para que una red adversaria estableciera contacto conmigo. No me puso al corriente, a causa de ese famoso traidor al cual no ha identificado aún. Yo podía ser ese traidor. Lo que Costes previo ha sucedido ya. Efectivamente, han establecido contacto conmigo. Un hombre llamado Claude Hoffner. Pero no ha actuado solo. Sin saberlo, he sido presionado por una vampiresa de la red, una guapa alemana llamada Ilse Greiner.

Esta vez, Paule levantó la cabeza.

—¿Lo sabe usted?

—Naturalmente —rió Calone—. No soy tan tonto como todo eso. El interés que me demostraba esa belleza resultaba halagador, pero no soy tan vanidoso como para no olerme una encerrona, por muy curvilínea que se presente. Pero, a pesar de mi buen olfato, apenas he avanzado. ¿De dónde procede esa red? ¿Qué busca? ¿Por qué ha establecido contacto conmigo? ¿Quién es el traidor? Son muchas preguntas sin respuesta, y a Costes le gustaría que yo las encontrara. Por eso, Paule, necesito saber algo más. Y ya que Costes la ha metido en el juego, va usted a decírmelo todo.

Paule se puso en pie, se dirigió a la cocina y regresó con el plato de raviolis.

—Coma, Nicolás. La pasta va a enfriarse...

—Gracias. ¡Oh! Un detalle, de paso: yo no soy el traidor.

—Nunca he creído que...

Paule se calló. Había dicho ya demasiado. Calone le cogió la mano y dijo:

—¿No quiere tener confianza en mí?

—Sí. Y, además, le conozco: no va a soltarme hasta que haya hablado.

—¡Qué bien me conoce! —dijo alegremente Calone.

Se sonrieron. La cosa iba mejor.

—Pues bien —dijo Paule—, todo empezó con una llamada telefónica. La recibí yo misma. Procedía de uno de nuestros agentes, un hombre llamado Marc Weber. Llamaba desde Suiza, desde Ginebra, exactamente. Habló unos minutos... Unos instantes después estaba muerto.

—Supongo que no moriría de una crisis cardíaca...

—No. En realidad, Weber se llamaba Warren y había trabajado para los servicios americanos... Se le suponía en París. He aquí lo esencial de su conversación. En primer lugar: alguien perteneciente al Servicio informaba a una red...

—¿Las coordenadas de esa red?

—Las ignoraba. A continuación habló de un atentado contra el ministro de Asuntos Exteriores soviético... Luego añadió que era una trampa..., que él debía cometer ese atentado.

Calone escuchaba atentamente.

—¿Y después?

—Eso es todo. Encontraron a Weber muerto en la cabina telefónica de un hotel. Le habían disparado un proyectil empapado en curare.

Calone se sentía un poco decepcionado. Había esperado unos informes más amplios.

—¿No tiene usted nada más que comunicarme?

—¿Acerca de Weber?

—No, no, en general.

—Un detalle, a propósito del hombre que ha establecido contacto con usted.

—¿Hoffner?

—Sí. Ha ido dos veces a un taller de sastrería de la calle de Miromesnil. La tienda se llama Ludo, y el dueño Ludovic Kinski. Vive encima de la tienda.

—¿Y la dirección de Hoffner? ¿La tiene usted?

—Sí... *Boulevard* de Montparnasse, 108, bis.

Calone se sirvió un vaso de vino. Paule preguntó:

—¿Qué va usted a hacer, Nicolás?

—Continuar. Ya le he dicho que no soy más que un pobre instrumento entre las manos de Costes... ¡Ah! ¿Sabe usted desde cuándo vive Hoffner en esa casa?

—Desde hace quince días.

—¿Y antes?

—Estaba en Italia, al parecer.

—¿Cuándo se produjo la muerte de Weber?

—Hace tres semanas, aproximadamente.

—Bueno..., la cosa no encaja, pero eso no quiere decir nada. Hoffner pudo cambiar de residencia por motivos de seguridad. En realidad, ignoraba lo que Weber había podido contar antes de que le asesinaran.

—En el Servicio han archivado el caso. Oficialmente, se ignoran los motivos de la muerte de Weber.

—A causa del traidor, naturalmente. Por otra parte, es necesario que Hoffner esté muy tranquilo para que se haya atrevido a establecer contacto conmigo... Bueno, creo que ya sé lo suficiente para poder actuar.

Calone se puso en pie.

—Paule, sus raviolis eran excelentes.

—¿Se... se marcha usted?

—Es necesario.

—¿No quiere un poco de... de queso?

Calone sonrió amablemente. Paule buscaba un pretexto para retenerle un poco más, para conservarle para ella, para ella sola.

—Volveré, Paule. Cuando este asunto haya terminado. Me hará usted un café muy cargado.

Paule se había levantado a su vez. Calone se acercó a ella, la cogió por los hombros.

—Paule... Si algún día tuviera que casarme, lo haría con usted.

—¿Lo dice por los raviolis?

—No. Tengo otros muchos motivos para decirlo.

La besó en la mejilla, sus labios se rozaron. Calone sintió crisparse sobre su brazo los dedos de Paule, pero la apartó suavemente.

—El deber me espera... Hasta muy pronto, Paule.

Se dirigió hacia la puerta. Tenía la mano en el pomo cuando Paule dijo:

—Nicolás... Tenga mucho cuidado. Acuérdesse de lo que ocurrió a Weber.

Calone le dirigió una sonrisa tranquilizadora y salió.

Al llegar a la calle, observó los alrededores. Todo estaba en calma. Una calle de pequeña ciudad de provincia. Un transeúnte que caminaba apresuradamente. Pocas ventanas iluminadas.

Era a la vez triste y tranquilizador.

Calone subió hasta la avenida de Felix-Faure. La parada de taxis se encontraba un centenar de metros más arriba. Pero Calone no tuvo tiempo de llegar allí. Un automóvil acababa de detenerse a su altura. Calone volvió la cabeza. Era un taxi.

Le hizo una seña y subió.

—*Boulevard* de Montparnasse, 108, bis —dijo.

—Bien, señor.

Calone encendió un cigarrillo y su mirada, incidentalmente, se cruzó con la del conductor. Una mirada azul, bastante dura.

—Buenas noches, Nicolás.

—¡Frédéric! ¡Dios mío! Pero...

—No, no creas que también a mí me han expulsado y que me dedico al taxi. Estoy de servicio.

—¿Para vigilarme?

—Sabes perfectamente que no. ¿Vienes de casa de Paule?

—¿Acaso no lo sabes?

—Costes lo había previsto. ¿Te lo ha contado todo?

—¿Qué puede importarte?

—No seas estúpido. Costes sabía que irías a verla y sabía que ella hablaría. Era necesario que supieras algo más para poder continuar.

—¿Continuar qué?

—Escucha, Nicolás... Los dos estamos en el mismo asunto. No vamos a hacernos jugarretas mutuamente...

—No sería la primera vez... De hecho, ¿por qué Costes no sospecha de ti?

—Porque he estado mucho tiempo ausente de Francia. ¿Vas a casa de Hoffner?

—Evidentemente.

—Entonces, ¿vas a iniciar la gran ofensiva?

—Todavía no lo sé.

—Puedo facilitarte una información interesante: los servicios de radio han captado un mensaje surgido del distrito octavo, pero era demasiado breve para que los otros vehículos pudieran efectuar la localización. Tal vez te conviniera hacerte un traje...

—Veremos.

Se produjo un silencio. Luego, Calone dijo:

—Escucha, Frédéric: el éxito de la operación depende de que me crean de buena fe. Si se huelen el menor truco, desaparecerán. Y con ellos todas las esperanzas de Costes.

—¿Lo cual quiere decir?

—Deja que lleve este asunto por mi cuenta. No necesito que me cubra nadie.

—No has perdido la afición a la soledad, ¿eh?

—¿Por qué habría de cambiar? Además, eso es lo que Costes quería, ¿no? Si quieres serle útil, puedes hacer algo por mí.

—¿Qué?

—Arréglatelas para que Ludovic Kinski no pueda recibir comunicaciones telefónicas. Sin que él lo sepa, desde luego.

—De acuerdo. ¿Crees poder llegar hasta el individuo que les informa sobre el Servicio?

—Voy a obligarle a descubrirse.

—Bueno, ya hemos llegado.

Calone pagó el importe de la carrera y se apeó del vehículo. Salat fue a instalarse en una parada de la misma calle.

El 108 bis era un edificio de hermoso aspecto y de construcción relativamente reciente. Calone penetró en él. Los nombres de los inquilinos figuraban en los buzones del vestíbulo. *Monsieur* Claude Hoffner vivía en el tercer piso.

Calone salió del ascensor, llamó a la puerta. Mientras subía, se había colocado la pistola al cinto. Con la americana abrochada, resultaba invisible.

Hoffner acudió a abrir, dio un leve respingo.

—¿Sorprendido, Claude?

Capítulo XIII

—Pase, Nicolás.

Calone siguió a Hoffner hasta un amplio estudio, muy moderno. Hoffner se volvió hacia él.

—¿Cómo ha conseguido usted mi dirección?

—Parece usted olvidar que me he dedicado al espionaje durante muchos años.

Hoffner le observaba atentamente.

—Explíquese.

—Su historia era una hermosa historia. Pero da la casualidad de que un montón de personas han tratado de hacerme tragar unas historias tan hermosas como la suya. Eso me ha permitido adquirir cierta experiencia acerca de los embusteros.

Sonrió, antes de añadir:

—Es usted un asqueroso embustero, Claude.

Hoffner estaba bastante relajado. Cogió un cigarrillo de una caja colocada encima de una mesita y lo encendió. Sacudió el fósforo, diciendo:

—¿En qué cambia eso los términos del problema?

—Me inclino por la sinceridad —dijo Calone, muy serio—. Me gusta saber dónde pongo los pies. Hasta ahora, la táctica me ha dado buen resultado.

—Es usted terrible... Desde luego, en su lugar yo hubiera reaccionado igual, seguramente. ¿De modo que no cree usted en mi historia de una sociedad europea?

—En absoluto.

—¿En qué se basa?

—Es usted un tipo como yo, Claude: alguien a quien se envía temporalmente a alguna parte para una misión concreta. Es usted un espía.

—Continúe.

—Por lo tanto, hablamos el mismo idioma y entre nosotros no caben las jugarretas. Le han enviado a reclutarme, porque se habían enterado de que me habían expulsado del Servicio. ¿Con qué objeto?

—Puede usted sernos muy útil. Sabe un montón de cosas que todavía no nos ha dicho.

Calone encendió un cigarrillo.

—¿Está seguro de que voy a decir algo más?

—¿Acaso puede elegir?

—Ahora le toca a usted explicarse.

—Le han expulsado del Servicio y está resentido. Es lógico. Nuestra profesión, a la larga, se convierte en una droga: no podemos pasarnos sin ella. Imposible dedicarse a otra cosa. Lo sé. Incluso cuando empezó a dar informaciones acerca de su Servicio, estaba usted sobre aviso. ¿Me engaño?

—No, no... Continúe.

—Finalmente, como muchos de nosotros, ha perdido de vista su ideología de base. Ahora hace esto por placer, casi por vicio.

Calone permaneció en silencio. Hoffner añadió:

—Yo le proporciono los medios para satisfacer este vicio. Y usted no los rechazará, seguramente.

—¿Está seguro?

—Sí. Por dos motivos. El primero, porque lo necesita usted; el segundo, porque ahora no puede hacer otra cosa. ¿Quiere usted las cartas sobre la mesa? Bien, pongámoslas. Ahora está en nuestro poder. Ha ido demasiado lejos, y podemos crearle dificultades de todas clases.

—¿Por ejemplo?

—Podemos eliminarle, sencillamente. O, peor aún, hacer saber que está a punto de pasarse al otro bando.

—Eso podría ser una situación embarazosa para mí —admitió Calone.

—Efectivamente, Nicolás...

Hoffner apoyó una mano en el hombro de Calone, amistosamente.

—Puede creer que me apena sinceramente colocar a un tipo como usted en semejante situación. Pero es la regla del juego. Tal vez algún día me suceda a mí otro tanto...

—¿Y qué hará usted ese día?

—No lo sé, Nicolás, sinceramente, no lo sé... También yo hago ahora esto por placer, y me pregunto si un cambio de ideología tendría importancia... Para mí, la verdadera traición estriba en traicionarse a sí mismo.

Se acercó a la mesita, llenó dos vasos y tendió uno de ellos a Calone.

—¿Por nuestra colaboración?

—Un momento —dijo Calone, cogiendo su vaso—. No nos lo hemos dicho todo.

—¿Por ejemplo?

—¿Para quién voy a trabajar?

Hoffner vaciló. Calone no era Weber. Por varios motivos. En primer lugar, en Calone había cierta voluntad de cooperar; además, se habían tomado las necesarias precauciones para que el incidente Weber no se repitiera.

Dentro de veinticuatro horas, Calone saldría para Ginebra en compañía de Hoffner, y una vez allí... Hoffner no estaba muy orgulloso del papel que iba a desempeñar. Empujaría deliberadamente a Calone a una trampa, y la idea le disgustaba. La teoría es perfecta. Todos los medios son buenos, sólo cuenta el resultado. Pero la teoría no tiene en cuenta el factor humano.

Hoffner se preguntó si no se humanizaba demasiado a medida que transcurría el tiempo. No, era únicamente una cuestión de método. Hubiera preferido liquidar a Calone ofreciéndole una posibilidad de defenderse.

Hoffner decidió proporcionarle aquella pequeña satisfacción.

—Para una red de la Alemania del Este.

—Lo sospechaba.

Calone bebió la mitad del contenido de su vaso y continuó:

—Verá, Claude, desde que vino usted a verme por primera vez he reflexionado mucho. No me gusta dejar unas preguntas sin respuesta.

—Creo que he dado pruebas de buena voluntad.

—Es cierto. De todos modos, he encontrado la respuesta a las otras preguntas por mí mismo. Razonando.

—Muy interesante. ¿Tiene usted algún ejemplo?

—Desde luego. Me he preguntado cómo había podido enterarse usted con tanta rapidez de que me habían expulsado del Servicio.

—¿Y... tiene usted una respuesta?

—Sí. Se lo había dicho alguien que estaba enterado del hecho. Pero ¿quién? Forzosamente, alguien que pertenecía al Servicio. Por lo tanto, tienen ustedes una antena en el interior del Servicio. Por eso sabía usted perfectamente que el responsable de la sección Documentación-Archivos tenía una mano de menos y no una pierna de madera.

Calone vació su vaso y continuó:

—Por eso no me hice rogar cuando usted me pidió que hablara. La cosa no era grave: usted sabía ya lo que iba a decirle.

Dejó su vaso sobre la mesita, se volvió hacia Hoffner.

—Estoy seguro de que a Costes le apasionaría enterarse de eso. Un agente doble en su Servicio...

Hoffner replicó:

—Suponiendo que diga usted la verdad, ¿qué le demostraría que ese agente no es usted, precisamente?

—¡Oh! Le llevaría una prueba de mi buena fe.

—¿Qué clase de prueba?

—Usted, Claude.

Hubo un silencio. Hoffner contemplaba su vaso. ¿No habría sido demasiado sutil el coronel? Calone razonaba bien, demasiado bien. Le habían tildado de peligroso, y lo era. Afortunadamente, Hoffner tenía la seguridad de que Calone no había mantenido ningún contacto con el exterior desde hacía unos días. Por otra parte, estaba sometido a una vigilancia continua, y en aquel momento, los dos hombres que le seguían estarían en la calle, esperándole.

Además, Ilse se lo había dicho. Calone había hecho alusión a un asunto que le proponían, un asunto peligroso. Y estaba decidido a aceptar.

De todos modos, Hoffner preguntó:

—¿Qué piensa usted hacer?

—¿Qué haría usted en mi lugar?

—No correría riesgos absurdos, Nicolás. Por otra parte, salimos mañana por la mañana.

—¿Hacia dónde?

—Lo sabrá a su debido tiempo.

Hoffner, como medida de precaución, acababa de decidir el adelantamiento del viaje. El coronel lo comprendería perfectamente.

—De acuerdo. Pero, antes de partir, me gustaría saber una cosa. A título informativo.

—¿Cuál?

—El nombre del agente francés que les informa.

—Lo ignoro.

—Vamos, Claude, confíese que desconfía de mí... Lo que me propone es una colaboración unilateral. Si quisiera, podría crearle dificultades...

—Sea razonable. Aunque conociera ese nombre, no se lo diría.

—¿Y si yo insistiera?

—Sería un error, Nicolás. Ya conoce el sistema de separación de una red. Yo sólo estoy aquí de paso. Probablemente hay un agente fijo en París que está en contacto con ese hombre y que transmite directamente las informaciones a la sede. Las personas como usted y como yo son demasiado vulnerables para detentar unas informaciones tan importantes.

—¿Y el agente fijo? ¿Le conoce usted?

Se callaron unos instantes. Hoffner se movió para ir a servirse otro vaso. Dijo, con voz seca:

—Esta discusión es inútil, Nicolás. De momento, sabe usted lo suficiente. Mañana partiremos y entonces sabrá algo más. Por otra parte, lo mejor será que le ofrezca mi hospitalidad esta noche.

—No, Claude, no hemos terminado aún...

Hoffner soltó su vaso. Cogió un cigarrillo y se acercó a Calone.

—Deme fuego, Nicolás.

Calone se llevó la mano al bolsillo e inmediatamente comprendió su error. Hoffner le golpeó. Un golpe seco, duro, que le alcanzó a la altura del hígado. Calone retrocedió un par de pasos. Ni siquiera tuvo tiempo de ponerse en guardia o de replicar. Hoffner era de una rapidez increíble. Acababa de propinarle dos ganchos a la mandíbula. Calone acusó el impacto y estuvo a punto de caer, derribando una butaca.

Bloqueó el siguiente golpe y replicó torpemente, alcanzando a Hoffner en el hombro. Hoffner continuó avanzando sobre él.

Calone abrió la mano y apuntó a la base de la nariz de su adversario. Pero el otro estaba al corriente y la parada fue impecable. El boxeo derivó al karate, y unos instantes después el simétrico ordenamiento de la estancia no era más que un recuerdo.

Un vecino golpeó la pared, pero habría hecho falta algo más para detener a los dos hombres, absolutamente desencadenados. La lucha era incierta, con una leve ventaja para Hoffner. Calone acusaba los primeros golpes recibidos en frío. Le faltaba el aliento.

Hoffner le golpeó súbitamente en la base del cuello, y Calone notó que su brazo izquierdo quedaba paralizado. Su adversario aprovechó la ocasión y le golpeó nuevamente. Calone rodó por el suelo. Hoffner marcó un breve compás de espera. Fue su único error. Calone, considerando que la broma había durado bastante, hundió su mano en el bolsillo de la americana y sacó su automática.

—Ya está bien, Hoffner —jadeó—. Las patas al aire.

Hoffner se inmovilizó. Obedeció maquinalmente, contemplando el arma de Calone. Éste se puso en pie, apoyándose en un brazo de un sillón. Su brazo izquierdo pesaba una tonelada y sus pulmones no absorbían más que unos miligramos de aire a cada inspiración.

—Retroceda hasta la pared. Vuélvase. Apóyese contra ella... Los pies más apartados... De acuerdo.

Hoffner no iba armado. De todos modos, Calone le vació los bolsillos. Había aprendido a desconfiar de los objetos más anodinos.

—Puede usted volverse.

Hoffner obedeció, bajó los brazos. También él respiraba trabajosamente. A pesar de todo, sonreía.

—Un poco de ejercicio, de cuando en cuando, no sienta mal, ¿eh, Nicolás?

—No. Le felicito por sus reflejos. Sin mi juguete...

—Ha sido un truco poco leal.

—¿Quién puede permitirse el lujo de ser leal? —suspiró Calone.

Lentamente, volvía a recobrar el uso de su brazo. Lo aprovechó para ir a servirse un vaso. Llenó también el de Hoffner y se lo entregó, retrocediendo prudentemente con su propio vaso. Hoffner sonrió y bebió a su vez. Calone estaba a tres metros de distancia de él, apoyado en un cofre.

Hoffner dijo:

—Bueno, esta pequeña diversión no ha cambiado en nada nuestro problema. Ahora va usted a acostarse. En su casa, si lo prefiere. Mañana por la mañana, a las diez, pasará a recogerle.

Calone permaneció silencioso unos instantes. Hoffner no parecía afectado por la situación. Imaginaba tener todavía un montón de triunfos en las manos. Y Calone no tenía el menor interés en descubrirse. Por encima de todo, era necesario ganar tiempo.

Seguramente, Hoffner no había mentado. No debía conocer al agente doble francés. Bastaría con adormecerle el tiempo suficiente para actuar en otra parte. Unas horas tan sólo.

Calone volvió a meterse el arma en el bolsillo.

—Tiene usted razón, Claude. Nos hemos portado como un par de chiquillos.

—Tal vez era necesario que nos midiéramos también físicamente... No le guardo rencor por ello, todo lo contrario.

—Entonces, hasta mañana —dijo Calone.

—A las diez en punto —confirmó Hoffner.

Al ver que se levantaba, Calone dijo:

—No, no me acompañe. Conozco el camino.

—Es usted demasiado desconfiado, Nicolás.

—Es posible. Engañado, pero vivo. Medite esta fórmula, Claude. ¿Quién sabe lo que nos reserva el futuro?

Hoffner le dejó marchar sin moverse. Cuando la puerta estuvo cerrada, se sirvió otro vaso. Estaba preocupado. La actitud de Calone le inquietaba. Consultó su reloj. Faltaba poco para la una. De acuerdo con lo convenido, los hombres que seguían a Calone iban a llamarle para dar su posición exacta.

Entonces entraría en acción, precipitaría el movimiento. Con un hombre como Calone, los riesgos eran demasiado grandes.

Haría conducir inmediatamente a Calone a Suiza. Una vez allí... Hoffner suspiró, cerró los ojos. La pelea le había fatigado.

A la una en punto sonó el teléfono. Hoffner descolgó el receptor. Era uno de sus hombres.

—Muller.

—Bien. Cambio de programa. Enviaremos la mercancía inmediatamente.

—¿Hay que sacarla de su domicilio?

—Desde luego. ¿Ha regresado directamente?

—Sí. No se ha movido desde...

—¿No se ha movido? No ha tenido tiempo de hacerlo.

—¿Desde las ocho de la noche?

La mano de Hoffner se cerró un poco más sobre el receptor. Su garganta se había secado repentinamente.

—Repita eso... ¿Cuándo ha regresado a su casa?

—Alrededor de las ocho. Desde entonces no se ha movido.

La luz continúa brillando en su casa...

—¡Bravo! Les felicito. Acaba de salir de aquí. ¿Comprende lo que significa eso? Que le han perdido de vista desde las ocho... Hay que localizarle inmediatamente, ¿comprende? ¡Inmediatamente!

—De acuerdo. Pero, me pregunto...

—¡Luego se hará todas las preguntas que quiera! —gritó Hoffner—. Localícele y vuelva a llamarme.

—Muy bien.

Hoffner colgó. Estaba empapado en sudor. ¿Dónde había pasado Calone todas aquellas horas?

Hoffner se acercó a la ventana. El *boulevard* Montparnasse estaba prácticamente desierto. Circulaban muy pocos automóviles. Hoffner contempló los vehículos aparcados.

No debía perder la cabeza. Tenía que razonar fríamente, hacer frente a aquella situación nueva, imprevista. Tal vez no estaba todo perdido...

Volvió al teléfono. Poner todas las fuerzas en movimiento. Había que localizar a Calone a toda costa. ¡Y pensar que hacía menos de veinte minutos

estaba aquí, en esta misma habitación!

Marcó el número de teléfono de Ludovic Kimski. Dejó sonar el timbre un momento, colgó. Volvió a llamar. Inútilmente. Kimski no contestaba. Tampoco esto era normal. Kimski estaba *siempre* allí, entre medianoche y las dos. Era el momento en que recibía o enviaba sus mensajes por radio.

Hoffner marcó el número de Ilse. Se disponía a colgar cuando la joven contestó.

—¿Ilse? Hoffner al aparato.

—¿Hoffner? ¿Qué sucede?

—¿Ha visto a nuestro amigo?

—Esta tarde, sí. Y le he llamado a usted por teléfono para informarle. ¿Lo ha olvidado?

—No es el momento de bromear, Ilse... Calone se nos ha escapado y todo es posible. Sabe donde vivo, y tal vez estoy vigilado ya.

—Pero ¿cómo...?

—La única que puede actuar es usted, Ilse. Nuestro corresponsal en París no contesta. Mis hombres están tratando de localizar a Calone, y yo no puedo descubrirme.

—¿Qué tengo que hacer?

—Encontrarle, Ilse. No creo que desconfíe de usted. Trate de neutralizarle, y llámeme.

—¿Qué harán con él?

—Enviarle inmediatamente a Suiza.

—No me gusta la improvisación. ¿Quién ha cometido un error?

—Si lo supiera... De momento, Calone ha descubierto una pequeña parte de la verdad. Pero es el único que la conoce. ¿Comprende?

—Perfectamente. Pero hay que prever todas las posibilidades. Supongamos por un momento que Calone se muestra difícilmente manejable. ¿Qué hay que hacer con él?

Hoffner permaneció silencioso unos segundos. Era una pesada responsabilidad. ¿Lo apreciaría así el coronel? Si su misión estaba comprometida hasta tal punto, lo único que podía hacer era limitar los daños, salvar los muebles.

—Ilse... Habrá que eliminarlo.

Oyó la respiración de la joven. Continuó:

—¿Se siente usted capaz de hacerlo?

—Si es necesario... —dijo Ilse finalmente.

—Entonces, buena suerte, Ilse. Yo no me moveré de aquí.

Colgó el receptor, volvió a coger su vaso, se hundió en el sillón. Hoffner pensaba en una de las frases de Calone: Engañado, pero vivo... ¿Quién sabe lo que nos reserva el futuro?

En aquel momento, Hoffner lo ignoraba.

Capítulo XIV

Ludovic Kimski era realmente un buen sastre. De hecho, no tiraba de aguja. Él era un aristócrata de la tijera. Un cortador. Un gran cortador.

Su negocio de la calle de Miromesnil marchaba bien. Muy bien, incluso. Hasta el punto de que Kimski lamentaba cada día más no ser únicamente sastre.

Vivir en París cuando se gana dinero: ¿puede haber algo mejor? Las mujeres eran fáciles, aunque uno no fuera ya demasiado guapo, ni demasiado joven, y la vida no tenía el menor parecido con la que había llevado quince años antes, en Polonia.

Sin aquel inquietante transmisor instalado en su apartamento, Kimski se hubiese considerado un hombre dichoso.

Precisamente, aquella noche Jacqueline estaba allí. Hacía tres semanas que la conocía y, lejos de aburrirle, contaba las horas que le separaban de ella. Un verdadero colegial.

Pero era bueno tener cuarenta y cinco años y poder conducirse aún como un jovencuelo. Cuando pensaba en Jacqueline, sus manos se humedecían y le parecía que un fuego interior brotaba de él.

Encendió un cigarrillo. Jacqueline estaba a unos metros de distancia, esperándole, tendida en la cama.

Suspiró, contemplando la emisora. Todas las noches, a aquella hora, tenía que permanecer a la escucha. Dos horas perdidas que podía haber pasado con Jacqueline.

En fin, sólo le quedaba media hora. Una noche, Jacqueline le había encontrado delante del aparato. Y Kimski había tenido que inventar una explicación, diciendo que era radioaficionado y que en determinados días tenía que permanecer a la escucha de otros aficionados del mundo entero. Era una disciplina a la cual no podía sustraerse.

Afortunadamente, Jacqueline era demasiado vulgar —o demasiado indiferente— para haber llevado más lejos su curiosidad.

Un crujido retuvo súbitamente su atención. Se obligó a no moverse. Tal vez Jacqueline se había decidido a reunirse con él...

El crujido se concretó, más próximo. Kimski cerró los ojos. Su corazón latió con más rapidez. Sentía a Jacqueline muy próxima, esperaba una caricia...

El golpe que recibió en la nuca no tenía el menor parecido con una caricia. Kimski cayó de su silla. Se volvió vivamente y quedó inmóvil, helado, al descubrir al individuo que le amenazaba con una automática.

Se humedeció los labios.

—Eso ha sido un anticipo de lo que te espera si no eres juicioso — murmuró el desconocido—. Ahora, ponte en pie y no hagas tonterías.

Kimski no se hizo rogar, reasumiendo una posición a la vez más digna y más vertical. Se frotó las manos contra las perneras de sus pantalones. Trataba de comprender.

—Bonita instalación —dijo el desconocido—. Seguro que puedes comunicarte con el mundo entero.

—Sí... Sí... Desde luego. Yo... soy radioaficionado.

—Estupendo. Yo también soy radioaficionado. Lo malo es que no dispongo de una emisora, y quisiera enviar un mensaje... Y se me ha ocurrido que tú puedes hacerlo.

—Está prohibido —dijo Kimski—. Los mensajes personales están prohibidos por la ley. Sólo pueden intercambiarse informaciones técnicas.

—El mensaje que he de transmitir es de lo más técnico...

Calone se acercó a Kimski y susurró:

—Está relacionado con el espionaje.

Kimski trató de retroceder, pero tenía la espalda pegada a la pared. Tartamudeó:

—¿CÓ... cómo? ¿Qué dice usted?

—Vas a enviar un mensaje por mí. ¿Entendido?

—Pero... ¿a quién?

—A un corresponsal de París. No debes tener muchos corresponsales en París, ¿verdad?

—No... no tengo ninguno. ¡Se lo aseguro!

Calone le golpeó sin demasiada fuerza. Kimski era una cosa frágil e importante.

—Kimski, si continúas mintiendo, no van a conocerte aunque te pongas el mejor de tus trajes.

—¿Qué es lo que quiere? No le conozco a usted de nada... Se presenta aquí, en plena noche...

—Lo hago para que estemos más tranquilos, Kimski.

El hombre no parecía realmente peligroso. Calone se colocó la pistola al cinto, se acercó...

—Kimski, no tengo tiempo que perder. De todos modos, con una instalación como ésa estás perdido.

—¿Por qué? Tengo mi licencia de radioaficionado.

Calone reflexionó. Era el mejor pretexto, desde luego. O utilizaban una clave a base de vocablos técnicos, o...

Había otra solución. Calone la descubrió al mismo tiempo que el magnetófono. El aparato había sido trucado.

—Envías tus mensajes en acelerado, ¿no es cierto? —inquirió, volviéndose hacia Kimski—. Dura un par de segundos, es incomprendible, y los detectores no tienen posibilidad de localizar la emisora...

Kimski empezaba a sudar. No tenía la menor esperanza de poder engañar a aquel hombre. Cuando Calone se apartó ligeramente para observar el magnetófono, Kimski creyó llegado el momento de probar suerte. La puerta se encontraba enfrente de él, y tenía la ventaja de conocer perfectamente su apartamento.

Cinco metros más allá, la puerta de la derecha... Subirse a la cama, abrir el cajón de la mesilla de noche... Todo ello en una oscuridad casi total. A fin de cuentas, perdido por perdido...

Kimski salió disparado. Corrió por el oscuro pasillo, palpó una fracción de segundo hasta encontrar el pomo de la puerta, entró... Sabía que el hombre pisaba sus talones.

En la habitación había algo más de luz: los postigos de las ventanas estaban abiertos, y a través de ellos penetraba la claridad de la calle. Kimski estaba a punto de llegar a la mesilla de noche cuando restalló la voz de Calone:

—¡Alto, Kimski!

Había fallado por un segundo. Se volvió, aniquilado, las manos temblorosas. Tenía miedo. Cerca de él, Jacqueline murmuró, llamándole:

—Ludo... ¿Eres tú?

Al ver que no respondía, Jacqueline acabó por abrir los ojos, mientras su mano buscaba la pera de la luz. El cuarto quedó bruscamente inundado de una claridad rosácea.

Jacqueline descubrió a Calone y lanzó un grito.

—No se mueva —ordenó Calone.

—¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo aquí?

Jacqueline miró a Kimski y le preguntó:

—¿Qué es lo que pasa, Ludo?

—Cállate —dijo Kimski, con voz temblorosa.

Calone no apartaba la vista del sastre.

—¡Vamos, Kimski! Ya te advertí que no hicieras tonterías... ¿Vas a ser más razonable?

—¡Yo no sé nada!

—Sabes lo suficiente para serme útil.

—¿Qué quiere usted de él? —gritó Jacqueline—. ¡Déjelo en paz! Aquí no hay nunca dinero.

Calone le sonrió amablemente.

—No tengas miedo, pequeña. No he venido a hacerte la competencia. En tu lugar, le aconsejaría que fuera comprensivo, porque lo que está en peligro no es su cartera, sino su piel.

Jacqueline se colgó del brazo del sastre.

—¿Qué es lo que quiere, Ludo? Dáselo de una vez y que se vaya.

Kimski se desasió, secándose la frente.

—Vamos, Ludo —dijo Calone—. No tengo tiempo que perder, y utilizaré todos los medios para ganarlo.

—Usted gana —dijo el sastre.

Calone suspiró. Volviéndose hacia Jacqueline, dijo:

—Te aconsejo que no te muevas... Al menor ruido, vendré a ocuparme de ti...

Calone salió de la habitación y cerró la puerta con llave. Empujó a Kimski por el pasillo. Unos instantes después se encontraban de nuevo ante la emisora.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó el sastre.

—Ya te lo he dicho: enviar un mensaje.

—La cosa no dará resultado.

—¿Por qué no? Supongo que tienes una clave, o algo por el estilo. Coopera, viejo, es lo más inteligente que puedes hacer. Después de todo, Francia no es un país tan desagradable...

—No saldré de ésta.

—Bueno, el porcentaje de posibilidades es pequeño, pero si obedeces no será casi inexistente. ¿Qué dices?

—De acuerdo. ¿Qué es lo que tengo que transmitir?

—Toma nota: «Actuar inmediatamente. Eliminar a Nicolás Calone».

Kimski le miró y Calone concretó, sonriendo:

—Soy yo... Continúo: «... eliminar a Nicolás Calone esta misma noche en su domicilio».

Kimski tenía una escritura grande y redonda, que el miedo hacía insegura. Pasó el mensaje en clave, encendió el magnetófono. Calone le tocó en el hombro y el otro se sobresaltó.

—Un último consejo, Kimski: no trates de engañarme. La mitad de la red está ya en el saco. Tu cliente, Hoffner, es uno de ellos...

El sastre se limitó a inclinar la cabeza. Empuñó el micrófono y carraspeó. Luego puso el magnetófono en marcha. Con voz que se esforzaba en hacer normal, leyó el mensaje en clave. Cuando hubo terminado, hizo retroceder la cinta, la quitó del magnetófono y la colocó sobre otro eje movido por un motor mucho más potente y rápido.

Luego se sentó delante de la emisora y lanzó su llamada. No tardó en entrar en comunicación con un corresponsal. Intercambiaron algunas informaciones técnicas. Luego, Kimski acercó el micrófono del altavoz del magnetófono. Pulsó una tecla. La cinta se puso bruscamente en marcha y Calone sorprendió apenas un agudo silbido.

El mensaje había sido enviado. Kimski se volvió, secándose el sudor que cubría su frente.

Calone no le dio tiempo a reaccionar. Le golpeó en la sien, y el pequeño sastre cayó lentamente de costado. De la emisora colgaban hilos suficientes para atar a un destacamento. Calone inmovilizó a Kimski, salió de la habitación, cerró la puerta y bajó a la tienda.

La calle estaba casi desierta. Pasó un automóvil, y luego un taxi. Calone subió en dirección al *boulevard* Hausman. En St. Lazare había un café abierto.

Calone era uno de los escasos privilegiados que conocían el número de teléfono particular de Costes. Marcó aquel número. Al otro lado de la línea, alguien descolgó el receptor. Calone dijo:

—Calle de Miromesnil. Ludovic Kimski. Empaquetado. Por otro lado, el indiscreto del Servicio va a hacerme una visita esta misma noche, en mi domicilio. Deténganle de un modo discreto.

Colgó sin esperar respuesta. Salió a la calle. ¿Cuántas veces se había encontrado en una situación semejante, en una ciudad cualquiera del globo, a unas horas insensatas, en aquel estado de vigilia?

La conclusión de un caso le dejaba siempre cierta amargura. Vivía en un universo cerrado, habitado por seres semejantes a él, aunque pertenecieran a otro bando. ¿Podía traicionarse sin remordimiento a unos hermanos?

Tomó un taxi y se hizo conducir a la calle de Passy. Fue a pie hasta la calle de la Asunción, subió al apartamento de Ilse.

Llamó a la puerta y ella abrió inmediatamente.

—¡Oh, Nicolás! ¿Eres tú? He estado tratando de localizarte...

—¿Por qué? —preguntó Calone, volviendo a cerrar la puerta.

Ilse estaba vestida. Llevaba incluso sus zapatos de tacón alto. Calone vio el abrigo y el bolso colocados sobre una silla.

Ilse se pegó a él, murmurando:

—Tenía ganas de verte, sencillamente. Y ya estás aquí... Calone se desasió del abrazo y entró en el estudio.

—¿Ibas a salir? —preguntó.

—Pensaba ir a tu casa. Siéntate, Nicolás.

Calone se instaló en una butaca. Observó a Ilse. ¿La había advertido Hoffner? Seguramente. Ilse sabía, pues, que él estaba al corriente de casi todo. Sería interesante ver qué actitud adoptaba. ¿Jugaría sus propias cartas, o se atendería a su misión hasta el final?

Ilse sonrió. Llevaba dos vasos en la mano.

—¿Qué quieres beber? ¿*Whisky*?

—Sí. Sin agua, ni hielo.

La contempló mientras llenaba los vasos. Era una muchacha lista, indudablemente. Demasiado lista. Luego, Ilse vino a sentarse sobre sus rodillas y le entregó uno de los vasos. Apoyó la cabeza en su hombro.

—Nicolás... Me gustaría ir de viaje contigo.

—¿Adónde?

—No importa... Donde no hubiera nadie. Antes de esta tarde, ¿sabes?, imaginaba que el amor era otra cosa. No creía que...

—Te lo he dicho más de una vez, Ilse: has leído demasiado.

—Tenías razón. Hay cosas que es necesario vivirlas. ¿No bebes?

—Sí. Pero, quisiera cambiar de vaso contigo.

Notó que se ponía rígida.

—¿Por qué?

—Es una antigua costumbre de enamorados. Cada uno bebe en el vaso del otro. Trae buena suerte.

Ilse se había puesto en pie. Dijo:

—Es una costumbre estúpida.

—¿Y si insistiera?

—Me negaría.

Se observaron un instante. Calone dejó su vaso sobre la mesita y sacó sus cigarrillos. Encendió uno. Se produjo un silencio largo, interminable.

Finalmente, Ilse inquirió:

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde esta tarde. Cuando estuve aquí, descubrí la emisora que guardas en una maleta. Tú estabas en el cuarto de baño.

—Eres muy hábil, Nicolás... Me lo habían advertido. Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Creo que esa pregunta deberías formulártela tú: ¿qué piensas hacer?

—¿Por qué?

—Porque el juego ha terminado, Ilse. Ya no soy un hombre sin empleo, ni tú eres estudiante. Somos dos agentes de dos bandos contrarios, y uno de los dos acaba de perder.

—¿Cuál de los dos?

—Admiro tu optimismo.

—Nicolás..., escúchame. Las propuestas de Hoffner siguen siendo válidas. ¿Qué puede importarte trabajar para una red de espionaje, en vez de hacerlo para una organización europea? ¿Qué significa eso de «bandos contrarios»? ¿A qué bando perteneces tú? Te han expulsado de tu Servicio, y la única comunidad que te aceptará, la única donde no serás desgraciado, es la nuestra. Yo estaba aquí para vigilarte, Nicolás, es cierto, para condicionarte, para que aceptaras más fácilmente las propuestas de Hoffner... Pero ha sucedido algo que no está previsto en los manuales de espionaje. ¿Qué hacer cuando una se enamora de su adversario? Ridículo, ¿verdad?

Parecía sincera. Pero ¿cuántas veces había dicho Calone sinceramente cosas que en realidad no creía?

—¿Qué es lo que hay en ese vaso?

—Un somnífero.

—¿Para qué?

—Hoffner quería adelantar el viaje, como medida de precaución. No le gusta que hagas preguntas.

Calone sonrió.

—¿Te ha dicho que nos hemos peleado?

—No.

—Se vio obligado a dejarme marchar. Y supongo que te ha encargado que arregles las cosas...

—¿Por qué has cambiado de opinión, Nicolás?

—No he cambiado de opinión. *Nunca* he cambiado de opinión. Siempre he creído que acabaría por desarticular vuestra red.

—Pero...

—Y así ha sido. El tipo del Servicio que os informaba está enjaulado, lo mismo que el pobre Ludovic Kimski, el cual conoce los nombres de los otros agentes. Sólo quedáis Hoffner... y tú, Ilse.

Sacudió la cabeza y continuó:

—Para Hoffner, las previsiones no son optimistas. Va a pasar un mal rato.

—¡No es cierto! Te expulsaron realmente del Servicio, y nunca has vuelto a entrar en contacto con él, nunca. ¿Por qué tratas de engañarme?

—No te engaño, Ilse. Todo había sido montado a propósito. Me expulsaron del Servicio, es cierto. Pero fue una maniobra del jefe. No sabía si yo era el traidor...

—¿Cómo estaba enterado de su existencia?

—Weber. Marc Weber, alias Mark Warren, corresponsal de la C. I. A. Asesinado en Ginebra, en la cabina telefónica de un hotel, con un proyectil empapado en curare. Erais esperados, se sabía que buscabais un agente francés, para ese atentado contra el ministro ruso.

Ilse estaba muy pálida, con las manos crispadas sobre su vaso.

—Pero Warren-Weber tuvo tiempo de hablar. ¿Comprendes ahora? Al principio, yo no desconfiaba de ti...

Se produjo un nuevo silencio. Para Ilse, el golpe había sido muy duro. Finalmente, murmuró:

—Cuando decías que me amabas, ¿estabas de servicio?

—No mezclemos los problemas, Ilse...

—Es muy importante para mí, Nicolás.

—¿Cuestión de amor propio?

—Yo no te he mentado... Has traído a mi vida algo que yo desconocía. Sin embargo, estaba muy segura de mí misma. La seguridad de los imbéciles que no saben...

Dejó su vaso sobre la mesita y Calone notó que su mano temblaba. Poniéndose en pie, cogió a la joven por los hombros.

—Ilse —murmuró—, ¿por qué crees que he venido aquí esta noche?

Ilse se puso rígida y se desasíó brutalmente. Fue hasta la silla donde estaba su bolso y lo abrió. Sacó una pistola y apuntó con ella a Calone. Éste no se movió.

—Voy a..., a...

Calone disponía aún de tiempo para sacar su arma, pero no lo hizo. Hay objetos de arte que no pueden destruirse.

¿Dispararía Ilse? ¿Qué sentimiento predominaría en ella: el de la feminidad o el del patriotismo? Calone pensó en Costes. Éste no hubiera comprendido su actitud, seguramente.

Estaban a tres metros de distancia uno de otro. No se perdían de vista. En el rostro de Ilse, Calone pudo leer los progresos del fracaso de la joven. Sus labios empezaron a temblar, sus ojos brillaron y una lágrima se deslizó por su mejilla.

Ilse dejó caer su arma y se echó a llorar. Calone se acercó a ella, diciendo: —Hace un instante no me has dejado terminar. Quería dejarte tu oportunidad, Ilse. Mira...

Le enseñó su arma y añadió:

—¿Me crees?

—Sí...

Ilse había dejado de llorar. Calone le tendió su pañuelo. Ella murmuró:

—Es... es la primera vez que me ocurre... Soy una tonta.

Ni siquiera las lágrimas habían conseguido afearla. Sólo que ahora parecía más frágil, más vulnerable.

—Ilse... Escúchame... Voy a tratar de arreglar las cosas para ti. Después de todo, tienen a los otros, y eso debe bastarles. Ilse... ¿me oyes?

—Sí, Nicolás..., sí.

—¿Quieres confiar en mí?

—Sí.

Ahora estaba muy tranquila. Devolvió el pañuelo a Calone, fue en busca de su vaso. Bebió un sorbo y consiguió sonreír.

—Ahora, déjame sola. No me moveré de aquí, tranquilízate.

—¿Me esperarás?

—Te esperaré, Nicolás. Además, ¿adónde podría ir?

Calone estaba descontento, sin saber exactamente por qué. Le hubiera gustado encontrar otras palabras, pero no acudieron a sus labios. Inclino la cabeza, y salió del estudio.

Mientras abría la puerta oyó el disparo. Estuvo a punto de dar media vuelta, pero lo pensó mejor: la muerte no respeta a las obras de arte.

Al llegar al primer piso tropezó con Salat que subía. Se inmovilizaron. Salat preguntó:

—¿Quién ha disparado?

—Ella.

—¿Contra quién?

—Contra ella.

Salat hundió las manos en los bolsillos.

—Costes lo había previsto. Sabía que serías lo bastante estúpido como para darle una oportunidad...

Una oportunidad...

Calone estalló:

—Dile a Costes que...

—Bueno, bueno —le interrumpió Salat—. Puedes decírselo tú mismo. Le encontrarás en la calle.

Calone continuó bajando, en compañía de Salat; éste decía:

—Un éxito completo, Nicolás. Sorprendieron al individuo en el rellano de tu piso. Llevaba una metralleta debajo del impermeable. ¿Sabes quién era? El ayudante de Vallier. ¿Me escuchas o no? ¡Dios mío! ¡Qué carácter el tuyo! La chica se ha suicidado, ¿no? ¿Crees que Costes la hubiera dejado escapar? Ya le conoces...

Habían llegado al vestíbulo del inmueble.

—¿Dónde está Costes? —preguntó Calone.

—En la Comisaría de enfrente...

Pero Costes acababa de salir y Calone vio inmediatamente su maciza silueta. Llevaba un impermeable azul marino. Al ver a Calone, avanzó a su encuentro.

—La chica ha muerto, ¿verdad? —dijo—. Le ha dado usted su oportunidad, a pesar de todo lo que podía contarnos...

—Escuche, Costes. Hace años que deseo decirle algo. Desgraciadamente, mi posición no me lo había permitido hasta ahora. Era usted mi superior...

—Bueno... Y continuó siéndolo, ¿no?

—No. Me expulsó usted hace quince días, no lo olvide. De modo que, ahí va: puede usted irse al cuerno, Costes, usted y todas sus malditas combinaciones. ¿Está claro?

—Grosero, pero claro.

—Me alegro muchísimo.

Calone vaciló un instante, como si fuera a añadir algo, y se alejó bruscamente.

Costes suspiró:

—Y pensar que me veré obligado a readmitirle...

Pero Calone estaba ya lejos. Llamó a un taxi que pasaba y se dejó caer sobre el asiento posterior. Cerró los ojos.

—¡Eh, caballero! —dijo el conductor—. ¿Adónde vamos? —Calle de Lourmel, 18.

Era la dirección de Paule Blain. ¿No le había prometido que volvería a tomar un café?

ESPIONNAGE

CLAUDE RANK



LE CARNAVAL
des **VAUTOURS**

Editions "FLEUVE NOIR"

EL CARNAVAL DE LOS BUITRES

Claude Rank

Advertencia del autor

Cuando este libro estuvo terminado, lo di a leer a un amigo. Un amigo bien situado para opinar sobre el tema, ya que pertenece al Comité Militar de la Alianza Atlántica.

—Inquietante —me dijo—. ¿No crees que pueden sentirse molestos por esas imprudencias y esos errores que les haces cometer?

Se refería a los hombres del átomo; del átomo francés.

—He escrito la historia ficticia de un accidente. De un accidente que podría (o que ha podido) producirse en alguna parte, en el corazón del desierto o de los *djebels*.

Me ha parecido que en la actual coyuntura internacional, y ante las serias perspectivas que gravitan sobre nuestro Sahara (al que conozco y al que quiero; un Sahara al cual hemos sacado de la edad de piedra y del caos para propulsarlo hacia el año 2000), significaba por el contrario rendirles un homenaje el tratar de cautivar y distraer a doscientos o trescientos mil lectores con esas dificultades que podrían ser las suyas.

Decir de ellos que son unos sabios austeros y patriotas, que son perfectos y no se equivocan nunca, es algo que a ellos les tendría sin cuidado y que no interesaría a nadie. Proyectarles artificialmente al centro de una catástrofe, en cambio, además de excitante, corresponde al único terreno que dominamos: el de la novela.

CLAUDE RANK

Dedicatoria

Al capitán Moore, al comandante Perrault y a todos los de la Aviación embarcada del «*Saratoga*», en recuerdo del movido viaje de ida y vuelta y del «*mayday*» evitado por muy poco encima de los Hodna.

Asimismo, para cumplir la promesa que hice a los de la 4/6 del «*big-60*» de explicarles lo que podía ser en realidad nuestro «*agujero en la arena*» del Hoggar.

Muy amistosamente,

C. R.

Primera parte

I

Aislados en un refugio de hormigón revestido de plomo en medio de un universo lunar de rocas acuchilladas y de crestas volcánicas barridas por el viento de arena, once hombres levantaron la cabeza al mismo tiempo hacia el estridente repiqueteo del *countdown*.

La cuenta hacia atrás había empezado.

Un último *briefing* había tenido lugar durante la noche; luego, alrededor de las cinco, cuando el clarín había sonado en el «punto destacado 0» del Centro sahariano de experimentación militar, habían comprendido que la prueba tantas veces aplazada se efectuaría aquella misma mañana. París, bruscamente, había dado su visto bueno. Probablemente, en vista de las condiciones meteorológicas, y asimismo, sin duda, después de haber «interpretado» los informes políticos de la semana procedentes de Ghana, de los países africanos y del gobierno argelino.

A las cinco cincuenta, el contador *countdown* señalaba ya la hora H menos cuarenta minutos.

Técnicos del comisariado de la energía atómica y militares del C. S. E. M. sabían que, aquella vez, todo sería muy distinto de la prueba de Reggane.

No había ninguna torre que volatizar, ni falsos buques de guerra o aviones destinados a la destrucción colocados como juguetes sobre las olas de arena al abrigo de los parapetos de tierra. Ninguna cisterna llena de gasolina se transformaría en geysir incandescente, los campos de minas no saltarían, las balas de ametralladoras o morteros no estallarían en fuegos de artificio.

Pero la montaña se estremecería.

En el corazón de la roca, cuando el reloj electrónico con caída de cifras alcanzara los cinco ceros, se produciría el infierno, un temblor de tierra.

—*Countdown*: menos treinta y dos minutos —anunció un operador en la red de los altavoces.

—El servicio meteorológico señala un cambio del tiempo —advirtió el jefe de radio Masse a través del interfono.

—Nos importa un rábano —gruñó cerca de él el capitán Harlin.

Michel Lorrain le miró de soslayo. El representante del Centro interejércitos de las armas especiales parecía agitado e inquieto. Todo el mundo, por otra parte, parecía estar bastante inquieto.

—Supongo que las circunstancias no son las mismas que para una explosión aérea —dijo—. ¿Nada que temer a propósito de los vientos y de las recaídas?

—Nada que temer.

El coronel Charmon, un hombre con los cabellos cortados a cepillo, rígido y reglamentario hasta en sus menores sonrisas, entró en el refugio de hormigón. Era jefe del Centro de Im-Amguel. En caso de fracaso, cargaría con la responsabilidad de la organización local de la prueba.

—¿Qué dice el servicio meteorológico, Masse?

—El viento está cambiando de dirección, mi coronel.

El oficial jefe de centro pareció ver a Lorrain y le estrechó la mano.

—La cosa marcha, inspector. ¿Ha dormido bien?

Lorrain no se había acostumbrado a la palabra «inspector». Enarcó ligeramente las cejas, luego sonrió.

—La cosa marcha, mi coronel. Sólo un poco de nerviosismo.

—Normal... —empezó Charmon.

Pero Lionel Faure, el delegado del servicio de enlace se acercaba a ellos, y el coronel se calló. Faure iba acompañado de Milicci, encargado de los percutores. Era un hombre bajito y rechoncho, bigotudo y de aspecto tímido. Todo lo contrario de Faure, politécnico rígido y delgado, de ojos agudos y penetrantes.

—Si no hay novedad, el túnel se cerrará por sí mismo —dijo Faure, continuando una conversación iniciada sin duda un poco antes—. Las paredes se aplastarán por sí mismas, impidiendo el paso a la onda expansiva y a la menor radiación. *Todo quedará encerrado en la montaña.*

El comandante Chalard, delegado de la Dirección de las aplicaciones militares, un hombre de mejillas rollizas y de triple barbilla, llegó, al parecer, bastante ansioso.

—¿Y si se produce una fisura? La roca puede romperse... dejar escapar polvillos.

—El viento sopla del sur —recordó Masse, pesimista—. Eso significaría protestas sin fin de Nigeria, del Tchad, del Camerún y, desde luego, de Ghana.

—*Countdown*, menos veintiocho —desgranó una voz tranquila.

Las cifras continuaban saltando en el reloj electrónico. La tensión iba en aumento. Lorrain salió del bunker para escapar de aquel malestar que le oprimía.

El día se alzaba lentamente sobre el Hoggar. Una pálida claridad asomaba por detrás de los pitones de los *djebels*, rodeando las crestas del Adrar Edekel con un halo neblinoso. Una detonación lejana inmovilizó a Lorrain. Tres cohetes amarillos ascendieron inmediatamente del lado de Im-Eker. Lorrain consultó su reloj: aquello significaba la hora H menos veinticinco minutos.

Dio algunos pasos, algo encorvado a causa de la ventisca, que le ametrallaba el rostro con finísima arena, infiltrándose por doquier. Alrededor de los refugios y de los parapetos de protección de tierra, soldados y técnicos se afanaban en los últimos preparativos, vigilados por innumerables gendarmes. En el perímetro secreto de Im-Amguel, nadie tenía derecho a entrar en un sector que no fuera el de su propio servicio. Por ese motivo, oficiales, técnicos y soldados llevaban una gorra de tela de color distinto. En consecuencia, los guardianes podían ver fácilmente si el portador de la gorra tenía derecho a estar en el lugar donde se encontraba.

Un oficial de la gendarmería conocido de Lorrain avanzó, pero de espaldas.

—Esta espera es agotadora para los nervios, ¿verdad? ¿Es la primera vez que asiste usted a una prueba?

—La primera —dijo Lorrain.

—Yo estuve en Hamoudia. Fue mucho más espectacular que esto. Gafas negras, bola de fuego blanca y malva, columna de humo como si el propio cielo estallara, y luego el aliento..., un aliento terrible que nos quemó el rostro como si acabaran de abrir las puertas de un horno. Y luego el trueno... Terrible, se lo aseguro.

Era de Orán, y Lorrain le sabía muy hablador. Se alejó prudentemente, pero el oficial volvió a alcanzarle.

—¿A qué viene eso de hacer estallar una bomba atómica dentro de la montaña? ¿Lo sabe usted?

—Existen varios motivos, sin duda —respondió Lorrain, evasivo—. El primero puede ser para medir sin demasiado riesgo de recaídas el coeficiente de materia fisible realmente desintegrada con relación a la masa total del plutonio. Tienen que haber otros: control de la *verdadera* potencia de la onda expansiva, y también del rendimiento calorífico; es probable que las rocas se fundan como en una erupción volcánica. Disculpe, Pietri, me están llamando.

Un hombre de rostro asiático se acercaba a ellos, agitando los brazos: Thi Tuyet, vietnamita de origen, perteneciente a la D. S. T. parisiense. Lorrain no le apreciaba demasiado. Tuyet había caricaturizado con exceso su personaje de *barbouze*. Cuatro agentes del Interior, llegados asimismo de París, estaban a sus órdenes. Lorrain había sido el único designado por el S. D. E. C. E. [2].

—Ese maldito viento volverá a retrasarlo todo —exclamó Tuyet—. Estoy hasta las narices de sus pruebas continuamente aplazadas.

—Esta vez va en serio —dijo Lorrain, irritado—. ¿Para eso me ha llamado?

—No —dijo Tuyet, algo corrido—. Hay un informe que firmar. Relativo a nuestras conclusiones a propósito de la seguridad.

—No lo firmaré hasta que todo haya terminado —declaró Lorrain.

—Es lo que yo he dicho —afirmó Tuyet, en tono ligeramente burlón—. Nunca se sabe lo que puede pasar, ¿no es cierto?

Una sirena empezó a «mugir». Deformada por los altavoces, una voz nasal ordenó la evacuación total de los alrededores de los refugios.

—Su montaña no va a estallar, ¿verdad? —dijo Tuyet—. A menos de que no estén tan seguros de su túnel, o de que la roca ceda. En ese caso...

—Hasta luego —le interrumpió Lorrain, enervado—. Voy al refugio.

El pequeño asiático le contempló mientras se alejaba, con los labios fruncidos. Entre ellos, la cosa no marchaba. Por otra parte, entre la D. S. T. y el S. D. E. C. E. las cosas rara vez marchaban.

Unos cohetes ascendían hacia el cielo, que enrojecía por instantes. Los primeros rayos de sol aparecieron encima de los *djebels*. Lorrain avanzó, observando la montaña: a doscientos veinte metros encima de ellos, la pared había sido abierta, horadada a lo largo de centenares de metros por un túnel que, en su extremidad, se curvaba repetidas veces sobre sí mismo, retorciéndose como una escalera de caracol, para abrirse sobre la cámara donde había sido colocada la bomba. Se preveía que seiscientas mil toneladas de roca serían pulverizadas en una fracción de segundo. Los residuos radiactivos quedarían así automáticamente eliminados.

—«Si todo sale bien»... dijo para sí Lorrain.

Pasó junto a unos improvisados sismógrafos instalados por el personal: pelotas de tenis en equilibrio sobre unas estacas, tubos colocados verticalmente, etc.

«Cuando se hicieron las primeras pruebas, en mayo del 62, la montaña experimentó una sacudida de veinte centímetros», le había dicho la víspera el coronel Charmon.

Lorrain entró en el P. C. de control, en el cual reinaba una gran agitación. Únicamente los oficiales llegados de París se habían reunido en un rincón, silenciosos y tensos. Había allí representantes de Marcoule, de Bruyères-le-Châtel, de la abadía de Valduc, de la planta-piloto provisional de Pierrelatte, empleados del laboratorio. Todos callaban y miraban.

—Menos ocho minutos —anunció la voz de un operador.

La puerta de hormigón del bunker se cerró silenciosamente. El cerrojo de seguridad que caía hizo volverse a Milicci, el encargado de los percutores. Él era quien, la víspera, había entrado en el túnel, trepando centenares de metros para colocar sobre el monstruo la caja conectada con el crono-contacto electrónico. Lorrain observó que sus labios temblaban suavemente. También para él la responsabilidad era muy pesada.

—Menos *cuatro*.

Un general, joven, con el rostro grave pero tratando de sonreír, avanzó hasta el tablero de mandos. Con su uniforme atigrado de paracaidista, su casco blanco y sus gafas, se instaló en un sillón de tubo metálico. Delante de él había seis cuadrantes y dos manecillas. Cuando hiciera girar la segunda, la montaña empezaría a gruñir.

A través de las mirillas del bunker, vieron que el sol había tomado posesión definitiva de los *djebels*. El perímetro de prueba estaba desierto. Los únicos ruidos que se oían eran los silbidos del viento que azotaba la arena.

—*Menos dos minutos*.

Todas las miradas se posaron en el reloj electrónico. Marcaba 00119, 00118, 00117, 00116...

—¡H menos cien! —anunció un operador.

Bruscamente, las luces verdes del refugio se convirtieron en rojas. El general apoyó una mano sobre el contacto de la izquierda, con los ojos clavados en las pantallas de televisión conectadas con las cámaras situadas delante de la montaña. Incluyó lentamente la cabeza varias veces. No ignoraba que las dos manecillas eran ante todo un símbolo...

Desde hacía ya más de un cuarto de hora, la decisión no correspondía a los hombres más que en parte. Un crono-contacto electrónico se había encargado de la sincronización de los millares de operaciones de precontrol, cuyo punto culminante sería la explosión.

—*Menos treinta segundos*.

Lorrain se puso rígido, replegándose sobre sí mismo en la espera de la onda de choque.

—¡*Menos veinte!*

Veinte segundos más y, si todo iba bien, un percutor se distendería, golpeando un cebo clástico de fulminante. La explosión miniatura pasaría entonces, a través de un corto cilindro de plutonio, a una cavidad formada por otros dos bloques de plutonio. Autodesintegrándose a partir de un determinado volumen —un volumen-tipo producido mediante la reunión de los tres bloques—, el plutonio empezaría a rugir. En una millonésima de segundo, la masa crítica así formada haría volar en átomos de metal el enorme bloque de acero exterior de la bomba, provocando al mismo tiempo un calor instantáneo de decenas de millones de grados.

—*Menos quince.*

La penúltima de las luces todavía verdes pasó súbitamente al rojo y el general perdió su sonrisa. Lo único que podía hacer ahora era cortocircuitar todos los relés, deteniendo así inmediatamente la prueba.

Pero el general no movió la mano. Sus dedos se extendieron, dispuestos a hacer girar el botón. Al mismo tiempo que los otros asistentes, clavó los ojos en el cronógrafo. Las cifras continuaban saltando, cayendo con una prodigiosa cadencia, parecidos a unos gnomos de dibujos animados, agitados bruscamente por una intensa vida.

—*Cuatro, tres, dos, uno... ¡CERO!*

Once miradas un poco alucinadas se volvieron al mismo tiempo hacia las pantallas de radar, en tanto que un estremecimiento recorría el refugio.

Un segundo de espera insoportable, tan largo como una eternidad...

Y luego otro segundo.

El silbido del viento de arena en el exterior adquirió un horrible relieve sonoro, llenando el silencio, mezclado con el obsesionante tictac de los relojes eléctricos.

El coronel miró al general. Sus labios estaban exangües.

La espera se prolongó, intolerable.

La voz del jefe de centro se dejó oír súbitamente, crispada, irreconocible.

—¡Masse, transmita inmediatamente el siguiente mensaje!

«*Que todo el mundo permanezca en su puesto. Prohibición terminante de abandonar los refugios.*»

A través de una mirilla, Lorrain vio unos buitres que planeaban, muy altos en el cielo, sobre los *djebels* de crestas acuchilladas.

—Añada que la explosión se ha retrasado, pero que puede producirse de un momento a otro —añadió el general, en un tono muy tranquilo.

II

En Im-Amguel los «*claxons*» empezaron a sonar, mientras los altavoces llevaban las consignas a todos los puestos.

Lorrain se había inmovilizado ante los orificios de la mirilla del refugio. Pero no se veía nada. El sol empezaba a espejear sobre las escaleras metálicas pegadas a la pared vertical de piedra volcánica gris. Los buitres se alejaban. En el ángulo de los orificios taladrados en el hormigón del refugio la arena se amontonaba, formando una minúscula duna.

—¿Ha ocurrido ya alguna vez? —inquirió, detrás de él, una voz que Lorrain no reconoció.

—A nosotros, no. En Nevada, sí: dos veces.

Bruscamente, todo el mundo se puso a hablar al mismo tiempo. Brotaron las preguntas, enloquecidas. Los oficiales del Ministerio de los Ejércitos asaltaron a los técnicos.

—Caballeros, les suplico que no pierdan la calma —dijo el general, volviéndose hacia el coronel Charmon—. El jefe de centro va a darnos su parecer.

—Es probable que exista un... imponderable en alguna parte de la tela de araña de las conexiones —dijo Charmon, tras una leve vacilación—. Es algo siempre posible: hay millares de relés.

—Sin embargo, el tablero de control señala un funcionamiento perfecto de los aparatos —dijo un hombre delgado, vestido de paisano, cuyos labios, muy pálidos, temblaban.

El altavoz runruneó:

—*Procedimiento de urgencia confirmado.*

Lorrain avanzó hacia el encargado de los detonadores. El corso parecía aterrado y conservaba uno de sus puños obstinadamente cerrado. Tenía los ojos clavados en las pantallas, y se sobresaltó cuando el agente del S. D. E. C. E. le habló a media voz.

—¿Qué va a pasar si no se descubren los motivos del... imponderable?

—No puedo contestar a esa pregunta —gruñó Milicci, en tono casi furioso, volviéndole la espalda.

El delegado del servicio de acercamiento de las masas —el hombre que sin duda había supervisado el montaje de la bomba atómica— estaba hablando por teléfono, con la boca pegada al micrófono, e hizo un gesto irritado, indicándole que se callara.

—Ahora está todo en el vientre del crono-contacto —dijo el jefe de los enlaces de radio muy cerca de él, en voz baja—. Están todos un poco desconcertados. He aquí lo que ocurre cuando se confía una decisión a una máquina electrónica.

—Milicci —llamó el coronel Charmon.

El encargado de los detonadores se acercó a él.

—¿Está usted seguro de su montaje?

—Es una pregunta inútil, mi coronel. Si el montaje del fulminante fuera defectuoso, los controles de anoche nos lo hubieran advertido.

Estaba pálido, y su barbilla temblaba de indignación.

—No comprendo por qué el primer tiro tiene que ir dirigido contra mí.

—¡No es momento de estúpidas susceptibilidades! —estalló el general—. Hay que creer que sus malditos sistemas de «control» no sirven para nada. La prueba está ahí.

El coronel Charmon soltó el receptor telefónico y se precipitó a su vez hacia una mirilla. A unos doscientos metros de distancia veíase una especie de casamata muy baja, a ras de arena: el refugio central de los relés.

—Masse, llame inmediatamente a Arndt por los altavoces. Tiene que ir a revisar los relés. Es posible que en el último segundo haya saltado un contacto.

El jefe de los enlaces de radio le miró con estupor. Si se producía la explosión, tal vez no significara la muerte, pero sí un riesgo muy grande para el técnico que fuera a la casamata. Además, si la roca cedía iba a producirse un verdadero bombardeo de piedras.

—Inmediatamente, Masse.

—Bien, mi coronel.

—¿Quién es Arndt? —inquirió Lorrain, volviéndose hacia el delegado del servicio de acercamiento de las masas.

—Un electrotécnico encargado del montaje de los contactos electrónicos. Ha trabajado al frente de un equipo, bajo las órdenes de Milicci.

—¿Aquí, o en Pierrelatte?

—En Reggane —respondió Faure, tras una leve vacilación—. Pero estaba aquí desde hacía dos meses, para ocuparse de los últimos preparativos.

La voz metálica transmitió la orden por todo el perímetro de la base.

«¡Ingeniero Arndt! ¡Preséntese urgentemente en el P. C. de Operaciones!»

—¿Afirmativo? —se impacientó el coronel.

—Un momento —dijo Masse—. Acabo de difundir la llamada.

—¿Es un alemán? —interrogó Lorrain.

—De origen alemán —dijo Faure—. Pero hace años que se naturalizó francés.

Un intenso zumbido les hizo precipitarse de nuevo hacia las mirillas. Unos aviones sobrevolaban el lugar.

—¡Avisé inmediatamente a Reganne! —ordenó el coronel—. Nos están enviando ya los taxis de control. Dícales que hay una demora. ¡Masse! Advierta a la torre: los aviones deben aterrizar en seguida en la pista de Hamoudia y esperar.

—Bien, mi coronel.

—En el cielo hay algo más que aviones —dijo Faure, señalando los buitres que, espantados un instante por los aparatos de reconocimiento, regresaban, volando en círculo sobre un punto determinado.

—Raro, ¿no?

—Muy raro —reconoció Lorrain, con aire preocupado.

—Vuelan sobre las torres anejas —dijo Milicci, que se había unido a ellos—. Sólo hacen eso cuando...

No terminó la frase. Su rostro había palidecido. Conocía el Hoggar lo bastante como para saber que las aves de carroña no pierden nunca el tiempo en planeos inútiles.

—¿Y Arndt? —gritó el coronel—. ¿Llega o no?

—He llamado a todos los puestos, al túnel, a los barracones y a los anejos —dijo Masse, en tono preocupado—. *No está en ninguna parte.*

Milicci se mordió el labio inferior.

—Coronel Charmon, voy a la casamata de los relés —decidió bruscamente—. Masse, deme un *talkie*.

—¿Por qué *usted*?

Milicci se volvió hacia el coronel. Estaba muy pálido.

—Es posible que haya que actuar aprisa —dijo.

El general se acercó.

—Póngame con París, Charmon. Hay que advertir a Matignon.

Se miraron súbitamente con aire de catástrofe.

—¿Afirmativo, mi coronel? —preguntó Milicci.

—Vaya —autorizó Charmon con un hilo de voz—. Pero, tenga cuidado: contacto cada diez segundos. Masse, enfoque la cámara 4 sobre el ingeniero. En primer plano. Necesitamos vigilar sus menores gestos.

Milicci salió, terminando de ponerse un casco metálico y ajustando la correa del pequeño emisor-receptor a su espalda. La cámara 4 le captó inmediatamente y no le abandonó hasta que hubo llegado al pequeño bunker semienterrado en la arena. La voz del ingeniero corso fue retransmitida por los altavoces.

—¿Quién ha dado la orden de emplomar?

—¡M...! —dejó escapar Masse—. Tiempo perdido...

Conmutó.

—¿Tiene usted lo necesario para aserrar el cable?

—Voy a probar con una pinza —dijo Milicci.

El coronel Charmon se alejó del micro y paseó una mirada dura sobre todos los presentes. Era una historia que podía perseguirle hasta el fin de su carrera... Había escapado a las dificultades políticas en el Aurés, en Argel y sobre todo en París, y la desgracia le alcanzaba allí, en el último rincón del Hoggar.

—¿Ninguna noticia de Arndt?

Lorrain se acercó lentamente. Una profunda arruga cruzaba su frente.

—Mi coronel, supongo que no será muy arriesgado enviar a alguien del lado de las torres anejas.

—Lo es —replicó Charmon—. He prohibido todo ir y venir del personal.

—Entonces, iré yo mismo —decidió Lorrain, sosteniendo la áspera mirada de Charmon—. ¿Ha visto usted los buitres, allí, mi coronel?

Charmon no se había dado cuenta de nada. Se acercó a una de las mirillas y se puso rígido: los buitres se habían posado sobre una masa oculta por unos roquedales.

Ordenó, sin moverse:

—Masse... En el anejo 3 tienen una cámara de 500. Dígales que la enfoquen sobre los buitres.

Masse obedeció.

—¿Sin noticias de Arndt?

—Sin noticias —dijo Masse, muy serio.

—Llame a Reggane, a Hamoudia y a Im-Ekker. *¡Hay que encontrarle!* ¿Me ha oído, Masse? ¡Hay que encontrarle a toda costa!

Lorrain se acercó a una de las pantallas de TV. La cámara, sin duda teledirigida desde uno de los puestos, buscaba, reptando por la arena. Se

inmovilizó bruscamente sobre los buitres.

—¡Santo cielo! —exclamó Masse.

Las aves de rapiña desgarraban a un hombre a picotazos, arrancando grandes trozos de carne sanguinolenta. Pero el rostro estaba aún relativamente intacto.

—¿Arndt? —susurró Lorrain.

—No —dijo Faure, junto a él—. Su ayudante: Michelis...

El coronel Charmon se había lanzado hacia el micrófono conectado con Milicci. En otra pantalla veíase al ingeniero afanándose encima de los cables.

—Milicci, ¿me oye?

—Casi he terminado, mi coronel.

—*¡Interrumpa inmediatamente el trabajo!* Antes de continuar, hay que comprobar los registros.

En la pantalla apareció, en primer plano, el rostro aterrorizado y sudoroso de Milicci.

Cuatro minutos más tarde, la respuesta de los controles electrónicos estalló como una bomba sobre el perímetro estratégico:

Ocho de cada diez de los aparatos destinados a registrar, para el estudio de postexplosión, el rendimiento de desintegración, la onda expansiva, el calor, las vibraciones y otros varios resultados de la prueba, estaban inutilizados.

—Han tenido que hacerlo esta noche —dijo el ingeniero Faure con voz temblorosa—. ¡Y todos los relés de supercontrol han tenido que ser conectados de nuevo, para que el crono-contacto no pudiera señalar nada!

Lorrain consultó su reloj y se acercó a Charmon.

—Mi coronel, a partir de este momento debo adoptar las pertinentes medidas de seguridad. Supongo que está usted de acuerdo...

—París al habla —dijo uno de los operadores, dirigiéndose a Masse.

—Voy a pedir instrucciones ahora mismo —dijo Charmon, en tono abrumado—. Pero puede usted dar todas las órdenes que considere necesarias.

Se dirigió hacia una cabina insonorizada, pareció reponerse y se volvió hacia el jefe de los servicios de radio.

—Masse, contraorden inmediata para Milicci: *que regrese, que no toque nada.*

—Bien, mi coronel.

Esta vez, Lorrain había comprendido: si se había producido realmente un sabotaje, era imposible saber *cómo* podían reaccionar los relés. El menor paso en falso, y la carga nuclear estallaría.

—Es una catástrofe —dijo Faure, incrédulo—. Y sabían lo que se hacían: dejar continuar el experimento y que la bomba estallara *sin control de los registros*, significaba aniquilar unos kilogramos de materia fisible, reducir a cero meses enteros de trabajo y retardar así los progresos de la fuerza de disuasión. Sin contar las decenas de miles de millones desintegradas al mismo tiempo que la explosión inútil.

—Deme la ficha del ingeniero Arndt —pidió Lorrain.

La puerta del refugio se abrió, rechinando. Milicci reapareció, pálido como un muerto.

—Es usted el superior directo del ingeniero Arndt, ¿no es cierto? —le preguntó Lorrain.

El jefe del servicio de detonadores sacudió la cabeza.

—Es imposible que *él* haya traicionado. Respondo de él como de mí mismo.

Lorrain no se molestó en decirle cuántas veces había oído aquella frase. Faure llegó con una pequeña carpeta que contenía unas fotografías y unas cuartillas escritas a máquina. Lorrain las hojeó rápidamente, mientras decía:

—Póngame con Reggane.

Masse agitó un brazo.

—¡Inspector! Tengo ya Reggane. Una cosa es segura: nadie ha visto a Arndt después de esta noche. Y su automóvil no se encuentra en ninguna parte, ni aquí ni en Im-Ekker.

Lorrain se acercó a él y quitó el receptor de sus manos.

—Soy funcionario del gabinete del primer ministro —dijo, tras una breve vacilación—. El jefe de centro confirmará mis credenciales. Busquen inmediatamente la pista de Sigmund Arndt. Controlen en primer lugar las carreteras del Sur, hacia Agadés y Kidal.

Chasqueó los dedos. Masse extendió rápidamente un mapa delante de sus ojos.

—Igualmente las del Norte, hacia Orán, Touggourt y, sobre todo, hacia la frontera tunecina —añadió Lorrain—. Llamen en cuanto haya alguna novedad.

Al colgar, vio que la puerta del refugio había quedado entreabierta. No vaciló. Fuera, la intensa luz del sol le cegó. La arena seguía corriendo sobre el suelo rocoso, barriendo la montaña.

—¿Por qué exponerse? —gritó Faure detrás de él.

Lorrain se encogió de hombros y se dirigió hacia los buitres. El silencio que reinaba entre los bunkers era impresionante, se aferraba a la garganta. De

las antenas de radio y televisión surgían silbidos sincopados y lúgubres.

Al llegar a treinta metros de distancia de los buitres, les vio erguir el cuello y contemplarle con fijeza. Arrojó furiosamente unas piedras contra ellos y las aves de muerte remontaron el vuelo.

Lorrain se arrodilló junto al cadáver mutilado, tratando de no mirar demasiado. Registró los bolsillos y se guardó todo lo que había en ellos. Luego cubrió rápidamente el cuerpo con grandes piedras y regresó al refugio.

Se dio cuenta de que andaba demasiado aprisa y trató de disciplinar su paso, comprendiendo que tenía miedo. Había conocido el desembarco y los bombardeos sin refugio, pero no la muerte encerrada en el corazón de una montaña. Una montaña que un mecanismo descompuesto podía transformar en un volcán apocalíptico.

Llegado al refugio, se encaró con el ingeniero Milicci.

—En su opinión, ¿es imposible que haya habido *otros* sabotajes? —inquirió.

—Quiere usted decir: ¿*otros sabotajes en el interior mismo del túnel?*

—Me ha comprendido usted perfectamente.

—No lo creo —respondió Milicci, con voz neutra.

Lorrain sacó de sus bolsillos los papeles que había encontrado sobre el despedazado cadáver.

—¿Hay noticias de Reggane?

—Ninguna —dijo Masse—. No han encontrado ni rastro de Arndt.

Lorrain no tardó en abandonar con disgusto los documentos empapados en sangre. Eran cartas de muchachas y tarjetas de identidad...

—Arndt vivía en Reggane en compañía de su esposa —recordó de repente, abriendo de nuevo la carpeta que contenía la ficha del ex alemán y buscando las fotografías de una joven muy morena que ya había visto.

—Algunos técnicos, muy pocos, se han traído a sus esposas —dijo Charmon—. He recibido confirmación de París, inspector: puede usted actuar como estime conveniente.

—Un momento, coronel —dijo Lorrain—. ¿Ayudó alguien a Arndt a montar el crono-contacto?

El oficial superior se había inmovilizado. Unas finas gotas de sudor perlaban su frente. Lorrain intuyó que Charmon hubiese preferido que comprendiera con menos rapidez.

—Dirigió un equipo de técnicos —dijo finalmente el oficial, con visible disgusto—. Pero, como es costumbre en toda prueba secreta, todo el personal

cuya presencia no era absolutamente indispensable fue enviado de permiso. Ahora se encuentran en Oran, en Argel o en Francia.

Lorrain arrancó una hoja de un bloc y garabateó rápidamente unas palabras.

—El primer responsable, por tanto, es M. Milicci. Montaje efectivo, el ingeniero Arndt y su ayudante Michelis, que acaba de ser asesinado. Y un equipo trabajó a sus órdenes. ¿No es eso?

—Exactamente.

Lorrain se irguió y miró a Charmon a los ojos.

—Mi coronel, creo que en estos momentos el secreto ha dejado de serlo. Es probable, pues, que alguien haya saboteado los registros esta noche para que la prueba fracasara. Y es lógico suponer que ese «alguien» ha podido modificar *también* el sistema electrónico de cebo *sobre la misma bomba*.

—Yo mismo coloqué la caja en el túnel —dijo Milicci, removiendo apenas los labios, como si el hablar le resultara doloroso.

—Pero no la revisó usted por última vez... antes del montaje definitivo.

—¿Qué motivo hubiera tenido para hacerlo?

Lorrain miró al exterior. El silencio seguía siendo absoluto, impresionante. Los buitres habían reemprendido sus círculos concéntricos encima de las crestas. Era sin duda más catastrófico aún de lo que ellos querían confesar... Si alguien había modificado el orden de los relés para que la bomba estallara y quedara inutilizada de todos modos, la no explosión se debía en realidad a un incidente imprevisto por *todos*. Sin embargo, debía ser *imposible* tocar los contactos: el menor paso en falso significaría el temblor de tierra, miles de millones de francos y meses enteros de trabajo perdidos.

—Empiezo a comprender por qué le recomendó usted prudencia al ingeniero Milicci ante la casamata de los relés, mi coronel —dijo finalmente Lorrain, alzando los ojos—. Me gustaría formularle una última pregunta: ¿Qué piensan hacer, en definitiva, los técnicos del Comisariado de la energía atómica?

—El adoptar una decisión no les corresponde ya a ellos, sino a los elementos militares del centro —respondió Charmon secamente—. Y espero de un momento a otro la respuesta del Ministerio. Pero, de todos modos...

El teléfono vibró en el fondo del refugio. Masse descolgó el receptor.

—¿De todos modos...? —insistió Lorrain.

—De todos modos, es necesario que alguien asuma unos riesgos —declaró el coronel, mirando a Lorrain a los ojos—. Sin duda será indispensable entrar en el túnel para desencebar allí el cuerpo de la bomba.

—La sección de seguridad de Reggane al aparato —anunció Masse en tono excitado—. Hay noticias: un vehículo acaba de ser robado hace veinte minutos delante de la piscina de los atomistas...

III

Lorrain se apoderó del receptor. Al principio no oyó más que unos zumbidos en la línea. Luego, alguien gruñó: «Un momento... le pongo...» Después, más zumbidos. Lorrain trató de calmar su impaciencia mirando al exterior: era un alba falsa e inquietante, teñida de un rosa dorado, un alba llena de amenazas.

—Aquí, perrera 1, en Reggane —dijo una voz desconocida—. Los perros han ladrado y yo...

—¿Quién es usted?

—Pertenezco a la gendarmería del campo de los trabajadores. Hemos visto pasar un Land-Rover todo terreno. Muy aprisa. Poco después nos han informado del robo. Iba en dirección norte...

Lorrain colgó después de otra serie de zumbidos. Sopesó los pros y los contras en unos instantes. Luego recordó los Bell que había visto cerca de las casamatas subterráneas de estudios.

—Mi coronel, ¿puede usted poner inmediatamente un helicóptero a mi disposición?

—¿Por qué imaginar que puede ser *él*? —objetó Milicci, sacudiendo la cabeza—. Tiene su propio automóvil: un Ford último modelo, con el cual alcanza los ciento veinte en las peores carreteras. ¿Qué necesidad hubiera tenido de robar un Land-Rover?

—Daré la orden pertinente —dijo Charmon.

El rotor giraba ya cuando Tuyet corrió hacia el Bell agitando la mano.

—¿Alguna novedad?

—Nada seguro —dijo Lorrain, deliberadamente evasivo y haciendo señas al piloto para que emprendiera el vuelo.

Tuyet y dos de sus subordinados de la D. S. T. volvieron la cabeza, furiosos. El piloto ayudante había empujado la palanca. El helicóptero rodaba ya hacia el punto de despegue, señalado con una gran cruz. El piloto intercambió las frases rituales con la torre de control provisional, y despegaron.

—Torre a Viajero —dijo una voz metálica—. *Mensaje de Perímetro 1-A. Un avión de reconocimiento ha avistado al Land-Rover. La posición es en dirección a In-Salah. Cambio.*

—Comprendido —dijo el piloto—. Corto.

Pasaron por encima de la montaña.

—Es terrible pensar que todo puede volar de un momento a otro, sin que podamos hacer nada —declaró lúgubrementemente el suboficial.

—Descienda un poco.

—Está prohibido...

—Descienda de todos modos.

Súbitamente, Lorrain percibió los montones de rocas que señalaban la abertura del túnel. ¿Cómo se las arreglaría Milicci? Ya que lo más probable sería que no se presentara ningún voluntario para desencebar la bomba. En su calidad de jefe de la sección de detonadores, el ingeniero corso tendría que entrar en el túnel... Suponiendo que antes no se desintegrara la carga.

—¿Al 340? —preguntó el piloto.

—Al 340. Y aumente la velocidad.

Lorrain palpó maquinalmente uno de sus bolsillos. El Colt-Python estaba allí.

—¡Aumentar la velocidad! —gruñó el piloto—. Con esto, sesenta nudos es el fin del mundo.

Giraron ligeramente hacia el sudoeste, sobrevolaron unas depresiones sembradas de manchas de salitre y de rocas de perfil atormentado. Un paisaje desolado y caótico reemplazaba lentamente las crestas salvajes del Hoggar.

—Quiere usted cortar el camino, ¿verdad?

—En efecto —dijo Lorrain.

El aparato, sacudido por los baches y las oleadas de calor refractadas por las rocosas paredes, perdió un poco de altura. Las hélices cortaban el aire recalentado con batidos de alas de aves rapaces.

—*Flapping*, no se preocupe —dijo el piloto, registrando el suelo con los ojos—. El motor es muy seguro. Si lo que buscamos es un Land-Rover, tendríamos que empezar a verlo —añadió.

—Baje el colectivo, admisión alrededor de quince —dijo Lorrain.

El ayudante le miró de soslayo.

—¡Vaya! Sabe usted de qué va, ¿eh? Bueno, voy a descender. Trescientos pies, ¿le conviene?

Lorrain le rozó el hombro en señal de asentimiento. Por primera vez después de la impresión que le había producido el fracaso de la prueba, su

mente empezaba a reaccionar con claridad. Por espacio de unos minutos, se había movido, había telefoneado, efectuado los gestos necesarios, pero experimentaba la sensación de haber actuado continuamente en un estado secundario. Ahora estaba más seguro de sí mismo, recobrada la lucidez.

—*Reggane... Central a Viajero* —dijo una voz metálica—. *El avión de reconocimiento ha avistado de nuevo al Land-Rover. Siempre en dirección a In-Salah, a la altura de un oasis que debe de ser Aoulef.*

—Para haber llegado allí, el vehículo tiene que haber corrido mucho —dijo el piloto, después de haber confirmado la buena recepción del mensaje—. ¿Cree que ha huido?

Lorrain enarcó las cejas, intrigado. No hubiera creído que las noticias circularan con tanta rapidez.

—¿A quién se refiere?

—Al boche, desde luego.

—Creí que se había naturalizado francés...

—¡Claro que sí! Pero es la fuerza de la costumbre, ¿entiende?

—¿Le conoce usted?

—Le he visto tres o cuatro veces en Hamoudia.

—¿Participó en las primeras pruebas nucleares?

—¡Y de qué modo! Incluso le encargaron el dar explicaciones a todos los enviados de los jefes negros. ¡La «Comunidad»! En aquella época se creía aún en ella y les habían invitado. Un gesto de cortesía.

—¿Qué opinaban de él en Reggane? —preguntó, Lorrain, atento.

—Un tipo elegante y bien visto por todo el mundo —dijo el piloto—. Llegó de Colomb-Béchar en el automóvil del profesor Riesner. Uno de los tipos de los cohetes Véronique, ya sabe... Un Fritz, como él. Al parecer le había conocido en Alemania, antes de la rendición.

Lorrain miraba fijamente hacia el suelo. De momento, todo resultaba incomprensible. ¿Por qué el ingeniero Arndt habría cometido bruscamente un sabotaje tan burdo que le señalaría indiscutiblemente como responsable? ¿Y por qué habría asesinado a su ayudante?

—¡Oh! —dijo el piloto—. Mire...

Una nube de polvo se adivinaba en línea recta delante de ellos, pero todavía muy lejos. Parecía desplazarse de oeste a este.

—Vamos a cortar la carretera de Adrar-In-Salah —anunció el piloto—. Agárrese. Pongo el colectivo a cero.

Lorrain vio el doble mando girar bruscamente delante de él. La aguja del rotor continuó girando, en tanto que la del motor modificaba su régimen. Al

principio, la aceleración de caída fue tan seca que Lorrain se despegó de su asiento. El suelo empezó a ascender rápidamente hacia ellos.

Lorrain notó la humedad del sudor en su espalda. El vehículo se distinguía ahora claramente: era un Land-Rover, en efecto.

—Corte la velocidad y a cien pies —ordenó, levantando la voz para cubrir el chasquido ensordecedor de las palas.

—¿Dónde nos posamos?

—Tres o cuatrocientos metros más adelante. ¡Esperaremos en la carretera!

—Veinte nudos, corto —confirmó el piloto—. El colectivo alto, es más prudente.

Lorrain sacó el Colt de su bolsillo y colocó una bala en la recámara. Las palas mordían brutalmente el aire y el Bell efectuó una autorrotación para picar en directo sobre la carretera.

—¡Pósesese! —ordenó Lorrain.

El piloto inclinó la barbilla. Los rotores empezaron a vibrar. El aparato permaneció unos instantes suspendido encima de una pista pedregosa barrida por el viento, luego tocó el suelo y recorrió varios metros antes de inmovilizarse.

Lorrain no esperó la escalera plegable: saltó al suelo y cayó en mala posición. Vieron llegar el automóvil envuelto en una enorme nube de polvo. Lorrain agitó la mano, haciendo una mueca de dolor a causa de su tobillo.

El vehículo se detuvo y efectuó una brusca maniobra. Volvió a marchar a toda velocidad en dirección contraria. El ayudante tendió la mano a Lorrain para ayudarle a subir al helicóptero.

—¡Lo alcanzaremos! ¡Confíe en mí!

Las palas volvieron a golpear el aire, ensordecedoras. El ayudante colocó de nuevo el Bell en el eje de la pista, tras un breve instante de emoción: el aparato había girado demasiado en seco, se había inclinado, y una de las ruedas había rozado un arbusto reseco.

No tardaron en estar encima del vehículo. Los dedos de Lorrain se crisparon sobre la culata de su arma. Tuvo que rendirse a la evidencia: una mujer...

—¡*Madame Arndt!* —exclamó el piloto, estupefacto.

—Descienda más...

Lorrain disparó dos veces, apuntando a la pista, muy por delante del automóvil. Vio claramente los pequeños geysers de arena que nacían en el suelo. Esta vez no había duda: la pareja Arndt se hacía sumamente sospechosa.

—¡No se detiene! —exclamó el piloto—. La muy zorra...

Súbitamente, distinguieron el rostro crispado de la mujer. Llevaba una especie de capucha de seda, por debajo de la cual volaban unos cabellos, muy negros, brillantes. El sol le dio en pleno rostro: era bastante guapa, con una cara extraña, un poco redonda y oriental.

—¡Pique sobre ella! —gritó Lorrain—. Veremos cómo reacciona.

—No creo que se detenga. En mi opinión, hay que provocar un choque.

—Sea prudente: no cometa tonterías.

—¿Quiere usted detenerla, o no? ¡Agárrese!

Inmediatamente, Lorrain comprendió que el suboficial piloto conocía su oficio. Una especie de frenesí parecía haberse apoderado del Bell, el cual giraba, se inclinaba y se balanceaba, rugiendo. Unas nubes de polvo arrancadas por las palas se mezclaron con el viento en el instante en que el vehículo, que habían vuelto a sobrepasar, avanzaba hacia ellos.

Distinguieron el rostro aterrorizado de la mujer. Pero no frenó, no intentó siquiera dar marcha atrás, comprendiendo que sería inútil.

—No había visto usted nunca una maniobra como ésta, ¿verdad? —preguntó el piloto.

—¡Nunca! —opinó Lorrain, con los miembros doloridos por los golpes—. ¡Choque ya!

El piloto profirió un gruñido y dio un golpe seco de colectivo. En una fracción de segundo, vieron al vehículo precipitarse contra ellos en el momento en que caían. Pero el automóvil llevaba menos velocidad de la que había calculado el ayudante. La rueda del Bell «cayó» demasiado pronto encima de la capota, chocando inmediatamente contra el parabrisas.

Lorrain se irguió en el instante en que el cristal volaba en pedazos. El automóvil pareció perder el equilibrio y zigzagueó bruscamente, cruzando la pista en diagonal. Oyeron el estridente frenazo y vieron cómo el parachoques topaba violentamente contra una gran piedra. El Land-Rover dio una vuelta completa sobre sí mismo antes de detenerse.

Apenas posado el Bell, Lorrain se dejó caer al suelo sobre su lastimado tobillo. Echó a correr, cojeando y haciendo muecas de dolor, empuñando el revólver. Al ver que la mujer no estaba herida respiró.

Ayudado por el piloto, sacó a la mujer del vehículo. Un trozo de cristal había acuchillado su frente y no cesaba de pasarse los dedos por la cara, de acercarlos a unos centímetros de sus ojos, con aire incrédulo.

—¿Es usted Saskia Arndt? —preguntó Lorrain, casi sin aliento.

—¿Quién cree usted que soy? —replicó secamente la mujer—. ¿Qué quiere de mí?

Lorrain tardó unos segundos en contestar. Había visto la maleta en el asiento trasero, se inclinó y la levantó para hacerla pasar por la hundida portezuela.

—Sólo deseo formularle algunas preguntas, *madame* Arndt —dijo finalmente—. A propósito de su huida, entre otras.

Ella le miró, pálida y con el rostro tenso, pero parecía haber recobrado un poco de calma. Lorrain había reconocido su acento. Levante: siria o israelita. Entregó la maleta al piloto, el cual fue a llevarla al helicóptero.

—¿Cree usted que tiene alguna posibilidad de unirse a él?

La mujer palideció todavía más y sacudió la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—No sea estúpido... ¿Se refiere usted a Sigmund?

—Tendrá que acompañarnos —dijo Lorrain, sin responder a la pregunta y cogiendo a *madame* Arndt por el brazo.

—¡Suélteme! —gritó la mujer, desasiéndose violentamente, con el semblante crispado—. ¿Por qué quieren atribuirle la responsabilidad de ese fracaso?

Lorrain la alcanzó mientras corría por la pista. Volvió a cogerla del brazo, sin brutalidad, pero con los dientes apretados. *Madame* Arndt estalló repentinamente en sollozos, cubriéndose el rostro con una mano y siguiéndole, súbitamente dócil.

—No sea absurdo... ni injusto. ¡Sigmund no es responsable! Sigmund no es un traidor... ¡Le juro que no es un traidor!

La ayudaron a subir a bordo del helicóptero. El aparato despegó un instante después, y el Land-Rover no tardó en convertirse en un punto diminuto sobre la pista barrida por el viento del desierto.

—¿Cómo puede usted *saber* que el experimento de hoy ha sido un fracaso? —preguntó Lorrain—. Ha huido usted de Reggane media hora antes de que nosotros lo supiéramos...

IV

Madame Arndt permaneció silenciosa; sus hombros temblaban.

—Conteste —insistió Lorrain.

—No tengo nada que decir.

El ayudante piloto le dirigió una rápida ojeada y luego se volvió hacia Lorrain.

—Oiga... Ignoro si esto puede tener alguna relación, pero al amanecer me encontraba en la central radiotelefónica. Recuerdo que alguien reclamó a un ingeniero. No oí el nombre. Pero estoy seguro de que le llamaban desde Reggane.

Lorrain miró a la mujer, pensativamente, y dijo:

—Establezca contacto con el P. C. de los enlaces.

Obtuvieron la comunicación al cabo de unos minutos. Al principio, el radiotelefonista no pareció comprender; les conectó con diversos servicios, y finalmente llegó la respuesta: *Efectivamente, una mujer había pedido comunicación con el ingeniero Arndt, a las cinco y veinte minutos.* Sin embargo, había sido imposible localizar al ingeniero, a pesar de las repetidas llamadas de los altavoces. La mujer había colgado.

—¡Cuidado! —advirtió súbitamente el ayudante.

Lorrain alargó el brazo, cerrando a tiempo la portezuela de la cabina en medio de un remolino de viento cargado de arena. Saskia Arndt cayó hacia atrás, temblando de pies a cabeza.

—¡No tenemos nada que reprocharnos! —murmuró.

La tentativa de suicidio de la mujer había desconcertado a Lorrain. Pero permaneció impasible.

—En tal caso, ¿por qué tratar de morir, si no tiene nada que reprocharse?

Madame Arndt se había hecho un ovillo, jadeando, con el semblante desencajado.

—De modo que llamó usted a su marido a Im-Amguel y comprendió que ya se había marchado, ¿no es cierto? Entonces quiso usted reunirse con él, huir con él...

El piloto les observaba, escuchando. Lorrain se calló, a regañadientes; el «presionar» a un sospechoso era contrario a todas las normas. Y, además, no podía hablar demasiado delante de él.

Sobrevolaban de nuevo las montañas. Dos cazas franceses Sabre, en vuelo de patrulla, pasaron por encima de ellos.

—*Sección naranja de control* —habló el piloto de uno de los aviones a través de la radio—. *Gris-Uno, identifíquese. ¿Motivo del vuelo?*

El piloto se encogió de hombros y cambió.

—Gris-Uno 304. Misión especial emanada P. C. Charmon, clave 127.

—*Afirmativo, Gris-Uno 304. Feliz regreso.*

Los Sabre oscilaron sobre una de sus alas y se alejaron.

—Los controles son severos —comentó el ayudante, volviéndose hacia Lorrain—. Se comprende... ¿Regresamos por el pitón, inspector?

—Tome tierra inmediatamente después —confirmó Lorrain, preocupado—. Pero quédese a bordo: reanudaremos viaje en seguida.

Tuyet se precipitó hacia el helicóptero en cuanto aterrizó. Todo el mundo parecía estar al corriente de la huida de la esposa del ingeniero Arndt. Lorrain se dio cuenta por las preguntas que le formuló el jefe de la D. S. T.

—¡Un momento! —le interrumpió con brusquedad—. En primer lugar, *madame Arndt* no va a apearse. Y en segundo lugar, nos dirigimos a Reggane. Imposible interrogarla aquí.

—Estoy comisionado por el Ministerio del Interior y puedo hacer valer mi opinión —replicó Tuyet, furioso—. No está usted calificado para monopolizar este caso. Es un asunto muy serio, y...

Lorrain había echado a andar apresuradamente hacia el P. C. de Operaciones y el vietnamita casi tuvo que correr para alcanzarle.

—Me cobraré esa cuenta. Redactaré un informe. No puedo tolerar que me humille delante de testigos. Le advierto que informaré a Beauvau.

—¡Váyase al diablo!

El oficial de la gendarmería, Pietri, se volvió al oír voces destempladas. Estaba muy pálido.

—Esos *barbouzes* no hacen más que buscar complicaciones —gruñó.

Lorrain se alegró de que el corso supiera distinguir entre el Ministerio del Interior y Matignon.

—No tiene importancia, teniente. Envíe en seguida un par de hombres al Bell. No quiero que nadie se acerque a *madame Arndt*.

—De acuerdo, *monsieur* Lorrain.

El teniente se dirigió con paso rápido a los barracones que se alzaban junto a la torre aneja. Lorrain se encaminó al bunker principal. En el perímetro de pruebas todo continuaba tan amenazador y desierto como antes. Un soplo de aire cálido se pegó, silbando, a las antenas de radar. A pesar del infernal calor, Lorrain notó que un estremecimiento de aprensión recorría su espinazo: dos hombres tendidos en el suelo cerca de la casamata de hormigón que servía de refugio a los relés electrónicos conectados con la montaña.

—¡Entre! —le gritó Milicci desde lejos—. No se pare ahí.

Se había puesto en pie y agitaba un brazo, muy excitado. Lorrain obedeció y apresuró el paso. Tuvo tiempo de ver que en un espacio de varios metros la arena formaba una especie de trinchera: estaban desenterrando los cables.

Poco antes de llegar al P. C. se volvió. Operaciones: las escaleras que subían al asalto de la abrupta pared centelleaban bajo un sol ardiente. Lorrain se preguntó cuál sería su reacción si estuviera en la piel del jefe de servicio de detonadores... Si había que entrar en el túnel, sería evidentemente un mal trago.

Al echar a andar de nuevo, percibió un bloque móvil metálico de televisión sorprendentemente abandonado sobre la arena. Por azar, o quizá voluntariamente, el hombre encargado de maniobrar la cámara del circuito cerrado la había enfocado hacia los acuartelamientos ligeros que rodeaban el polígono. En la pantalla, distinguíanse unos rostros asustados en el marco de las ventanas forradas de acero. Lorrain vio uniformes de tiradores senegaleses, quepis de la Legión.

La puerta de cemento giró silenciosamente delante de él. Debían de haber estado acechando su llegada.

—De manera que se confirma que ha sido Arndt —dijo Faure por todo saludo—. El muy canalla...

—¿Ha interrogado usted a su esposa? —preguntó en tono áspero el capitán Harlin—. La muy zorra iba a reunirse con él, desde luego. Le había llamado esta mañana, muy temprano. Sin duda fue la primera en comprender que había huido.

Lorrain se alejó, fastidiado. Las cosas no eran probablemente tan sencillas. Hasta ahora no había nada claro: ni siquiera aquel estúpido e incomprensible sabotaje de los registros que señalaba inmediatamente el ingeniero Arndt a las sospechas de los eventuales investigadores. Ni aquella huida al volante de un Ford, de cuyo paso no se encontraba rastro en ninguna parte. El hecho de que Arndt hubiera huido sin esperar a su esposa, al mismo

tiempo que ella robaba un vehículo, al parecer con la intención de reunirse con él, no era lo menos sorprendente de la historia.

—Únicamente ella podría contestar a todo eso, ¿no es cierto? —le susurró Masse cuando pasaba por su lado—. Desde luego, si quiere hacerlo...

Lorrain asintió con un gesto, buscando con la mirada al jefe de centro.

—El coronel Charmon está en el insonorizado —dijo Masse, anticipándose a su pregunta—. Habla con París: estudio, fabricación y medidas, con la sección de las aplicaciones militares. Todo el mundo va de coronilla. Dos expertos han despegado de Villacoublay hace una hora. Vienen directamente hacia aquí.

—¿Qué podrán hacer que no hayamos hecho nosotros? —gruñó Harlin, que se había acercado a ellos—. Lo mejor sería hacerlo estallar todo. Así no llegaremos a ninguna parte.

—El precio de ese viaje sería muy caro, capitán —observó Lorrain, encogiéndose de hombros—. Cuarenta mil millones de francos antiguos, y ocho meses de trabajo.

El coronel salió de la cabina telefónica. Su rostro estaba gris, parecía más desmoralizado aún que por la mañana.

—¿Es realmente imposible volver a poner en condiciones el material saboteado? —le preguntó Lorrain, avanzando hacia él.

—Podrían reemplazarse algunos registros, pero no cabe pensar en reparaciones con una bomba cebada. Los riesgos serían desproporcionados. ¿Qué dice esa...?

—Todavía no la he interrogado a fondo, mi coronel —respondió Lorrain con bastante frialdad—. Por otra parte, ¿qué prueba tenemos de que Arndt sea culpable?

El oficial, que estaba a punto de sentarse ante un escritorio, giró bruscamente sobre sí mismo.

—¿Se burla usted de mí? ¿Quién, pues?

Se contemplaron fijamente unos instantes.

—Voy a tratar de encontrar una respuesta a esa pregunta, mi coronel —respondió finalmente Lorrain—. ¿A qué conclusiones ha llegado usted?

—¡Estoy a cero! A propósito, sí, hay una novedad. Acompáñeme.

Unos operadores les observaban. Lorrain le siguió hacia un pequeño cuarto de paredes recubiertas de corcho. A través de las planchas mal unidas, veíanse unas láminas de plomo todavía brillante.

—Hace muy poco, pasada la primera emoción, pensé que teníamos, a pesar de la desaparición de ese canalla, la posibilidad de saber *cómo* había

sido montado exactamente el crono-contacto —explicó Charmon, con voz entrecortada por la cólera—. Inmediatamente después de que usted se marchara, llamé al bunker administrativo...

Lorrain había adivinado en seguida. Se confirmaba que el asunto había sido cuidadosamente montado de punta a punta.

—Y habían robado los esquemas de montaje, ¿no es así?

—¡Nada de robados! Destruídos... Los quemaron en la misma oficina y pisotearon las cenizas. Mire...

Abrió un sobre y dejó caer su contenido sobre una mesa. Podía leerse aún una referencia ennegrecida en el ángulo de una hoja carbonizada.

—¿No existe ninguna vigilancia en ese bunker? —preguntó Lorrain.

—Desde luego que sí. Pero nada draconiano, a fin de cuentas. No se guarda en él ningún documento realmente importante. El esquema es parecido a cualquier otro de electricidad o de electrónica. Y especialmente de noche... cualquiera que pertenezca al centro pudo entrar en él sin demasiadas complicaciones.

Lorrain alargó la mano:

—Me gustaría quedarme con esas cenizas. Voy a enviarlas a París lo antes posible.

Charmon volvió a introducir las hojas carbonizadas en el sobre y se lo entregó a Lorrain, con evidente mala gana. Era probable que cuando llegara la comisión de encuesta salieran a la luz muchas imprudencias.

—Cree usted que soy responsable, ¿verdad? —dijo el oficial con cierta amargura.

—No estoy calificado para sacar conclusiones.

Por las mirillas abiertas en el hormigón vieron regresar a Milicci y otro técnico. Parecían extenuados, al borde del desaliento. También ellos miraban fijamente la montaña...

—¿Continúa usted decidido a hacer desencebar la bomba *sobre el terreno*? —preguntó Lorrain, pegando cuidadosamente la solapa del sobre.

El coronel sacudió la cabeza, categórico.

—No. ¡Imposible!

Asestó un violento puñetazo a la mesa, y luego pasó unos segundos frotándose las doloridas falanges, con la mirada perdida en el vacío.

—Tenemos que saber *cómo* está montado ese crono-contacto. Es vital, antes de que podamos actuar. En caso contrario, todo lo que se organizara sería inútil: una operación suicida.

Encendió nerviosamente un cigarrillo, contemplando las escalas por un orificio.

—Compréndalo... El menor choque, el menor golpe de destornillador inútil, la menor presión...

—Yo había comprendido *ya* —le interrumpió suavemente Lorrain.

—Desde luego. Milicci ha hecho el sacrificio de su vida de antemano. Pero, de todos modos, son demasiados riesgos a correr.

Se mordió el labio inferior, pensativamente.

—Para entrar en el túnel, necesita un equipo que despeje el camino de las rocas y el cemento que lo ha obturado.

—Y la onda expansiva y las radiaciones podrían pasar *eventualmente* por el *reabierto* canal, ¿no es eso?

—*Eventualmente* —confirmó Charmon, aplastando su cigarrillo sobre un ángulo de la mesa.

Milicci llegó hasta ellos con el semblante fatigado y los cabellos llenos de arena.

—En París, nadie querrá creer que estamos bloqueados por el simple terror de una caja de contacto —dijo amargamente.

Sus ojos, deslumbrados por la viva luz exterior, tenían que volver a acostumbrarse a la penumbra del bunker. Finalmente vio a Lorrain en un rincón.

—¿Está usted ahí?

—Creo que tiene usted razón, ingeniero —dijo Lorrain—. Les costará trabajo creerlo...

Milicci se dejó caer sobre un taburete de tubo metálico, frotándose nerviosamente las manos, semiencorvado, contemplando fijamente el suelo. El runruneo de un avión le hizo levantar los ojos. Lorrain consultó su reloj y comprendió que era imposible que fueran ya los expertos enviados por el alto comisariado.

—El general reembarca —explicó Charmon, con cierto desdén—. Es un avión de Mers-el-Kébir... Nos ha sido anunciado: vienen a buscarle.

—¿Se lo ha dicho usted, coronel? —inquirió bruscamente Milicci, señalando a Lorrain con un movimiento de la barbilla.

—No. Todavía no.

Lorrain tendió el oído.

—Vamos a tratar de establecer contacto con los miembros del equipo que trabajó a las órdenes de Arndt y de Michelis —explicó Charmon sin gran

entusiasmo—. En ese equipo, *uno*, tal vez *dos* técnicos, debieron trabajar en el crono-contacto.

—Y usted ignora *quién*...

Milicci se puso en pie bruscamente.

—¿Sabe cuántas operaciones de montaje son necesarias? ¡Doce mil! ¡Y no se trata de una caja de contacto *excepcional*! Está destinada simplemente a provocar la combustión de un detonador clásico. El hecho de que ese detonador esté destinado a su vez por implosión a concentrar las masas de plutonio, no le presta más valor técnico a la caja.

Lorrain no estaba de acuerdo: era un punto de vista que la comisión de encuesta tendría que juzgar.

—De modo que se trata de localizar a ese o esos técnicos... La cosa no debe de ser tan difícil, ¿verdad?

Charmon y Milicci intercambiaron una mirada de desaliento.

—Desengañese —dijo el coronel con pesimismo—. Se les concedió permiso hace una decena de días. Antes de las pruebas evacuamos la mayor cantidad de gente posible: son las órdenes que tenemos.

—Debemos establecer contacto con una veintena de técnicos subalternos —añadió Milicci—. Y sólo averiguar dónde están pasando el permiso puede significar mucho tiempo. No estando considerados como miembros del «personal de urgencia», no se les obliga a que den sus señas de un modo permanente.

Sonó el teléfono y Charmon descolgó el receptor. Pronunció algunas palabras antes de volver a colgar.

—Es para usted, inspector. La torre pide la evacuación del Bell, para dejar aterrizar un aparato. ¿Quiere entrar en el hangar, o se marcha?

—Salgo inmediatamente para Reggane —decidió Lorrain.

V

En cuanto aterrizó en Reggane, Lorrain sostuvo una entrevista con el capitán Marchand, responsable de la seguridad militar. El oficial, delgado, rubio y simpático, formuló el mínimo de preguntas y tomó muchas notas. Lorrain terminó con él alrededor de las trece horas. El capitán le hizo acompañar en un *jeep* hasta el minúsculo pabellón de madera donde Saskia Arndt había permanecido durante las tres semanas que precedieron a la prueba.

De acuerdo con lo que le había dicho uno de los técnicos de Im-Amguel, descubrió que muy pocas mujeres habían venido a unirse a sus maridos, ingenieros o militares, en el Tanezrouft. La vida en el polígono, a pesar del aire acondicionado de los barracones y de la piscina de los atomistas, única balsa de agua clara en quinientos kilómetros a la redonda, parecía a primera vista difícilmente aceptable para una mujer.

Pasaron por la aldea indígena. Delante del recinto en ruinas de una especie de castillo turco medieval, unos árabes jugaban flemáticamente a la petanca sobre la arena, estimulados por las voces de unos soldados franceses. El entendimiento entre los indígenas y el personal europeo parecía ser total.

—No es como en Argel, ¿eh? —observó con amargura el cabo que acompañaba a Lorrain—. Aquí no han venido nunca los *fells*. En cuanto a la «Independencia», les importa un pepino. Mientras nosotros estemos aquí podrán comer algo sustancioso, y eso es lo único que les preocupa.

Dieron un amplio rodeo por el aeródromo, donde Lorrain se detuvo unos minutos para reclamar las fichas de tránsito en la oficina de pasajeros, y luego cruzaron por los laboratorios subterráneos y el campamento de los trabajadores.

Los hombres, manchados de polvo, surgían de un túnel iluminado con tubos fluorescentes. Un poco más lejos, Lorrain se asombró al encontrar una especie de H. L. M. de tres pisos espantoso y funcional. En un recodo, vieron una bandera tricolor flotando en la punta de un mástil.

—En Argelia no quedan muchos como ése —dijo el cabo. Frenó en seco y Lorrain se apeó. El calor era espantoso.

—El capitán me ha ordenado que le espere —recordó el cabo, indeciso.

Lorrain hizo un gesto vago y subió dos peldaños que conducían a una veranda. Unas enormes moscas zumbaban en la sombra.

Al verle llegar, un gendarme salió del barracón. Llevaba unos *shorts*, iba destocado y parecía acusar mucho la elevada temperatura. Hizo un gesto para ponerse el gorro, pero Lorrain pasó muy aprisa. Un hombre muy joven se volvió a su entrada; sin el pasador rojo oscuro y el hilo de oro de las hombreras de su camisa, resultaba difícil saber que era médico-aspirante.

—Está más tranquila, inspector...

—Usted la conocía ya, ¿no es cierto?

—La había atendido un par de veces, a raíz de unas indisposiciones sin importancia. Por otra parte le había aconsejado que regresara pronto a Europa.

—Y ella..., ¿se había negado?

—No parecía dispuesta a separarse de su marido —dijo el joven médico militar en tono reticente.

Lorrain creyó notar una leve inquietud en sus respuestas.

—¿Se veían a menudo?

—¿Se refiere al ingeniero Arndt? No... Pero ella le telefoneaba a Im-Amguel todos los días, hasta el punto de que los servicios de Transmisiones se quejaron.

—Gracias, teniente —dijo Lorrain, pensativo—. Teniente...

—Soy el médico-aspirante Hardier. La enfermería está al lado del puesto de mando.

—Gracias —repitió Lorrain.

El joven oficial volvió a ponerse el gorro y saltó los dos peldaños de la veranda. Parecía enojado.

—Le he preparado un «Cinzano», un bocadillo y cerveza helada —indicó el ayudante-piloto del Bell, presentándose con un plato en la mano—. Un poco raro ese joven matasanos, ¿verdad? No me extrañaría que se hubiera enamorado de la mujer de Arndt.

Media hora más tarde, Lorrain llamó a la puerta de la estancia donde reposaba Saskia Arndt, esperó unos segundos y, al no oír ninguna respuesta, entró. Saskia estaba semidesnuda, tendida en una cama en la penumbra; se incorporó violentamente, cubriéndose con una bata de seda.

—¡No le he dicho que pase!

—Lo siento, pero ya hemos perdido demasiado tiempo —replicó secamente Lorrain—. Y pare ese ventilador. Con ese ruido no se puede hablar.

Al entrar, había visto el aparato de aire acondicionado desmontado en el ángulo de una ventana. Estropeado, seguramente. Saskia detuvo el ventilador y se estableció un relativo silencio, entrecortado por el zumbido de las moscas.

—¿Ha encontrado a Sigmund?

Madame Arndt se había erguido sobre un codo, alzando un rostro implorante hacia Lorrain.

—Todavía no —dijo Lorrain, sentándose en una silla—. He venido para que me ayude a encontrarle.

Hubo un silencio. Lorrain vio que la mujer removía los labios, quedó convencido de que iba a decir de nuevo «Sigmund no es culpable», o «¿Cree usted que es culpable?», pero ella pareció cambiar de opinión y permaneció silenciosa.

—Se llama usted Saskia-Marietta Arndt, nacida Hakim, ¿verdad? —dijo Lorrain, consciente de lo ridículo del tono oficial, pero empleándolo a propósito—. ¿Lugar, fecha de nacimiento, así como lugar y fecha de su matrimonio con el ingeniero Arndt?

Había sacado unas hojas mecanografiadas, extraídas del expediente de Im-Amguel.

Saskia le miraba fijamente; sus labios temblaban.

—Nací en Trípoli-Marine, en el Líbano. El 14 de agosto de 1930. Nos casamos en los Estados Unidos. En Carolina del Sur, en... New Ellenton.

—En la época en que su marido trabajaba en la «Savannah River Plant», ¿no es cierto? Desde luego, usted no ignora lo que es la «Savannah River Plant»...

—Puesto que sabe ya todo eso, ¿por qué me lo pregunta?

—Voy a contestar por usted —dijo Lorrain—. La S. R. P. oculta, en realidad, la primera planta de fabricación de bombas H de los Estados Unidos. Al mismo tiempo, es la mayor fábrica del mundo en materia de átomo estratégico...

Lorrain acechaba las reacciones de *madame Arndt*.

—¿Fecha del matrimonio?

—El 19 de abril de 1956. Había conocido a Sigmund en el curso de un viaje.

—¿Azar?

—Azar —asintió Saskia, con un hilo de voz—. Visitaba los Estados Unidos en compañía de mi madre. Mi padre tenía intereses en la Coca-Cola de Beirut. Queríamos visitar el centro de Atlanta. Conocí a Sigmund en un restaurante.

—¿Fue usted quien le indujo a abandonar los Estados Unidos para trasladarse a Francia?

—Desde luego que no. Sigmund estaba en relación, desde mucho antes del final de la guerra, con un profesor alemán que en la actualidad trabaja en el centro experimental de Colomb-Béchar. Por... mediación suya, creo que los franceses le hicieron unas proposiciones. De Colomb-Béchar, pasó a la sección electrónica especial de Reggane. Entretanto, habíamos pedido la nacionalidad francesa.

—Los datos que tengo aquí difieren un poco, *madame* Arndt —observó Lorrain—. Si bien es cierto que el profesor Riesner recomendó la contratación de «su amigo Arndt», y salió fiador de su capacidad y de su honradez, no fue él, en cambio, quien le hizo abandonar los Estados Unidos. Según los informes que poseemos, su marido fue a Francia, y más tarde al Hoggar, *por su propia iniciativa*. Fue él quien estableció contacto con «su viejo amigo», el profesor Riesner.

—¿Qué importancia tiene eso? —se enervó Saskia, encogiéndose de hombros—. El hecho es que el alto comisariado para la energía atómica le contrató, después de haberse informado de un modo exhaustivo sobre él, puede creerlo.

Lorrain no dio curso a la reflexión que había acudido a sus labios. Arndt había llegado a Francia en mayo de 1958. En una época en que los acontecimientos políticos podían perturbar el funcionamiento y la eficacia de determinadas administraciones...

—De modo que abandonó los Estados Unidos en 1958. ¿Recuerda usted la fecha exacta?

—Debió de ser en abril... A últimos de abril de 1958, creo.

Lorrain abrió la boca para formular otra pregunta, cuando llamaron a la puerta. Se puso en pie y fue a abrir. El capitán Marchand le entregó una cuartilla, con aire misterioso. Lorrain la leyó y lanzó un leve silbido.

—Gracias, Marchand. Un trabajo rápido...

—Continúo, ¿verdad?

—Desde luego —dijo Lorrain—. A propósito, ¿alguna novedad de Im-Amguel?

Había bajado la voz, dando unos pasos en dirección al pasillo. En un espejo, vio los ojos de la mujer clavados ansiosamente en ellos.

—Han llegado dos ingenieros de París —explicó Marchand en voz baja—. Pero están completamente despistados. Matignon vive en el terror de que la prensa se huelga la historia.

—¿Es eso todo?

—Casi. Salvo que los «expertos» empiezan a preguntarse si no debería sacrificarse el *Cratere IV* como medida de seguridad.

—¿El *Cratere IV*?

—Creí que estaba usted al corriente —dijo Marchand—. Es el nombre-clave de la bomba.

—¿Tienen miedo de que estalle por sí misma?

—Debe tratarse de eso, por increíble que pueda parecer —confirmó Marchand, muy serio—. No olvide que nadie sabe aún a ciencia cierta cómo fue montado ese crono-contacto... Increíble, ¿verdad?

—Gracias, capitán.

El oficial se alejaba cuando Lorrain pareció recordar algo.

—¡Un momento! Necesito la ficha de uno de sus oficiales: el médico-aspirante.

—Ya está preparada —dijo Marchand—. Sabía que iba usted a pedírmela. Pero, yerra usted el blanco: *él* lo intentó, pero *ella* no le hizo caso. Creo que... ama realmente a Arndt.

Lorrain leyó en sus ojos que también él lo había «intentado» y no insistió. Volvió a cerrar la puerta. La mujer le miró llegar, con el rostro crispado.

—¿Ha habido alguna noticia de mi marido?

—Tengo *otras* noticias, *madame*. Proceden de la Embajada de Francia en Beirut...

La vio palidecer todavía más y se acercó, frotándose el labio inferior con el ángulo de la cuartilla.

—Da la casualidad de que ninguna persona llamada Saskia-Marietta Hakim nació en Tripoli-Marine ni en cualquier otra población del Líbano en la fecha que usted me indicó.

»¿*Dónde* nació usted, *madame Arndt*? ¿*Y cuál es su verdadera nacionalidad*?

Ella le contemplaba con las pupilas dilatadas, sentada sobre el lecho, las dos manos aferradas a sus rodillas, temblando nerviosamente.

—Encuentre primero a mi marido... No diré *nada*. Puede golpearme, torturarme: no sacaré *nada* de mí. Pero si Sigmund me dice que hable, lo haré.

Ocho años de servicios especiales habían enseñado a Lorrain a conocer a las personas, a penetrar en el fondo de su psicología. Presintió súbitamente que la pista podía detenerse allí, delante de aquellos ojos negros brillantes de miedo.

—¿Y... si le encontramos *muerto, madame Arndt*?

Saskia se estremeció. Pero no dijo nada.

—Hablando, tal vez podría usted salvarle, *todavía...*

Saskia le miró con ojos llenos de lágrimas.

—¡Cuando me traiga usted la prueba de que ha muerto, hablaré! Pero, si hablara sin tener esa prueba, no sólo le traicionaría, sino que sería una criminal. ¡Le asesinaría con tanta seguridad como si descargara sobre él todo el cargador de un revólver!

VI

Lorrain permaneció más de veinte minutos en contacto radiotelefónico con la sección especial destacada en el hotel Matignon. A las cuatro de la tarde le llamaron desde la calle Varenne. Un primer punto había sido puesto en claro: en ninguno de los servicios, incluida la Sûreté, había el menor rastro de la estancia o del paso por Francia de Sigmund Arndt antes del 4 de mayo de 1958.

—Para ver claro en el asunto, hay que hurgar *antes* de esa fecha —insistió Lorrain—. Sigo estando convencido de que la pista de Reggane y de los acontecimientos de Im-Amguel empieza en los Estados Unidos.

Al otro extremo del hilo, la voz se hizo seca e inamistosa:

—¡Absurdo! Opuestos a la fuerza de disuasión, pase... Pero nadie ignora, y *ellos* menos que nadie, que a la escala mundial del átomo militar, el *Cratere IV* es un simple petardo. Todos los medios, sí, pero no medios grotescos e inútiles.

—¿Quién habla de un papel desempeñado *por* los americanos? —replicó Lorrain, irritado y tratando de conservar la calma. Lo único que he dicho es que estoy convencido de que la vida *insólita* de Arndt había empezado probablemente en los Estados Unidos, no que los americanos nos lo hubiesen enviado. En Francia no hay más que vacío. Llegó a Colomb-Béchar como si cayera de la Luna. Y, ¿dónde vivió, antes de llegar a Colomb-Béchar? En los Estados Unidos.

—Me niego a establecer contacto con «Dauphine» —repitió secamente el jefe de gabinete—. ¡No podemos informar a la S. H. A. P. E. de nuestro fracaso!

Lorrain sintió el deseo de decir: «No me haga reír. Los americanos están más que enterados de que el *Cratere IV* no ha estallado». Pero estaba hablando con un jefe de gabinete, y se contuvo.

—Le sugiero que efectúe un sondeo —dijo—. Envíe a «Dauphine» a alguien que no sea demasiado estúpido. Dígale que afecte un aire alegre, mientras dice, como quien no quiere la cosa, que acaba de regresar del

Hoggar. Todo el mundo estaba al corriente de la fecha aproximada de las pruebas...

—¿Y bien?

—Una de dos: o sonreirán más que él, o le prodigarán sus consuelos. Haga la prueba.

Hubo un largo silencio interrumpido únicamente por los silbidos de las interferencias.

—No soy partidario de esos procedimientos —dijo finalmente el jefe de gabinete—. No voy a hacerlo.

Lorrain crispó los dedos sobre la ebonita del receptor. Decidió jugar su última carta.

—¿Sabe usted *dónde* había trabajado Arndt *antes* de ingresar en la «Savannah Plant»?

Sin esperar respuesta, continuó:

—En la «Bell Aerosystem Company», de Buffalo... ¿Y sabe usted *quién* era, y continúa siendo, jefe de construcciones de la Bell? Walter Dornberger... Sí... Peenemünde, Kümmersdorf, el Harz, con todo el equipo de Von Braun. ¿Qué le parece?

—Eso cambia muchas cosas —declaró el jefe de gabinete con voz enronquecida.

Lorrain comprendió que esta vez el alto funcionario estaba interesado por el pasado y la excepcional carrera que sin duda había hecho el ingeniero Arndt en los Estados Unidos.

—De acuerdo, voy a sondear a «Dauphine» —se oyó decir al otro extremo del hilo.

* * *

Entre Reggane y los contrafuertes del Hoggar había poco menos de trescientos quilómetros. Alrededor de las siete de la tarde, el helicóptero de enlace se posó de nuevo en Im-Amguel.

Al saltar a tierra, Lorrain quedó impresionado. Unos enormes proyectores estaban enfocados sobre la montaña. Todo estaba desierto. El silencio se aferraba a la garganta, más intenso ahora que el viento había amainado.

Un motorista de la gendarmería cruzó la improvisada pista, deteniéndose a unos metros de distancia del Bell.

—La torre me encarga que les advierta que deben situarse al otro lado de la pista —dijo, saludando.

El piloto le miró, estupefacto.

—Podía haber aterrizado directamente allí... ¿Por qué no me lo han advertido ellos mismos por radio?

—No quieren bloquear inútilmente las frecuencias —explicó el gendarme, sin demasiada convicción.

Lorrain se encogió de hombros, comprendiendo. Pero era un poco tarde para preocuparse por las noticias lanzadas al éter y que podían captar ciertos receptores curiosos. Por la mañana, la radio había sido utilizada sin descanso y no siempre en clave.

—Formuló la pregunta maquinalmente:

—¿Hay alguna novedad?

—Poca cosa, inspector. Han venido un par de elementos de París. Pero diríase...

—Que sólo contribuyen a complicar las cosas, ¿verdad? —le ayudó Lorrain, sarcástico—. ¿Y por qué los proyectores?

El motorista se encogió de hombros, contestando:

—Al parecer, forma parte del procedimiento de urgencia: la seguridad.

Dos desconocidos volvieron la cabeza con desconfianza cuando Lorrain entró en el bunker. Tuyet y sus hombres de la D. S. T. parecían desempeñar el papel de guardaespaldas a su alrededor. El vietnamita le dirigió una burlona sonrisa y luego se volvió hacia los dos expertos.

—Michel Lorrain, nuestro colega...

—Pertenezco a la oficina especial de Matignon —le interrumpió Lorrain, el cual estuvo a punto de añadir: «y no soy “colega” de nadie»—. Hace un par de horas he hablado con la calle Varenne. Me han anunciado la llegada de ustedes.

El coronel Charmon completó las presentaciones:

—Teniente coronel Berthaud, del Comité de enlace de la defensa nacional. M. Ferriet, director adjunto del Grupo mixto de preparación de las pruebas.

Se estrecharon la mano con frialdad. Cerca de unas cuartillas llenas de notas y de diagramas, veíanse unos bocadillos a medio terminar. En un cubo lleno de hielo había unas botellas de cerveza. Sin pedir permiso, Lorrain cogió una. Un joven oficial se precipitó para entregarle un descapsulador. Lorrain bebió la cerveza a gollete, observado intensamente por la mayoría de los presentes. Al dejar la botella, tuvo la extraña impresión de que había llegado en un momento inoportuno.

—¿Cómo marcha su investigación a propósito de ese traidor? —inquirió sorprendentemente Charmon en medio de un silencio absoluto.

—Sus resultados pertenecen a Matignon —respondió Lorrain, cada vez más intrigado—. He venido a recabar sus propias conclusiones, mi coronel. *¿Qué ha averiguado usted?* Regreso inmediatamente a Reggane, para hablar con el Primer Ministro o con su jefe de gabinete.

La frase produjo su efecto. Tuyet y los dos expertos inclinaron la cabeza, como si la cosa no fuera con ellos.

—Estamos donde estábamos —dijo el coronel—. Y adoptar una decisión resulta sumamente delicado. ¿Ha asistido usted al desencebamiento de una mina o de un artefacto desconocido?

Lorrain había visto numerosas minas flotantes en curso de desmontaje sobre las playas de Schleswig-Holstein, en 1945. Pero movió negativamente la cabeza, interesado en oír lo que seguiría.

—En tal caso, no puede hacerse cargo de las dificultades, inspector —continuó el coronel, asumiendo un aire más importante—. Los procedimientos son casi siempre empíricos. Incluso cuando se conoce perfectamente el funcionamiento del sistema de cebado. Un tornillo encasquillado, una clavija reacia, y la operación no puede realizarse. En el mejor de los casos, el desmontador arriesga su vida, ya que no puede evitar una corriente estática, una chispa...

Lorrain se enfureció al darse cuenta de que le tomaban por un imbécil. No quiso hablar de lo improbable de una corriente estática o de una clavija reacia en el caso presente.

—¿Y bien?

—Seguimos estando desarmados —concluyó el coronel, perdiendo su aire de importancia y empleando de nuevo un tono desalentado. El menor desplazamiento de un hilo, el menor golpe de tijeras sobre un cable, resultarían fatales. Todos los planes y previsiones del mundo son impotentes contra eso.

Lorrain contempló la muralla iluminada a través de una mirilla del bunker.

«El monstruo se toma la revancha —pensó—. Agazapado allí, en el corazón de la montaña, esperando el menor impulso...»

—Las investigaciones relativas a ese equipo de técnicos que están de permiso, ¿han avanzado?

—Si pudiéramos utilizar la radio del gobierno argelino o nuestra... bueno, su televisión, todo quedaría arreglado en un par de horas —dijo Tuyet en tono rencoroso—. Pero no hay que contar con esa posibilidad... En primer lugar

porque se negarían, y en segundo lugar porque habría que explicarles demasiadas cosas.

Guiñaba los párpados a un extraño ritmo. Lorrain comprendió que representaba de nuevo su número de agente secreto. Los guiños debían significar sin duda que unos *barbouzes* habían sido lanzados ya desde hacía unas horas a través de Argel, Orán y las playas argelinas, en una búsqueda discreta de los hombres que se habían acercado de un modo u otro al cronocontacto.

«Increíble», había dicho en Reganne el capitán Marchand.
Lorrain compartía aquella opinión.

A las once de la noche se encontraban de regreso en el Tanezrouft. Marchand les esperaba en la pista de los aviones ligeros.

—Han telefoneado de París preguntando por usted —dijo, dirigiéndose a Lorrain—. El jefe de gabinete ha concretado que no se movería de su despacho en toda la noche esperando su llamada.

Lorrain intuyó que aquello era un buen síntoma. Se dirigió rápidamente a los locales de la seguridad militar.

—¿Cómo se encuentra *madame* Arndt? —inquirió.

—Está muy excitada —dijo Marchand—. Ha pedido un somnífero.

Lorrain se paró en seco.

—No estoy loco —le tranquilizó inmediatamente el capitán—. Le he aconsejado que cuente un rebaño de ovejas.

Un cuarto de hora más tarde, Lorrain tenía Matignon al otro extremo del hilo. El jefe de gabinete había cambiado de tono: ahora parecía lleno de amargura.

—Estoy obligado a reconocer que tenía usted razón, mi querido amigo. Los americanos lo saben todo. En consecuencia, tiene usted carta blanca para ponerse en contacto con los *Ejecutivos*.

Lorrain estuvo a punto de devolverle el «querido amigo» al darle las gracias. Luego volvió a ponerse serio, preocupado por la ingente tarea que les aguardaba.

—En tal caso, es indispensable que envíe inmediatamente a alguien a la dirección que voy a indicarle. Me resulta difícil exponerlo todo por teléfono. Diga que llamaré personalmente, para enterarme de la respuesta, a las tres de la mañana.

—¿Nombre?

—Pregunte por James Holland, representante de una fábrica de material electrónico para oficinas, en el número 94 de la avenida Paul-Doumer. Insista en el interés que tienen los *Ejecutivos* en conocer mejor la vida de un hombre que ha trabajado sucesivamente con Dornberger y en la «Savannah», antes de pasar a Hoggar, vía Colomb-Béchar.

—De acuerdo —dijo el alto funcionario—. Otra cosa: he tratado de alargar un poco el plazo durante el cual puede usted retener ahí a *madame* Arndt. Imposible que exceda de cuatro días. Transcurridos éstos, debe usted enviarla a París. ¿Entendido?

Segunda parte

I

El timbre del teléfono se mezcló, insistente, en medio de un sueño poblado de muchachas londinenses. Dex Marston se despertó, sobresaltado, y pulsó el interruptor de la lámpara de la mesilla de noche. Descolgó el receptor con gestos torpes. Anne-Marie se removió en el lecho y se frotó los ojos con la mano.

—¿*Monsieur* Holland? —inquirió una voz vacilante—. Lamento molestarle a estas horas. Aquí, el secretariado general de la Defensa nacional. Necesitamos verle inmediatamente.

Dex dirigió una mirada estupefacta hacia el reloj, que señalaba la una y media.

—¿Quién habla, exactamente?

Anne-Marie se había incorporado, ansiosa.

—Me llamo Marceau —dijo el hombre—. Le llamo de parte de Michel Lorrain. Es muy importante. Él se pondrá en contacto directo con usted esta misma noche, a las tres.

—¿Por qué no me ha llamado personalmente? —inquirió Dex, desconfiado.

—No se encuentra en Francia, *monsieur* Holland. En este momento está en el Sahara. En misión.

Una profunda arruga cruzó la frente de Marston.

—Le espero —dijo.

—El hombre del S. D. E. C. E. llegó veinte minutos después. Era joven, y tenía un rostro delgado, de intelectual, unos ojos inquietos y una barbilla voluntariosa. Dex le abrió la puerta, mientras un aroma a café se esparcía por la habitación.

—¿*Monsieur* Holland?

Sonreía amistosamente, un poco escéptico.

—A veces me llaman así —dijo Marston, también sonriendo—. Pase. En definitiva, ¿es usted de Latour-Maubourg, o de Varenne?

—Varenne. Pero he preferido ser breve por teléfono. Encantado de conocerle. Lorrain me ha hablado muy bien de usted. Pertenece al *staff* de la Casa Blanca, ¿no es cierto?

Al entrar en el salón miraba a su alrededor.

—¿Parisiense?

—De nuevo cuño —dijo Marston, vagamente intrigado.

—¿Destacado en el S. H. A. P. E.?

Anne-Marie llegó con una bandeja y Dex se evitó la respuesta. El hombre de la sección especial de Matignon se disculpó.

—Lamento muy de veras este contacto en plena noche, *madame*.

—Me gustaría que fuera usted al grano —dijo Marston. Un cuarto de hora más tarde, Dex estaba al corriente. Por la tarde, en la sección americana de la O. T. A. N., se había enterado ya del aplazamiento de la prueba del Hoggar. El mayor Dickson había añadido: «Algo grave, sin duda. Esta mañana había muchas idas y venidas entre Reggane y la montaña».

—Suponiendo que Arndt sea culpable, ¿cómo recibía sus instrucciones, en su opinión? —preguntó.

Robert Marceau pareció sorprendido.

—¿No se había formulado aún la pregunta? —se asombró Dex.

—A decir verdad, no puedo afirmar que me ocupo del caso —declaró prudentemente el agente francés.

—Supongo que las carreteras deben estar sometidas a una vigilancia permanente, que las comunicaciones por radio son tamizadas y las cartas censuradas más o menos discretamente...

Marceau permaneció silencioso, pasando un dedo vacilante por la cinta de su sombrero. Dex intuyó que no diría nada más sobre aquel tema.

—Comprendo —dijo, con una leve sonrisa—. Se inclina usted por el reparto de las responsabilidades, ¿no es cierto? Necesitan nuestra ayuda para que saquemos a Arndt de la nada y lo convirtamos en un ser parlante, pero no les interesa que metamos demasiado las narices en sus asuntos del Sahara.

El agente francés levantó unos ojos más fríos hacia él:

—Supongo que un tipo que ha trabajado con Dornberger y en la «Savannah Plant», antes de convertirse en sospechoso número uno de una prueba fallida en el Hoggar debe interesarles, ¿no?

—Mucho, en efecto —dijo Marston, muy serio.

Lorrain llamó a las tres y diez.

—Muy interesante —dijo Marston, sin otro preámbulo—. Supongo que le han hecho la autopsia o han examinado de cerca a ese tipo asesinado. Millis... Mallis...

—Michelis —rectificó Lorrain—. Le estrangularon antes de hundirle el cráneo con una piedra de gran tamaño. Luego le arrastraron hasta un lugar donde el cadáver quedara más o menos oculto. A no ser por los buitres, le habrían descubierto mucho más tarde.

—¿Pudo haberlo hecho Arndt? Deben tenerse ya algunas referencias tuyas...

—A primera vista, resulta difícil de creer.

—Entonces, alguna otra persona que se encontraba ahí...

Se produjo un breve silencio, interrumpido finalmente por Lorrain.

—Es una hipótesis...

—¿Cómo marchan las cosas por ahí? —inquirió Dex, tras una leve vacilación.

—No demasiado bien. Hay que hacer muchos cálculos.

—En Nevada, en el 52, me encontré con un caso similar —reveló súbitamente Dex—. Yucca-Flat, en el campo de tiro preparado para la decimoctava. Más complicado todavía... En la cima de una torre... El jefe de lanzamientos tuvo que subir. Cuando volvió a bajar, cuatro horas más tarde, tuvieron que llevarle al hospital: *shock* nervioso. Entre la una y las cuatro había adelgazado siete kilos.

—¿Qué has decidido, en definitiva? —preguntó Lorrain, sin transición—. ¿Vas a emprender el viaje?

—De momento, no —dijo Marston—. Estoy investigando un caso muy difícil en la base de Evreux. Tardaré por lo menos cinco días en quedar libre.

—Imposible... —empezó Lorrain.

—Lo sé. Pero Mac está en Nueva York. Iré inmediatamente a «Dauphine» y hablaré con él por hilo directo. ¿Te parece bien?

—De acuerdo —asintió Lorrain.

II

La «Bell Aerosystem Company» se encontraba en el límite extremo de Niagara Falls, muy cerca de las cataratas y en la carretera de Buffalo. Frank McLiffeal escogió el Anchor Motel, cuya fluorescente divisa prometía *Honeymooner's Paradise*. Tomó una ducha, se vistió y se dirigió a la fábrica sin pérdida de tiempo.

Dex le había llamado a las once de la mañana —las cinco, en París—, y una hora más tarde había recibido un extenso cable en clave. A la una había salido de Nueva York en un Ford de alquiler, tomando la dirección del noroeste del Estado.

La vibración de los timbres que señalaban el final de la jornada de trabajo resonaba a través de los talleres cuando Frank llegó a la verja exterior. Se felicitó por su oportunismo: diez minutos más y hubiera tenido que esperar la evacuación del parque de estacionamiento.

Mostró su placa del Consejo nacional aeronáutico a los guardianes armados que le registraron cuidadosamente antes de descolgar un teléfono en la cabina de control. El carnet del N. A. S. C.^[3] servía de salvoconducto y tenía la ventaja de evitar la exhibición de una placa de la *Central Intelligence Agency*. El F. B. I., demasiado celoso de sus prerrogativas, admitía mal, a menudo, la injerencia de las *Agencias Ejecutivas* en los asuntos considerados «interiores». Y Frank sabía que los lugartenientes de Edgar Hoover tenían antenas en todas partes. Y de un modo especial, probablemente, en la Bell.

—Conforme —vino a decirle uno de los guardianes, devolviéndole la placa—. Pero M. Dornberger está ausente y le recibirá su ayudante. Deje su automóvil aquí. Alguien le acompañará.

McLiffeal se apeó del Ford sin entusiasmo. Un guardián se instaló inmediatamente al volante, antes de desaparecer en dirección a los edificios. Una especie de *jeep* se detuvo delante de Frank, el cual montó al lado del chófer. El vehículo se puso en marcha silenciosamente a una prodigiosa velocidad, efectuando un verdadero *slalom* en medio de las vías férreas y de los hangares.

Eran las cinco y diez de la tarde cuando McLiffeal se detuvo detrás de su guía delante de una puerta sobre la cual había una placa: *Pr. Alfred Kemmer - Office of Space Systems*.

Un hombre de unos cincuenta años, con los cabellos grises cortados a cepillo, de rostro cuadrado y desconfiado, se puso en pie. Al leer el nombre, McLiffeal había comprendido ya que era alemán o ex alemán. El acento se lo confirmó.

—¿Qué quiere de nosotros el N. A. S. C.?

—Pertenezco a las Agencias Ejecutivas —reveló McLiffeal sin rodeos cuando la puerta se hubo cerrado detrás de él—. Necesito unos informes *confidenciales*.

Kemmer había palidecido.

—Siéntese.

McLiffeal se instaló, las cejas un poco fruncidas en un esfuerzo de concentración. Había oído *ya* el nombre «Alfred Kemmer»... Bruscamente, recordó.

—Es usted un viejo amigo de M. Dornberger, ¿no es cierto? Si no recuerdo mal, estaba usted con él en el polígono de pruebas polaco de las Waffen SS, en el 44. En Blizna, exactamente... Peenemünde había sido considerado peligroso, y otro polígono...

—Su memoria es excelente —le interrumpió con suavidad el profesor Kemmer, sentándose lentamente, con los ojos clavados en el agente de la C. I. A.—. Supongo que recuerda también el número de la batería.

—Sí, el 444. Rebautizaron ustedes el lugar con el nombre de Heidelager.

Un pesado silencio cayó sobre los dos hombres. Antes de salir de Nueva York, Frank había estudiado la ficha de Dornberger. Recordaba ahora que Kemmer no se había separado nunca de Dornberger. La relación era fácil de establecer.

—¿Todos los agentes de la C. I. A. almacenan semejante documentación? —inquirió Kemmer con una forzada sonrisa.

—He llevado a cabo diversas misiones en Alemania después de la guerra —resumió McLiffeal—. Y formaba parte del equipo que... solicitó a Von Braun en 1945, después del accidente de automóvil que sufrió en Oberjoch, en el Allgäu.

Una secretaria entró después de haber llamado. Era rubia y frágil, con un escote muy primaveral. Frank contempló sus piernas mientras la joven hacía firmar el correo. Cuando se marchó, Kemmer preguntó:

—¿De qué tipo son esos «informes confidenciales»?

—¿Conoce usted a Sigmund Arndt, profesor?

—Sí —dijo Kemmer, tras una breve vacilación—. Perteneció a uno de nuestros últimos equipos. En Parchim, en el Mecklemburg, en ocasión de las últimas pruebas del «Messerschmitt 262». Y trabajó también con nosotros, aquí.

—¿Podría concretarme las fechas?

—Un momento...

Descolgó el teléfono y pronunció algunas palabras. La secretaria volvió a entrar con una carpeta. Kemmer la abrió y hojeó unas cuartillas.

—Arndt... Aquí está. Solicitado en Bregenz por el Ministerio del Aire francés en octubre de 1945, sin resultado. Cuestión de dinero, según la respuesta que él mismo facilitó. La Air Force, a su vez, sacó su nombre de una lista de los técnicos que habían pertenecido al «estado mayor» de Dornberger, y en 1946 se trasladó a los Estados Unidos. Trabajó en la Lockheed de San Diego, y luego aquí, en 1952, a raíz de la construcción de esta fábrica.

—¿En qué fecha se marchó, y por qué motivo?

—En junio de 1954. Había firmado un interesante contrato con la «Union Carbide Graphite», en calidad de experto en electrónica para la «Savannah River Plant». Cinco mil dólares mensuales. Aquí ganaba la mitad. Se marchó al mismo tiempo que su amigo Toller. No creo que...

—¿Qué ha dicho usted? —le interrumpió McLiffeal—. Toller... ¿Quién es Toller?

Kemmer cerró la carpeta.

—Creí que estaba usted al corriente. Ernest Toller vino a América con Arndt. No se separaban nunca. Toller fue contratado también por la «Savannah Plant». Sin embargo, me parece recordar que el salario que le ofrecían era mucho menos elevado que el de Arndt.

—Y... ¿dónde se encuentra ese Toller, en estos momentos?

El profesor enarcó las cejas.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Con Arndt, sin duda. A propósito, ¿dónde está Arndt? ¿Continúa en Carolina del Sur?

McLiffeal permaneció silencioso. Era demasiado largo e inútil concretar que, el día antes, Sigmund Arndt había desaparecido de un polígono de pruebas sahariano, después de trabajar varios años para los franceses.

Se puso en pie.

—Gracias, profesor. Imagino que posee usted una copia del expediente, así como unos duplicados de las fotografías de Arndt y de ese Toller...

—Desde luego —dijo fríamente el alemán—. Mi secretaria se las entregará.

Al llegar a la puerta, McLiffeal se volvió, indeciso.

—Dígame, profesor..., me gustaría saber si en alguna ocasión M. Dornberger o la dirección de la fábrica observaron algo anormal relacionado con Arndt. O... con Toller.

—No, nada —afirmó Kemmer, categórico y mirando a Frank a los ojos—. Creo comprender que en la actualidad son... ¿cómo diría yo?... sospechosos. No quiero saber de qué, pero puedo decirle que aquí, en la Bell, todo el mundo estaba absolutamente de acuerdo en reconocer su honradez. Y su *indiscutible* lealtad.

—Gracias, profesor —repitió McLiffeal.

Salió de la fábrica media hora más tarde. El hombre del *jeep* permanecía invisible, y decidió cruzar los patios a pie, observado con desconfianza por los guardianes. Había centenares de ellos. La Bell parecía ser una ciudad en estado de sitio.

Frank sabía por qué.

Walter Dornberger había recibido un encargo extraordinario del Departamento de Defensa: la fabricación de una red de cien satélites, cada uno de ellos armado de una bomba a fisión o a fusión, y que en su día, si las circunstancias permitían dar cima al proyecto, formarían una corona de muerte encima de la Tierra.

III

Al día siguiente, a mediodía, la situación en Im-Amguel apenas había evolucionado. Sin embargo, expertos del alto comisariado y delegados de la Defensa nacional habían terminado por ponerse de acuerdo sobre un punto concreto: ante todo, era efectivamente indispensable hacer regresar urgentemente al Hoggar al equipo que había trabajado con Arndt y Michelis.

—Una llamada telefónica a la planta-piloto ha demostrado que una primera caja de contacto había sido montada en Pierrelatte —le dijo a Lorrain el coronel Charmon.

—¿Por qué no la utilizaron?

—Arndt la consideró demasiado frágil, demasiado propensa a un desajuste —reveló el oficial a regañadientes—. Ordenó que se montara otro crono-contacto sobre el modelo del primero... pero modificado.

Lorrain fumaba nerviosamente.

—Empiezo a comprender por qué temen ustedes tanto el tocar los circuitos.

—¡Hacer estallar la bomba no es nada! —repitió Charmon, con un gesto enfurecido—. Lo difícil, mientras no poseamos unos registros en condiciones, es *impedir que estalle*.

Lorrain se marchó alrededor de la una. El Bell estaba averiado, y viajaron en una Alouette II, mucho más rápida. Debajo de ellos, las escalas de hierro se alejaron en tanto que la montaña parecía encogerse. Unas gigantescas formaciones de lava gris rodeaban el perímetro escogido por la Defensa nacional para la prueba. La bomba estaba allí, hundida en la piedra pómez y el granito, bajo dos centenares de metros de roca.

A las dos y media tomaban tierra en Reggane.

—Se ha recibido un cable de la D. N. para usted —anunció Marchand.

—¿Cifrado?

—En parte —dijo el oficial de seguridad—. La otra parte va dirigida a mí. Me preguntan mi opinión a propósito de la esposa del ingeniero Arndt.

Lorrain enarcó las cejas.

—¿De veras? Adelante, pues. ¿Acaso creen que la he torturado para hacerla hablar?

—No se trata de eso, inspector —dijo el oficial—. Pero en la calle Saint-Dominique han llegado ciertos rumores relativos a esa mujer. En mi opinión, han llegado allí a través del Interior.

Lorrain pensó al momento en Tuyet y en sus *barbouzes*.

—¿Qué es lo que han contado? ¿Que yo la secuestraba?

—La Defensa Nacional «aconseja» que se la traslade a un puesto militar, fuera del perímetro estratégico —dijo Marchand—. Sugiere Mers-el-Kébir.

Lorrain se impacientó. Esta vez, todo se haría más anárquico.

—Y creen que voy a pasarme la vida en avión o en helicóptero entre Orán, el punto O y aquí... Póngame en seguida con París.

La comunicación con Matignon quedó establecida casi inmediatamente por la frecuencia de urgencia. Pero el jefe de gabinete estaba ausente y no parecía haber ningún funcionario de servicio.

—Hoy es sábado —recordó Marchand, sarcástico—. Tienen importantes discursos que pronunciar, o se han marchado de pesca. ¿Quiere ver el cable?

Fue a buscarlo sin esperar respuesta. Lorrain lo leyó, con el ceño fruncido. En lo que respecta al traslado a Orán, no era un «consejo», sino más bien un apremio.

—¡Los muy imbéciles! —murmuró Lorrain entre dientes—. No saben que estará más eficazmente vigilada aquí que en una base en medio de varios millares de soldados hambrientos...

Marchand le entregó otra hoja. Lorrain la cogió y fue a encerrarse en un despacho. Un cuarto de hora más tarde salió con el semblante preocupado y se dirigió a la habitación de la esposa del ingeniero.

Una vez más, Saskia Arndt estaba tendida en la penumbra cuando Lorrain entró. El sistema de aire acondicionado había sido reparado. La estancia tenía la temperatura interior de un *igloo*. Lorrain desconectó el compresor del Westinghouse y se volvió hacia la mujer.

—Levántese.

—¿Cómo?

—¡He dicho que se levante! Parece usted olvidar que se encuentra bajo arresto. Y he de comunicarle una noticia: me ordenan que la traslade a una base francesa de Orán.

Saskia se irguió en la cama, reuniendo sus cabellos negros en un moño sobre la nuca, con una horquilla entre los dientes. Lorrain se preguntó si no le había estado tomando el pelo desde el primer momento. Incluso en aquella

tentativa de suicidio a bordo del Bell había abierto la puerta de la cabina, pero apenas se había movido... Además, se pasaba el tiempo columpiándose entre las crisis de llanto por la desaparición de su marido y los gestos provocativos. «Un poco gorda para mi gusto —pensó—, pero no me sorprende que el mediquillo y Marchand bebieran los vientos por ella: es excitante».

Leyó de nuevo la cuartilla en la cual había descifrado el cable, mientras Saskia se ponía las medias, lentamente, espiando sus menores gestos.

—En 1956, a raíz de su matrimonio, vivió usted con su marido en Augusta, ¿no es cierto?

—Augusta-Sur, del lado de Georgia —confirmó ella.

—¿En qué calle?

—Un inmueble destinado al personal de la «Savannah». La Cherokee Rose Mansion, en Chafee Park.

Sus fosas nasales temblaban; se había llevado una mano a la garganta, sin conseguir ocultar su temor.

—¿Quién es Ernest Toller, *madame* Arndt?

Saskia se estremeció.

—Lo ignoro...

—¡Ya hemos perdido bastante tiempo! —estalló Lorrain—. ¡Ernest Toller vivía *también* en la Cherokee Rose Mansion! ¿Quiere que le haga leer este informe?

Blandió las cuartillas con furor. Saskia retrocedió sobre la cama, aterrorizada, preguntándose sin duda cómo había podido enterarse Lorrain de tantas cosas en tan poco tiempo.

—Era un amigo de mi marido —susurró.

—Un *viejo* amigo, ¿no es cierto? Dígame..., ¿estaba casado?

—No lo sé —murmuró Saskia.

Lorrain se acercó a ella, con los dientes apretados.

—¡Escúcheme bien, *madame* Arndt! Hasta ahora se ha burlado de mí, porque yo se lo he consentido y porque estaba demasiado ocupado. Pero tenga cuidado: si pierdo la paciencia, será trasladada usted inmediatamente a París. Y en París no tendrá aire acondicionado ni caballeros que la sirvan. La encerrarán en una celda de la Petite-Roquette con las prostitutas y las ladronas de baja estofa.

—No diré nada —repitió obstinadamente Saskia.

Lorrain le dirigió una mirada glacial y releyó el informe de McLiffeal. El texto, salido de Nueva York por la noche después de haber transitado por la embajada norteamericana y la Defensa nacional francesa, era explícito:

«Las dos parejas no se separaban nunca, al parecer. Vida familiar sin complicaciones. En 1957, Ernest Toller tenía una hija de doce años; la niña vivía indistintamente en casa de una u otra de las parejas. Informes procedentes de la sección del F. B. I. de Augusta, a falta de la investigación a realizar sobre el terreno. En Niagara Falls no se ha obtenido nada concreto. Próximo informe a enviar desde Augusta. Amistosamente: Mac.»

Lorrain se dirigió a *madame* Arndt en tono más suave:

—Escuche, *madame* Arndt... Tiene que hacerse cargo de que también yo tengo los nervios de punta. Es ridículo, y además completamente inútil, que continúe usted callando. Tarde o temprano lo sabremos todo. Y perderá usted el beneficio de la indulgencia que le concedería un jurado militar.

Saskia sacudió la cabeza, con los dientes apretados.

—Ésas son palabras de policía. No pierda el tiempo.

Lorrain se sentó a horcajadas en una silla.

—¿Desde cuándo estaba casado Toller? No creo que ese detalle pueda «hacer correr un peligro» a su marido.

—Creo... que había conocido a su esposa en Alemania —dijo Saskia, después de un largo silencio—. Me parece que Edna nació en el barco que les conducía a los Estados Unidos...

Lorrain evitó toda reflexión. *Madame* Arndt «creía», «le parecía»...

—Se está portando usted de un modo estúpido —dijo Lorrain, poniéndose en pie.

Saskia Arndt parecía haber envejecido mucho en el espacio de cuarenta y ocho horas.

—Encuentre a mi marido y hablaré. Se lo juro.

Lorrain se encogió de hombros.

—Dígame al menos si sabe dónde y cuándo nació la señora Toller. ¿Es alemana?

Entre sus párpados, medio cerrados, vio brillar un relámpago, y quedó convencido de que el blanco no estaba lejos... Toller, su esposa, los Arndt...

Saskia volvió a tenderse en la cama y cerró los ojos. Su respiración se había hecho jadeante. Su rostro brillaba a causa del sudor.

—Vuelva a poner el *cooler* en marcha —susurró—. El calor es espantoso.

Lorrain salió, y al pasar ante el contador arrancó los fusibles.

IV

Grande como un departamento francés, el complejo nuclear de la «Savannah River Plant», la fábrica de bombas H más importante del mundo, se extendía sobre cuarenta y cinco kilómetros a lo largo del río Savannah.

Antaño, en su emplazamiento se alzaban pueblos, aldeas, centenares de granjas. Arrasados o abandonados, habían sido reemplazados por 292 talleres, algunos a prueba de radiaciones atómicas, muchos prohibidos a todo ser humano: la muerte reinaba en ellos de un modo permanente, y las menores operaciones que se desarrollaban en su interior eran teledirigidas.

Pasados los innumerables controles y los pontones electrificados, Frank McLiffeal rodó durante kilómetros a través de un universo dantesco de edificios gigantes de formas torturadas, de monstruos de hormigón de fauces abiertas, de depósitos metálicos multicolores, de centrales eléctricas, cruzando sin cesar inextricables redes de tuberías y de *pipe-lines*: agua. Era el gran problema. Se necesitaba tanta agua para enfriar los reactores nucleares como para abastecer a una ciudad de la importancia de París o de Berlín.

Se cruzaba continuamente con centinelas armados. Todos los *jeeps* de la policía parecían provistos de cámaras de televisión que rodaban al paso de otro vehículo. Lorrain dejó atrás un segundo bloque administrativo, otros controles, y otros complejos de células fotoeléctricas, antes de pasar bajo una densa red de cables de alta tensión, sin dejar de vigilar los letreros que indicaban:

DEFENSE ATOMIC SUPPLY AGENCY

Los talleres se espaciaron y, de pronto, Lorrain se encontró rodando por una especie de páramo de hierba ennegrecida y completamente desierto. Unos helicópteros de vigilancia runruneaban encima de él: empezó a sentirse incómodo.

Cruzó un pueblo muerto, siniestro, con sus casas despanzurradas y sus verandas invadidas por la arena. De trecho en trecho, unas flechas flanqueando una calavera, pintadas sobre unas planchas metálicas

visiblemente nuevas, señalaban la extraña chimenea carenada de ciento cincuenta metros de altura que dominaba la aglomeración fantasma:

¡Peligro! ¡Máscara obligatoria!

McLiffeal recordó haber oído hablar de accidentes producidos en Carolina los días de tormenta. Los vapores ponzoñosos evacuados por conductos subterráneos hasta la chimenea se habían abatido sobre el suelo, a causa de las ráfagas de viento. Unos obreros habían resultado alcanzados. La mayor fábrica del mundo de bombas termonucleares...

Y aquellos dos hombres, Arndt y Toller, habían trabajado en ella. Arndt era buscado ahora en Francia por traición. Valía la pena, efectivamente, conocer *mejor* la insólita existencia de los dos ex alemanes.

Acabó por detenerse delante del edificio administrativo central, y buscó las oficinas de los servicios especiales del Departamento de Defensa.

El mayor Hamilton Seward, jefe de la seguridad, había sido advertido de su llegada y le esperaba. Era un hombre de unos sesenta años, de tez rubicunda y cabellos grises. Un leve aroma de tabaco rubio flotaba a su alrededor. Llevaba una llamativa camisa a rayas y una corbata muy juvenil.

—He preparado todos los datos relativos a Arndt y a Toller —dijo, con la mano extendida—. ¿De qué les acusan? Las oficinas de Langley no han dicho nada, pero supongo que serán culpables de algo para que se arme tanto ruido alrededor de ellos.

—Nada concreto, mayor —dijo fríamente McLiffeal.

—¡La culpa es de aquellos imbéciles de la Administración Truman! —fulminó Seward—. En el 45 se admitía a todo el mundo. Nazis, miembros de las Waffen SS, individuos que habían hecho algo peor que colgar a la gente en su país, pero que conocían el átomo..., la turborreacción..., las V-2...

McLiffeal esperó tranquilamente hasta que el mayor se hubo desahogado.

—Nadie ha dicho nunca, en realidad, que el ingeniero electrónico Arndt o M. Toller tuvieran algo que reprocharse.

Seward le fulminó con la mirada.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí?

—Simplemente para recabar el punto de vista de usted acerca de su actitud, sus notas; en una palabra, su existencia en esta fábrica entre 1954 y 1958.

Seward frunció inmediatamente las cejas: era evidente que buscaba algo en su memoria. Luego hojeó nerviosamente sus expedientes.

—1958... ¿1958?

Acabó por encontrar una cuartilla y la blandió en el aire.

—¿Qué me cuenta usted? ¡Se marcharon de aquí, juntos, en marzo de 1957!

McLiffeal abrió mucho los ojos, asombrado; finalmente, la frase le alcanzó, produciéndole el efecto de una ducha fría.

—¿Qué es lo que ha dicho?

Se apoderó vivamente de la cuartilla y la recorrió con la vista. Una nota subrayada especificaba: «Fecha de rescisión del contrato, 11 de marzo de 1957».

Alzó los ojos, estupefacto. Recordaba en sus menores detalles el informe de la Defensa nacional francesa que Marston le había transmitido: en todas partes, incluida la más anodina de las fichas que había rellenado, Sigmund Arndt había afirmado que abandonó Carolina del Sur y la planta de fabricación de la bomba H *en abril de 1958*.

Había, pues, un vacío de trece meses en su vida.

—¿Se marcharon por algún motivo especial, mayor?

—Creo recordar que Arndt nos había contado que su suegro, un libanés, había decidido prestarle algún dinero. Él y Toller querían probar fortuna en el comercio. «Estaban hartos de hacer el cretino por nada.» Mire, aquí está. Arndt pronunció esas palabras delante de un administrador.

McLiffeal leyó otra cuartilla, mordiéndose el labio inferior.

—«Hacer el cretino por nada». ¡Y ganaba cinco mil dólares al mes!

—Su intención, creo, era montar una gran empresa de publicidad en Los Ángeles. Querían comprar unos aviones para hacer propaganda por medio del humo... Pensé que habían perdido la chaveta.

Era para pensarlo. Dos ingenieros del Departamento de Defensa, abandonando una planta atómica para hacer propaganda fumígena...

—También hablaron de una fábrica de pasta de papel —continuó el mayor—. Un verdadero barullo...

—Y aquel «barullo», ¿no le llamó la atención?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿No encontró sorprendente, *muy* sorprendente, incluso, aquella súbita orientación de la carrera de los dos ingenieros?

—¿Por qué diablos tenía que preocuparme? Eran libres, tenían la ciudadanía norteamericana. Ninguna ley podía impedirles...

—¡No hablo de leyes, mayor, hablo de paradojas! Como jefe de seguridad, creo que en su lugar todo aquello me hubiera intrigado.

Seward había enrojecido violentamente.

—¡No está usted en mi lugar, *federal!* Y no admito consejos de nadie.

—No soy *federal*, sino agente de la Casa Blanca —replicó fríamente McLiffeal—. Le pido que me conteste sí o no. Tengo que redactar un informe. ¡Un informe que tal vez será leído por el vicepresidente Johnson!

Seward tragó saliva, súbitamente preocupado.

—¿Se interesó o no por la suerte de Arndt y Toller *después* de que salieron de aquí? ¿Controló lo que podía ser su vida, sus *verdaderas* actividades?

En el cuello de Seward, un músculo había empezado a latir.

—No —dijo.

—¿Ignora, *también*, cuál puede ser su dirección actual?

Seward sacó una cuartilla del expediente y se la entregó a Frank.

—Solamente tengo la dirección que me facilitaron al marcharse: 345, Concord Road, en Smyrna, en el distrito de Atlanta.

A las dos de la tarde, McLiffeal se detuvo delante de un modesto edificio próximo a la Dobbins Air Force Base. Salió de él apenas sorprendido por lo que acababa de saber.

Nadie llamado Arndt o Toller había vivido nunca en la casa.

A las tres, las órdenes de busca y captura empezaron a crepitar en el teletipo central del F. B. I. Iban dirigidas a todos los servicios policiales, desde las *homicide squad* hasta las brigadas del fisco que controlaban las actividades comerciales, pasando por la sección de inmigración y las oficinas de los aeropuertos.

A las siete, una llamada telefónica convocó a Frank al Capitolio del Estado, donde estaba instalada la sección del F. B. I. Fue recibido por un teniente muy joven, de aire bastante enigmático.

—Gibson —se presentó el teniente—. Es muy raro que los *Ejecutivos* recurran a nosotros...

—Este caso no afecta a las actividades interiores —dijo McLiffeal—. ¿Han obtenido ustedes algo?

—«Algo», en efecto. En primer lugar, una ficha de emigración a nombre de Arndt, de su esposa, de Toller, de la esposa de Toller y de su hija. Está fechada el 24 de marzo de 1957. Los cinco se trasladaron a Roma en avión.

McLiffeal acusó el golpe por una súbita palidez. Trece días después de haberse despedido de la planta atómica, habían abandonado los Estados Unidos, *todos...* Roma...

—¿Algo más?

—Una ficha de inmigración: *regreso*. El 15 de abril de 1958.

—¿Procedencia?

—Roma —dijo el teniente—. ¿Quiere usted saber algo más?

Un vacío de un año, pensó de nuevo Frank, asintiendo, con los rasgos contraídos.

—Ocho días después de su regreso, iniciaron las formalidades para explotar una pequeña fábrica de pasta de papel que habían comprado en Russel, condado de Bottinea, en Dakota del Norte. Pero la petición de patente no fue cursada.

—¿Por qué?

—Porque el 29 de abril, catorce días después de su regreso, Toller y su esposa murieron.

—¿Cómo se produjo la muerte? —preguntó McLiffeal.

—Un extraño accidente de automóvil. El vehículo fue encontrado en un barranco, completamente destrozado. Algunos investigadores creyeron reconocer el origen de los agujeros en la carrocería: balas de metralleta. Pero la encuesta tuvo que cerrarse, falta de todo indicio.

—¿Y Arndt?

—Parece ser que a Arndt y a su esposa no les gustó el presagio, inspector... Una semana después tomaron el avión para París.

McLiffeal empezó a ver un poco más claro: en aquella época, sin duda alguna, el ingeniero Arndt se había puesto en contacto con el profesor Riesner. Para que le ayudara a crearse una situación, al tiempo que desaparecía de América...

Gibson dio la vuelta alrededor de su escritorio.

—Da la casualidad de que todo eso había sido archivado —continuó—. Pero, en vista de los acontecimientos, me gustaría saber si tiene usted alguna idea acerca del paradero de la pareja Arndt.

McLiffeal cogió su sombrero y se dirigió pensativamente hacia la puerta. No pudo evitarlo.

—Sigmund Arndt se convirtió en ciudadano francés hace seis meses —dijo—. Hace tres días, desapareció. En cuanto a su esposa, se encuentra en el Sahara.

El federal enarcó las cejas.

—Asombroso.

—Desde luego —admitió McLiffeal.

Mientras estrechaba la mano del funcionario, se le ocurrió una idea desconcertante. Si de cinco restamos cuatro, queda uno...

—¿Y la joven?

—¿Qué joven?

—Los Toller tenían una hija. ¡Nacida en 1945! Eso significa que tiene dieciocho años. Y, según usted, no murió en aquel accidente. ¿Tiene su ficha de salida?

Se produjo un breve silencio.

—Procuraré informarme —dijo Gibson.

McLiffeal pasó la tarde redactando su informe y pasándolo en clave. Luego trató de hablar con París por teléfono, pero no consiguió comunicar con Marston. La voz de Anne-Marie era lejana y casi inaudible.

—Dex está muy preocupado a causa de ese asunto, Frank. Deme un número. En este momento Dex se encuentra en alguna parte de la carretera entre Evreux y París. En cuanto regrese, le diré que le llame.

—Prefiero llamar yo mismo, Anne-Marie. ¿Hay noticias... del Sur?

—No sé nada —dijo Anne-Marie, tras una leve vacilación—. Dex está furioso. Esta mañana se presentó en la D. N. y le enviaron a paseo. Michel ha telefoneado esta noche sin concretar nada. ¡Oh! A propósito... Ha dicho que le diéramos las gracias a usted.

—Dígale que lo más probable es que sea él quien nos ha prestado un gran servicio, Anne-Marie. Hasta pronto.

Apenas hubo colgado, sonó el timbre del teléfono.

—Soy la secretaria del teniente Gibson —dijo una voz chillona y desagradable—. Tenemos un mensaje para usted. ¿Puede tomarlo?

McLiffeal se apoderó febrilmente de una estilográfica y una cuartilla. La secretaria debía de leer una nota: su voz era fría e impersonal.

—*Brigada fronteriza de los límites canadienses de Williston, centro 189, Atlanta-Georgia: Edna Toller no ha alcanzado la edad comercial legal, pero dirige una explotación de tala de madera y serrería en Sherwood, condado de Renville. El propietario teórico es un granjero vecino que no ha puesto los pies en Sherwood desde que se inscribió en el registro de patentes. Actividades legales y...*

—Eso me basta —cortó McLiffeal—. Gracias.

V

Lorrain llamó de nuevo a Marston el martes, a las siete de la mañana, y se asombró de lo furioso de su tono.

—La Defensa nacional me envió a paseo cuando fui en busca de algunos datos sobre la vida de Arndt en París —explicó Dex—. ¡Pero se apresuraron a tomar todas las notas relativas a la «Savannah»! Antes de decirme que no había ningún jefe de servicio, y que, de todos modos, «los informes confidenciales no podían ser comunicados a un servicio extranjero».

El hecho no sorprendió demasiado a Lorrain. Los descendientes de los personajes de Courteline compraban ahora discos de Françoise Hardy, pero el ambiente en los ministerios no había cambiado en la misma medida.

—Son unos imbéciles —admitió Lorrain—. Pero no se ha perdido gran cosa. Los datos obtenidos sobre los Arndt son muy escasos. En mayo del 58 vivieron tres días en el hotel Crillon. Poco antes de marchar a Colomb-Béchar. Ha podido encontrarse la ficha telefónica: Arndt llamó a Riesner, el tipo de los Véronique, desde París. Dos agentes nuestros se presentaron en el Crillon; recordaban a los Arndt: el marido disponía de mucho dinero, al parecer, y repartía unas propinas principescas. Pero los dos parecían estar muy ansiosos. Prácticamente, no salieron de su habitación durante aquellos tres días. Las fichas de servicio dan fe de ello: todas las comidas, los periódicos, los cigarrillos...

—¿Lo ha confirmado *madame* Arndt?

—No quiere decir *nada* —gruñó Lorrain—. ¡De buena gana la hubiera abofeteado! No sé cómo he podido contenerme...

—¿Continúa en Reggane?

—Hoy mismo voy a llevarla a Orán. Por «orden superior». ¿Alguna novedad en Carolina?

—Ha sido localizada la hija de Toller, única superviviente de una matanza —anunció brevemente Dex—. A sus dieciocho años, dirige una serrería en Dakota. Mac debe de estar allí en estos momentos.

La comunicación se cortó bruscamente. La voz de Dex volvió a resonar, borrosa:

—... eficaz, en todo caso. La ofensiva en dos frentes. En el Sahara y en los Estados Unidos. Un cable de cuatrocientas palabras sale...

Una voz de mujer se interfirió. Lorrain colgó.

A las dos de la tarde se supo que, por orden del ministerio de los Ejércitos, todo el personal no indispensable de Im-Amguel debía ser evacuado inmediatamente. Los informes llegados a la Defensa nacional señalaban que era imposible enclaustrar indefinidamente a los hombres en los refugios. Por otra parte, la censura implantada el mismo día de la prueba fallida no podía ser mantenida por más tiempo.

Las directrices «confidenciales» que había que dar a los militares y técnicos evacuados eran las de que «la prueba había sido aplazada voluntariamente a causa de las grandes bandadas de aves migratorias que sobrevolaban el Hoggar de camino hacia Europa. Una fisura, por pequeña que fuera, podía dejar escapar polvo radiactivo que, sin ser mortal para los animales, podía en cambio ser transportado hasta muy lejos y significar un peligro ulterior». Se invocaban también las desfavorables condiciones meteorológicas.

—¿Quién va a creer eso? —exclamó Lorrain, admirado, al leer la nota.

—Inverosímil —le telefoneó Marchand, aquella misma tarde—. Si la noticia se filtra, vamos a ser la irrisión de todo el mundo.

A las cinco, el Punto Cero parecía una plataforma lunar abandonada. Únicamente los gendarmes que continuaban patrullando a través de los caóticos roquedales, y los aviones de vigilancia que sobrevolaban incansablemente el polígono de pruebas, demostraban que sucedía algo inquietante.

Lorrain abandonó Im-Amguel con la sensación de una catástrofe inminente. Los expertos continuaban enterrados en el bunker de mando, esperando ansiosamente los primeros resultados de la investigación de los agentes de la D. S. T. lanzados a través de Francia y de Argelia, para tratar de recuperar al equipo Arndt.

—En realidad, todo el mundo es impotente —dijo el ayudante piloto mientras sobrevolaban el Hoggar—. Se necesita un mes largo para construir unos nuevos registros. Si en ese plazo estalla la bomba, significará miles de millones de francos perdidos y una veintena de individuos destituidos.

Lorrain contemplaba el gigante de granito que se alzaba entre las masas de roca. «*De todos modos, tarde o temprano habrá que entrar en el túnel*

para desencebar la bomba», le había dicho aquella misma mañana el capitán Harlin. Incluso cuando los nuevos registros estuvieran a punto, sería casi imposible incluirlos en el sistema de control, sin riesgo de provocar la explosión. El representante del centro interejércitos de las Armas especiales le había parecido muy pesimista.

En Reggane, Marchand estaba también anonadado.

—¡Cuatro días, y nos encontramos en el mismo sitio! Increíble...

—¿Conocía usted a Arndt... personalmente? —preguntó súbitamente Lorrain, recordando que no le había formulado aún la pregunta.

—Le vi un par de veces —respondió Marchand, con una mueca de preocupación—. Y encuentro muy raro que ese individuo pudiera sabotear los registros de un modo tan burdo. En primer lugar, porque no tenía un cerebro para eso. Y, digan lo que digan los imbéciles, «el cerebro» cuenta.

Lorrain le dirigió una mirada escéptica.

—Y, dejando aparte su «cerebro»...

—No hay nada claro —dijo Marchand—, tras un breve silencio.

Lorrain entró en el barracón de techo ondulado.

—Levántese, *madame* Arndt —dijo, avanzando en medio de la penumbra del cuarto—. Nos vamos.

—¿Adónde? —se asustó Saskia inmediatamente.

—No puedo revelárselo.

—¿A Francia?

—No, *madame*. Vístase.

—¿No hay noticias de Sigmund?

—No. Pero, en cambio, tengo otras noticias...

Se acercó a ella, con el ceño fruncido.

—¿Por qué me dijo usted que se habían marchado de los Estados Unidos en 1958? ¿*Qué hicieron entre marzo de 1957 y abril de 1958? ¿Adónde fueron cuando se marcharon de Roma?*

La expresión de Saskia Arndt reflejó inmediatamente el terror.

—Como puede ver, no hemos tardado en averiguarlo —dijo Lorrain.

Las manos de la libanesa se reunieron en su garganta. Retrocedió paso a paso, tropezó contra el lecho y pareció sacudida por una descarga eléctrica.

—¡Márchese!

—¿Dónde cree que está? ¿En el teatro? ¿De veras piensa que va a salirse de esto adoptando la actitud de una mártir?

Lorrain había perdido la paciencia. Hacía días que Saskia Arndt le tomaba el pelo sin que él pudiera hacer nada.

—¿Desde cuándo no ha visto a Edna? —inquirió, furiosamente.

Saskia le dirigió una mirada aterrorizada.

—Desde 1958. Ignoro lo que ha sido de ella.

—¡Falso! —gritó Lorrain—. Y, de todos modos, yo estoy enterado. A propósito, ¿cree usted que la dejaron viva por lástima, o que fue una torpeza por su parte..., una bala mal dirigida, digamos?

—¿A quién se refiere?

—Sin duda, a las personas para las cuales trabajaron los Toller y ustedes entre el 57 y el 58, *madame Arndt*. ¿Acaso me equivoco?

La boca de la mujer se torció nerviosamente, pero guardó un obstinado silencio.

—Ahora tiene usted miedo, ¿no es cierto? —dijo Lorrain—. Habían matado a Toller y a su esposa. Edna escapó a la muerte de milagro. Entonces, Sigmund y usted huyeron. ¿Por qué les perseguían, *madame Arndt*? ¿Qué sucia jugarreta les había hecho para que quisieran ejecutarles?

Vio temblar unas lágrimas en sus párpados. Pero estaba demasiado exasperado para tener compasión.

—Prepare sus maletas. Saldremos dentro de veinte minutos.

A las once de la noche, mientras sobrevolaban las últimas dunas saharianas, el piloto del Noratlas 2502 observó un eco imprevisto en su pantalla de radar.

Empuñaba el micro para interrogar a la base de Mers-el-Kébir cuando el caza cayó sobre ellos. Pasó a menos de un centenar de metros, a la velocidad del rayo, soltando una primera ráfaga. Lorrain saltó de su asiento y se precipitó hacia la cabina de pilotaje.

—¡Un Mig! —anunció el piloto, encorvado sobre sus mandos—. ¡Y no podemos replicarle!

El avión había remontado el vuelo y caía de nuevo sobre ellos en picado. Antes de que tuvieran tiempo de reaccionar, un aluvión de balas crepitó sobre el ala izquierda.

—¡Un segundo para las once! —gritó el copiloto, enloquecido—
¡Desciende, Bergeaut! ¡Gallard, advierta a la 107!

—¡Atención! —advirtió el radiotelegrafista—. ¡Otra pasada!

La segunda ráfaga se estrelló en parte contra la plancha protectora de un motor, destrozándolo.

—¡F-AXB 134! —articuló vivamente el radiotelegrafista, muy cerca de su micrófono—. ¡André-André-Xenophon-Baltimore! ¡Estaros siendo atacados por unos cazas no identificados!

—¿Qué es lo que quieren de nosotros? —preguntó Saskia Arndt, surgiendo repentinamente.

Lorrain la lanzó sobre un asiento y ató su cintura.

—¡No se mueva!

—*Leader-Tower a 134* —respondió una voz metálica—. *Transmitida la alerta. Respuesta autorizada.*

—¿Qué respuesta? —gritó el piloto, en el instante en que uno de los aparatos volvía a la carga, picando a través de una capa de nubes—. ¡Gallard! ¡Dícales que estamos indefensos!

—*F-André, André. Xenophon, Baltimore a 107* —recitó el radiotelegrafista—. *2502, misión de transporte. No dotado de armas operacionales.*

Uno de los Mig pasó a poca distancia de ellos y vieron claramente la única llama que taladraba la oscuridad nocturna.

—¡Señale, Gallard! —aulló el piloto—. ¡Un 17! ¡Klimov!

—*Mig 17; antiguo modelo* —repitió el radiotelegrafista—. *F-AAXB. A 107.*

—*Comprendido* —respondió el telegrafista de Mers-el-Kébir—. *Transmitida la alerta. Traten de escapar. Desciendan al máximo. ¿Tienen alguna identificación? Cambio.*

Lorrain se inclinó sobre el hombro del radiotelegrafista.

—He visto uno de ellos cuando salía de entre las nubes: lleva pintura de enmascaramiento sobre las insignias. ¡Cuidado! ¡Vuelve hacia aquí!

—¡No identificado! —gritó el radiotelegrafista en medio de un rugido infernal—. ¡Pañón tocado!

El Noratlas había experimentado una sacudida. La ráfaga lo había alcanzado exactamente encima del tren de aterrizaje.

Lorrain salió de la cabina y se lanzó hacia la esposa de Arndt, petrificada en su asiento.

—¿Y ahora? ¿Contra quién cree usted que disparan?

—No soy más que una mujer —balbució, Saskia—. Imposible... ¿Por qué?

Un olor a gasolina se esparció por la cabina. Uno de los pasajeros militares, un viejo coronel, avanzó hacia ellos. Sus labios estaban pálidos.

—Creo que han tocado uno de los tanques.

El Noratlas perdía rápidamente altura y Saskia Arndt se encorvó sobre su cinturón de seguridad, clavando una mirada de loca en el portaluz.

—¡Nuevo ataque por detrás! —advirtió el copiloto.

Lorrain se pegó a los asientos. Los dos motores Bristol-Hercules del transporte rugieron de un modo alarmante: el piloto tiró de una palanca con todas sus fuerzas. «Una locura, con este trasto», pensó, en el momento en que el aparato caía como una piedra.

El Mig pasó en tromba por encima de ellos.

—Teníamos una posibilidad entre mil —murmuró el coronel.

—*Franco, André, André, Xenophon, Baltimore* —recitó el radiotelegrafista—. *Maniobra defensiva. ¡Lograda!*

—*¡Plotting!* —anunció el radarista en tono excitado—. *¡Dos ecos! ¡Están llegando!*

—*107 a 134* —gangueó una voz lejana—. *Acaban de despegar dos cazas. Sobre canal 19... Uno, coma, cuatro y cinco.*

—*19, comprendido* —confirmó el radiotelegrafista.

Cambió inmediatamente. Otras voces lejanas llenaron el emisor.

—*¡Halcones! ¡Halcones! ¡Grupo de cobertura a 134! ¡Permanezcan en contacto!*

Lorrain miró ávidamente a uno y otro lado: el cielo había quedado súbitamente vacío. Los dos Mig debían de haber visto también los ecos de los dos cazas franceses que llegaban a todo gas. Y habían desaparecido con la misma rapidez con que llegaron.

—Creo que nos hemos librado de milagro —dijo el coronel.

Su voz parecía proceder de un profundo pozo. Lorrain le vio desplomarse sobre un asiento. El aparato estaba de nuevo horizontal, y Lorrain fue hacia el puesto de pilotaje.

—Se han marchado.

El capitán piloto volvió su rostro descompuesto hacia él:

—¿Es usted el tipo de la D. S. T.?

—Soy funcionario de Matignon —rectificó Lorrain—. ¿Averías?

—Unos circuitos cortados... Y en el tren de aterrizaje, sin duda. ¿Quién es esa dama que le acompaña?

—Un testigo —dijo Lorrain, retrocediendo para salir del puesto.

—¡Un momento! —insistió violentamente el capitán—. Tengo derecho a estar informado, ¿no? Es la primera vez que nos atacan los *fells*...

—No diga tonterías —le interrumpió Lorrain, palideciendo—. ¿Por qué tendrían que ser argelinos? Es absurdo.

—Casi todos los países árabes tienen Migs —recordó el copiloto, asintiendo.

—¿Querían cargársela a *ella*?

Lorrain salió sin contestar. Unas lucecitas brillaron en medio de la oscuridad. Lorrain reconoció las luces de posición de los Mistère IV. Los aviones pasaron por encima de ellos, luego oscilaron sobre un ala y se colocaron a ambos lados del Noratlas, escoltándole. Mientras se alejaba, Lorrain oyó las palabras que intercambiaban los operadores de radio.

Se instaló cerca de la mujer, esta vez convencido de que el asunto que se había iniciado en Im-Amguel tenía un alcance internacional.

—Han querido matarla, *madame* Arndt —dijo, con mucha calma.

—No —balbució Saskia, cubriéndose el rostro con una mano temblorosa—. Es imposible... Desproporcionado. ¡No puedo creerlo!

Lorrain examinó sus manos. Tenía un gran corte en el dedo índice. Debió herirse al pegarse frenéticamente a la puerta del puesto de pilotaje cuando el Noratlas había iniciado su caída.

—Han querido hacerla desaparecer —repitió, envolviéndose el dedo en un pañuelo—. Estoy seguro de que el ataque iba dirigido contra usted.

El coronel y los otros pasajeros militares que se habían levantado y se dirigían de nuevo a sus asientos les miraban con desconfianza al pasar junto a ellos. Lorrain maldijo al piloto: había hablado más de la cuenta.

—Su obstinación hubiera podido costar la vida a una veintena de personas —continuó.

Terminó de anudar el pañuelo.

—Pero, todavía no hemos llegado...

—¿Qué quiere usted decir?

—Sencillamente, que es probable que el tren de aterrizaje haya sido alcanzado. Y existen pocos precedentes de que un avión como el nuestro se haya salvado con un tren de aterrizaje destrozado.

Se instaló cómodamente en su asiento, con los ojos semicerrados, adivinando el mudo terror de Saskia. Uno de los Mistère IV osciló sobre un ala, peligrosamente cercano.

—Tal vez vamos a morir todos...

Señaló su mano vendada, la otra mano:

—No llevo ningún papel, ninguna estilográfica. Si habla usted y nos estrellamos contra el suelo, no quedará ningún rastro.

Saskia se apretó las sienes con la punta de los dedos. Su rostro estaba surcado por numerosas arrugas.

—Miente usted... Trata de impresionarme.

Lorrain inclinó la cabeza.

—Creo que se hace demasiadas ilusiones, *madame* Arndt. Es usted una mujer muy imaginativa. Yo imagino que si han sido enviados unos aviones para derribarnos, para derribarla a *usted*...

—Basta —dijo Saskia, con voz temblorosa—. ¿Se refiere usted a mi marido? ¿Quiere hacerme creer que *ellos* han podido matarle?

«... y que quieren suprimir a todos los testigos», terminó Saskia, mentalmente.

—¿*Ellos*? —inquirió a su vez Lorrain—. ¿Quiénes son *ellos*?

Se irguió bruscamente en su asiento.

—¿Nos toma usted *realmente* por unos cretinos? Le aseguro que no resulta agradable, ni mucho menos. ¿Para *quién* trabajaron Toller y su marido durante aquel «misterioso» año? ¿Y de *quién* intentaron escapar, después de aquel año? ¿Rusos, chinos, argelinos?

—Es absurdo —dijo Saskia, con voz estrangulada—. Absurdo...

De nuevo perdían altura. Muy lejos, vieron unas luces, una rada acribillada de faros.

—Orán —anunció Lorrain—. Dentro de unos minutos, tal vez estemos todos en un depósito de cadáveres de Mers-el-Kébir.

Apoyó una mano sobre el brazo de Saskia.

—Trate de decirse que todo es sencillo... Yo la ayudaré.

Saskia se desasíó suavemente, mientras continuaba sacudiendo la cabeza.

—No... Y no confío en usted. Aunque tuviéramos que morir, hay la radio. Estoy convencida de que hablaría usted antes del aterrizaje.

Súbitamente, Lorrain se dio cuenta de que la había juzgado mal. Y Saskia debía de estar enamorada de su marido. Paradójicamente, la consideró con más respeto.

—*Y si yo le jurase que Sigmund no ha traicionado* —declaró Saskia, impulsivamente—. ¿Me creería usted?

—Le diría que es imposible, *madame* Arndt —respondió Lorrain con gravedad—. Lo único que puedo creer es que tal vez *ha tratado* de no traicionar.

El copiloto apareció en el marco de la puerta de separación. Hizo una mueca que quería ser una sonrisa y que no tranquilizó a nadie.

—Cíñanse los cinturones de seguridad, por favor. Saquen de sus bolsillos las gafas, las plumas estilográficas y todo lo que pueda causar heridas. Colóquense una prenda de ropa sobre las rodillas y bajen la cabeza. El

comandante de a bordo está convencido de que todo irá bien, pero me pide que les haga saber que el contacto con el suelo puede ser algo brusco.

VI

Un Pontiac esperaba a Frank McLiffeal a la salida de la base Air-Force de Devils Lake. Se instaló ante el volante, se hizo explicar el camino, dio las gracias al coronel Higgins que le había permitido montar en el DC-4, y partió en dirección oeste.

El cielo estaba cubierto de nubes plomizas. Al cruzar la reserva india de las Turdle Mountains, McLiffeal se quedó asombrado al ver los edificios de ladrillo y las antenas de televisión. Hacía menos de dos años que había pasado por allí y había visto a los algonquinos guareciéndose en tiendas de piel de búfalo como en la época de la conquista. Unas mujeres en pie delante de los millares de alfarerías que invadían los campos, instaladas junto a la carretera, le hicieron señas, pero no se detuvo.

Resultaba sorprendente: un trágico incidente que se había producido en el Hoggar y que al parecer no afectaba más que a los franceses, podía encontrar su explicación en aquellas montañas sobrevoladas por las aves de rapiña y habitadas por unos indios.

Al cruzar una aldea se informó de nuevo. Los rostros se cerraron en cuanto habló de «miss Toller»; una mujer le miró de un modo extraño, retrocedió hacia sus crías y las protegió con un brazo, como si McLiffeal fuera un fugado de presidio.

Veinte kilómetros más lejos, vio la cerca que le habían anunciado. Se extendía hacia el interior y estaba erizada de enormes pinchos de acero. En aquel paraje, todo el bosque parecía rodeado por una verja metálica semejante a la que se utilizaba en el ejército para proteger un perímetro estratégico.

Oyó los primeros golpes de hacha, el chirrido lejano de una hoja de sierra. Súbitamente, vio la placa:

Vestal Acushnet Wood Products & Co.

Acushnet... Era el granjero que servía de hombre de paja a Edna Toller y del cual le habían hablado en el F. B. I.

El chirrido de las sierras se hacía más próximo. Unos perros ladraron furiosamente. En el momento en que se detenía delante de las verjas, cerradas,

dos enormes labradores se precipitaron hacia los barrotes, con el pelo erizado, espumeantes y el aire feroz.

Nadie apareció. McLiffeal se apeó del vehículo, intrigado. Delante de él se extendía una larga avenida sembrada de serrín podrido. En un rincón, un enorme montón de residuos de madera acababa de arder en el centro de una fosa, despidiendo una espesa humareda que olía a resina. Al fondo había un largo edificio de plancha de madera abierto a todos los vientos en el cual trabajaba un hombre, de pie delante de una sierra circular.

—¡Eh! —gritó McLiffeal, agitando un brazo.

Los ladridos de los perros se hacían insoportables. Mordían los barrotes, rabiosamente, como enloquecidos. McLiffeal volvió a llamar.

El hombre abandonó súbitamente la sierra circular. Se acercó despacio, con aire desconfiado. Era un indio. «Algonquino o atabasquiano», pensó Frank al ver el rostro arrugado como una manzana vieja, la nariz aquilina, los aceitosos cabellos.

—¿Qué desea?

—Quiero ver a *miss* Toller.

—No está aquí. Y, aunque estuviera, no quiere ver a nadie. ¿Es usted viajante de comercio?

—He de hablar de negocios con *miss* Toller —replicó McLiffeal—. ¡Abra!

—Márchese —dijo tranquilamente el indio—. Márchese, si no quiere que abra. Pero, cuidado con los perros: están muy mal acostumbrados.

El indio dio media vuelta, dejando a McLiffeal plantado al otro lado de la verja, y regresó hacia la sierra eléctrica.

Momentáneamente desconcertado, Frank empezó a retroceder, ensordecido por los furiosos ladridos. Reflexionó unos segundos, se acercó al automóvil, cogió un trozo de cuerda y ató rápidamente el círculo del claxon a una rama del volante.

Regresó tranquilamente a la verja: el «mugido» del triple claxon de carretera cubría ampliamente los ladridos. Estaba satisfecho.

El indio volvía a paso de carga, con el rostro contraído. McLiffeal sacó su «Colt-Cobra» en el preciso instante que decía:

—¡Y ahora, rápido! ¡Abra eso! Y tranquilice a los perros. ¡El primero que se me acerque recibirá una bala!

El rostro del algonquino había adquirido un color grisáceo. Obedeció, con los ojos clavados en el arma. McLiffeal cortó la cuerda que bloqueaba el

círculo en el momento en que la verja rechinaba. Los perros retrocedieron, gruñendo, a una orden del indio.

—¿Quién es usted?

McLiffeal no respondió. En un extremo de la avenida acababa de aparecer una joven que calzaba botas y llevaba una especie de casco de amazona. Estaba muy pálida, y empuñaba un fusil con el cañón aserrado.

—¡Suelte ese revólver! ¡Cuyahoga!

McLiffeal lamentó un segundo demasiado tarde el haber vacilado en disparar. La mano del indio cortó el aire, completamente plana, en dirección a su cuello. Frank hizo una mueca, apretó el gatillo con retraso y notó que su muñeca se desarticulaba, al mismo tiempo que caía de rodillas. Invadido de una repentina cólera, trató de recuperar el arma, no lo consiguió, y se precipitó hacia el hombre con la cabeza baja, percibiendo en un relámpago los cabellos muy negros de la muchacha, sus ojos ligeramente almendrados.

—¡Cuyahoga! —gritó de nuevo la joven.

McLiffeal no trató de averiguar si era un grito de guerra o el nombre del algonquino: notó un mordisco en la pantorrilla y comprendió que uno de los perros le atacaba. Su rabia se convirtió en furor. Hundió dos dedos en los ojos del individuo, intentó librarse del perro sacudiendo violentamente la pierna, cayó, volvió a levantarse, y se apoderó de una estaca de madera. El molinete golpeó al indio en el hombro y la estaca continuó su trayecto en dirección al Labrador, el cual profirió un aullido de dolor y retrocedió, con la quijada colgando, en tanto que el otro perro se precipitaba a su vez.

—¡Dispare, *miss!* —gritó el indio, babeando sangre y de rodillas, en la posición de un corredor de semifondo.

McLiffeal se lanzó contra él y el otro consiguió esquivarle, corriendo a continuación hacia el hangar. McLiffeal creyó que esta vez la joven iba a disparar. Pero la muchacha retrocedió, temblando de miedo, los ojos desorbitados, vacilante.

Frank lanzó una gran piedra en dirección al segundo perro; al mismo tiempo alcanzó al indio en tres saltos. Empezó por la muchacha:

—Dígale que...

Pero el hombre había cogido una gruesa rama y la empuñaba como una maza. McLiffeal comprendió que la cosa podía ser grave y se inclinó a tiempo. Reanudó su ataque, olvidando toda piedad, cegado por el odio. El indio, que parecía esperarle, se echó sobre él. El zumbido de la sierra eléctrica se hizo más próximo.

El hombre tensaba sus músculos, empujándole paulatinamente hacia la acerada corona que lanzaba destellos, girando a toda velocidad. Los ojos del indio brillaban, sus labios estaban fruncidos como los de un perro dispuesto a morder.

McLiffeal se agarró desesperadamente a un saliente, giró sobre sí mismo y consiguió engaritar sus dedos alrededor del cuello del indio, el cual tuvo súbitamente su espalda a unos centímetros de la sierra. Frank se dejó caer con todo su peso, hasta oír el primer aullido: los dientes de la sierra mordían la ropa.

—¡Cerdo!

—¡Suélteme! —suplicó el hombre, loco de terror—. ¡Por piedad! Le juro...

McLiffeal le soltó, pero como medida de precaución cogió una barra de acero que estaba apoyada contra el banco de trabajo del otro.

Bruscamente, se dio cuenta de que la muchacha había desaparecido.

—¿Dónde está la chica?

—No lo sé, *monsieur* —balbució el indio—. De veras que no lo sé.

De un salto, Frank fue a recuperar el «Colt», asombrándose de que la joven no lo hubiera recogido.

En la avenida sólo había un perro. El otro había desaparecido. El superviviente se arrastraba sobre tres patas, lamiendo sus heridas.

—¿Dónde está el teléfono?

—Por aquí, *monsieur* —dijo el indio, aterrorizado por el arma.

Veinte minutos más tarde, cuatro agentes de la policía de fronteras se apeaban de un *jeep*, con aire estupefacto.

—¿La ha encontrado usted, inspector? —inquirió uno de ellos.

—Hace años que se ocultan y se niegan a ver a nadie —dijo el teniente Vance, de la *Homicide Squad* de Minot—. Pero nunca se había producido un hecho como éste...

—¡Ustedes les han provocado! —exclamó furiosamente el granjero Acushnet—. Yo conozco muy bien a *miss* Toller. Es una muchacha muy valiente. Cuentan ustedes...

—¡Cierre el pico! —ordenó McLiffeal—. Teniente Vance, exijo que se inicie inmediatamente una investigación, y que M. Acushnet sea procesado por falsa declaración en una petición de licencia. Nunca ha dirigido la serrería de un modo efectivo.

Vance inclinó la cabeza, repiqueteando con un lápiz sobre su escritorio. McLiffeal comprendió que en el condado todo el mundo estaba al corriente.

Dirigió una mirada al indio Cuyahoga, hundido en un rincón del puesto de policía. Había llorado cuando le conducían a la *Homicide Squad*...

—Usted le sirve de guardaespaldas, ¿no?

—No sabía que pertenecía usted a la policía —dijo el algonquino en voz baja—. Le juro que no podía sospechar...

Alzó hacia Frank un rostro arrugado.

—Hace años que tenemos miedo. Usted no puede saberlo. Cada vez que aparece una cara desconocida, tenemos miedo... Y yo aprecio mucho a *miss Toller*... Ha enseñado a leer a nuestro hijo..., nos recogió cuando la madre y yo fuimos expulsados de la reserva de Turtle.

Entró un sargento, sacudiendo la cabeza:

—No hay modo de localizarla.

McLiffeal se apoyó con las dos manos sobre el escritorio del teniente Vance, el cual continuaba jugueteando con su lápiz, infinitamente enojado.

—¿Estaba usted al corriente del atentado contra los padres de *miss Toller*, hace cinco años?

—No. Nunca hubo lugar a pedir la menor ficha sobre ella. Cuando compró la serrería...

—De modo que sabe usted que en realidad le pertenecía a ella...

—Todo el mundo lo sabía —intervino ásperamente el granjero Acushnet—. ¡Ustedes no pueden comprenderlo! La ley... Para ustedes sólo cuenta la ley. Y *miss Toller* era una pobre niña que había perdido a sus padres en un accidente. El dinero le llegaba regularmente de un banco. Lo único que nos extrañaba un poco es que fuera tan joven. Pero no tardó en demostrar que era capaz de manejar una serrería. Entonces, mi mujer y yo decidimos ayudarla.

El teniente Vance irguió la cabeza, miró a Acushnet, luego al indio, y finalmente a McLiffeal.

—En resumen, ¿va a formular usted una denuncia?

McLiffeal sintió el deseo de mandarle al diablo, se encogió de hombros y recuperó su sombrero.

—Le concedo un plazo de veinticuatro horas para encontrarla. En caso contrario, mañana formularé una denuncia contra *usted*, teniente Vance. Le denunciaré al fiscal del distrito por incompetencia y falta de celo en un funcionario de la policía de un condado fronterizo.

Vance terminó por soltar su lápiz y erguirse.

—Compréndame, federal...

—¡No soy federal!

—Bueno —dijo el oficial de la policía, pálido y humillado—. Supongamos que he cometido un error. Cuando la muchacha llegó aquí, creímos que el accidente que sufrieron sus padres le había producido una gran impresión, que estaba... bueno, un poco trastornada. Todas esas verjas, esos perros, esas precauciones... Y, a fin de cuentas, estaba en su derecho. Yo me limité a comprobar que el dinero que recibía regularmente procedía de una herencia. Un procurador de Atlanta me lo confirmó. A partir de aquel momento, no ahonde más en el asunto.

McLiffeal se encogió nuevamente de hombros y dio un rodeo antes de salir, inmovilizándose delante del indio:

—¿Intentaron *realmente* atentar contra su vida después del accidente de sus padres?

—Nunca, *monsieur* —dijo el hombre, en tono lastimero—. Pero vivía aterrorizada. Y a copia de hablar, de hablar, había terminado por contagiarnos su miedo. Sabía que un día u otro la cosa acabaría mal.

A las cuatro de la tarde, al llegar a Williston, McLiffeal telefoneó a la *Homicide Squad* en demanda de noticias. Pero a Edna Toller parecía habérsela tragado la tierra. Mientras colgaba maldijo su torpeza; luego reflexionó: sin duda se trataba de una muchacha hipersensible, enferma de los nervios. Se había asustado, sencillamente.

Alquiló una habitación en un motel con pretensiones de rancho, tan desprovisto de personal como de clientes, al parecer. Al oscurecer, se dio cuenta de que las letras «El Rancho» parpadeaban delante mismo de su ventana y cambió de habitación, furioso, reclamando de paso por tercera vez la comunicación telefónica con París. Después de cuatro interminables horas de espera consiguió hablar con Marston.

—Han disparado contra el avión que conducía a la esposa de Arndt — anunció inmediatamente Dex—. Unos Mig no identificados.

McLiffeal quedó tan impresionado que tardó unos instantes en recobrar el uso de la palabra.

—¿Consecuencias graves?

—El tren de aterrizaje destrozado. El piloto consiguió aterrizar por verdadero milagro sobre una espesa capa de musgo. Saskia Arndt ha sido trasladada al hospital de Mers-el-Kébir: *shock* nervioso.

—Increíble —susurró McLiffeal, con los dedos crispados sobre el receptor—. ¿En qué dirección huyeron los atacantes?

—Todo el mundo estaba como enloquecido, nadie vio nada. ¡Excepto que llegaban y que se marchaban! En Im-Amguel ha cundido el pánico. La D. N. francesa empieza a creer que el caso es mucho más serio de lo que se pensó... Están trabajando a marchas forzadas para localizar a los miembros del equipo que montó el crono-contacto. Han localizado ya a dos, pero no son los buenos. Michel parece estar convencido de que había alguien que supervisaba a Arndt *sobre el terreno*...

La voz se alejó, se hizo menos clara, ahogada por las interferencias.

—¿Alguna novedad en Dakota? —continuó Dex, claramente.

Habían llamado a la puerta de la habitación. McLiffeal rezongó, pensando en el portero negro del motel. Pero quien apareció fue una muchacha de cabellos negros y brillantes, con los labios muy pálidos.

—¿Dex? —dijo McLiffeal—. Llama al 3-6321 de Williston, Dakota del Norte, dentro de un par de horas... Para entonces creo que estaré mejor informado.

VII

Edna Toller cerró la puerta y avanzó a pasos lentos, sin dejar de mirarle. No llevaba ya su casco de amazona. Su rostro era una extraña mezcla: ojos negros, un poco almendrados, labios carnosos y sensuales, contrastando con una barbilla cuadrada y voluntariosa, que recordó a Frank la fotografía de Ernest Toller que había visto en la «Savannah».

—¿No se ha traído el fusil?

—Ignoraba que pertenecía usted a la policía.

—¿Recibe con un fusil a todas las personas que no pertenecen a la policía?

—Tenía miedo —declaró Edna con una voz ligeramente enronquecida, una voz más vieja que su edad—. Cuyahoga gritaba, aquel claxon que taladraba los oídos, los perros que ladraban...

Sus labios temblaban y continuaba mirando fijamente a McLiffeal.

—Tranquílcese —dijo Frank—. Me hago cargo...

La muchacha se dejó caer sobre una silla, mirando al suelo, golpeando sus botas con un *stick* muy británico.

—He querido encontrarle a toda costa... He recorrido todos los moteles tratando de localizar su automóvil. Es usted un federal, ¿no es cierto?

Frank sacudió la cabeza.

—¿Más que eso? —inquirió Edna, envolviéndole en una mirada angustiada.

—Soy agente de la Casa Blanca —dijo Frank—. ¿Por qué... ha querido encontrarme «a toda costa»?

—Hace dos días, lo sé, unos agentes federales telefonearon a Devils Lake interesándose por mí. ¡Oh! Es muy sencillo: tengo una amiga en la centralita. Me dijo que habían llamado desde Atlanta, en Georgia. Entonces comprendí que la llamada podía tener relación... en fin...

Frank arrastró una silla y se sentó muy cerca de la muchacha.

—Dígame, *miss* Toller, ¿cómo fueron asesinados sus padres?

Vio cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Les acribillaron a tiros de metralleta en la carretera de Crosby a Fortuny, en el condado de Divide. Les habían telefoneado la víspera. Papá tenía que volver a marcharse...

—¿Hacia *dónde*?

Edna sonrió amargamente.

—Si le dijera que nunca he contado a nadie todo eso, y que me han advertido que moriría si hablaba de ello, ¿le parecería grotesco?

—La creería a usted —dijo Frank, muy serio—. Continúe.

—Ahora ya no me importa —prosiguió la muchacha, encogiéndose de hombros con aire de cansancio—. Tengo dieciocho años, pero el miedo me ha envejecido. Y estoy harta de esa horrible historia.

—¿Quién había telefoneado?

—Lo ignoro. La misma voz que había amenazado a papá. *Alguien que hablaba en francés.*

—¿Canadiense?

—No. Un francés sin acento.

Frank se dio cuenta de que la muchacha continuaba temblando. Estaba al borde de sus fuerzas. Se puso en pie y descolgó el teléfono. Un momento después entró el portero negro con una botella de *whisky* y dos vasos, y volvió a marcharse tras dirigir una prolongada mirada a la joven.

—Beba —dijo Frank, suavemente, tendiéndole un vaso.

La joven tosió mientras bebía y después de haber bebido. Las lágrimas que temblaban en sus párpados brillaron. McLiffeal le tendió un pañuelo.

—¿Por qué no ha contado nunca todo eso a la policía, y por qué se ha decidido hoy a hablar?

—Ya se lo he dicho —respondió Edna—. Tenía miedo, mucho miedo. Pero, al producirse la llamada telefónica del F. B. I. *comprendí que había sucedido algo.* ¿Les han detenido?

—¿A quién se refiere?

—A los asesinos de mis padres.

Frank contempló fijamente su vaso y saboreó el *whisky* con los ojos semicerrados.

—¿Conoce usted su nacionalidad?

—Sí —dijo Edna, después de una larga vacilación.

—¿Franceses?

La muchacha se puso en pie y volvió a golpear sus botas con el *stick*. Dio algunos pasos por la habitación y sacó un cigarrillo de un arrugado paquete abandonado sobre una mesa.

—Permítame ver su documentación —dijo.

Frank se acercó a ella, con su mechero encendido y su tarjetero abierto.

—Normalmente, soy menos paciente, *miss* Toller.

Ella debió observar su sonrisa algo forzada, pareció querer disculparse y luego renunciar a ello. Súbitamente, McLiffeal quedó impresionado por *otro* parecido. Esta vez no tenía nada que ver con Toller. Recordó bruscamente las telefotos procedentes de Atlanta que le había transmitido el F. B. I., y palideció ligeramente.

—Dígame, *miss* Toller, ¿puedo ver *también* yo su documentación?

—No llevo ningún documento encima —dijo Edna, mirándole a los ojos—. Pero puedo contestar a cualquier pregunta. Y todo será fácilmente comprobable.

—¿Cuál era el nombre de pila de su padre?

—Ernest.

—¿Y el de su madre?

—Yasmina.

—¿Su apellido?

—Hakim.

El mismo nombre de soltera de Saskia Arndt.

—¿Su madre era *también* libanesa?

Edna le miró con aire asombrado. Frank se dio cuenta de que no interpretaba ninguna comedia.

—¿Por qué diablos tenía que ser libanesa? Mi madre nació en Alejandría.

McLiffeal se sirvió otro *whisky* y se lo bebió de un trago. La evidencia le llenaba de alegría. La solución del enigma del Hoggar francés se encontraba efectivamente en Dakota del Norte...

—Es usted sobrina de Saskia Arndt, ¿no es cierto? *Madame* Arndt es hermana de su madre... Y las dos nacieron en Egipto.

—Sí —murmuró Edna.

—Y en 1957, al abandonar los Estados Unidos, se dirigieron ustedes a Egipto...

Leyó la respuesta en sus ojos negros antes de que ella hablara, y en una fracción de segundo todo se hizo claro: Toller y Arndt, ingenieros sin tacha, solicitados por Egipto por mediación de sus esposas, cediendo a las promesas...

—¿Dónde se habían conocido sus padres, *miss* Toller?

—En Alemania. Mi madre formaba parte de una misión militar egipcia, en calidad de secretaria, en 1942.

—¿Una «misión militar egipcia», en 1942?

Edna Toller se encogió de hombros.

—Me había parecido entender que pertenecía usted a un servicio especial... Y me asombra tener que recordarle que si bien en 1942 Egipto era aliado *teórico* de Inglaterra, muchos egipcios, empezando por Faruk, eran germanófilos o, en todo caso, tenían ideas avanzadas. Y mi madre, en aquella época, tenía mi edad actual: dieciocho años. No reflexionaba demasiado, se limitaba a obedecer.

—De modo que, si no he comprendido mal, su madre se quedó en Alemania después del 42. Sus padres se casaron, y usted nació en 1945...

—En el barco que nos traía a los Estados Unidos —confirmó Edna—. Después de la rendición, mi padre había aceptado unas propuestas norteamericanas. Y Sigmund Arndt, que posteriormente debía convertirse en tío mío por su matrimonio con Saskia, pero que en aquella época no era más que un amigo de mis padres, viajaba con nosotros.

Miró a Frank.

—No pensé que un agente de los *Ejecutivos* pudiera ser tan joven —murmuró, esbozando una melancólica sonrisa—. ¿Tengo derecho a un poco de *whisky*? Le prometo que trataré de no toser.

Oyeron el ruido del motor de un vehículo que acababa de detenerse delante del motel. McLiffeal se acercó a la ventana. Pero se trataba de un mensajero. El portero salió de su garita, hablándole con vehemencia.

Frank sirvió un dedo de *whisky* a la muchacha.

—Supongo que fue su madre la que, años más tarde, hizo venir a su hermana Saskia...

Edna asintió.

—Saskia era mucho más joven que mamá. La habían hecho venir con una idea preconcebida: que le gustara a Arndt. Todo salió bien: Saskia le gustó, y se casaron en 1958. Todo el mundo era dichoso...

Se echó a llorar de nuevo, silenciosamente. Frank le quitó el vaso de entre las manos, con precaución. El gesto pareció desencadenar un torrente de lágrimas. La joven se desplomó sobre el lecho.

McLiffeal encendió un cigarrillo con aire pensativo: el resto era igualmente luminoso. Dos técnicos ex alemanes, y por añadidura, trabajando en la «Savannah Plant», después de haber pertenecido a la «Bell Aerosystem». Dos técnicos alemanes casados, además, con dos egipcias, una de las cuales había pertenecido a una «misión especial»... Al leer su ficha, los agentes del *Mohber*^[4] debieron relamerse los labios.

Frank se sentó junto a la muchacha, observándola, sin tratar de consolarla, dejando que se tranquilizara. Y todo era igualmente claro en la actitud de Saskia Arndt: se trataba de una historia *imposible* de contar, erizada de peligros...

—Edna —susurró McLiffeal, pasando lentamente una mano sobre los brillantes cabellos de la joven—. Si está dispuesta a colaborar, les vengaremos. No volverá a tener miedo. Los egipcios hicieron unas propuestas a su padre y a su tío, ¿no es cierto? Ellos aceptaron, y se trasladaron a Egipto.

—Sí...

Edna se había tendido en la cama, con las piernas colgando en el vacío; había dejado de llorar, pero unas lágrimas se deslizaban aún por sus mejillas.

—Montones de promesas, de las ventajas que encontrarían allí. Papá y tío Sigmund se dejaron engañar. Y mamá se sentía feliz al poder regresar a Egipto.

—Y las promesas no tuvieron cumplimiento...

—Vivimos un año espantoso. Cuando yo era pequeña, mamá me había hablado de Egipto; a través de sus sueños. Lo que vi me horrorizó: miseria, injusticia, propaganda falaz, una preparación intensiva y continua para la guerra. Y, además, estábamos en un paraje inhumano..., al sur, lejos de Assuán.

—Y entonces, su padre y su tío quisieron rescindir el contrato.

—Les dijeron que era *imposible*. En otras fábricas, la cosa podía ser tomada en consideración. *Pero no en el lugar donde se encontraban.*

McLiffeal contempló pensativamente sus uñas. Desde luego... En aquella época, sin duda, habían visto ya demasiadas cosas.

—¿Cuál era su trabajo en Egipto? —inquirió al cabo de unos segundos.

Hubo un largo silencio. Edna le miraba ansiosamente. Un poco relajada ahora, con sus ojos brillantes de lágrimas, su actitud de abandono resultaba muy atractiva.

«Demasiado joven para ti, Frank —se dijo McLiffeal—. Además, te encuentras en plena función.»

—Bueno, ¿cuál era su trabajo? —insistió.

—No lo sé —respondió Edna, apartando los ojos—. En aquella época yo era demasiado joven para darme cuenta de las cosas. Lo único que recuerdo es que huimos a la primera oportunidad, pretextando un viaje turístico a Libia. Pero los egipcios nos localizaron muy pronto. Primero amenazaron a papá y a tío Sigmund. Luego, al ver que sus amenazas no surtían efecto, se vengaron...

Tío Sigmund se marchó precipitadamente a Francia. Al parecer conocía a un profesor que trabajaba en los cohetes, en el Sahara.

—Y los egipcios, ¿la dejaron en paz?

—Nunca lo he sabido..., pero yo me encontraba en el automóvil cuando dispararon contra mis padres. Sufrí una terrible impresión. Fui recogida...

Vaciló, y Frank acudió en su ayuda:

—... por el granjero Acushnet, ¿no es cierto?

—Me había jurado que no hablaría nunca —confirmó Edna.

McLiffeal consultó su reloj, indeciso, presintiendo que sería una torpeza tratar de llegar más lejos, por el momento. Aquellos hombres que habían disparado... Tal vez Edna había podido verles... *podría reconocerlos...*

—¿Qué le parece si olvidamos un poco los recuerdos y nos vamos a cenar a alguna parte, *miss Toller*?

—¿A cenar? —inquirió Edna, asustada—. Yo... no deseo que me vean con usted...

Frank comprendió que el miedo no la había abandonado, a pesar de sus afirmaciones. Encargó unos platos y cenaron frente a frente. Trató de distraerla, lo consiguió y se sintió dichoso por ello.

—Le ayudaré —dijo Edna, súbitamente, irguiendo la cabeza, hundiendo su mirada en sus ojos y cogiéndole la mano—. Ahora, todo ha cambiado... Confíe en mí, *quiero vengarles*. Y... ya no soy una niña, ¿sabe?

Alrededor de las diez sonó el teléfono y McLiffeal descolgó el receptor, seguro de que era Dex. Reconoció su voz y se anticipó a las preguntas:

—Sí, hay novedades: *Ahora sé a qué país pertenecía el avión que ametralló al Noratlas francés.*

VIII

Dex Marston descendió del Caravelle de Air-France París-Orán a las siete y cinco de la tarde. Veinte minutos después, Lorrain y él rodaban a través de la ciudad en dirección a la base aeronaval.

Los centinelas examinaron sus documentos y les permitieron el paso.

—Una idea muy rara la de trasladar a la mujer aquí —dijo Marston.

—Motivos de seguridad, al parecer —explicó Lorrain.

Se detuvieron delante de un edificio cuyo tejado estaba lleno de enormes cruces rojas. En la rada había varios buques de línea y un portaaviones.

—¿Desean ver a *madame* Arndt inmediatamente? —inquirió una joven enfermera, en el interior del bloque de hospitalización.

—No —respondió Lorrain—. A propósito, ¿cómo se encuentra?

—Ahora está tranquila.

Se aislaron en un pequeño despacho que olía a productos farmacéuticos, y Dex sacó de su cartera de mano el voluminoso expediente que se había traído de París.

—Un B-52 los llevó a Reims —dijo, colocando los papeles sobre la mesa—. Un vehículo de la Air-Force me ha transmitido todo esto a Dauphine. Anoche se encontraba aún en Washington.

Tendió una cuartilla.

—Lo importante es que la pequeña podría, al parecer, reconocer a los individuos que dispararon contra sus padres. Y le han hecho oír docenas de voces levantinas o egipcias. Personas que hablaban francés. Ella dice que los que la amenazaban no tenían ningún *acento*...

—Los intelectuales egipcios casi no lo tienen —recordó Lorrain, recorriendo los documentos uno a uno.

—¿Por qué está tan seguro de que un individuo misterioso supervisaba a Arndt en Im-Amguel? —preguntó Dex.

—No puedo tener una seguridad absoluta —gruñó Lorrain—. Pero una cosa es cierta: Arndt no viajaba nunca, y todo el correo pasa por la censura. En cuanto a la radio, se vigilan todas las frecuencias las veinticuatro horas del

día. Suponiendo que sea culpable, ¿cómo habría obtenido sus órdenes? No se movió del polígono durante dos meses. Y hace dos meses...

Se interrumpió, encogiéndose de hombros. Todo era aún demasiado inconsistente, estaban perdiendo el tiempo.

—Vamos a charlar un poco con la mujer —decidió—. Tal vez aclaremos algo.

En el pasillo que conducía a las habitaciones «bajo vigilancia», Dex preguntó:

—¿Cómo van las cosas en el *punto cero*?

—Los tipos de la D. S. T. se mueven como galápagos —dijo Lorrain, sarcástico—. Han localizado al técnico número siete de los que estaban con permiso, pero todavía no han llegado al bueno...

—¡Vaya idea la de dejarles marchar sin pedirles una dirección!

—Vacaciones de Pascuas un poco adelantadas —gruñó Lorrain—. Hoy día, la gente sólo piensa una cosa: irse lo más lejos posible, para que su suegra no se entere del lugar en que se encuentran. En consecuencia, cortan los puentes. Y le dan el nombre de evasión.

Saskia Arndt estaba sentada en la cama, hojeando una revista. Alzó los ojos y dejó caer el semanario.

—Le traigo noticias de América, *madame Arndt* —anunció Lorrain—. Mejor dicho, el que se las trae es el inspector Holland.

Saskia sacudió la cabeza, con los labios apretados.

—No quiero oír nada... ¡Y no contestaré ninguna pregunta! En primer lugar, no tienen ustedes derecho a tenerme secuestrada. No pueden reprocharme nada...

—¿De veras cree eso? —inquirió Lorrain, avanzando hacia ella—. Para empezar, ¿por qué nos dijo que era libanesa? ¿Cómo ha obtenido los documentos de identidad que posee? Dex...

—Saskia Hakim —dijo Marston, leyendo una de las cuartillas—. Nacida el 22 de agosto de 1930 en Alejandría, Egipto.

La mujer palideció intensamente. Una de sus manos aferró la sábana.

—Hemos interrogado a *su sobrina*, Edna Toller —continuó Marston, tranquilamente—. Nos ha dicho de qué modo había sido asesinada su hermana de usted, en unión de su marido. *Y por qué*.

—También hemos estado en casa de Dornberger y en la «Savannah Plant» —intervino Lorrain, inclinado sobre ella—. Una carrera muy interesante, *madame Arndt*... ¡Lástima que creyera usted a aquellos hombres llegados de

El Cairo! ¿Fue usted..., o fue su hermana, quien insistió para que Sigmund y Ernest se marcharan a trabajar a su país de origen?

—Es mentira —balbució Saskia, sacudiendo interminablemente la cabeza—. Nosotras no tuvimos nada que ver.

—¿Dinero?

Saskia Arndt se cubrió el rostro con las manos. Sus hombros temblaban violentamente.

—No tienen derecho a torturarme así. Encuentren *primero* a Sigmund.

—¿Cuál es la «misteriosa fábrica» situada al sur de Assuán? ¿Qué construían en ella? Hay que suponer que se trataba de algo importante, puesto que a partir del día en que ustedes quisieron abandonarla, quedaron condenados a muerte...

Saskia guardó un obstinado silencio.

—¿Quiere que la ayude? Fundiciones de acero Voss, complejo Farmbacher, construcción de armas especiales Helwan, plantas Heinkel o Messerschmitt, centro de adiestramiento y de lanzamiento de cohetes de los montes Esmeralda, planta nuclear de El-Dirr...

Leyó una advertencia en los ojos de Dex y se calló bruscamente, consciente de su imprudencia: estaba llegando demasiado lejos. Saskia Arndt les contemplaba con una especie de horror.

—¿Quién les ha contado todo eso? Yo no comprendo nada... nada.

—Hace usted mal en obstinarse, *madame* Arndt. Tarde o temprano se verá obligada a hablar. *Con* o *sin* la seguridad de que su marido está *todavía* vivo. Continuar creyendo que su silencio puede protegerle, es absurdo.

—No pueden obligarme a hablar.

—Es cierto. Pero tampoco puede usted obligar a su sobrina a callar —dijo Lorrain, fríamente—. Y su actitud nos obliga a un careo.

El vocablo pareció producirle el efecto de una descarga de alta tensión.

—¿Un careo?

Lorrain señaló el despertador colocado en la mesilla de noche.

—En este preciso instante, Edna se encuentra volando hacia Argelia, *madame* Arndt.

A las ocho, el macizo B-52 de la Air-Force aterrizó sobre la pista de hormigón de la base atómica norteamericana de Nuasseur. El suboficial que abrió la puerta hizo una mueca al ver que unos soldados del Ejército real marroquí doblaban ahora a los PM en la vigilancia de las pistas.

—¡Otra que se nos escapa! —gruñó—. ¡Los demócratas no pararán hasta que consigamos desposeernos de todas las bases!

McLiffeal ayudó a Edna a descender. Un viento tibio soplaba del mar y la muchacha se llevó una mano a la cabeza para sujetar sus cabellos. Estaba bastante pálida; el viaje había sido fatigoso. Sólo habían empleado seis horas en el trayecto desde Norfolk, pero éstas fueron muy movidas.

—No hay ningún avión para Orán hasta las cinco de la mañana —vino a comunicarles un oficial—. He insistido, pero todo ha sido inútil. Los argelinos exigen cada vez una autorización especial para el aterrizaje de aparatos militares, y las oficinas de Argel están cerradas a esta hora.

—¿Y para Casablanca?

—Tampoco hay enlaces hasta mañana. Y de todos modos tendrían que pasar por Argel.

Desde la habitación que les habían asignado, McLiffeal llamó a Mers-el-Kébir, a un número que Anne-Marie le había transmitido desde París. Edna vagaba a través de la estancia, examinando los diplomas de vuelo que colgaban de las paredes entre dos fotografías de *pin-up* en poses muy sugestivas. La habitación debía ser la de un piloto solitario.

—Han encontrado al individuo que ayudó a montar el crono-contacto —le informó Marston por teléfono—. Mejor dicho, saben dónde se encuentra, por la declaración de otros dos electricistas. Lo difícil ahora será ponerle la mano encima.

—¿Y en el *punto cero*?

—Todo el mundo es pesimista. Existen noventa y nueve probabilidades contra una de que la bomba estalle en cuanto se toquen los circuitos. No cabe ni pensar en colocar registros nuevos. Se han concedido dos días más de reflexión. Es probable que París dé la orden de que se destruya todo antes de pasado mañana. ¿Está la pequeña contigo?

McLiffeal asintió.

—Llegaremos mañana, a primera hora —dijo.

Colgó el receptor y se acercó a Edna, la cual continuaba contemplando las fotografías pegadas a la pared.

—No comprendo cómo una muchacha puede permitir que la fotografíen *así* —comentó Edna—. Es... repugnante.

McLiffeal sonrió y la ayudó a quitarse el abrigo.

—Tiene usted dieciocho años...

—Eso significa que soy una tonta llena de ilusiones, ¿verdad? ¿No es eso lo que quiere decir?

McLiffeal sacó unos bocadillos de su envoltura de plástico. Edna atacó el suyo con mucho apetito.

—Creo que se equivoca —articuló, con la boca llena.

—¿En lo que a usted respecta?

—En lo que respecta a todas las chicas de mi edad.

Edna le desafiaba con una mirada que Frank no había visto aún en ella. Y McLiffeal intuyó que era un poco distinta a la jovencita que él había imaginado.

—¿Cómo se encuentra tía Saskia? —preguntó Edna, un poco al azar, a fin de romper la momentánea tensión.

—No he tenido noticias de ella.

—Yo la convenceré —afirmó Edna, en un tono súbitamente apasionado—. Verá cómo lo consigo. Sin duda tiene miedo por su marido. Pero yo le diré que ha llegado el momento de hablar. Estoy convencida de que Sigmund no ha traicionado. O... si lo ha hecho...

Sacudió la cabeza, dubitativa, dejó la frase en suspenso y terminó su bocadillo a pequeños mordiscos.

A las dos de la mañana, el teléfono sonó con insistencia en la seguridad militar de la base francesa.

Advertido inmediatamente, Lorrain llegó todavía adormilado y tomó el receptor. Reconoció la voz agria y un poco burlona de Tuyet, el responsable de la D. S. T.

—Tenemos el nombre del individuo: Barranger, un técnico de origen suizo. Todos los testimonios coinciden. En principio, el crono-contacto debía ser montado por otro técnico, Gallaud. Pero Gallaud estaba ocupado con el jefe del servicio de detonadores y Arndt...

—¿Y bien? —se impacientó Lorrain.

No se hacía ilusiones: si Tuyet se había molestado en advertirle, era porque el Interior necesitaba de él.

—Todo el mundo está de acuerdo en que sólo puede encontrarse, con su esposa y su hijo, en los alrededores de Argel. Hace cuatro días, uno de sus compañeros le vio delante del antiguo G. G. Llevaba unas cañas de pescar montadas, sobre su automóvil.

Lorrain perdió la paciencia.

—Bueno, termine de una vez. Supongo que no me ha despertado a estas horas para hablarme de cañas de pescar...

—Desde luego, desde luego... Ocurre que necesitamos a alguien que se ponga en contacto con la policía de Argel...

—¡Imposible! —le interrumpió Lorrain—. Las instrucciones son muy severas: la policía argelina no debe ser puesta al corriente, bajo ningún concepto. No están locos, Tuyet. ¿Cree que ignoran lo que están haciendo los técnicos en Reggane o en Im-Amguel? Pedirles su ayuda para localizar a su Beranger...

—Barranger —rectificó Tuyet, secamente—. Bien, de acuerdo. Sólo me resta disculparme por haberle molestado...

Dex llegaba en aquel momento y Lorrain le señaló el receptor supletorio, mientras decía, dirigiéndose a Tuyet, tras una breve vacilación.

—¿Está usted seguro de que el individuo se encuentra en Argel?

—¡Cuando yo se lo digo! Tenemos su nombre, el número de matrícula de su automóvil, las señas de su esposa y de su hijo, un niño de dos años...

—¿Y la policía de las guarniciones? ¿No tiene usted a nadie allí?

—Desde luego que sí. Pero si Barranger ha alquilado una casa en cualquier playa, como es probable, sería como buscar una aguja en un pajar.

—No cuelgue —dijo Lorrain.

Apretó el micrófono contra la chaqueta de su pijama.

—He comprendido —dijo Marston, anticipándose a sus explicaciones—. Un hombre que localizar, sin recurrir a la policía argelina...

—Registrar las playas una a una sería una solución, desde luego —dijo Lorrain, malhumorado—. Pero requeriría días y días. Hay que descartarla. Tanto más por cuanto la Defensa nacional parece decidida a precipitar las cosas: último plazo, dos días.

Dex le miró de soslayo; parecía indeciso.

—Ese individuo..., el ayudante de Arndt..., ¿tiene *realmente* la posibilidad de salvar la bomba?

—No es seguro —dijo Lorrain—. Pero es muy probable que se acuerde del montaje de ese maldito crono-contacto. Nadie sabe si puede salvar o no la bomba, pero una cosa es segura: sabiendo *exactamente* de qué modo Arndt y Michelis ordenaron colocar los contactos, se verá más claro en el asunto y podrá tomarse una decisión. ¿Tienes alguna idea?

Observaba a Dex desde hacía unos instantes: sus cejas estaban fruncidas en un esfuerzo de concentración.

—Existe un medio —dijo bruscamente Marston.

De repente, lo había recordado: estaba en el informe del mayor Hamilton Seward, de la planta de las H de la Savannah River... Había hablado a

McLiffeal de los seudoproyectos de los dos ingenieros cuando quisieron encontrar un pretexto plausible para marcharse a Egipto.

—Si se encuentra en una playa, tiene que ser fácil —continuó—. ¿Por qué no emplear unos *fumígenos*? Con ellos pueden cubrirse centenares de kilómetros cuadrados y son visibles desde muy lejos.

Lorrain abrió unos ojos como platos. El receptor emitió unos raros gruñidos: Tuyet se impacientaba.

—Un avión que trazara en el cielo el nombre del individuo y el número de teléfono de Im-Amguel —precisó Marston.

—Eficaz, tal vez, pero desde luego original —dijo Lorrain.

A las tres de la mañana los talleres de mecánica quedaron brillantemente iluminados; los electricistas habían sido bruscamente despertados.

Tras una breve discusión, se escogió un Norécrin de reconocimiento.

A las cuatro y media, los bidones de productos fumígenos eran extraídos de los almacenes del arsenal.

—Conozco ya todo eso —vino a decirles alegremente un ayudante de rostro rubicundo, muy condecorado—. En el 53 nos paseamos por encima del territorio de los Méos, cerca de Dien-Bien-Phu, con unos bidones de fumífero. A la Legión le gustaba mucho la propaganda. Pero nos limitamos a marcar los círculos límites de bombardeo para los aviones.

A las nueve de la mañana, cuando el sol inundaba ya de luz el paisaje, el avión empezó a sobrevolar la cota, efectuando una pasada cada veinte o treinta kilómetros encima de las playas. Millares de ojos se alzaron intrigados hacia la inscripción:

Tercera parte

I

Roland Barranger oyó el ruido del avión evolucionando a lo largo de la playa. Alzó los ojos al cielo y la sangre se heló en sus venas. A su lado, su esposa, inmóvil, con el pequeño Bernard en brazos, estaba tan asombrada como él.

—No es posible, Roland —susurró—. No pueden referirse a ti.

El 8 del número de teléfono de Im-Amguel, deformado, se deshilachaba en dirección al este. El avión no era ya más que un puntito en el azul cegador del cielo.

—Voy a llamarles inmediatamente —dijo Roland, con voz alterada—. No sabemos lo que oculta eso.

Su esposa le vio correr hacia la villa, pálido, tan pálido como la mañana en que había regresado de Im-Amguel...

El niño se echó a llorar, pero ella ni siquiera le miró. «Ya están aquí», pensó, invadida por la angustia.

Un enorme automóvil americano último modelo se había detenido en la carretera con un chirriar de frenos. Haj se apeó del vehículo. Alto, delgado, parecía un lord inglés, aunque en aquel momento su rostro estaba alterado y tenía una expresión claramente preocupada. Amin, su primer guardaespaldas, le siguió, sebo y macizo, sin sacar la mano del bolsillo. El tercer egipcio, Hassan, se quedó ante el volante.

Haj vio a la esposa del técnico e hizo un gesto seco.

—Pase, *madame*... Tenemos que hablar muy en serio.

Amin avanzó hacia ella, la mirada dura; la mujer entró en la casa, temblando, y dirigió una mirada aterrorizada a su marido, el cual se encontraba en el vestíbulo.

—Roland...

—No te preocupes, querida.

Roland oyó el motor de un segundo automóvil, otro frenazo brutal. Hélène cerró la puerta y él quiso ir a ver quién llegaba. Pero Haj le cerró el paso:

—Nada importante, viejo. No sea curioso.

Roland se inmovilizó. Su corazón latía violentamente.

—Estoy listo, ¿verdad?

—¿Listo? —repitió desdeñosamente Haj—. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Que sospechan de usted? ¡Tonterías!

—¿Cómo lo sabe?

Una helada sonrisa distendió los labios del egipcio.

—Es usted suizo de origen, querido. Me he cansado de decir que algunos suizos eran ingenuos. Usted tenía a Arndt en su ángulo de control. Pero...

—Pero yo estaba asimismo en *otro* ángulo, ¿no es eso? —inquirió Barranger con disgusto—. Lo sabía. ¿Y qué dice ese *segundo* control?

—Que no corre usted ningún peligro. Los franceses le *necesitan*, sencillamente: sin duda han acabado por enterarse de que Arndt le había *confiado* el montaje final del crono-contacto.

Barranger se dejó caer sobre una silla.

—¡Vaya una situación! ¡Maldita bomba! Y, sin embargo, hubiese debido estallar.

—«Hubiese debido» —repitió Haj como un eco—. Perdidos sus registros, eran meses de retraso, miles de millones gastados inútilmente. Pero... no cumplió usted con su tarea.

Barranger se humedeció los labios. En la voz del egipcio había mucha amenaza.

—¡Yo estoy convencido de que Arndt le jugó una mala pasada! —exclamó bruscamente Haj, con el rostro contraído por la cólera—. Cedió en lo que respecta a los registros, pero debió arreglárselas para establecer, en el curso de las últimas horas, un circuito protector más o menos clandestino. ¡Un alemán que tiene conciencia! ¡Increíble! ¡Y usted no sospechó nada!

—Tampoco usted, al parecer —replicó Barranger poniéndose en pie.

El segundo automóvil se había puesto de nuevo en marcha. Reconoció el motor: un «404». Hizo otro movimiento para acercarse a la ventana, pero Haj volvió a detenerle:

—Le he dicho que no sea demasiado curioso.

Obedeció y se dejó caer de nuevo sobre la silla, abrumado. Tenía que suceder, un día u otro... Todo había empezado en el 56 en un banco de Lausana, donde estaba encargado de una instalación electrónica. Un banco que, como muchos, «trabajaba» con los germano-egipcios de El Cairo. En aquella época, Barranger no tenía dinero. Un hombre habló con él. En 1959, los franceses le contrataron...

—Ustedes me prometieron que si algún día iban mal las cosas, me ayudarían a llegar a Alejandría —dijo, retorciéndose las manos, mirando

fijamente al suelo.

—Pero, las cosas no van mal —dijo Haj, con fingido asombro—. *Tenemos la prueba* de que en Im-Amguel nadie ha sospechado de usted.

Barranger volvió a ponerse en pie; muy lentamente, mirando a Haj a los ojos.

—¿Y bien?

—Va usted a establecer contacto con los franceses, tal como le piden.

—¿Se ha vuelto loco? No hablará usted en serio...

Delante de él, los ojos del egipcio eran helados y amenazadores.

—A través de los meses y de los años ha tenido ocasión de comprobar que no bromeo nunca.

—¡Pero, mamá Arndt me conoce! —gritó Barranger, con el semblante desencajado—. Y ella debe saber quién liquidó a Michelis... ¡Están ustedes completamente locos!

—Tranquilícese... No me gusta que se pongan en duda mis decisiones ni mi criterio. «Mamá Arndt», como dice usted, no ha hablado aún, y no hablará *mientras ignore dónde se encuentra el imbécil de su marido*. Estoy convencido de que encontrándose a un par de metros de usted, mirándole a los ojos, continuará callándose.

—¿Y asumiría usted ese riesgo?

Haj sonrió torcidamente.

—¿Habla de riesgos... para nosotros? ¿Prevé la posibilidad de que una detención le haga hablar por los codos?

Amin había vuelto a entrar en la habitación, con la mano en el bolsillo, como un «malo» de película.

—¿Qué sabe usted exactamente acerca de nosotros? —continuó Haj—. Ni siquiera nuestra dirección. Y, suponiendo que la conociera, *esto ya no es Francia*, ¿comprende? En este país, nosotros seremos los dueños mañana, pasado mañana, no importa. Pero tarde o temprano esto será el Islam, la tierra de Nasser. Y esos cretinos inconscientes de franceses podrán decirse que han tenido suerte: eso limitará para ellos el peligro de ver demasiado cerca unas rampas de lanzamiento de misiles soviéticos apuntando a Marsella desde Mers-el-Kébir y Bizerta...

Estalló en una carcajada que sobrecogió a Barranger.

—¡Una barrera contra el comunismo! ¡O una plataforma! Depende...

—Sigo sin comprender lo que esperan de mí.

Haj le miró atentamente e intuyó que, efectivamente, *no había* comprendido.

—Sin embargo, se lo he dicho —sermoneó, moviendo la cabeza conmisericordiosamente—. Hay que contestar a la petición de los franceses, telefonar inmediatamente, ir a Im-Amguel.

Barranger retrocedió, sacudiendo la cabeza con aire de incredulidad.

—¿Habla usted en serio? ¿Quiere que vaya *allí*?

—Los franceses necesitan a alguien —respondió Haj abriendo las manos al modo de un mercader de alfombras, resignándose—. Hay que ayudarles, ser comprensivos... Estoy seguro de que le acogerán con alegría. Tienen tanta necesidad de usted..., tanta necesidad de saber *cómo* fue montado aquel crono-contacto...

Levantó la cabeza hacia el cielo. A través de la ventana veíase aún la inscripción que se deshilachaba entre dos nubes.

—Estoy seguro, incluso, de que tienen una idea en la cabeza: están obsesionados por el desencebamiento. *¿No se da cuenta de que le proponen entrar en el túnel?*

Barranger se apoyó en el respaldo de una butaca. Sudaba de angustia.

—¡No! ¡No! —exclamó, con los ojos desorbitados, sacudiendo categóricamente la cabeza. Esta vez, había comprendido.

Haj avanzó hacia él con aire asombrado. Amin se acercó también, con la mano obstinadamente hundida en el bolsillo.

—¿No? Le pagan cinco mil dólares al mes para que realice bien su trabajo. Y ha fracasado: los registros han sido destruidos, de acuerdo, pero la bomba continúa allí. Por lo tanto, es lógico que complete usted su tarea.

Los dedos del suizo se aferraron al respaldo, las uñas se hundieron en el tapizado.

—Sabe perfectamente que no tendré ninguna posibilidad, una entre mil, acaso, de salir con bien.

—¿Cómo es eso? —se asombró Haj—. ¿Por qué diablos dramatizar? Es usted técnico en electrónica, ¿no? Puede montar un dispositivo retardador que le dé tiempo para salir del túnel. Pregúntele a Amin... Amin, dile cuántas posibilidades le concedemos nosotros.

El egipcio sonrió aviesamente.

—El patrón ha dicho una posibilidad entre diez, *monsieur* Barranger.

—¡Cerdos!

Una enorme automática apareció como por arte de magia en la velluda mano del guardaespaldas de Haj.

—Sin insultar, Barranger. Hay que ser juicioso. Te conviene ser juicioso. En caso contrario, vas a lamentarlo.

—Me niego —dijo el suizo con una voz estrangulada—. No puedo aceptarlo... ¡Imposible!

—¿Cree usted que le dejaremos elegir? —inquirió Haj esta vez realmente sorprendido.

Barranger sintió un frío glacial en el estómago. Se precipitó hacia la habitación donde había sido arrastrada su esposa.

—¡Hélène!

Buscó por todas partes, enloquecido. Haj le había seguido, muy tranquilo.

—No están aquí —terminó por decir—. Su esposa debió pensar, sin duda, que gritaba usted demasiado, y que eso era nefasto para el niño.

Barranger se lanzó sobre el egipcio, cerró una mano alrededor de su cuello, dispuesto a matar, loco de terror.

—¡Canalla! Voy a deshacerte, con una sola mano... ¡Y os denunciaré! Yo...

El cañón del arma se hundió en su espalda al tiempo que un brazo rodeaba su garganta y le hacía retroceder. Haj empezó por escupirle en pleno rostro, tranquilamente.

—Lamentable falta de memoria... Cuando asesinaste a Michelis, ¿pensaste en su esposa o en su hijo, perro maldito?

Se volvió y se inclinó ligeramente para ponerse bien la corbata delante de un vidrio de la puerta del salón.

—Tienes cuarenta y ocho horas de plazo... Dentro de cuarenta y ocho horas, la bomba ha de haber estallado.

Amin aflojó su abrazo y le soltó, con aire desolado. Se pasó el filo de la mano por el cuello, lleno de solicitud.

—En caso contrario, ya sabes... Tu esposa es muy guapa y el niño ya empieza a hablar... Sería lamentable, muy lamentable. Y a mí no me gustan esa clase de trabajos: demasiada sangre, ¿sabes?

II

Lorrain se encontraba en el despacho del profesor Riesner, en Colomb-Béchar, cuando se enteró por teléfono de que McLiffeal y Edna Toller acababan de llegar a Orán.

Riesner no le había dicho gran cosa. Afirmaba ignorarlo todo acerca de las preocupaciones egipcias de Arndt.

—Cuando me escribió desde Atlanta, le pedí consejo a mi patrono de aquí —repitió, al ponerse en pie para acompañarle—. Inmediatamente aprobó que le recomendara: Arndt era conocido de todo el mundo por su lealtad. En Kümmersdorf y en Peenemünde, se sublevó muchas veces contra la injerencia de las SS y de la Gestapo, e incluso fue enviado a la cárcel por Krammer, donde pasó un mes.

Lorrain se había entrevistado también con el «patrono» de Reisner. Era otro ex alemán taciturno, de cabellos muy claros, que llevaba siempre una blusa, como cualquiera de sus obreros. Francia le debía los Véronique y otros muchos cohetes.

—¿Quiere usted visitar la misilería? —inquirió Reisner, vacilante.

—No tengo tiempo —dijo Lorrain—. He de regresar a Orán.

Reisner sacudió la cabeza. Era sólido y moreno, y andaba siempre con las manos hundidas en los bolsillos.

—Pobre Sigmund...

—¿Observó usted algo anormal? Quiero decir cuando Arndt vino aquí. ¿No parecía nervioso, preocupado?

Salieron del barracón. La arena remolineaba a ras de tierra, infiltrándose por todas partes, empujada por un viento ardiente. Sobre una plataforma de cemento veíase un cohete de cuatro pisos, dos pintados de rojo y dos de amarillo, rodeado de una multitud de técnicos. Lorrain reconoció un Antarès.

—Anteayer alcanzamos una altura de seiscientos kilómetros —anunció Reisner con evidente orgullo—. Todo marcha bien. Pero tropezamos con un inconveniente. Lo de siempre: el presupuesto.

Luego pareció recordar la pregunta que le había formulado Lorrain.

—¡Oh! ¿Nervioso? No... Me había dicho que estaba harto de los Estados Unidos, y me pidió que le apoyara para la obtención de un puesto tranquilo. Lo más lejos posible de París, añadió.

Un avión-blanco sin piloto despegaba a doscientos metros de distancia, propulsado por un turboreactor. Dos camiones empezaron a rodar sobre la arena, orientando unos radares, teledirigiéndole. Brotaban las interjecciones en alemán. Lorrain sacudió la cabeza. Después de la derrota de los nazis, toda una generación de técnicos alemanes se había esparcido por el mundo. Francia poseía también sus Dornberger y sus Von Braun. Pero los años pasaban y aquellos hombres se desalentaban: la falta de dinero y una administración esclerótica entorpecían sus esfuerzos.

—Gracias, profesor —dijo.

—Un *jeep* le llevará al aeródromo. A propósito, ¿alguna novedad en Im-Anguel?

—El hombre que necesitamos no ha dado aún señales de vida —dijo Lorrain.

Cuando descendieron del avión, Marston vio inmediatamente que McLiffeal y la pequeña Toller estaban en muy buenas relaciones. Ella se colgaba amorosamente de su brazo, le sonreía... A Dex no le gustó aquello y su semblante se contrajo. Luego se encogió de hombros: Frank no cambiaría nunca.

—No había ningún avión disponible —dijo McLiffeal, sin mirar a Dex—. Miss Toller y yo hemos tenido que pasar la noche en Nuasseur. ¿Y Lorrain?

—Está en Colomb-Béchar —explicó Dex, estrechando la mano que le tendía la joven, un poco a destiempo—. Tendremos que esperarle.

Mientras seguía a Dex, McLiffeal comprendió que Marston había ya adivinado. Dirigió una furiosa mirada a Edna. La joven no sabía disimular; en el avión, todo el mundo había estado pendientes de ellos.

—Supongo que querrá usted descansar, *miss* Toller —dijo Marston, muy serio, cuando entraron en el edificio de la Cruz Roja.

—¿No veré a mi tía en seguida?

McLiffeal pensó en el previsto careo... Pero resultaba imposible llevarlo a cabo sin que Lorrain estuviera presente.

—Dentro de un momento, *miss* Toller —intervino, sonriendo—. Su tía...

—Ha sufrido un *shock* nervioso —inventó inmediatamente Dex, acudiendo en su ayuda—. Los médicos la están atendiendo.

Edna les miró con desconfianza, luego observó los gendarmes y los marineros que poblaban los pasillos, revólver al cinto. Se dejó guiar por una enfermera sin hacer más comentarios.

—¿La llamas también «miss Toller» en la intimidad? —inquirió Dex.

—Con menos frecuencia —afirmó Frank, muy serio.

Y los dos amigos estallaron en una ruidosa carcajada.

Lorrain les encontró, a su llegada, en una oficina que olía a éter, clasificando un montón de cuartillas mecanografiadas.

—¿Cómo está la pequeña?

—Estupendamente —dijo Marston—. Frank ha hecho lo imposible por distraerla.

—¿Dónde está?

—La he hecho aislar, en espera de su llegada.

Salieron de la oficina y se adentraron por un pasillo. La habitación donde se encontraba Edna Toller estaba entreabierta. Lorrain entró y vio a dos mujeres de la limpieza que hacían la cama.

—¿Dónde está la muchacha?

—¿Qué muchacha?

Una enfermera se presentó en aquel momento.

—¿Dónde está la muchacha? —repitió Lorrain, con el ceño fruncido.

—Teníamos que arreglar esta habitación —respondió la enfermera—. La joven me dijo que su tía estaba arriba, y pensé...

—¡Santo cielo! —exclamó Lorrain, precipitándose hacia la escalera.

Los marineros armados, de guardia delante de la puerta, se volvieron, asustados.

—¿La han dejado entrar? —aulló Lorrain.

—¿A quién?

—A una joven que...

—¿La sobrina? —comprendió el otro marinero—. Desde luego... Una enfermera nos había advertido por teléfono, desde abajo.

Dex y McLiffeal llegaron a su vez. Lorrain entró, presintiendo la catástrofe. Edna Toller, sentada en una silla de metal muy cerca de la cama, se puso en pie, muy pálida. Saskia Arndt tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Quién la ha autorizado a entrar? —inquirió furiosamente Dex, en inglés.

—¿Por qué tenían que prohibirme ver a mi tía?

McLiffeal observó inmediatamente su rostro desolado, sus labios temblorosos.

—¿Qué le ha dicho usted? —inquirió Lorrain, inclinado sobre *madame Arndt*.

—No grite de ese modo —respondió Saskia Arndt, suspirando—. ¿Qué cree usted que he podido decirle que sea tan extraordinario?

—Por ejemplo, puede haberle comunicado sus estúpidos temores acerca de Sigmund...

Se volvió hacia Edna Toller:

—Si le ha dicho que callando, ¡callando las dos!, tenía una posibilidad de salvar a su marido, está loca. Sólo podría salvarle hablando antes de que sea demasiado tarde.

—*Miss Toller* —dijo suavemente McLiffeal, cogiéndola de un brazo.

Edna se desasíó bruscamente.

—¡Suélteme! Ahora lo comprendo todo...

—¿Qué es lo que comprende? —estalló Lorrain—. ¿Está usted tan loca como ella? ¡La han hecho venir de América para que la convenza! Un hombre se encuentra en el Hoggar, en el lugar donde trabajaba su tío. Un hombre que seguramente le vigilaba, le transmitía órdenes. Ese hombre ha asesinado ya a un técnico, echando el cadáver a los buitres. ¡Y ha podido asesinar también a su tío para hacerle callar!

Giró violentamente sobre sí mismo, tendiendo una mano hacia Saskia Arndt:

—¡Y ella! ¡Estoy seguro de que le conoce! ¡Es imposible que su tío no le hablara de él! Le conoce, pero se calla, aterrorizada por un absurdo temor... ¿Y si su marido estuviera ya *muerto*?

Dex se acercó a Lorrain y palmeó su hombro.

—Calma, Michel. No hay que perder la sangre fría. *Madame Arndt*...

Se inclinó a su vez, hablando en tono apasionado.

—Estamos convencidos de que su marido no ha sido más que una víctima. En los Estados Unidos dejó el recuerdo de un ingeniero honrado y leal. Sin duda cayó en una trampa, *los dos cayeron juntos* en esa trampa. En estos momentos, en Im-Amguel hay un hombre peligroso, un hombre al cual tenemos que eliminar... Puede ser un oficial, un alto funcionario perteneciente a un ministerio, un técnico. Un hombre que continuará siendo peligroso, si se niega usted a ayudarnos.

Saskia Arndt había ocultado el rostro entre las manos.

—*Pruébeme primero que Sigmund está muerto*.

—¿Y usted, *miss Toller*? —preguntó Marston con una voz llena de desaliento.

—Yo no tengo nada que decir —respondió Edna, después de un largo silencio.

—¡Aquella fábrica, demonios! —estalló de nuevo Lorrain—. No me diga que revelando únicamente *lo que se construía en ella* haría usted correr un peligro a su marido.

—¿No? ¿Quién puede asegurarlo? —exclamó Saskia Arndt, enjugándose los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué sabe usted? ¡Una hora después de haber salido de Reggane, teníamos unos Mig detrás nuestro! ¿Cómo supieron que yo iba a bordo? ¿Ningún peligro, dice usted? Pero, si detiene a *alguien*, se verá obligado a hablarle de «aquella fábrica», ¿no? ¡Y nadie lo sabría, dice usted! ¿Quién ignora que no ha habido nunca tantos espías y agentes dobles como en sus pretendidos servicios especiales?

Un enfermero se presentó en la habitación. Debió de haber llamado a la puerta, pero nadie le había oído.

—Preguntan por un tal *monsieur* Lurin... Larrain. Es urgente. Puede hablar por el teléfono del pasillo.

—Lorrain —rectificó maquinalmente Michel con una mueca de disgusto—. Voy...

Permaneció ausente unos minutos y regresó con el rostro más sonriente.

—Barranger ha llamado al 638 hace veinte minutos. Unos amigos suyos vieron los fumígenos y le avisaron. Se trasladará a Im-Amguel en un avión especial.

Paseó una mirada pensativa sobre las dos mujeres.

—*Eso será útil* —dijo Marston, adivinando lo que Lorrain estaba pensando.

—Necesitará usted un pase de la D. N.—recordó Lorrain, consultando su reloj—. Lo mismo que *miss* Toller.

—¿Adónde piensa llevarme?

Lorrain intercambió una mirada de inquietud con Marston. El verdadero motivo resultaba difícil de expresar: «dama de compañía y testigo de cargo» de su tía, al mismo tiempo que «apoyo moral» para ayudarla a hablar, llegado el caso.

—En 1958 tenía usted trece años —dijo—. Tiene usted que recordar a las personas con las que mantuvieron contacto en Egipto..., las que vio en aquella fábrica, al sur de Assuán.

Saskia Arndt había comprendido. Sus labios temblaron de desprecio.

—¿Cree usted que va a encontrar, «por casualidad», en Im-Amguel, a uno de los hombres que asesinaron a sus padres? ¡Es ridículo!

—Confieso que no había pensado en «el asesino de sus padres» —dijo Lorrain fríamente—. Pero hace usted mal en mostrarse escéptica, *madame* Arndt. A veces hay que confiar en el azar. Vístase. Saldremos inmediatamente.

III

Técnicos del alto comisariado para la energía atómica y militar de la Defensa nacional formaban una compacta barrera alrededor de un tablero de dibujo cuando Lorrain entró en el barracón.

Roland Barranger se volvió. Le habían anunciado la llegada del agente de Matignon a Im-Amguel.

—¿Fue usted quien tuvo la idea del fumífero? —sonrió tendiéndole la mano—. Encantado de conocerle.

Lorrain quedó sorprendido por su juventud. Tenía apenas treinta años, era atlético e inspiraba simpatía.

—¿Ha avanzado su trabajo?

—Primero intentamos reconstituir el esquema de montaje —intervino Milicci—. Y debo decir que estoy mucho más tranquilo.

—¿Similar a lo que usted pensaba?

—Bastante parecido, en todo caso —dijo el jefe del servicio de detonadores, mirando de soslayo al coronel Charmon—. Según todas las probabilidades, hubiéramos podido desencebar ya sin demasiado riesgo.

Lorrain se inclinó sobre el dibujo. Reconoció vagamente unos pequeños arcos de círculo que debían ser transistores o cristales de germanio, dos barras negras enmarcando a otra blanca que podían representar un cristal de cuarzo, unos zig-zags que parecían ser resistencias.

—¿Y eso es lo que les ha detenido hasta ahora?

—No sea tan desdeñoso, inspector —dijo el coronel Charmon, con una forzada sonrisa—. Existen una infinidad de combinaciones para montar un crono-contacto electrónico. Y usted sabe que los dos ingenieros principales no estaban aquí, que el esquema había sido quemado. ¿Ha oído hablar de la ley de las probabilidades?

—También he oído hablar de responsables cuya imprudencia bordeaba la estupidez —dijo brutalmente Lorrain—. Ignoro aún quién es el culpable directo. Sé únicamente que debió preverse un duplicado del esquema para guardarlo en Reggane o enviarlo a París, y que así lo señalaré en mi informe.

Roland Barranger le miró de soslayo. Charmon y Milicci habían palidecido.

—¿Cómo podía pensarse que una caja de tan mínima importancia resultaría tan vital? —se lamentó Harlin.

Lorrain se limitó a encogerse de hombros. O el representante del centro interejércitos era un ingenuo, o preparaba ya su defensa ante la comisión de encuesta.

—Les dejo trabajar —dijo Lorrain, saliendo.

Fuera, el calor era espantoso. El polígono continuaba desierto. Hacía una semana que el personal no evacuado permanecía en los refugios, por orden superior. El roquedal en forma de diente careado bajo el cual se encontraba la bomba se erguía lleno de amenaza en un cielo de un azul crudo. Unos buitres revoloteaban por el cielo como la primera mañana.

Un *jeep* viró a treinta metros y Lorrain corrió hacia él, agitando el brazo. Un joven gendarme, al cual no conocía, iba al volante.

—A la central de radio —dijo, trepando al asiento delantero.

—¿Cree que terminarán pronto? —preguntó tímidamente el gendarme.

Le había visto salir del barracón de montaje y debió suponer que pertenecía al alto comisariado o a la D. N.

—Desde luego —dijo Lorrain lacónicamente.

—El ambiente se ha hecho insoportable. No puede usted imaginarlo: nadie duerme. Hace una semana que todo el mundo vive con una bomba en el vientre, como si fuera a estallar de un momento a otro. Cuando esto termine, va a parecernos que hemos regresado de la guerra.

En el momento en que Lorrain se apeaba del *jeep* delante del centro de los enlaces hertzianos, apareció Pietri.

—Buenos días, inspector. De modo que han acabado por localizar a ese individuo, ¿eh? Poco corriente, ¿no le parece? Un tipo que pensaba en la pesca de la dorada, en tanto que aquí ardíamos a fuego lento...

El gendarme les miraba con estupor. Al ver que el teniente fruncía el ceño volvió a poner el *jeep* en marcha.

—No sabe quién es usted —creyó comprender Pietri—. Dígame, ¿cómo se las ha arreglado?

Entró detrás de él en la central. Lorrain intuyó que no podría quitárselo de encima.

—No fui yo, sino los americanos, Pietri. Humo en el cielo. Póngame con Reggane.

Poco después, el capitán Marchand estaba al otro extremo del hilo.

—¿Y bien?

—He hecho circular discretamente a la pequeña. Al parecer, no ha reconocido a nadie... Pero, si quiere saber lo que opino, creo que la muchacha no pone el menor interés. La culpa es de la idiota de su tía. Se pasa el tiempo lloriqueando. ¿Qué hay de nuevo por ahí?

—La cosa se va arreglando. Barranger parece conocer su oficio.

—¿Será él quien entre en el túnel?

—Todavía no se sabe... Dígame, Marchand, hay algo que debe comprobarse inmediatamente. Hace mucho tiempo que debieron hacerlo, pero hasta ayer no pensé en ello.

Era cierto. En el preciso instante en que Saskia Arndt había dicho, en tono de desprecio: «¿Cree usted que reconocerá a los asesinos de sus padres en Im-Amguel?»

—Eso puede requerir un poco de tiempo, pero hay que intentarlo —continuó—. Es preciso comprobar con toda urgencia si alguno de los técnicos de los cuatro polígonos, Reggane, Hamoudia, Im-Ekker y éste, se encontraba en los Estados Unidos a finales de abril de 1958. ¿Comprendido?

—Es una tarea de romanos —gruñó Marchand—. Pero voy a comunicar con la Defensa nacional. ¡Oh! A propósito de la D. N., sus dos americanos están aquí en una situación un poco ilegal. ¡Sólo tienen un vago documento de la S. H. A. P. E., y a mí, la S. H. A. P. E. me importa un comino!

—Yo asumo toda la responsabilidad —se apresuró a decir Lorrain—. Cuando termine el control en Reggane, envíeme a todo el mundo aquí. También en el Punto Cero puede haber sorpresas.

Era noche oscura cuando el helicóptero de enlace interpolígonos se posó en la pista de hormigón de Im-Amguel. Marston y McLiffeal iban delante, mirando con curiosidad a su alrededor. Era la primera vez que tenían ocasión de acercarse a un polígono de pruebas secreto francés. Aquello se parecía muy poco al Nevada Range, al perímetro de Yucca Flat o a Alamogordo, pero a pesar de todo era mucho más impresionante de lo que habían creído.

—¿Sonido y luz? —inquirió Dex, saltando al suelo y señalando los proyectores enfocados sobre la montaña.

—Hace ocho días que arden —dijo Lorrain.

Frank y Dex comprendieron que algo iba mal.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —preguntó Dex.

—Peor de lo que pensaba. París ha telefoneado hace diez minutos; sin esa llamada, les habría dejado a ustedes en Reggane: no quieren a nadie ajeno al polígono a ningún precio.

—¿Entonces?

—He podido arreglar las cosas provisionalmente con el jefe de centro. Ustedes dos no tienen que dejarse ver. Y lo mismo digo de las mujeres. Les han preparado un refugio lo más lejos posible del P. C. de Operaciones.

Edna y la esposa del ingeniero Arndt descendieron, muy pálidas: lo habían oído todo.

—Van a mostrarles un montón de fotografías —continuó Lorrain, en tono irritado—. Pudieron habérselas mostrado en Reggane...

Subieron a un *half-track* de la gendarmería, que se puso en marcha inmediatamente. El diente careado se acercó, más alucinante todavía bajo la violenta luz.

Una hora más tarde, Lorrain sintió que su desaliento se trocaba en profundo disgusto. Había sido una absurda pérdida de tiempo haber hecho venir a las dos mujeres a Im-Amguel, sin contar con las eventuales dificultades que el hecho podía provocar.

—De modo que no reconoce usted a nadie... —dijo Lorrain, barriendo furiosamente las fotografías con la mano.

—A nadie —dijo Saskia Arndt, mirando a su sobrina.

—La cosa no iba con usted —gruñó Lorrain.

Dex le contempló, asombrado: en tal caso, debió de interrogar a Edna *sin que su tía estuviera presente*. Tal vez Lorrain había tenido sus motivos.

En plena noche, Saskia Arndt despertó del pesado sopor en el cual la habían sumido dos píldoras tranquilizantes; se irguió en su asiento, aterrorizada, buscó el interruptor a tientas, no lo encontró.

—Edna...

Se puso en pie de un salto y comprobó inmediatamente que el catre de su sobrina estaba vacío. Se precipitaba hacia la puerta cuando una sombra se enmarcó en la ventana.

—No haga ruido.

Saskia Arndt se pegó a la pared, recorrida por insoportables descargas, convencida de que si el hombre se acercaba no podría sostenerse en pie.

—La han hecho venir, le han mostrado unas fotografías —dijo el hombre—. ¿Por qué no me ha denunciado?

Barranger avanzó en la penumbra, lentamente, la voz llena de amargura.

—Está en lo cierto al temer por él. A la menor imprudencia le liquidarán. Y a usted también. Y a todos los de El Cairo y Alejandría, y a sus padres que viven en Port Said... A todos. Sin compasión.

—Márchese —balbució Saskia, temblando de pies a cabeza—. ¿Por qué ha venido?

—Para explicarle el motivo por el cual sería implacable, en caso de imprudencia, *madame* Arndt. Mi mujer y mi hijo están en sus manos. Si la cosa sale mal les degollarán. Procure que *todo* salga bien. Tenga mucho cuidado...

—¿Dónde está él?

—En un lugar seguro. Ahora me marchó. Sólo quería decirle esto.

Retrocedió en dirección a la ventana. La cortinilla se movió, permitiendo ver unas manchas de luna sobre la arena, la sombra de los roquedales en el reflejo de un proyector.

Saskia se despegó de la pared; su corazón latía ahora con menos violencia.

—¿Fue usted quien disparó contra los Toller, en 1958?

—No sea ridícula. ¿Por qué iba a decirle eso? Y si hubiese disparado, ¿qué? Eso no cambiaría las cosas, *madame* Arndt.

McLiffeal oyó un ruido sospechoso. Se levantó precipitadamente y salió al exterior. Vio una silueta que corría en medio de la oscuridad.

—¡Alto!

Disparó al aire y echó a correr, tropezó contra un chasis de *jeep* abandonado y juró entre dientes. Cuando volvió a incorporarse, la silueta había desaparecido.

Unos instantes después, Lorrain estaba despierto. Comprendió inmediatamente.

—No he visto a nadie —repitió Saskia Arndt, lívida—. ¡Es ridículo! Estaba durmiendo...

Las patrullas se desplegaron. Pero los gendarmes no esperaban encontrar nada. Pietri regresó al cabo de una hora, soñoliento y con aire de fastidio.

—No quisiera molestar a nadie, inspector —dijo—. Pero su amigo americano ha debido ver un chacal... o un ave de rapiña. De noche suelen merodear por estos alrededores.

A las cinco de la mañana estaban de nuevo en pie. La Defensa nacional acababa de transmitir un mensaje por radio y Marchand había advertido

inmediatamente a Lorrain. Éste le entregó el texto mecanografiado a Marston sin pronunciar una sola palabra.

«Comité de enlace HCEA y DN, con ampliación al ministerio de los Ejércitos, al centro de las armas especiales y al grupo mixto de preparación de las pruebas, a elementos militares del centro sahariana de las armas especiales y a jefe del centro:

»Felicitamos al técnico Barranger por haberse prestado voluntario. Desencebamiento oficialmente confirmado.»

—¿Se ha deshinchado Milicci? —preguntó Lorrain, dirigiéndose a Marchand.

—No —dijo el capitán de la seguridad con aire grave—. Por el contrario, ha insistido hasta el último momento en querer entrar en el túnel. Pero Faure y Charmon han apoyado la candidatura de Barranger cerca del ministro y del alto comisariado. Debido, al parecer, a su conocimiento más profundo del sistema de cebo en contacto con la bomba.

—Es un tipo valiente —dijo Dex, con aire pensativo.

McLiffeal llegó, parpadeando. Les vio en *slip*, y comprendió.

—¿Es para hoy?

Dex apartó un visillo y todos se inmovilizaron, vueltos hacia la ventana. Iluminados por los proyectores, unos soldados subían ya por las escaleras metálicas pegadas al flanco de la montaña; iban atados con cuerdas, subían material.

—Van a limpiar la abertura del túnel —dijo Marchand—. Barranger entrará al amanecer.

IV

Con las primeras luces del día, el viento de arena pareció redoblar. Procedentes del oeste, unas ráfagas tibias rugían contra la montaña, expulsando las dunas hacia los contrafuertes del *djebel*, recubriendo de un polvo amarillo los tejados de los barracones.

Vieron la silueta que avanzaba en medio de montones de rocas de un rojo ferruginoso y de conglomerados volcánicos que resplandecían a los rayos del sol naciente.

Barranger no había enviado aún ningún mensaje.

—Masse, haga enfocar la cámara cinco sobre él y ordene que coloquen un «500» —dijo Milicci.

Unas brillantes manchas de luz saltaron sobre las pantallas de televisión. El teleobjetivo se pegó súbitamente al hombre, que iba cargado de material; de sus hombros colgaba un saco tirolés, del cual sobresalían unas sierras de metal.

—Barranger, ¿me oye? —preguntó Milicci, con la boca pegada al micrófono.

Sudaba de ansiedad y no se había afeitado. La falta de sueño y la angustia parecían haberle envejecido varios años en unos días. Lorrain intercambió una mirada con Dex, el cual había conseguido *in extremis* la autorización del jefe de centro, pero se mantenía aislado al otro extremo del bunker, furioso por la vecindad de un oficial que se oponía a su presencia en el refugio.

—¡17, en misión! ¿Me oye? —repitió Milicci con voz estrangulada.

La respuesta llegó súbitamente, nasal y entrecortada.

—Le oigo... pero hay muchos ruidos...

La cámara buscaba la parte alta del cuerpo de Barranger; saltaba mucho.

—¡Procuren fijar la cámara! —gritó Milicci.

En la pantalla, la imagen se estabilizó un poco. Marston miró hacia otro televisor: la cámara con la cual estaba conectado se hallaba enfocada sobre una especie de caverna de fauces abiertas y oscuras. En torno a ella veíanse grandes trozos de hormigón, piedras removidas y enormes bloques de

cemento evidentemente demolidos a pico. Los soldados habían trabajado de firme durante la noche para dejar expedita la boca del túnel.

Lorrain se acercó a Dex, entregándole unos prismáticos que el americano enfocó maquinalmente en dirección a las escaleras metálicas.

—Se ve mejor con ellos que con las cámaras —explicó Lorrain—. No ha llegado aún arriba. Va demasiado cargado.

Dex apartó los oculares de sus ojos y los limpió con un Kleenex. A su alrededor, oficiales y técnicos del alto comisariado estaban pálidos e inmóviles, nadie hablaba. Barranger había salido hacía unos minutos, y la tensión era ya insoportable. El aire, en el bunker, se espesaba como si cada expiración cargada de angustia de los hombres presentes exhalara un insidioso veneno que contraía las gargantas.

Dex clavó súbitamente al técnico suizo en el centro del doble objetivo. Sus movimientos eran lentos, pero regulares: levantaba un brazo, aferraba un barrote, levantaba un pie, izaba todo el cuerpo a costa de un gran esfuerzo, al parecer. Dex bajó los prismáticos.

—¿Cuánto peso lleva a la espalda?

—Más de cuarenta quilos.

—¿Por qué tanto material?

El capitán Marchand se había acercado a ellos, oyéndolo todo.

—Órdenes llegadas en el último momento de París —dijo gravemente—. No sólo tiene que retirar las fichas de enlace de la caja, sino también destornillar todas las arandelas de contacto...

Lorrain abrió unos ojos como platos. Marston permaneció silencioso, pero había comprendido perfectamente.

—¡Es imposible! —exclamó Lorrain, estupefacto.

—Charmon ha telefoneado a París a las seis cincuenta —explicó sobriamente Marchand—. Ha obtenido lo que quería. Yo también opino que es una estupidez.

Se alejó, dirigiéndose hacia los televisores.

—*Ha recibido la orden de desmontar parcialmente la bomba, ¿no es eso?* —articuló Dex, incrédulo.

Lorrain sacudió la cabeza, aterrado.

—Recuerdo que Charmon había hablado de ello: «Más tarde, habrá que trabajar de nuevo en la bomba. Y sólo en el detonador con fulminante de mercurio hay bastante explosivo para matar a diez hombres», decía.

Dex volvió a alzar los prismáticos. Veíase claramente el rostro de Barranger. Estaba rojo escarlata, el sudor chorreaba a lo largo de sus mejillas.

Ahora avanzaba a través de un universo lunar de rocas destrozadas y de bloques de lava color malva; parecía estar muy lejos aún de la entrada de la caverna.

—Permanezca en contacto, 17 —dijo Milicci—. ¿Todo marcha bien?

La respuesta llegó de nuevo metálica y entrecortada.

—Todo marcha bien..., aunque creí poder avanzar más de prisa.

Un oficial entró en el refugio. Cuando la puerta de hormigón giró, vieron la arena remolinear hacia el oeste, ascender hacia el cielo en largos penachos grises.

—Han vuelto los buitres —observó Pietri.

Lorrain lo había comprobado ya la víspera. Vio que las aves de rapiña planeaban sobre el mismo lugar, trazando amplios círculos. El teniente de la gendarmería se mordisqueó los labios, con las manos a la espalda, meditativo.

—¿Conoce usted el proverbio árabe? «Observa el simún, es como la voluntad de Alá: expulsa la arena a lo largo de los *ueds* y descubre la fuente.»

—Sobre las dunas de Im-Meskane hace mucho viento —añadió—. Lleva un par de días soplando...

—Envíe un helicóptero para que compruebe qué es lo que traman los buitres —dijo Lorrain, después de unos segundos de silencio.

Estaba agotado, sus miembros le parecían ya de plomo, sus manos dejaban rastros sangrientos sobre cada barrote. Sin embargo, él mismo había insistido para que le dieran todo aquel material, hablándole al coronel de la absoluta necesidad del desmontaje a fin de poder trabajar más tarde sobre la bomba con absoluta seguridad...

Se detuvo en la cuarta plataforma, pegándose un instante a la pared volcánica, jadeante, empapado en sudor. Los edificios del polígono parecían de juguete. Veíanse claramente los remolinos de arena que nacían en el oeste y avanzaban hasta estrellarse furiosamente contra los refugios y los barracones.

Oprimió los latidos de su corazón con una mano, tratando de regularizar su aliento. Charmon había aceptado en seguida, había caído en la trampa, llamando inmediatamente a París.

«Deben sentirse aliviados al saber que la bomba puede ser desmontada», se dijo, burlón.

Al poner el pie sobre el primer barrote de la quinta escalera, se quedó rígido: un helicóptero Bell remontaba el vuelo expulsando enormes nubes de

arena con su rotor. Le vio tomar la dirección del oeste, advirtió súbitamente la presencia de los buitres...

Subió más aprisa, sin preocuparse por sus manos ensangrentadas, apretando los dientes, indiferente a las correas que le desgarraban los hombros.

Un soplo infernal le envolvió: el calor reflejado por las rocas parecía surgir de la boca de un horno.

Michelis y sus alaridos cuando había apretado las manos en torno a su cuello, sus venas surgidas bruscamente como un cruce de cuerdas oscuras en su frente, su boca que adquiría un espantoso color violáceo...

Sin embargo, había tomado todas las precauciones imaginables para no ser visto en el bloque de los registros. Michelis no debía dormir, le siguió, e inmediatamente empezó a vociferar insultos...

Súbitamente, había enloquecido de terror. Era su vida contra la de Michelis. Había pegado las manos a su cuello, apretando interminablemente, apretando incluso cuando había surgido la lengua, monstruosa; apretando incluso cuando los ojos se habían revuelto en las órbitas.

Después, le había arrastrado lo más lejos posible y había ido en busca de Arndt, el cual le miró como a un espectro.

Le creía en Argel desde hacía más de ocho días.

«¡He matado a Michelis! —había anunciado— ¡Mire estas manos, Arndt! ¡Tenga mucho cuidado con lo que hace!»

Se detuvo en medio de la quinta escalera, el vientre retorcido de espasmos, cegado por el sol inhumano, notando que la cabeza le daba vueltas. Se aferró frenéticamente a un barrote, lanzando un grito involuntario.

El escucha del *walkie* se apresuró a decir:

—Si se encuentra mal, descanse... ¿Me oye, 17? Deténgase un momento en la sexta...

Tragó saliva. Una gota de sangre muy pesada se deslizó de sus manos y cayó sobre su mejilla.

—Me siento mejor —dijo, con voz de asfixiado—. Continúo...

Volvió a trepar, el cráneo desgarrado por un soplo de tormenta, los oídos zumbando insoportablemente.

Veía aún el horror impreso en el semblante de Arndt.

—¡Ha matado usted a Michelis!

Luego había gritado:

—¿Por qué está aquí? ¿Cómo ha venido? ¡Me aseguró que el permiso no era fingido y que permanecería usted tranquilo!

El alemán debió de haber observado algo extraño en su mirada, se había vuelto, había visto a Amin. Amin y su cuchillo envuelto en una bufanda de seda. Él había pensado: «Libia no está lejos, Arndt, sólo noventa minutos de helicóptero», al mismo tiempo que Amin levantaba la hoja.

Sus pupilas se habían dilatado al unísono con las de Arndt, el cual caía sobre la arena, vomitando sangre.

—¿Quién lo ha ordenado? —había aullado, lanzándose contra Amin.

—¡Quieto, estúpido! ¿Quieres seguir el mismo camino?

Desde aquel momento, había comprendido que tarde o temprano le asesinarían también a él. Había ayudado a Amin a colocar el cadáver en el propio automóvil de Arndt. Luego habían alcanzado el helicóptero por caminos imposibles, a través de los ueds, recorriendo en sentido inverso la ruta que había seguido a pie para llegar al polígono.

Hélène y Bernard..., repitió interiormente, helado de pies a cabeza a pesar del soplo infernal que emanaba de las rocas, desgarrado por unos sollozos nerviosos. Hélène y Bernard... Todo había sido culpa suya. Había querido darles demasiado. Y tal vez les mataría.

—¡Permanezca en contacto! —gritó por el micro la voz colérica de Milicci—. ¿Todo marcha bien?

Apretó los dientes con rabia. Sintió el deseo de insultarles, de decirlo todo... Hizo un esfuerzo sobrehumano para conservar una voz normal.

—Todo marcha bien, *monsieur* Milicci. Continúo.

V

Edna tuvo un sobresalto y hundió el rostro entre las manos, llorando en silencio hasta que Saskia se hubo alejado.

—No hay nada seguro, Edna... Yo no digo que sea *él* quien fue enviado a Dakota del Norte.

—¡Es abominable! ¡Debiste hablar!

—Me río del mundo entero —dijo Saskia, en tono feroz—. Me río de su bomba, de ellos, de toda esta hipocresía que prepara la guerra... Para mí sólo cuenta una cosa: ¡Sigmund! Sigmund y todos los de El Cairo, Edna. Tenemos aún parientes allí... ¡Serían asesinados implacablemente!

Por primera vez, Edna la miró con horror. Su tía se retorció las manos al hablar, con un aire de odio fanático. Era inconcebible: Edna no imaginaba a unos egipcios matando a unos compatriotas, por el simple hecho de que unos parientes suyos tuvieran algo que reprocharse.

«Es una loca y he cometido un error al escucharla», pensó.

Se había vuelto y miraba de nuevo en dirección a las escaleras. El hombre llegaba casi a la última plataforma, debía encontrarse a más de doscientos metros de altura; era un puntito pegado a la pared de roca, y sus herramientas centelleaban cuando se movía.

El puesto de la gendarmería estaba preparado. Los gendarmes, con sus uniformes caquis, permanecían inmóviles sobre la arena, silenciosos, con los ojos pegados a la muralla. Mientras Barranger no entrara en el túnel, no había nada que temer. Pero la alarma iba a ser dada de un momento a otro, sin duda. Todo el mundo debería guarecerse en los refugios.

Un teniente se volvió y Edna se apresuró a ocultarse en la sombra de la habitación: les estaba prohibido dejarse ver. El oficial parecía disgustado, hablaba con uno de sus subordinados.

—¿Te han interrogado a propósito de la fábrica del Sur? —preguntó Saskia.

—El francés habló de El-Dirr... Parecen estar al corriente.

Edna había vuelto la cabeza al contestar. Saskia estaba sentada con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza entre los brazos.

—¿Te acuerdas todavía en qué habían sido obligados a trabajar tu padre y tío Sigmund?

Edna contempló la muralla. Saskia salmodiaba detrás de ella en tono quejumbroso, reuniendo unos recuerdos.

«Yo no soy como ellas —se dijo Edna con disgusto—. Unas orientales...»

Se avergonzó al pensar que había englobado a su madre en aquel «ellas» y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Recuerdo que papá tenía miedo —dijo—. Hablaba de una *bomba paranuclear de partículas de cobalto*... Decía que los egipcios no habían digerido nunca la humillación de la desbandada hacia Suez, y que posiblemente los millones de rublos y los millones de dólares que les sacaban a los rusos y a los americanos se perdían entre las manos de los directores alemanes de las fábricas especiales.

Se estremeció, hasta tal punto volvía a ella la voz de su padre, viva y clara: «*Algún día, sus investigaciones desembocarán en el éxito. Estoy seguro de que entonces nos impedirán definitivamente marchar. Al menos, hasta que hayan utilizado su abominable artefacto de radiaciones gamma contra Israel. Hay que huir antes de que sea demasiado tarde.*»

Volvió vivamente los ojos. Un helicóptero se posó sobre la pista de cemento, haciendo volar remolinos de arena. Varios gendarmes se precipitaron hacia el aparato. Estaba bastante lejos. Edna no podía distinguirlo bien.

«*También es probable que lo utilicen contra los franceses en Argelia, si para entonces no han cedido*», decía su padre en la lejanía de su recuerdo.

Delante de ella, el sol quemaba la montaña, cegador. Le pareció que el hombre ponía pie en la última plataforma. En el cerebro de Edna, el martilleo de las voces angustiadas de su padre y de su madre producía un incesante e insoportable tablear de tambores.

«*Es una espantosa maquinación la que empieza: ¡el Islam! Desde Marruecos al Pakistán, y desde el Irak al centro de África. Si los franceses no lo entienden así y la última plataforma se desploma, cuando Nasser posea su bomba de radiocobalto hará cantar al mundo entero, incluidos los rusos y los americanos.*»

Habían huido dos días más tarde. Unos agentes egipcios de los *Mohber* les habían localizado inmediatamente y se habían vengado. Sin duda localizaron también al tío Sigmund. Sin embargo, en lo que a él respecta debieron pensar que podían utilizarle, en vez de eliminarle inútilmente.

—Ya ha llegado a lo más alto —dijo Saskia, poniéndose en pie y acercándose a Edna—. Dios sabe lo que puede hacer..., lo que va a hacer.

Edna se volvió, sin tratar ya de disimular su disgusto:

—Es innoble... ¿No comprendes que es innoble?

Su voz se había elevado hasta el grito.

—¡Y yo también soy innoble por haberte escuchado, por haber creído en ti! Unas personas pueden morir, todo puede ser destruido, ¿no es cierto? ¡Y a ti te tiene sin cuidado! ¿Sabes, sin embargo, lo que puede hacer?

Saskia asumió un tono implorante:

—No lo entiendes. Él no es *el único* que está en peligro. Sabe que puede ocurrirle un accidente... pero me ha hablado de los otros...

—¡Imbécil! —exclamó Edna—. ¡Simplemente porque teme por su esposa y su hijo!

Bruscamente, comprendió que era imposible: no podían continuar callándose.

—¡Edna!

Saskia se aferró espasmódicamente al brazo de su sobrina. En el exterior acababa de detenerse un vehículo. Lorrain y Marston irrumpieron en el barracón.

—He de comunicarle una terrible noticia, *madame Arndt* —dijo Lorrain.

Saskia lanzó un grito de demente mientras retrocedía, hasta chocar contra la pared de ladrillo.

—¿Le han encontrado?

—Muerto —dijo suavemente Lorrain—. Degollado.

Edna se lanzó hacia Saskia, la cual vacilaba sin despegar sus ojos de los del francés.

—¡Degollado!

—Habían hundido el vehículo en la arena, *madame Arndt*. Teníamos que haberlo previsto antes: es su método. El simún ha arrastrado la arena, y han llegado los buitres.

—¡Dios mío! —gimió Saskia—. ¡Señor! Tened piedad de nosotros...

Se desplomó como un saco. La atención se concentró un segundo sobre la forma que gesticulaba con movimientos espasmódicos. Luego, Lorrain perdió la paciencia.

—¡Hay que hablar ahora, *madame Arndt*! ¿QUIÉN?

Edna alzó los ojos hacia Lorrain.

—El hombre que está allá arriba —dijo, con voz incolora—. Trabaja para los egipcios desde hace años.

Permanecieron como atontados durante un interminable segundo. Luego, Lorrain experimentó la sensación de que surgía del fondo de un pozo vertical; las voces de los gendarmes que hablaban todos a la vez delante de la ventana se estrellaban contra su cerebro, revolviéndose en una serie de dolorosos estallidos.

Se precipitaron al mismo tiempo al exterior, distinguiendo al pasar la figura manchada de sombra de Saskia Arndt, que se agitaba en el suelo, abismándose en una teatral histeria de dolor.

Dex saltó al volante de un *jeep* sin que se hubiesen puesto de acuerdo, y Lorrain montó a su lado. Partieron a toda velocidad bajo la mirada estupefacta de los gendarmes.

La cabeza de Roland Barranger tenía el tamaño de una naranja en la pantalla de televisión conectada en el teleobjetivo de 500 cuando irrumpieron en el P. C. de Operaciones.

—¡Milicci! —gritó Lorrain—. ¡Ordénele que baje inmediatamente!

Fue como si una bomba estallara en el bunker. Veinte segundos después todo el mundo había comprendido.

—¡El muy cerdo! —estalló Milicci, desconcertado.

—Cuidado con lo que va a decirle —advirtió Lorrain—. Procure hacerle creer que se trata de una contraorden de París..., que han decidido retrasar un par de horas el desencebamiento.

Milicci empuñó su micrófono. Sus manos temblaban como las de un anciano. Dex intercambió una mirada con Lorrain: ninguno de los dos se hacía ilusiones; pero había que intentarlo.

—17 en misión —articuló Milicci—, deténgase provisionalmente sobre la plataforma 6. Acaban de llegar nuevas órdenes de París...

En la pantalla, vieron la cabeza, minúscula, volverse y contraerse en un rictus. La mano del hombre golpeó el tubo catódico al mismo tiempo que se hacía el silencio. El *walkie-talkie* rebotó de roca en roca y se estrelló en la parte inferior de la pared.

—¡Continúa avanzando!

La silueta, deforme a causa del material, se agitó en la pantalla. Barranger atacaba la abrupta pendiente que conducía al túnel... La voz del coronel Charmon remolineó en el bunker en medio de los primeros mugidos de la sirena de *alarma inmediata* que Milicci había puesto en marcha.

«... misión... estallar la bomba...»

Lorrain se precipitó al exterior, reconstruyendo mentalmente la frase: *Su misión debe ser la de hacer estallar la bomba*. Nadie había escuchado al coronel; el teléfono empezó a repiquetear, ensordecedor.

—¡Michel! —aulló Dex, lanzándose en su seguimiento.

—¡Usted, no! —le detuvo un oficial—. No tiene derecho... ¡Un miembro de los *Ejecutivos*, no!

Dex le había agarrado por el cuello de su chaqueta, rabioso.

—¡Suélteme! ¿Quién ha encontrado y conducido aquí a Edna Toller, si no los *Ejecutivos*? ¡Y si ella no hubiese hablado, no sabrían ustedes nada!

Evitó el golpear, pero rechazó violentamente al oficial y se precipitó detrás de Lorrain, el cual saltaba ya al *jeep*. Unos estridentes pitidos se mezclaron a los lúgubres aullidos de la sirena. El vehículo salió disparado sobre la arena, en dirección a la montaña.

—... *vigilancia, en su casa* —aulló Dex al oído de Lorrain.

Lorrain comprendió y empuñó el micrófono de la emisora de a bordo. Ignoraba con quién estaba en contacto, pero al reconocer la voz de Marchand adivinó que era el P. C. de la seguridad militar.

—Importante, Marchand: advierta urgentemente al Interior..., mejor dicho, no, al *Deuxième Bureau* de la unidad francesa más próxima al domicilio de Barranger, será más seguro. Vive cerca de Tigzirt, infórmese. Localíceme, si es posible, a unos tipos de la Acción psicológica y dígales que el Ejército está detrás. Que vayan de paisano: *vigilancia de la casa*, e intercepción discreta, repito: *discreta*, de todos los que merodeen por sus alrededores.

Marchand confirmó en el momento en que Lorrain hundía el pie en el freno. Saltaron del *jeep* y se lanzaron hacia las escaleras mecánicas.

VI

Se inclinó, respirando ruidosamente, los ojos llenos de lágrimas, irritados por la arena. Abajo, vio el *jeep* semejante a un modelo reducido *Dinky-Toys*, las siluetas grandes como marionetas que empezaban a escalar los peldaños.

«¡La muy zorra! —pensó, rabioso—. Ha debido de hablar».

Se volvió por última vez hacia la parrilla ardiente del sol que continuaba ascendiendo, implacable, centelleante. Se preguntó si volvería a verlo y luego entró resueltamente en la caverna.

El frío del subterráneo le sobrecogió y se detuvo, con la respiración sibilante, mirando a su alrededor: todo eran cables entrecruzados, hilos eléctricos y de teléfono. Había también un tubo de acero muy brillante fijado de trecho en trecho sobre la roca: la envoltura de protección del cable de cebamiento.

Pensó súbitamente que aserrando el tubo en aquel lugar todo iría quizá más aprisa. Establecería un circuito directo. En su saco llevaba unas baterías secas de cien voltios, destinadas a hacer funcionar los taladros y las sierras eléctricas. Una atención de Faure... No se había fijado en aquella coincidencia: la tensión de cebo del cohete era *asimismo* de cien voltios.

«... no hay que correr el riesgo... pueden cortocircuitar en el tercer codo... sería una pérdida de tiempo».

Se hundió en el túnel, anonadado. Era burlesco y trágico, un donquijotismo a escala cósmica: estaba allí, en aquel agujero, para hacer estallar una bomba atómica.

Un poco más lejos, se vio obligado a avanzar encorvado. Allí, los puntales habían sido ya sacados. Sólo quedaban algunos tubos de presión hidráulica que no habían podido ser arrancados. Era normal: convenía que las paredes se aplastaran al máximo en el momento de la explosión, a fin de aprisionar mejor la onda expansiva y los gases mortales.

«Bernard...»

El niño empezaba a hablar. Hélène se sentía orgullosa de ello. Pero Amin no había bromeado. Barranger les conocía demasiado y sabía que eran implacables.

Encendió un fósforo para consultar su reloj: las ocho cincuenta. Le parecía haber tardado muchas horas en llegar al túnel. Los otros no podrían atraparlo. Conservó el fósforo en la mano y encendió un cigarrillo. Pero lo tiró inmediatamente: estaba empapado en sudor, infumable.

Volvió a ponerse en marcha, repentinamente convencido de que en medio de su desgracia no tenía motivo para quejarse: de todos modos, su final estaba marcado. Doce balas en una fosa francesa, en Ivry o en Vicennes. Y hubiera muerto como un perro, ajusticiado por traidor. En tanto que ahora podía hacer estallar unos hermosos fuegos artificiales, sin peligro para nadie, excepto para él. Solamente unos miles de millones convertidos en humo.

¡Las alas de los pájaros contaminadas! ¡Era ridículo! De todos modos, a él le tenía sin cuidado.

Podía salvar a Hélène y a Bernard.

«Estoy seguro de que si cumplo mi tarea se portarán bien con ellos», se repitió, tratando de convencerse a sí mismo.

Se detuvo un instante pensando en los hombres que le perseguían. Tampoco ellos escaparían.

Dos asquerosos polizontes.

Uno de ellos era americano. Sin duda, uno de los que habían localizado a la hija de Toller. Tal vez fue ella, a fin de cuentas, la que había hablado. «¿Fue usted el asesino de sus padres?», le había preguntado la imbécil de su tía.

Se encogió furiosamente de hombros, secándose los húmedos ojos con el dorso de la mano. Roland Barranger, obrero modelo en Ouchy. Madre empleada modelo, padre funcionario modelo. Un poco de dinero fácil, unos años insólitos, y al final le habían endosado la etiqueta de asesino: como en el cine.

Notó que el suelo ascendía y dirigió el haz de su linterna directamente frente a él: *el primer codo*. A unos cuantos metros, la pared se elevaba, vertical, en la oscuridad. Hundió la lámpara eléctrica en uno de sus bolsillos y empuñó el primer escalón.

El esfuerzo le resultó todavía peor que a pleno sol. Cada barrote parecía encontrarse a varios metros de distancia. Súbitamente comprendió el motivo: la pared tenía una inclinación de treinta a cuarenta grados en sentido contrario. Sin duda para resistir mejor la onda expansiva.

Tuvo que ascender por espacio de un centenar de metros, abrumado por la fatiga, respirando penosamente. Cada roce de los barrotes contra sus dedos ensangrentados era un verdadero suplicio.

Le invadió una ola de terror. Se esforzó inmediatamente en escapar a la obsesión que acababa de nacer, taladrando su cerebro, endureciendo sus músculos y esparciéndose en ondas concéntricas heladas por sus arterias.

Un hedor... Lejano... Una mendiga muerta que había descubierto antaño con una pandilla de muchachos. El hedor de la muerte.

In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amén.

Se hundía uno bajo unos vapores mefíticos, lívido y frío: estaba muerto.

Se habían terminado para siempre las playas ardientes de sol, y el patín deslizándose por las aguas azules, y el pez dorado coleteando aún al extremo del hilo.

Habían terminado para siempre el sol y la luz.

Sólo aquella tumba abominable que se aplastaría sobre él en un aniquilamiento de cataclismo.

No cabía ya pensar en retroceder...

«Todo es preferible a los jueces burlones que te insultarían sin comprender nada, antes de volver en busca de sus zapatillas de burgueses hipócritas. Todo es preferible a esos *Bidasse* que dispararían temblando, sin darse cuenta de lo que estaban haciendo...»

Se tranquilizó un poco y avanzó de nuevo, ora trepando, ora semiencorvado. Esta vez marchaba en dirección opuesta a la de la primera galería, pero treinta metros más arriba, en el corazón mismo de la roca. Sus temores a propósito de Héléne y de Bernard se desvanecían lentamente. Las consecuencias y los motivos se disolvían en medio de aquella fatiga que aplastaba sus sienes. Sólo quedaba el objetivo. Una especie de duelo consigo mismo que había entablado y que tendría que ganar a cualquier precio.

«A fin de cuentas, será una hermosa muerte —se dijo, paradójicamente tranquilizado—. Una muerte que ningún ser humano habrá obtenido aún por su propia voluntad.»

*No tendrán más hambre, no tendrán más sed,
Ni el sol ni el ardiente calor les herirán.
Tened piedad, Señor: un hombre se ofrece a Vos.
Conducidle hasta las aguas vivas.*

La plegaria había ascendido maquinalmente a sus labios, surgida del fondo de los tiempos, de la lejanía de su memoria. Veía de nuevo el pequeño

templo y el Pórtico de los Apóstoles, todos los chiquillos reunidos con sobrepelliza a cada entierro. Se miraban con risas secretas...

Notó un soplo más cálido delante de él y enfocó la linterna: *el tercer codo*. Esta vez, tendría que bajar.

Colocó el pie sobre el primer peldaño de hierro, luego sobre el segundo, y no tardó en tocar el suelo, ahora distante apenas cinco o seis metros. El círculo se cerraba: en el extremo de aquella especie de escalera de caracol se encontraba sin duda el bloque de expansión...

Casi inmediatamente vio las primeras planchas de acero brillantes fijadas al suelo de hormigón. La reja que le habían anunciado en el P. C. de Operaciones surgió delante de él. Tenía las llaves y la abrió con gestos febriles, haciendo saltar el engaste de los plomos con un golpe de sierra.

Avanzó, con el corazón palpitante, pasando por encima de montones de cables.

Había visto ya diez veces la bomba cuando los aviones la habían traído en diversos fragmentos de Bruyères-le-Châtel y de Pierrelatte, pero a pesar de todo se inmovilizó, poseído de un terror animal, los ojos desorbitados: el cilindro negro brillaba delante de él bajo el cono tembloroso de la linterna; *cebado, esta vez*. Estaba erizado de antenas con los extremos recubiertos de caucho, e innumerables cables desembocaban en él.

Un artefacto de aspecto vulgar, pero capaz de fundir cien mil toneladas de roca de una vez, de borrar de la superficie de la tierra un paisaje con todos sus habitantes...

En uno de los lados del cilindro veíanse tres puntos rojos; encima y debajo, una sencilla inscripción:

¡ATENCIÓN! RADIACIONES

Sacó rápidamente sus herramientas y las baterías secas, colocando la linterna en una grieta de la pared. Había recobrado un poco de sangre fría y reconocido, mientras vaciaba el saco, el paralelepípedo amarillo, con las siglas del alto comisariado para la energía atómica, en el cual había trabajado. El propio Arndt había señalado con lápiz indeleble la fecha de llegada, debajo de «U. P. Pierrelatte»: el crono-contacto electrónico.

Unos golpes sordos continuaban retumbando en su cráneo, pero se sentía un poco más lúcido. Decidió atacar *primero* los tornillos que sujetaban la arandela principal, y juró entre dientes al ver la danza violenta del destornillador sobre la hendidura en forma de cruz.

Retrocedió un poco, masajeándose suavemente el antebrazo para desentumecerlo. Hizo un falso movimiento y la punta del destornillador rozó el cuerpo del cilindro: dio un respingo, aterrorizado, la frente empapada en sudor.

Reanudó furiosamente su tarea hasta conseguir levantar la arandela. Le dolían los ojos. Se interrumpió de nuevo, apretándose los párpados.

¡Atención! Radiaciones... Las letras danzaron locamente en su retina, anclándose en él. Una campana que tocaba a rebato resonó en alguna parte de su cerebro.

Atacó la segunda arandela. Cada vuelta del destornillador parecía desmesuradamente amplificadas en el silencio del subterráneo.

Trató de no pensar más que en técnico, como si se encontrara aún en el laboratorio electrónico de «l'Abbaye» o de Bruyères. La voz de Arndt flotó a su alrededor, amistosa, el acento gutural suavizado por la bondad.

Es necesario estudiar los elementos del circuito primario de contacto, Roland.

Pronunciaba Roland y Barranger cargando el acento sobre las erres.

El cohete penetra en el corazón del cilindro. El percutor actúa sobre la carga explosiva, y un turboproyectil de plutonio es impulsado hacia la cavidad abierta en el resto del plutonio: masa crítica instantáneamente realizada...

Súbitamente le pareció oír unos crujidos lejanos, rumores de voces. Fue como una borrasca que le precipitara hacia el cilindro, y quiso trabajar más aprisa, el sudor chorreando hasta sus labios, llenándole de sal y de hiel: había subido, había recorrido todos aquellos kilómetros con cuarenta kilos a la espalda y deteniéndose continuamente; *ellos* llegaban con las manos vacías.

Un reflejo de luz sobre el cilindro le petrificó. Se volvió, el rostro alucinado, distinguiendo unas sombras al pie de la escalera. Enloquecido, agarró el mango del martillo de cabeza puntiaguda.

—¡Barranger!

El grito penetró hasta sus huesos. Blandió el martillo, golpeando a ciegas delante de él, sin mirar dónde.

—¡No se mueva!

Vio al hombre precipitarse contra él, sintió el choque en el fondo de su vientre, al tiempo que se lanzaba contra el cilindro. Golpeó de nuevo, detrás, delante, desencadenado, bestial, ciego, los labios espumeantes, comprendió que el hombre había sido alcanzado y le soltó.

—¡Barranger! ¡Quieto!

La punta de un cono de luz se pegó a sus ojos, redoblando su furor. Adivinó la silueta tendida en el suelo y alzó otra vez el martillo.

Dos agujas de fuego le golpearon, exactamente en el lugar de la frente donde se había fijado el cono cegador; parecieron hundirse en su cráneo, destilando plomo fundido.

Trató de levantar la cabeza, no sabiendo cómo había podido caer, cubierto de sangre, sin darse apenas cuenta de que aquella sangre era la suya. Bajo su nariz, la tierra polvorienta se convertía en barro, exhalando, mezclada con el líquido caliente que brotaba de él, un hedor atroz y paralizante, el veredicto mismo de su derrota.

Hélène... Desvanecida para siempre... los sueños, la noche... su juventud... y sus brazos... y sus labios...

Volvió a caer, boca abajo, y la sangre manchó las herramientas.

VII

El retorno hacia la luz fue un calvario para Lorrain. Tenía el hombro abierto y sangraba de la cabeza por un desgarró del cuero cabelludo. Dex había podido encontrar un trozo de cable viejo con el cual había atado el cadáver de Barranger, sacándolo a sacudidas del túnel.

Surgieron, agotados, a la luz del día. El sol empezaba ya a declinar.

Un helicóptero se acercó todo lo posible a la pared rocosa, pero les resultó imposible hacerse entender. Sin embargo, el piloto debió percibir el cadáver del técnico suizo. Unos minutos después vieron que unas siluetas trepaban por las escaleras, subiendo a su encuentro.

Eran cerca de las cinco cuando levantaron el pie del último barrote. Lorrain tenía el rostro terroso. Una ambulancia se lo llevó inmediatamente, mientras cargaban una masa informe cubierta con una lona en un *half-track*.

McLiffeal apoyó una mano en el brazo de Dex, observando su aire sombrío, vacilando en hablar.

—El jefe de centro ha dicho que les propondría a los dos para una condecoración francesa, Dex. La Legión de Honor, o algo por el estilo.

—¿Por haber liquidado a ese individuo?

Se instalaron en un *jeep*. Dex conservaba las mandíbulas crispadas, mirando fijamente delante de él. Había visto la trayectoria del último martillazo: Lorrain lo habría recibido en pleno cráneo. Pero, a pesar de todo, le dolía terriblemente no haber tenido el reflejo de apuntar al brazo o a la muñeca.

—Hubiese tenido una muerte mucho más indigna —dijo McLiffeal, sacudiendo la cabeza—. Un pelotón de ejecución al amanecer... Ha sido mejor para él.

Milicci iba en la parte delantera del *jeep*, pero tenía la cabeza vuelta hacia ellos.

—El coronel me ha encargado que le dé las gracias.

—No hay de qué —gruñó Dex—. Dígame... ¿de veras estalla con tanta facilidad, su bomba? ¡Barranger la golpeaba como si fuera un yunque!

—El choque de un martillo contra una masa inerte que protege al plutonio no ha hecho estallar nunca nada —dijo Milicci, irritado—. No tiene nada que ver con la nitroglicerina... Pero hubiera podido establecer accidentalmente el contacto. En tal caso...

—En tal caso, nos concederían la Legión de Honor a título póstumo —dijo Marston saltando al suelo, mientras el *jeep* se detenía.

Encontraron a Lorrain en medio de nubes de éter, blanco como un sudario y rodeado de enfermeros, pero con el teléfono en la mano.

—Marchand ha salido hace dos horas —anunció, entregándole el receptor a un enfermero—. Ninguna novedad. Imposible establecer contacto con Mers-el-Kébir. ¿Terminará pronto? —añadió, dirigiéndose al teniente médico que le atendía.

—Tendrá que guardar varios días de reposo...

—Imposible.

A media noche, se unieron a Saskia Arndt en uno de los barracones. Estaba postrada en la penumbra delante de un ataúd de madera blanca adosado a la boca del compresor de un *cooler*. En el interior de la habitación reinaba una temperatura polar.

Con el brazo enyesado y en cabestrillo, Lorrain avanzó el primero. Edna levantó los ojos hacia ellos, y leyeron una muda súplica en su mirada.

Volvieron a salir.

—Mañana —decidió Lorrain.

—De todos modos, la pequeña contará todo lo que se quiera —dijo Marston—. Y no es tan difícil de imaginar.

Lorrain frunció los labios con disgusto. Dos técnicos norteamericanos ex alemanes ante los cuales se había hecho brillar una vida de las Mil y Una Noches. Sus esposas debieron influir lo suyo para que aceptaran... Se habían encontrado en una planta atómica egipcia dirigida por otros alemanes. Habían comprendido rápidamente, quisieron huir. Los Toller habían pagado aquella fuga con la vida. En cuanto a los Arndt, debieron considerarles demasiado útiles. Lo que el ingeniero sabía acerca de los trabajos nucleares franceses era mucho más interesante que su muerte.

—Debió meter el dedo en el engranaje para ganar tiempo, y luego se encontró arrastrado, sin duda —dijo Marston pensativamente—. Los egipcios debieron amenazarle con exterminar a las generaciones presentes y futuras si no obedecía.

Golpeó la arena con la punta del pie.

—La gente de El Cairo debe tener prisa en conseguir algún resultado positivo —continuó—. Es una lucha de velocidad entre ellos y la famosa... planta textil del Néguev israelita. Curioso, ¿no? Los ex nazis del valle del Nilo enfrente de los franceses que ayudan a Ben Gurion a trabajar el átomo, al sur de Beer-Sheba.

Lorrain trató de distinguir el rostro de Dex en medio de la penumbra. Ignoraba que la C. I. A. estuviera *ya* al corriente. Los americanos habían sido alertados, sin duda, por la torpeza del S. B.^[5], tratando de eliminar la mayor cantidad posible de técnicos alemanes que trabajaban para Egipto, en Suiza o en otras partes.

—En todo caso, estoy seguro de que Arndt trató *in extremis* de limitar los daños un poco antes de la prueba —dijo Lorrain—. Y los egipcios no se lo perdonaron.

Un helicóptero se posó en la pista de hormigón brillantemente iluminada por los faros. Un instante después apareció Marchand, llevando un paquete al brazo. Comprobaron con estupor que se trataba de un niño. Edna salió a la puerta del barracón al oír el llanto.

—El hijo de Barranger —explicó Marchand con aire sombrío—. Liquidaron a su madre mientras dos miembros de la A. P. se las entendían con unos egipcios en una villa aislada. Abierta de oreja a oreja...

Edna tomó al niño en brazos. Unas lágrimas temblaban en las cejas rubias, finas y transparentes. La joven trató de calmarle, meciéndole.

—Me ocuparé de él, si me lo permiten. Saskia aceptará también, seguramente.

Lorrain prefirió guardar silencio. No se lo permitirían, indudablemente... En cuanto a la tía, era probable que pasara mucho tiempo en la cárcel, antes de regresar a los Estados Unidos.

—¿Como les han atrapado? —preguntó Marston.

—Un buen jaleo... Los chicos de la Acción Psicológica conocen su oficio. Asustaron un poco a los vecinos... Unos franceses que todavía no se han marchado y que viven llenos de temor: la cosa resultó fácil. Hablaron de un automóvil americano negro, último modelo. No resultó difícil localizarla. El automóvil les condujo al lugar que les servía de P. C. ¿Y aquí?

—Luz y sonido, como siempre —resumió Marston, señalando los proyectores de nuevo enfocados.

Kemal Haj y sus guardaespaldas llegaron a Reggane en el curso de la noche siguiente. Temblaban de miedo. Un hombre de paisano les conducía por el brazo sin miramientos.

Lorrain habló un par de minutos con él sin asombrarse de su acento. Un ex alemán. Uno más... Oficial de la Legión, había conseguido hacerse trasladar a una unidad de Kabylia.

—Gracias, teniente.

—El placer ha sido nuestro —dijo el hombre de la A. P. con una voz de acento gutural—. Para atrapar a tipos semejantes, puede venirse de lejos y de rodillas...

—Nos ocuparemos de ellos —prometió gravemente Lorrain.

El interrogatorio de Haj y de Amin se desarrolló en plena noche y a puerta cerrada en el Tanezrouft barrido por el viento de arena.

A las tres de la mañana, Dex sabía lo suficiente acerca de los contactos de los Hermanos musulmanes, de los *Mohber* y del *Baas* en los Estados Unidos y en las fábricas especiales, y dejó que Marchand y Lorrain continuaran la conversación a sus anchas.

Los dos franceses regresaron al amanecer, solos.

Nadie, ni en Egipto ni en parte alguna, volvió a oír hablar de Kemal Haj y del degollador Amin.

Aquella misma tarde, dos técnicos subalternos franceses fueron detenidos en Im-Amguel.

* * *

Un mes más tarde, en el Hoggar, al final del *countdown*, la montaña color ceniza empezó a temblar. Millares de piedras se desprendieron en medio de una barahúnda infernal, y los arbustos se estremecieron en un radio de centenares de kilómetros cuadrados, en tanto que los buitres se alejaban precipitadamente y enormes torbellinos de polvo ascendían al cielo, velando la luz del sol. Setecientas mil toneladas de rocas arrancadas de golpe por una onda de choque se transformaron en el corazón del *djebel* en una masa supercomprimida pastosa semejante a lava, al mismo tiempo que la colosal energía de los átomos en fisión provocaba el hundimiento interior del macizo, impidiendo así la expansión de los gases letales.

Una hora después, el jefe de centro telefoneaba, radiante, a la Defensa nacional. El experimento podía ser catalogado *eficacia 1*. Todos los registros habían funcionado, los sondeos demostraban que el volumen de plutonio desintegrado con relación a la masa total era «considerable». Por otra parte,

ningún *gamma* nocivo había contaminado la atmósfera, y el coronel se reservó el resto de sus agrias reflexiones relativas a Ghana, a Marruecos y a los otros estados árabes.

Marston, Lorrain, Frank y Anne-Marie estaban reunidos en la avenida Doumer alrededor de una mesa atractivamente puesta, en compañía de Edna Toller, que residía «provisionalmente» en París, cuando oyeron la noticia por la radio.

Lorrain, con el brazo todavía vendado, recomendó silencio.

La voz del locutor era solemne y grave:

Según comentarios no oficiales, el experimento ha sido un completo éxito y significará una fuente de enseñanzas para la orientación de los futuros trabajos relacionados con la fuerza nacional de disuasión francesa. Pero no hay que perder de vista que las pruebas subterráneas pueden tener también un valor incalculable para la utilización pacífica del átomo. La superdinamita nuclear abrirá nuevos caminos al progreso. Algún día, los megatones trabajarán para abrir fosas más profundas para la búsqueda de petróleo; algún día, esa gigantesca energía de las rocas del subsuelo artificialmente conducidas al punto de fusión será captada por unas centrales térmicas, al mismo tiempo que en las enormes cámaras subterráneas abiertas por el nuevo explosivo nacerán los miles de millones de quilovatios de los sulfatos radioactivos; algún día, surgirán lagos donde hoy no hay más que arena; algún día, unos túneles bajo los océanos y bajo las mayores montañas del planeta serán el lazo de unión de los hombres; algún día...

Anne-Marie apagó la radio con un gesto autoritario, sirvió champaña a todos y levantó su copa, sonriendo:

—¡Por la bomba!

—¡Por la bomba! —repitió dócilmente Frank, mirando tiernamente a Edna.

Lorrain mantuvo su copa alzada delante de él unos instantes, observando con aire soñador la sonrisa de Marston a través del burbujeante champán.

—Tal vez hemos hecho un buen trabajo, después de todo...

Luego bebió de un solo trago.

—¡Por la bomba! —dijo.



TODOS CONTRA COPLAN

Paul Kenny

Capítulo primero

En el aeropuerto de Orly, en el salón especial reservado para los huéspedes importantes, los miembros de una misión técnica de la República Popular de China se despedían de las personalidades francesas que les habían acompañado durante su periplo.

Los chinos, frágiles y estrictos en su atuendo occidental, se deshacían en reverencias al estrechar la mano de los franceses. Éstos, ante unos asiáticos que mostraban unos rostros impasibles, aparecían sonrientes y relajados. Satisfechos, sin duda alguna.

En el mismo instante, una atmósfera más densa reinaba en el despacho del comisario de la *Sûreté Nationale*, situado a medio centenar de metros de allí.

Tres inspectores de la D. S. T. disimulaban su impaciencia contemplando por la ventana el movimiento de los aviones sobre las pistas.

El comisario, sentado ante su escritorio, hacía repiquetear maquinalmente su estilográfica contra la mesa, con los ojos en el vacío.

Ninguno de los cuatro hombres experimentaba la necesidad de decir algo para aliviar el pesado silencio que planeaba sobre la estancia desde hacía diez minutos. De un modo u otro, la situación iba a resolverse a no tardar. Bastaba con esperar.

Una frase discreta pronunciada por la locutora y difundida por los altavoces aumentó, no obstante, el nerviosismo de los policías: «Los viajeros de Air-France, para el vuelo 186 con destino a Roma, Tel-Aviv, Teherán, Nueva Delhi, Bangkok, Hong-Kong y Tokio, deben dirigirse a la puerta de embarque número 23.»

El mismo mensaje fue repetido en inglés.

A través del cristal, los dos inspectores de la D. S. T. observaban a las personas que, saliendo por la puerta 23, subían al autobús que debía conducirles al Boeing. No lejos de allí, un vehículo especial esperaba a los delegados chinos.

—¿No podría retrasarse el despegue del aparato con un pretexto cualquiera? —sugirió uno de los inspectores—. Aunque sólo fuera un cuarto

de hora...

—Desde luego, si asume usted la responsabilidad —dijo el comisario—. En este caso no se lo aconsejo: en las altas esferas lo verían con muy malos ojos, debido a la importancia de esos pasajeros.

Siempre escoltados por sus anfitriones franceses, los primeros chinos se disponían a subir a su autocar reservado. Uno de ellos, un tal Tang Lien Chi, un hombre bajito, con gafas, portador de un maletín de cuero negro, monopolizó la atención de los inspectores apostados detrás de la ventana. Con el rostro impasible, se volvió a saludar con una inclinación de cabeza a todo el grupo de europeos y penetró en el vehículo.

En el interior del despacho, el repiqueteo del timbre del teléfono hizo estremecer a los policías. El comisario descolgó apresuradamente el receptor.

Un segundo más tarde, dijo:

—Le pongo con él.

Alzando la cabeza, llamó:

—Inspector Langon, es para usted.

El receptor cambió de manos. Con semblante preocupado, el agente de la D. S. T. se anunció, espiado por sus colegas. Tras haber escuchado, respondió:

—Muy bien. Haremos lo necesario. Pero no será fácil, desde luego.

Colgó y dijo:

—Disco verde. Vamos allá.

Los tres hombres evacuaron rápidamente el despacho, mientras el comisario se ponía en pie a su vez para ir a mirar a través de la ventana.

El chófer del autocar que conducía a los chinos se disponía a arrancar cuando los policías, corriendo hacia él, le hicieron señas de que debía esperar. Abrió la portezuela, preguntándose qué querrían de él aquellos individuos vestidos de paisano.

Langon subió al vehículo. Declaró, en inglés:

—Les ruego que me disculpen, caballeros... Solicitan a M. Tang Lien Chi para una comunicación de la mayor urgencia.

Hubo un completo silencio. El interesado se puso en pie y se dirigió a la salida.

Con una amable sonrisa en los labios, Langon le dijo:

—No olvide su maletín, mister Tang... Si el vuelo se aplazara... Nunca se sabe.

El chino le dedicó una mirada impenetrable, dio media vuelta y cogió el maletín, colgado en la redcilla. Sus compatriotas permanecieron indiferentes.

Langon se dirigió al chófer:

—Lleve a esos caballeros a su avión. Nosotros nos encargaremos de acompañar a bordo a este pasajero en cuanto haya terminado. Avise a la azafata.

Langon descendió del autocar. Alcanzó a sus colegas, los cuales enmarcaban ya la delgada silueta de Tang Lien Chi y le señalaban el camino, mientras el vehículo se alejaba.

Cuando el grupo hubo penetrado en el despacho de la Sûreté, Langon dijo en inglés:

—Crea que lamento este contratiempo y... esta pequeña mentira, mister Tang. En realidad, no se trata de un mensaje, sino de una comprobación. ¿Tiene inconveniente en que examine el contenido de su maletín?

El chino miró a su interlocutor, luego a los otros blancos que le rodeaban. Cuando habló, lo hizo con una voz fría y cortante:

—Considero ofensiva esa petición, y poco en consonancia con la cortesía que se nos ha dispensado durante nuestra estancia en este país. La declaración entregada a la aduana cubre la totalidad de mi equipaje. ¿Acaso no les basta?

El inspector, con aire desolado, respondió:

—No somos oficiales de Aduanas, mister Tang, y estamos convencidos de que en ese aspecto se encuentra usted completamente en regla. Sería muy desagradable para nosotros retenerle hasta después de la salida del avión, pero es lo que va a producirse si no accede usted, voluntariamente, a que le eche una ojeada a los documentos que transporta.

Muy dueño de sí, Tang Lien Chi se permitió una leve sonrisa sarcástica.

—Espero que esté en condiciones de leer los caracteres chinos... Puesto que insiste, adelante, por favor.

Colocó el maletín sobre el escritorio y su expresión se hizo hostil. Los dos inspectores le vigilaban de cerca. El comisario, con las manos en los bolsillos, permanecía como al margen de la escena.

Langon abrió el maletín, que no estaba cerrado con llave, y procedió a un rápido inventario de los documentos que contenía.

Unos textos mecanografiados, en francés, aparecían mezclados con unas cuartillas cubiertas de notas manuscritas, en ideogramas chinos. Todo lo que Langon pudo leer se relacionaba con la industria naval.

Luego sacó un gran sobre blanco, del cual extrajo un paquete de cuartillas dobladas por la mitad. Las desplegó, las alisó, las recorrió en diagonal una tras otra.

—Señor comisario —dijo, sin alzar los ojos—, ¿quiere usted informar a la torre de control de que debe retrasar la salida del Vuelo 186 hasta nueva orden?

—De acuerdo.

Por el interfono, el oficial de la policía transmitió la consigna.

Tang Lien Chi no dio muestra alguna de impaciencia.

—Siéntese, por favor —le dijo Langon, señalando una butaca.

Las páginas que recorría estaban llenas de fórmulas algebraicas —en lenguaje matemático universal—, separadas por unos textos en chino, todo escrito a mano.

Langon no tardó en llegar a una página distinta de las otras: tenía el aspecto de una fotocopia, y reproducía unos esquemas de circuitos electrónicos. Las menciones explicativas estaban en caracteres de imprenta, minúsculos.

El inspector sacudió la cabeza. Humedeciendo su dedo índice, pasó a la hoja siguiente, luego a una tercera. Más allá, volvían a ser iguales que las precedentes.

Langon separó aquellas tres páginas del fajo y se las mostró a Tang Lien Chi.

—¿Puede decirme lo que significa esto?

El chino enarcó las cejas. Abandonó su butaca a fin de examinar mejor los documentos.

—No —dijo—, no puedo informarle. Esto no es de mi competencia, pero incluso un profano puede ver que se trata de circuitos de radio. En cuanto a lo que significan...

—Sé lo que significan, mister Tang —le interrumpió secamente el inspector—. ¿Cómo han llegado a su poder esos esquemas?

El chino frunció el ceño, reflexionando.

—Es muy raro —declaró, al cabo de unos instantes—. Ignoraba que esas fotocopias estuvieran en mi maletín.

Un escepticismo irónico se reflejó en el rostro de los inspectores. Langon asumió un aire comprensivo.

—Sin duda es usted un poco distraído, como la mayor parte de los sabios —dijo, a media voz—. Haga un esfuerzo...

Continuó, en tono más duro:

—... ya que debo advertirle que esas piezas son secretas y que su tenencia puede valerle una acusación de espionaje.

Desconcertado, Tang Lien Chi le miró fijamente sin pronunciar palabra.

—Vamos, confiese —prosiguió Langon—. No haga perder tiempo a los 109 pasajeros que esperan en el Boeing. Sabemos quién le ha entregado este sobre, conocemos la hora y el lugar del encuentro. Fue un estudiante llamado Wang Hu, ¿no es cierto?

El chino entrecruzó las manos. Carraspeó ligeramente, aclarándose la voz.

—Efectivamente, Wang Hu me confió ese sobre para uno de sus camaradas de Pekín. Pero, desde luego, quise saber lo que contenía y revisé todas las páginas. Y puedo afirmar solemnemente que esas fotocopias no figuraban entre ellas.

—Admitámoslo. En tal caso, ¿quién se las entregó?

—Nadie. No me explico cómo han llegado ahí. Debe de tratarse de una maquinación...

Langon suspiró profundamente y dijo:

—Me veo obligado a hacerme cargo de estos documentos. Por deferencia a la delegación de la cual forma parte, no vamos a tomar medidas contra usted. Sin embargo, sepa que en adelante es usted *persona non grata* en Francia.

Lleno de humildad, Tang Lien Chi inclinó el busto tres veces.

—Lo lamento profundamente —murmuró.

El inspector le devolvió el maletín, tras haber introducido en él todos los documentos y el sobre. Luego, sus dos colegas se llevaron al chino, le hicieron subir a un automóvil y le condujeron rápidamente hasta la escalerilla del avión.

Desde el despacho, Langon y el comisario vieron cómo se cerraba la puerta de la carlinga.

—¿Aviso a la torre? —inquirió el comisario.

El inspector asintió, con los dientes apretados.

Cuando el oficial hubo dado la autorización de despegue, preguntó:

—¿Por qué no ha detenido a ese viejo truhan? El flagrante delito era patente...

Langon volvió a doblar las fotocopias para deslizarías en su bolsillo interior.

—Secreto de Estado —respondió, lacónico.

Capítulo II

—La mala suerte se encarniza contra usted —declaró el Viejo cuando un tipo alto y musculoso, de rostro viril, entró en la *antecámara* como Pedro por su casa.

Los agentes volantes del S. D. E. C.^[6] designaban así el despacho del gran Patrono, porque aquella estancia lúgubre, de muebles anticuados, anunciaba invariablemente para ellos un viaje hacia lo desconocido.

Francis Coplan se encaró con su jefe.

—¿Qué le hace creer eso? —inquirió con una insolente calma, mientras se acercaba al asiento que el Viejo señalaba con la boquilla de su pipa.

De hecho, Coplan no ofrecía la imagen de un hombre abrumado por la desgracia. Elegante, la tez curtida, moviéndose con la felina agilidad que confiere una musculatura potente y armoniosa, gozaba visiblemente de una salud física envidiable y de un perfecto equilibrio interior.

—Va usted a salir para Extremo Oriente —dijo el Viejo, encendiendo un fósforo.

Francis observó las tres pequeñas llamas que despidió por encima de la cazoleta de la pipa. La cabeza del Viejo quedó oculta por una nube de humo.

No percibiendo ninguna reacción de su subordinado, disipó con el dorso de la mano aquella niebla artificial y concretó:

—Para Pekín.

Coplan asintió con un gesto. Mucha agua había corrido entre las orillas del Yang-Tsé-Kiang, desde hacía diez años... Y también bajo los puentes del Sena, por otra parte.

Respondiendo a unos pensamientos que adivinaba, el Viejo murmuró:

—Sí, los tiempos han cambiado. Esta vez irá usted allí de un modo oficial. Su misión no tendrá nada de clandestina.

Coplan sonrió.

—Desde luego.

—No, créame. Necesito un emisario seguro, para una misión delicada que requiere mucho tacto, pero que es completamente lícita...

Parecía sincero. Coplan le miró con más atención.

El Viejo continuó:

—He aquí de lo que se trata, en resumen: hace cuarenta y ocho horas, una delegación china ha regresado a su país, dejándonos un pedido para la construcción de dos buques de transporte, por un valor de 30 millones de francos. Un excelente negocio para nuestros astilleros... Lo malo es que uno de los miembros de aquella honorable delegación fue «controlado» en Orly por la D. S. T., porque llevaba en su maletín los esquemas ultraconfidenciales del equipo electrónico de nuestro avión Caravelle.

Como buen conocedor, Coplan consideró que era un golpe excelente y su semblante lo expresó. No sabiendo si su admiración se dirigía a la D. S. T. o al autor del robo, el Viejo gruñó:

—Espere, no es tan sencillo como parece... Tal vez ignora usted que la República Popular China desearía también comprarnos Caravelles, pero el gobierno de los Estados Unidos se opone a que se los proporcionemos. El motivo invocado por Washington era el embargo que afectaba a las mercancías susceptibles de mejorar el potencial militar de China. Y el equipo electrónico del Caravelle es de fabricación norteamericana. Por lo tanto, hemos tenido que inclinarnos. Sin embargo, hemos buscado una fórmula. Por ejemplo, entregar los aviones sin sus sistemas normales de control, o bien con otro sistema que sería del dominio público y fabricado en otra parte^[7].

—Pero los chinos han preferido la fórmula experimentada y han procurado hacerse con esos datos técnicos. Es lógico —admitió Coplan, deportivamente.

—Si se hubieran llevado esos documentos, se nos habría creado una situación embarazosa —replicó vivamente el Viejo—. Tarde o temprano, los americanos nos hubieran acusado de complicidad. Sus medidas de retorsión sobre nuestros mercados exteriores nos habrían perjudicado grandemente. Sin embargo, el fondo del problema no es ése...

Se retrepó en su asiento y, detrás de sus gruesas gafas, su mirada se veló.

—La D. S. T. había sido advertida por una denuncia anónima de que unos informes muy importantes iban a ser entregados a un tal Tang Lien Chi, que pertenecía a aquella misión económica. Se señalaban incluso el lugar y la hora de la entrevista. Sin conceder demasiado crédito a la denuncia, la D. S. T. vigiló al personaje. Y éste recibió efectivamente un sobre en el Café de Flore, en el *boulevard* Saint-Germain. Imagine el efecto que la historia produjo en nuestros colegas del Interior... Unos individuos que nos traían treinta millones en bandeja de plata, y había que detener a uno de ellos... Antes de actuar, la dirección de la Seguridad del Territorio consideró prudente abrir su

paraguas: la Presidencia, el Quai d'Orsay y los Asuntos Económicos fueron discretamente consultados. En definitiva, el chino fue interceptado poco antes de emprender el vuelo, y a pesar de que se le encontraron los esquemas en cuestión, fue autorizado a salir de Francia con sus compatriotas.

Pensativo, Coplan se pellizcó la nariz.

—¡Eso huele a maniobra desde un kilómetro! —observó.

—Lo mismo opino yo. Afortunadamente, la D. S. T. no cayó en la trampa: si hubiera detenido al individuo por su propia iniciativa, nuestras relaciones comerciales con la China Popular habrían caído en barrena.

—Desde luego. Pero, al parecer, la investigación corresponde a la D. S. T. El Viejo hizo una mueca de reticencia.

—Sí, y no. Le incumbe, naturalmente, descubrir dónde fueron tomadas esas fotocopias, y por quién, pero aquí surge una divergencia de puntos de vista entre su servicio y el nuestro. Para la D. S. T., la culpabilidad de Tang Lien Chi es evidente; de un modo consciente, y obedeciendo órdenes, trató de escapar con esos documentos. Yo no estoy tan convencido. Si ha habido maniobra, Tang Lien Chi ha podido ser *también* víctima de ella, y eso es lo que usted tendrá que poner en claro.

—¿A santo de qué, puesto que de todos modos no incurrirá en ningún castigo?

—Le oírán usted en calidad de testigo —respondió el Viejo—. Si a través de sus respuestas o su actitud deduce que estaba en antecedentes del golpe, eso confirmará la hipótesis de que Pekín tiene montada una red de espionaje en nuestro país. En caso contrario, la continuación de las operaciones dependerá más de nosotros que de la D. S. T.

Alzando la barbilla, Coplan preguntó:

—Y el individuo que entregó el sobre a Tang Lien Chi, ¿no ha sido interrogado aún?

—No. Se le vigila de cerca y se identifica a todas sus relaciones. Pero cuando atraparon a Tang, casi con las manos en la masa, pretendió que las fotocopias no se encontraban en el sobre que le habían entregado en el Café de Flore y que ignoraba cómo habían podido ser introducidas posteriormente en él. La explicación es demasiado burda para que sea falsa.

—¿Ve usted más bien en ella un indicio de la sinceridad de Tang?

—Indiscutiblemente.

El Viejo subrayó sus palabras dibujando arabescos en el aire con la boquilla de su pipa:

—Un individuo dotado de sentido común, y no hablemos de un profesional de la información, no se hubiese atrevido a inventar semejante fábula. Y, además, ¿quién es Tang Lien Chi? ¿Un oscuro funcionario de atribuciones inconcretas? ¡En absoluto! Es un ingeniero naval de primera fila, que ocupa un alto cargo en la Corporación Nacional de Importación-Exportación técnica de China. Un caballero al que su gobierno no metería en tal avispero, pudiendo recurrir a subalternos menos valiosos. ¿Comprende?

—En mi opinión, el autor de la denuncia y el hombre que deslizó esos documentos en el maletín de Tang reciben órdenes de la misma fuente — sugirió Coplan.

—Y el segundo es un personaje, chino o francés, que ha frecuentado de cerca a la delegación china durante su estancia en París —añadió el Viejo.

Tras una breve meditación, Coplan preguntó:

—¿Qué se sabe hasta ahora del individuo que Tang encontró en el Flore? ¿Es un europeo?

—No, es un joven estudiante chino llamado Wang Hu. Forma parte del primer contingente de universitarios enviados aquí por las autoridades de Pekín para terminar sus estudios en nuestras facultades. Serio, como todos sus camaradas, lleva una vida ejemplar... al parecer.

El Viejo abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó dos fotografías tamaño tarjeta postal, las cuales tendió a Coplan.

—He aquí unos clichés tomados sin que los interesados se dieran cuenta a raíz de su entrevista en el Flore. En uno de ellos puede verse a Tang aceptando el sobre de manos del estudiante.

Contemplando las fotos, Coplan observó:

—No puede decirse que obraran de un modo subrepticio. Los dos hombres tienen una actitud muy natural.

Poco después, añadió:

—En fin, sabemos que eso no significa gran cosa... De todos modos, una imprudencia de esa clase resultaría bastante sorprendente en unos agentes experimentados.

Quiso devolver los clichés, pero el Viejo le dijo:

—Guárdelos, tengo otras copias para el expediente. En resumen, espero que sabrá entenderse con Tang Lien Chi en Pekín. He obtenido su visado en un tiempo récord, precisamente porque va usted allí con la misión oficial de presentar nuestras excusas, ¿entiende?

Coplan se apoderó del pasaporte, completamente nuevo, y lo hojeó distraídamente.

—¿Excusas, a un individuo que ha estado a punto de robarnos, conscientemente o no, unos procedimientos técnicos confidenciales? Decididamente, algo ha cambiado en nuestras relaciones con el ex Imperio Celeste —afirmó, con la sombra de una sonrisa.

* * *

Una ciudad inmensa y silenciosa, sin ruidos de motores y sin claxons, unas amplias avenidas sin tiendas, animadas por innumerables ciclistas, unas construcciones antiguas o modernas con tejados de ladrillo barnizado, tales fueron las primeras imágenes que recogió Coplan durante el trayecto desde el aeropuerto a la calle Hatamen, donde se encontraba el hotel Sinchiao.

Le advirtieron que el restaurante europeo se encontraba en el sexto piso, que las propinas estaban prohibidas y que, si necesitaba un automóvil para sus desplazamientos, la dirección del hotel se lo proporcionaría gustosamente.

Coplan respondió que deseaba un taxi para la mañana siguiente, y luego subió a tomar posesión de su habitación.

Su primer cuidado fue el de ponerse en comunicación con la Embajada de Francia, informada de su llegada, para saber qué disposiciones habían sido tomadas de acuerdo con Tang Lien Chi.

El agregado le dijo que el ingeniero le recibiría en su casa el día siguiente, a las ocho de la noche, y silabeó la dirección. No, Tang no se había mostrado reacio a conceder aquella entrevista a un enviado de París.

Tranquilizado acerca de aquel extremo, Coplan se acostó.

* * *

La noche había caído cuando el taxi dejó a Coplan en una avenida de varios kilómetros de longitud, bordeada de edificios y de enjambres de viviendas nuevas, al oeste de la antigua ciudad.

El domicilio de Tang Lien Chi se encontraba en el tercer piso de un inmueble severo, reciente, cuya arquitectura reflejaba la influencia de los constructores rusos: una solidez maciza, un estilo impersonal, la frialdad mecánica de las líneas.

Llegado al rellano tras haber escalado los peldaños de una escalera de hormigón, Coplan llamó. Cuando la vibración del timbre se apagó, un silencio sepulcral se restableció en todo el edificio.

La puerta giró sobre sus goznes. Un chino que llevaba gafas y una chaqueta abrochada hasta el cuello se inclinó:

—Mister Coplan, supongo... —murmuró—. Encantado de conocerle y de recibirle en mi modesto alojamiento.

El visitante estrechó la mano tendida hacia él, una mano frágil y suave de intelectual. Inclinandose a su vez, dijo:

—Me siento muy honrado, mister Tang Lien Chi.

Su anfitrión volvió a cerrar la puerta detrás de él y le introdujo en una habitación de una sencillez monástica que debía de constituir un gabinete de trabajo: una mesa, una estantería atiborrada de libros y de carpetas, una silla baja.

Coplan declaró, mientras miraba a su interlocutor con una sombra de turbación muy bien imitada:

—He venido a expresarle el pesar del gobierno francés por el penoso incidente que señaló los últimos minutos de su estancia en nuestro país...

El chino le interrumpió con un gesto.

—Desde aquel día, mi confusión no ha cesado de aumentar —afirmó, con aire preocupado—. Su gestión, sean cuales sean los motivos que la han inspirado, me permite al menos volver a hablar de aquel asunto, para mí lleno de oscuridades. Hubiera podido reportarme unas sanciones muy graves, en mi país, si mis colegas de la Corporación hubiesen sabido por qué me habían retenido.

Bajo la cortesía del tono asomaba el descontento, y Coplan se sintió casi en la postura de un acusado.

—A pesar de lo abrumador de los hechos, le concedimos a usted el beneficio de la duda —recordó—. Además, hemos minimizado en lo posible las repercusiones que podían derivarse de aquel descubrimiento. Ahora, después de un examen más profundo, estamos convencidos de su inocencia, y eso es lo que me han encargado que le transmita.

Tang Lien Chi murmuró, con los ojos bajos:

—Evidentemente... Evidentemente. Las apariencias estaban contra mí, es innegable. No podían ustedes obrar de otro modo, lo comprendo perfectamente.

Alzó la cabeza y miró a Coplan con una expresión de benevolencia.

—Siéntese —rogó—. Nuestra conversación no tiene que ser tan protocolaria. ¿Tal vez aceptaría usted una taza de té?

—De buena gana.

Tang se encorvó y desapareció en la habitación contigua.

Regresó con una bandeja que contenía dos tazas y una tetera de fina porcelana, y un cazo de barro cocido lleno de agua hirviendo.

Coplan había aprendido a desconfiar de la buena fe de la gente. Y no subestimaba las prodigiosas facultades de disimulo de los asiáticos, ni las sutilidades de su mente retorcida. Sin embargo, tenía la impresión de que Tang Lien Chi no estaba fingiendo.

—Si de mí dependiera —dijo el chino, mientras vertía agua en la tetera—, me gustaría ayudarles a aclarar el problema. Para mi satisfacción personal, e incluso sabiendo que me han descartado ustedes como sospechoso...

La mirada oblicua que dirigió a Coplan, después de aquellas últimas palabras, revelaba su escepticismo al respecto.

—La policía se ha basado en dos argumentos para descartarle a usted —le informó Coplan—. En primer lugar, digamos..., la absoluta ingenuidad de sus alegatos. En segundo término, el hecho de que fuera usted denunciado.

Los brazos de Tang se inmovilizaron, mientras su cabeza se volvía hacia el francés.

—¿Denunciado? —repitió, en tono de asombro.

Coplan confirmó:

—La policía había sido advertida, anónimamente, de que Wang Hu le confiaría esas fotocopias.

El ingeniero dejó sobre la mesita el cazo humeante.

—Pero, Wang Hu *no* me entregó esos documentos —insistió—. Lo que les dije a los inspectores era la pura verdad, le doy mi palabra. A mi edad se es prudente. No se aceptan a la ligera unos encargos que puedan acarrear dificultades... Tal como afirmé en Orly, repasé todas las hojas contenidas en el sobre: eran notas de curso que Wang Hu quería hacer llegar a su amigo Ling, el cual, menos favorecido, no puede completar sus estudios en Occidente.

—No trate de convencerme, ya estoy convencido —declaró jovialmente Coplan—. Lo mejor será que busquemos algún indicio que arroje un poco de luz sobre el enigma.

—Un momento —dijo Tang—. Permítame que le sirva el té.

Inclinó religiosamente la tetera sobre las tazas, y luego ofreció una de ellas a su huésped.

—¿Cómo interpreta usted ese embrollo? —inquirió a continuación, con la frente cruzada por innumerables arrugas.

Coplan hizo una mueca de perplejidad.

—Hay tres posibilidades a tener en cuenta —resumió—. Una red de espionaje ha tratado de hacerle transportar a China, sin que usted lo supiera, unos documentos importantes, y un miembro de aquella organización,

obedeciendo a móviles personales, ha torpedeado el proyecto. Segundo caso: se trata de una maniobra destinada a crear un clima desfavorable entre China y Francia, en vísperas de la reanudación de sus relaciones diplomáticas. Tercera hipótesis: el asunto ha sido montado únicamente para perjudicarle a usted.

Tang Lien Chi enarcó las cejas.

—Eso me parece poco plausible —dijo—. No veo quién podría estar interesado en mi encarcelamiento en Francia. En mi situación, no hago sombra a nadie, y, en el terreno particular, mi desaparición no aprovecharía a ninguna persona de las que me rodean.

—Razonemos partiendo de los hechos —sugirió Coplan—. El denunciante conocía su cita con Wang Hu. ¿Quién, de entre sus colegas, sabía que iba a encontrarse usted con aquel estudiante?

—No había dicho nada a ninguno de ellos, pensando que no valía la pena mencionarlo. Teníamos una tarde libre, y cada uno podía emplearla a su antojo.

—¿Cómo había sido concertada la cita?

—¡Oh! Se remonta a muy lejos... Ling es uno de mis antiguos alumnos. Le veo de cuando en cuando. Se escribe con su amigo Wang Hu. Cuando supo que iba a trasladarme a Europa, me preguntó si tendría ocasión de encontrarme con Wang en París. El programa del viaje nos dejaba unas horas libres la víspera de nuestra marcha, de modo que dije que sí, y precisé la hora en que podría hacerlo. Quince días más tarde, Ling vino a mi casa. Me preguntó si accedería recoger unas notas de curso recopiladas por Wang y traerlas a Pekín, y al decirle que sí, me citó el lugar y la hora del encuentro con su amigo. Eso es todo.

Coplan pensó que, en aquellas condiciones, el desconocido que había telefoneado a la D. S. T. debía de moverse en el círculo de los estudiantes chinos de París, y que se había aprovechado de una confidencia de Wang Hu.

—Queda por aclarar en qué momento introdujeron las fotocopias en su maletín —dijo Francis—. Más exactamente, en aquel sobre de Wang cuyo contenido había revisado usted... A propósito, ¿cuándo tomó usted aquella precaución? ¿En el mismo Café de Flore, o después?

—Después, desde luego. No quise ofender a aquel joven con mi desconfianza. Revisé sus notas en mi habitación del hotel.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las seis y media de la tarde.

—Entre aquel momento y el de su salida para Orly, a la mañana siguiente, ¿cuándo se separó usted de su maletín?

Tang Lien Chi, de pie, apoyado contra su mesa de trabajo, bebió un sorbo de té. Reunía sus recuerdos.

—En principio, no me separo nunca de él —declaró—. Sin embargo, no pudieron introducir aquellos documentos bajo mis propios ojos... ¡Un momento! Aquella noche asistimos a una cena de despedida, y dejé el maletín en el guardarropía. Aparte de eso, lo tuve siempre al alcance de la mano.

—¿Dónde tuvo lugar la cena?

—En un salón particular del restaurante Lasserre. Estuvimos allí hasta las once de la noche, con unos administradores de los astilleros a los cuales habíamos encargado la construcción de unos barcos.

Se hizo un silencio.

Coplan inquirió, al cabo de unos instantes:

—¿Había entre ustedes algún chino que no perteneciera a la delegación? ¿Algún miembro de su Embajada, por ejemplo?

Tang Lien Chi irguió la cabeza.

—¿Qué es lo que imagina? —inquirió vivamente—. Es inverosímil...

—En materia de espionaje o de guerra fría no hay nada inverosímil, mister Tang. Si algún vano escrúpulo le impide contestar a mi pregunta, puede suponer que la policía de mi país no tendrá grandes dificultades para identificar a todos los asistentes a aquel banquete; bastará con interrogar a los administradores.

El ingeniero, depositando su taza sobre la mesa, suspiró:

—Nada más sencillo, en efecto. Pues bien, sí, en nuestro grupo figuraban tres chinos residentes en París, dos funcionarios de la Embajada y un consejero jurídico. Me fueron presentados, pero confieso que he olvidado sus nombres.

Capítulo III

Pensativo, Coplan exhibió su paquete de Gitanes e inquirió:

—¿Me permite?

—Desde luego —se apresuró a decir su anfitrión—. Yo no fumo, pero el humo no me molesta.

Coplan aplicó la llama de su encendedor a la punta del cigarrillo y aspiró profundamente.

—Disculpe si abuso de su hospitalidad, pero... ¿aceptaría usted conseguirme aquí una entrevista con ese estudiante Ling, al cual trajo las notas de Wang Hu?

Tang Lien Chi asintió.

—Sí, puedo hacerle venir una tarde, si lo desea. ¿Le gustaría conocer a ese joven?

Francis dirigió una mirada directa a su interlocutor y dijo:

—Si no se hubiera producido aquella llamada telefónica anónima, las fotocopias hubiesen ido a parar a sus manos, ¿no es cierto? Usted se las habría entregado sin saberlo. Y él, ¿qué hubiera hecho con ellas?

El ingeniero chino enarcó las cejas.

—He aquí un aspecto del asunto que se me había escapado —confesó, con aire preocupado.

Luego, súbitamente tranquilizado, replicó:

—No, creo que se equivoca usted de camino... El joven Ling no tiene nada que ver en el asunto, puesto que se procuró que los documentos no llegaran a su destino.

—Es cierto en el caso de las dos últimas hipótesis que he formulado, pero no en el de la primera. El nudo de la cuestión está ahí. Y tengo la impresión de que una conversación sincera con Ling nos señalará el camino de la verdad.

Tang meditó unos segundos. Experimentaba la necesidad de ver claro en aquel asunto, no sólo porque había puesto en entredicho su honorabilidad y había estado a punto de costarle caro, sino también, porque se preguntaba, a pesar de la confianza que parecían demostrarle, si no pendía sobre su cabeza

otra amenaza del mismo género. ¿Quién puede estar seguro de no tener enemigos?

—Voy a rogar a Ling que venga pasado mañana —decidió en voz baja.

* * *

Un hombre —un blanco— sentado en una butaca del vestíbulo del hotel Sinchiao espiaba el rostro de todas las personas que entraban.

Cuando Coplan hizo su aparición, el europeo interrogó con la mirada al portero. Éste inclinó afirmativamente la cabeza, y el hombre se puso en pie para salir al encuentro de Francis.

—¿Mister Coplan?

El interesado maldijo para sus adentros al jefe mientras miraba al desconocido, el cual explicó:

—Soy un empleado de la Embajada de Francia. Me han encargado que le entregue este mensaje en propia mano. ¿Quiere firmar el acuse de recibo?

Coplan aceptó el sobre y garabateó su firma en un formulario.

—Gracias, y buenas noches —le dijo al emisario, antes de continuar su camino hacia el ascensor.

Al llegar a su habitación abrió el sobre y extrajo de él una cuartilla con un largo texto mecanografiado, sin firma. Expedido por el Viejo vía Quai d'Orsay, evidentemente.

Mientras leía, Coplan enarcó las cejas.

«Los especialistas de Sud-Aviación son concluyentes: las fotocopias no reproducen documentos utilizados en Francia, sino unos esquemas normalmente en poder de la firma que construye el equipo, en los Estados Unidos. En consecuencia, la sustracción no se ha efectuado en nuestro país. Segundo punto: hemos comprobado que el estudiante había hablado a sus camaradas de su próximo encuentro con un miembro de la delegación, lo cual aboga en favor suyo y permite suponer que aquella confidencia fue aprovechada por un tercero. La tesis según la cual el denunciante y el individuo que introdujo las fotocopias en el maletín podrían ser la misma persona, parece ganar terreno. Envíe sin dilación, por el mismo conducto, los resultados de su entrevista con T.»

Coplan dejó la carta sobre la mesa, encendió un cigarrillo y dio algunos pasos a lo largo de la habitación.

Encontraba bastante agradable la idea de que los propios americanos, después de haber formulado su veto a la venta de los Caravelle a causa de su material electrónico, se hubieran dejado robar las particularidades de concepción y de montaje.

Aparentemente. Ya que, después de todo, podía ser la propia C. I. A. la que hubiera tramado aquella historia para torpedear el comercio franco-

chino... Era una eventualidad que no podía perderse de vista.

Francis se sentó a redactar su respuesta utilizando el papel de cartas del hotel. Después de reflexionar, escribió:

«Identificar urgentemente a todos los asistentes al banquete que se celebró en el restaurante Lasserre la víspera de la marcha de la delegación china. Enviarme la lista de los nombres y direcciones de los franceses (representantes de los astilleros) y de los tres chinos que no eran miembros de la Comisión de Import-Export. Interrogar a la encargada del guardarropía del Lasserre, a fin de saber si uno de los invitados, blanco o amarillo, se presentó en el guardarropía, durante la cena, para introducir unos documentos en un maletín confiado a su custodia. En caso afirmativo, detener al individuo: existen muchas posibilidades de que sea el culpable. Téngame al corriente. Prolongo mi estancia, con vistas a proceder a una comprobación complementaria en lo que atañe al corresponsal de W. al cual iba destinado el sobre.»

Coplan apagó su cigarrillo, dobló la hoja para deslizarla en su bolsillo interior, rompió en pequeños trozos el mensaje de la Embajada y fue a tirarlos a la taza del W. C.

* * *

Al día siguiente, Coplan se dirigió a casa de Tang Lien Chi, rumiando por el camino las preguntas que iba a formular al estudiante Ling.

Tang abrió la puerta. En su rostro se reflejaba la preocupación.

Tras los saludos de rigor, dijo:

—Pase aquí, por favor...

Y se apartó, al tiempo que abría la puerta de una habitación que no era su gabinete de trabajo.

Coplan dio un par de pasos y se inmovilizó en el umbral. Tres hombres de rostros indescifrables le miraban con aire inquisitivo. Uno de ellos estaba descuidadamente apoyado en la pared; el segundo, sentado a horcajadas en una silla, con los brazos cruzados sobre el respaldo; el tercero permanecía en pie, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta.

Detrás de Francis, Tang Lien Chi articuló:

—Esos caballeros deseaban verle... Todos hablan inglés.

Coplan avanzó, permitiendo así a Tang entrar a su vez en la habitación y efectuar las presentaciones. Pero el ingeniero cerró la puerta, se sentó en una silla desocupada y declaró, en tono embarazado:

—Le ruego que me disculpe. Ling no ha podido venir. Sin embargo, me alegra mucho su visita. Va a ser útil. Esos amigos que le rodean son unos representantes de la Policía del Pueblo.

Coplan, aunque sorprendido, no se alteró. Paseó los ojos por los reunidos y saludó a todo el mundo con una inclinación. Si no se equivocaba, el camarada Tang Lien Chi tenía dificultades.

—Bien venido, mister Coplan —dijo el chino que estaba sentado, en un tono casi tan caluroso como una hoja de afeitar—. ¿Tiene usted algún motivo especial para desear ver a Ling?

Durante una fracción de segundo, Francis creyó descubrir la palabra final del asunto: Ling debía efectivamente tomar posesión de las fotocopias y transmitir las a los servicios de información chinos. *Y no había podido hacerlo, justificadamente.*

Seguro en su posición de enviado especial, Coplan decidió hablar claro:

—Sí. Me hubiera gustado charlar con Ling, porque se le supone agente de enlace de una red de espionaje que actúa en Europa.

—¿Se basa usted en indicios seguros, o en simples conjeturas? —preguntó el policía.

—Es un razonamiento —dijo Francis—. No tenemos ninguna prueba material. Un sobre destinado a él contenía unos documentos secretos, de los cuales nos apoderamos en Francia.

Un tenso silencio planeó sobre la habitación. El inspector que estaba apoyado en la pared se cogió la barbilla con la mano. Su colega miró a Tang, y luego a Coplan.

Francis sacó tranquilamente un cigarrillo y se lo puso en la comisura de la boca, mientras estudiaba al portavoz del trío.

Uno de los policías pronunció algunas palabras en chino, y esto abrió una discusión. Tang Lien Chi, sombrío, atormentado, la escuchó sin tomar parte en ella.

Finalmente, el orador del equipo se dirigió de nuevo a Coplan:

—Le agradecería que nos lo contara todo. ¿Qué es lo que ha motivado su presencia en Pekín?

—No hay ningún misterio. Mister Tang Lien Chi fue víctima de unas leves molestias antes de subir al avión que debía conducirlo a China, y un oficial de la policía le informó de que, en adelante, sería *persona non grata* en Francia. He venido a rectificar aquel error, rogando a mister Tang que acepte nuestras excusas.

Su interlocutor movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, ésa ha sido también su versión. Pero ¿cómo ha empleado usted el tiempo, desde su llegada?

Coplan le informó sucintamente, pero con precisión.

Cuando hubo terminado, el chino continuó acechando algún cambio en su expresión.

—Ling fue asesinado ayer, entre las nueve y las diez de la mañana — anunció, con voz incolora—. Afortunadamente para usted, sabemos ya que en aquel momento se encontraba en su Embajada. Aparte de mister Tang, ¿a qué otras personas ha visitado usted?

—A nadie. No conozco absolutamente a nadie en Pekín.

Francis había contestado en tono firme, categórico, a pesar de que la noticia le había desconcertado. Ahora comprendía lo sucedido: al tratar de ponerse en contacto con Ling, el ingeniero había topado con los investigadores; debió de hablar más de la cuenta, y la Seguridad Interior se había hecho cargo del asunto.

Con la minuciosidad propia de los asiáticos, el policía insistió:

—¿Quiere usted repetirnos, con detalle, a consecuencia de qué acontecimientos recibió el encargo de efectuar esa gestión cerca de mister Tang Lien Chi? No omita nada, por favor.

Francis Coplan se explicó, respetando la verdad: los Servicios de Información chinos debían saber a qué atenerse, si el robo de los documentos, en América, había sido cometido a instancias suyas.

Sus oyentes le escucharon atentamente, como si acecharan un fallo o una mentira en sus alegatos.

Cuando se calló, Tang Lien Chi levantó la cabeza. Hablando en inglés, para que Coplan pudiera entenderle, se dirigió a sus compatriotas:

—Como pueden ver, si hay alguna relación entre esos hechos y el asesinato, este caballero no puede estar mezclado en él. La muerte de Ling es para él, lo mismo que para mí, un acontecimiento profundamente lamentable.

El policía que dirigía el debate emitió, al cabo de algún tiempo, su conclusión:

—No nos explicábamos el móvil del asesino. Ahora, se hace evidente que apuñalaron a Ling para impedir que hablara... Existía una complicidad entre él y la persona que facilitó las fotocopias.

Giró sobre su silla para volverse hacia Tang y añadió, más incisivo:

—De todos modos, me parece muy raro que haya desempeñado usted involuntariamente ese papel de portador... Tenía que estar al corriente de los lazos que unían a Ling con ciertos medios, confiéselo.

El ingeniero se sobresaltó visiblemente.

—¡Eso es absurdo! —protestó—. La policía francesa está convencida de mi inocencia, a pesar de que el tráfico de esos documentos perjudicaba los

intereses de su país. Y usted no me cree cuando, lejos de ocultarlo, si fuera cierto, podría reivindicar el mérito de haber favorecido los intereses de China, por mi cuenta y riesgo...

El argumento apabulló al agente de la Seguridad china. Pero reanimó singularmente el escepticismo de Coplan.

Se preguntó incluso si aquella reunión no era, de punta a punta, una comedia destinada a embrollarle. *¿Estaba realmente muerto Ling?*

El inspector volvió a tomar la palabra:

—Mister Coplan, no vamos a retenerle más, por esta noche. Le agradeceré que no abandone Pekín hasta recibir un salvoconducto autorizándole a hacerlo. No tardará en ser citado para una declaración por escrito. Entretanto, le deseo una agradable estancia en nuestra capital.

Coplan miró a Tang, y luego a los otros ocupantes de la habitación.

—Buenas noches, caballeros —saludó brevemente, girando sobre sus talones.

Capítulo IV

Coplan repasó cuidadosamente la colección de periódicos del hotel, de un modo especial los que daban informaciones en ruso y en inglés para los extranjeros, sin descubrir ninguna gacetilla que se refiriera al asesinato de un estudiante.

Aun admitiendo que las autoridades, por necesidades de propaganda, pudieran abstenerse de publicar sucesos de aquella índole, Francis se sintió irritado por el hecho.

Desde su interrogatorio en casa del ingeniero Tang, no sabía ya a qué carta quedarse. ¿Tenía que aceptar como ciertas las afirmaciones de Tang y de los policías, o ver en ellas una maniobra destinada a cortarle definitivamente las alas?

No había conseguido resolver aquel dilema cuando, después de haber recibido la citación anunciada y haber pasado unas horas en el despacho de un alto funcionario de la Seguridad, le entregaron el salvoconducto autorizándole a salir de China.

En el curso de la entrevista había formulado varias preguntas acerca de las circunstancias en las cuales había encontrado la muerte Ling, pero sólo había obtenido respuestas más bien vagas.

A partir de entonces sólo esperó, para hacer sus maletas, el mensaje del Viejo comunicándole el resultado de las investigaciones que había sugerido.

El pliego le fue entregado por un mensajero de la Embajada en el instante en que terminaba de desayunar. Subió a su habitación para enterarse de su contenido.

Además de la lista que había pedido, había estas indicaciones: «Encargada del guardarropía confirma: alguien se presentó para guardar unos documentos en su maletín durante la cena. Señas imprecisas, pero describiendo a un individuo de raza amarilla. De acuerdo con el testimonio de los administradores, la única persona que abandonó la mesa fue el consejero jurídico. El individuo en cuestión se llama Lu Peng Yu, tiene 38 años y es un agregado del Banco de China. Salió para Hong-Kong tres horas antes de que

recibiéramos el telegrama de usted. A no ser que le retengan en Pekín motivos imperiosos, localice a ese sujeto. Eventualmente, establezca contacto con él.»

En resumidas cuentas, aquello significaba: arranque a ese individuo, sin reparar en medios, toda información susceptible de aclarar el asunto.

De todos modos, la tesis de Tang Lien Chi parecía fortalecerse: el ingeniero no hubiese hablado de aquella cena en el restaurante Lasserre si hubiera estado de acuerdo con el hombre que debía deslizar unos documentos comprometedores en su maletín.

Recorriendo a continuación la lista adjunta, Francis comprobó que el ingeniero se había equivocado al pensar que el consejero vivía en París. Lu Peng Yu estaba domiciliado en Hong-Kong, y su dirección figuraba con las otras: Queens Road.

Una hora más tarde, en la Embajada de la Gran Bretaña, Coplan solicitó un visado para aquel territorio de la Corona.

* * *

En avión Ilyushin de Pekín a Cantón, luego por ferrocarril de Cantón a Lo Wun, Coplan llegó a la frontera de los *New Territories*, la parte continental de la colonia británica de Hong-Kong.

Allí tuvo que apearse del tren y someterse a mi control que, por severo que fuera, le retuvo mucho menos tiempo que a los viajeros chinos: para éstos, franquear la Cortina de Bambú era un raro privilegio, concedido únicamente en casos excepcionales.

A continuación había que cruzar un puente, a pie, y someterse a las formalidades de la policía de la zona inglesa, todavía más suspicaz. Documento de identidad, visado y certificado de vacuna eran examinados minuciosamente; la menor irregularidad provocaba el reenvío inmediato a la China Roja.

El aflujo incesante de refugiados causaba graves preocupaciones al gobierno de la colonia, de modo que el tamizado era implacable.

Coplan subió a otro tren, de vía más estrecha. Al cabo de una hora de trayecto llegó a la estación de Kowloon.

Había pensado hospedarse en el Hotel Península, situado enfrente mismo de la estación, pero cambió de idea. Había estado en él, once meses antes, bajo el nombre de François Cartain, y en aquellos lugares hay muchas personas que tienen muy buena memoria.

En consecuencia, se dirigió hacia el *ferry*, juzgando más prudente alojarse en el mismo Hong-Kong.

Media hora después, cargado con su maleta, mezclado a la cola que desembarcaba del *ferry*, se dirigió hacia el plano inclinado que conducía al exterior de la estación.

Queens Road...

Era una de las arterias principales del centro de la ciudad, a dos pasos de allí. ¿Por qué no escoger un hotel en las proximidades del domicilio de Lu Peng Yu?

Coplan anduvo en línea recta, frente a tres enormes edificios que se erguían al borde de una plaza adornada con recuadros de césped.

Al llegar a un centenar de metros de Queens Road, Coplan comprobó súbitamente lo inexacto de la información señalada en su lista: Lu Peng Yu no había inscrito su verdadera dirección en las fichas que había rellenado en Francia: había dado la del banco en el cual trabajaba.

Los tres rascacielos albergaban otros tantos establecimientos bancarios, cuyo nombre figuraba en letras de bronce sobre la fachada. El de la izquierda era el Banco de China.

En fin, poco importaba... Con un puesto indicador de aquella categoría, la localización del individuo no ofrecería grandes dificultades.

Girando más allá de los edificios, Coplan se adentró en Queens Road y, al cabo de unos centenares de metros, penetró en el Hotel Victoria, en el centro del barrio comercial.

Cuando se hubo instalado en una habitación del octavo piso, consultó el listín telefónico, anotó mentalmente el número de la Oficina Comercial del Mercado Común y marcó aquel número.

Una voz femenina anunció:

—OFMACO...

—¿Está ahí mister Jacques Perchant? —inquirió Francis.

—Creo que sí. Un momento.

La comunicación fue conectada a otra línea.

—Perchant al aparato —articuló una voz decidida.

—Encantado de oírle, viejo. Aquí, Coplan. ¿Está usted libre esta tarde?

—¿Coplan? ¡No es posible! Vaya, vaya... ¿De modo que ha regresado? No, no estoy libre. ¡No lo estoy nunca, en esta maldita ciudad! Pero, en fin, creo que podré encontrar un momento para dedicárselo.

—En el bar del Victoria, a las siete. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. A propósito, ¿continúa buscando a ese Po-Yuen?

Francis contestó, en el mismo tono divertido:

—No. Po-Yuen ha muerto. Ahora busco a otro.

—Debí figurármelo —dijo Perchant—. Bueno, si le soy tan útil como la última vez...

—Mi optimismo es incurable. ¡Hasta pronto!

Colgó el receptor, consultó su reloj de pulsera: las cuatro menos diez. Hojeó de nuevo el listín. En él no figuraba ningún Lu Peng Yu. Ni en la lista de los doctores de derecho, ni en la de los gabinetes jurídicos. Discreto, y amante de la tranquilidad, aquel experto...

Demasiado tarde para darse una vuelta por el banco.

Además, Coplan no deseaba obrar con precipitación. Salió a la calle y se dirigió a la tienda del griego de la Peddler Street con el fin de renovar su provisión de Gitanes. Como de costumbre, el comerciante le ofreció una taza de excelente café turco, mientras vendía unos *narguiles* a unos marinos americanos.

Luego, Francis se encaminó al bar del Victoria, feliz ante la idea de poder charlar por los codos, en francés, con un antiguo camarada.

Perchant no era del Servicio, pero sabía que Francis pertenecía a él, ya que en Beirut, diez años antes, había tenido ocasión de hacerle un favor un poco especial. Perchant era un economista, de sienes plateadas, alto y delgado, suponiendo que la cuarentena no le hubiese engordado.

No: a la primera ojeada Coplan vio que continuaba siendo el mismo, con un pliegue sarcástico en los labios, la mirada apagada, la silueta desgarrada.

Intercambiaron un cordial apretón de manos. Francis, abandonando su Dubonnet sobre el mostrador, indicó al barman que iban a instalarse en una mesa.

Cuando estuvieron sentados, Perchant inquirió, con un brillo irónico en las pupilas:

—Bueno, ¿qué viento le ha traído hasta aquí? ¿Turismo, o negocios?

—Turismo, desde luego —dijo Francis, imperturbable—. Vengo de dar un paseo por la China comunista.

—Comprendo —dijo Perchant—. Un país divertido, ¿eh? Yo estuve allí unos días, el pasado año.

Un camarero trajo el Dubonnet de Coplan y dirigió una mirada interrogadora a Perchant, el cual le dijo, en inglés:

—Lo mismo.

Cuando estuvieron solos, continuó a media voz:

—Lo que me ha dicho por teléfono, ¿era una broma, o busca realmente a un individuo?

Coplan se inclinó hacia adelante, los codos sobre las rodillas, las manos cruzadas y los pulgares unidos. Confió:

—Me encuentro ante una tarea bastante espinosa. Se trata de entrevistar a un chino avalado por Pekín, que ocupa aquí una situación destacada, y conducirlo a reconocer que ha cometido un hecho delictivo en Francia, procurando no meterme en un mal paso si al individuo le da por reclamar la protección de la policía local.

Perchant hizo una mueca.

—¿Espera usted realmente arrancarle la confesión sin recurrir a métodos... convincentes? —preguntó, con evidente escepticismo.

—Ése es el problema —admitió Coplan—. Por otra parte, la tarea me ha caído encima de improviso, de modo que no dispongo de colaboradores ni de puntos de apoyo. Si el tipo flaquea y se aviene a razones, todo irá bien. Pero si es coriáceo o verdaderamente inocente, *una posibilidad que no puede excluirse*, voy a encontrarme metido en un berenjenal.

La frente de Perchant se llenó de innumerables arrugas, y su mímica demostró que se torturaba en vano las meninges.

—Supongo que no cuenta conmigo para que le resuelva la papeleta —terminó por decir.

Coplan bebió un sorbo de aperitivo.

—No niego que he pensado que podría sacarme una espina del pie —confesó—. Me gustaría encontrarme con ese individuo en un lugar tranquilo, de mi elección. Una villa en las afueras de la ciudad, por ejemplo. Usted representaría el papel de hombre de paja para tratar del alquiler con un agente inmobiliario. ¿Qué le parece?

Perchant se rascó el cuero cabelludo.

—Es que... yo vivo en Hong-Kong —objetó—. Si su entrevista acaba mal, me expongo a un montón de dificultades prestándole a usted mi nombre. Y aquí, la policía no se anda con chiquitas...

Francis le tranquilizó con un gesto.

—No se trata de mezclarle en el asunto, desde luego. Si ha de producirse algo... lamentable, procuraré que ocurra fuera de aquella propiedad. Pero necesito un lugar de recepción que no sea el cuarto de un hotel, ¿comprende?

Perchant, a decir verdad, no comprendía demasiado bien. Enarcó las cejas, se encogió de hombros y declaró:

—Bien... Sé que puedo confiar en usted, aunque no me lo diga todo. Pero le advierto que las villas son un mal negocio. Hay que alquilarlas por un mes,

como mínimo. Eso representa unos 6500 dólares Hong-Kong, alrededor de 580 000 francos antiguos. ¿No excede esa suma a sus medios?

Coplan sopesó los pros y los contras. La cifra era elevada, desde luego, pero el lugar podía resultar rentable y la facultad de tener a su disposición una vivienda aislada era una pieza maestra de sus proyectos.

—Encontraré el dinero —afirmó—. Trate de encontrar una residencia en el distrito del *Peak*, y, sobre todo, hágalo con rapidez. Le entregaré los fondos pasado mañana. Pero no se comprometa y firme antes de que yo se lo diga: en primer lugar he de localizar al personaje.

—De acuerdo —asintió Perchant—. Conozco a un agente inmobiliario que gana el dinero que quiere especulando en terrenos: el metro cuadrado cuesta más caro aquí que en los Campos Elíseos, y no deja de aumentar. Ese individuo tendrá seguramente la villa de sus sueños. Y, hablando de otra cosa, ¿dónde cenamos?

* * *

A la mañana siguiente, Coplan se hizo imprimir unas tarjetas de visita atribuyéndole el nombre de Félix Cadouin y la cualidad de director técnico adjunto de los Astilleros France-Gironde de Dunquerque.

A continuación se dirigió al Banco de China donde, presentando una de aquellas tarjetas, se hizo recibir por el jefe del servicio de exportaciones, un chino obeso y amable que no cesaba de frotarse las manos, mirando a su visitante, como si pensara venderle toda la producción de porcelana de su país.

Coplan le explicó que deseaba ver al consejero jurídico Lu Peng Yu, con carácter privado, tal como le había sugerido uno de los administradores de su firma. Los dos hombres habían cenado juntos en París, recientemente, después de la conclusión de un importante acuerdo comercial.

El funcionario le aseguró que la cosa sería muy fácil: Lu Peng Yu no acudía al banco más que tres tardes por semana, pero tenía un despacho en Hollywood Road, número 76, y su teléfono era el 66-23-02.

Francis dio las gracias calurosamente y se retiró.

Al salir del edificio, tomó un taxi para dirigirse a la dirección indicada.

El vehículo dejó a Coplan delante de un inmueble comercial que agrupaba los despachos de diversas empresas. Una placa de latón señalaba la presencia, en el tercer piso, de la oficina de Lu Peng Yu, *Sollicitor, Adviser*.

Coplan fue acogido por una adorable asiática de ojos almendrados, la cual se informó de sus deseos con una exquisita sonrisa. Coplan le entregó su

tarjeta y preguntó si podía ver al abogado, aunque fuera al margen de las horas normales de recepción.

La secretaria le rogó que esperara. Mientras ondulaba hacia la oficina de su jefe, Coplan se dijo que un visitante no podía dejar de sentirse impresionado ante una colaboradora tan «prestigiosa», y experimentó un súbito respeto por el hombre que la tenía a su servicio.

Unos segundos más tarde, la china reapareció. Dejó la puerta abierta y se inclinó cortésmente, invitando a Francis a entrar en el gabinete dictatorial.

Lu Peng Yu se había puesto en pie. De estatura mediana, todavía joven, tenía un aire de distinción que realzaba su cuidadoso tocado. Una perla fina en el sujetador de la corbata, un solitario en el dedo anular. Su delgado rostro reflejaba una benevolencia cortés.

—*How do you do, mister Cadouin?* ¿A qué debo el placer de su visita?

Coplan correspondió a su apretón de manos.

—Tengo que permanecer en Hong-Kong durante un par de semanas. Mister d'Evrepoint, nuestro administrador, me rogó que le transmitiera sus cumplidos y, como puede ver, me he apresurado a satisfacer sus deseos.

—Se lo agradezco, ha sido muy amable por su parte... ¿Es la primera vez que viene aquí?

Lu Peng Yu había vuelto a sentarse. Ofreció una caja de cigarrillos a Francis, el cual cogió uno.

—Sí, y no me desagrada encontrar en usted una persona susceptible de facilitarme algunos informes sobre esta ciudad, cuya reputación es tan mala.

La sombra de una sonrisa quitó a sus palabras buena parte de su seriedad. El hombre de leyes, en el mismo tono, replicó:

—Lo mismo opinaba yo de París, otro lugar de perdición, al otro extremo de la tierra. No sé cuál de los dos lugares es más peligroso para el turista, pero estoy dispuesto a informarle, en la medida de mis posibilidades.

A continuación empezaron a charlar sobre las peculiaridades de la colonia, de los tráficos que se le atribuyen y de los que verdaderamente se desarrollan en ella, sin que nadie los comente; por ejemplo, el aprovisionamiento en legumbres por la China Roja de los cuatro millones de habitantes, adversarios del comunismo, que pueblan aquel vestigio del colonialismo británico.

Poco a poco, Coplan imprimió un sesgo más familiar a la conversación, y ésta adquirió al fin un tono muy cordial.

Lu Peng Yu invitó a Francis a almorzar en el célebre restaurante flotante de Aberdeen, en la otra vertiente de la isla. Los dos hombres subieron al Austin del abogado.

El restaurante, un enorme cargo de dos pisos con tejado de pagoda, estaba amarrado en una bahía donde millares de sampanes, pegados unos a otros, albergaban una población más numerosa que la que residía en la localidad.

Llegados al restaurante, escogieron una mesa desde la cual se divisaba un pintoresco paisaje.

Lu Peng Yu se despojó poco a poco de su respetabilidad. Al parecer, se complacía en expansionarse ante un extranjero, debido tal vez a la reserva que debía mantener siempre con los camaradas del Partido.

Coplan, divertido, observó al chino mientras éste le contaba anécdotas más bien subidas de tono, especialmente la de las masajistas ciegas.

A los postres, su conversación derivó hacia temas más serios. Hablaron de los buques de transporte encargados a Francia, y luego de los intercambios comerciales entre el Este y el Oeste.

Francis no consiguió averiguar si, en su fuero íntimo, el abogado era favorable o desfavorable al régimen político que detentaba el poder en China. La habilidad para no desvelar el fondo de su pensamiento es frecuente entre los asiáticos; no implicaba necesariamente que Lu Peng Yu se controlaba porque era un agente del servicio de información.

De todos modos, Coplan discernió otros aspectos de la personalidad de su comensal y supo cómo iba a orientar sus baterías.

Se separaron en términos muy amistosos, delante del antiguo templo de Hollywood Road, y prometieron volver a verse dentro de poco.

Capítulo V

El mismo día, Coplan se ocupó de reunir la suma necesaria para el alquiler de la villa y los otros gastos que iba a tener.

Un cable al Viejo, reclamando una apertura de crédito y citando el hotel Victoria como dirección, provocaría un griterío escandalizado pero resolvería el problema en menos de veinticuatro horas.

Una vez expedido el telegrama, Coplan cruzó la bahía en *ferry* a fin de comprar una máquina fotográfica en Kowloon, donde tienen mejor precio aún que en Victoria.

En un almacén de Nathan Road adquirió una cámara de bolsillo de fabricación japonesa, para la cual pidió una película ultrarrápida. El volumen de aquella Mamiya miniatura era tan reducido que podía mantenerse oculta en una mano cerrada.

Luego, penetrando en una calle perpendicular, enfrente de los acuartelamientos del ejército —los Whitfield Barracks, donde se alojan el cuartel general de las fuerzas terrestres y la 48.^a Brigada de infantería Ghurkha—, descendió hasta una casa muy vulgar, con el pasillo de entrada abierto a todos los vientos.

Coplan entró en el edificio y escaló los estrechos peldaños de la escalera. En el primer piso, pulsó un botón. Poco después se abrió una pequeña mirilla en la puerta. Dos ojos negros escrutaron el rostro del recién llegado; luego, el batiente giró sobre sus goznes.

—Hola, Jackie —saludó Francis—. ¿Te acuerdas de mí?

—¡Desde luego! —aseguró un joven en mangas de camisa, la mano tendida—. No olvido nunca a las personas que vienen a mi casa.

Tenía un rostro abierto, inteligente y honrado. En un sentido, era realmente honrado. Y fisonomista, por añadidura.

Coplan penetró en una antecámara. Jackie cerró la puerta detrás de él y, ante todo, le ofreció una taza de té.

Francis le siguió a un estudio coquetamente instalado y se sentó cerca de una mesita de hierro forjado. Jackie se eclipsó para regresar con una bandeja. Mientras la depositaba sobre la mesa, inquirió:

—¿Piensa estar mucho tiempo en Hong-Kong?

—Un par de semanas —dijo Coplan—. Dime, Jackie, ¿continúas ocupándote de cosas de teatro?

Para Fay, teatro y cine eran unas formas de arte muy concretas, bastante distintas de los conceptos vulgares que de ellas suelen tener los directores de salas de espectáculos.

Inclinó afirmativamente la cabeza. En su negocio, una sesión de teatro era, hasta cierto punto, el plato fuerte del catálogo, y todo aficionado eventual merecía el mayor respeto.

—¿Una obra con dos, tres o cuatro actores? —inquirió, a fin de calcular el precio.

—Cuatro —especificó Francis, impasible.

La deferencia de Jackie subió de punto.

Vertió el té en las dos tazas y luego presentó un paquete de cigarrillos americanos abierto. En tono confidencial, preguntó:

—¿Cuándo?

—Dentro de dos o tres días, no lo he decidido aún. Pero el punto esencial es éste: ¿puedes organizarme eso en una casa particular?

Siempre que se aceptara el precio, Jackie podía hacerlo *todo*.

—Es más caro —se limitó a señalar.

—Lo supongo. ¿Cuánto, incluidos gastos de transporte? No será muy lejos: en los alrededores del *Peak*.

Fay meditó.

—¿Cuántos espectadores?

—Dos.

Pellizcándose el labio, Jackie calculó todos los elementos. La simpatía que Coplan le inspiraba introdujo un factor de ponderación en el establecimiento del precio.

—Cien dólares U. S. A.—murmuró, sin mirar a su interlocutor—. O 570 dólares Hong-Kong, si lo prefiere.

Coplan frunció el ceño.

—Creí que éramos amigos... Me decepcionas. Tu precio es más elevado que si hubiera recurrido a una agencia de viajes.

Jackie pareció ofenderse.

—Me sorprende usted mucho —dijo, con su voz suave—. Eso es lo que les pido cuando se dirigen a mí, y seguramente cargan un pequeño beneficio. Además, existen los riesgos...

—Cuatrocientos cincuenta dólares, ni un céntimo más —decidió Francis—. Si no, prefiero alquilar un proyector, y unas películas en casa de Tin Wong. Tiene novedades, en color, todas las semanas.

Fay bebió un sorbo de té e hizo una mueca, como si hubiera tragado cianuro.

—Es un pesado sacrificio el que usted me impone —suspiró—. En fin, si me envía otros clientes en el futuro, acabaré por cubrir gastos. De acuerdo: 450 dólares.

Su amargura desapareció entonces como por encanto.

—Si después retiene a las actrices, habrá un pequeño suplemento —insinuó.

—Lógico —concedió Francis, poniéndose en pie—. Volveré muy pronto para confirmarte el asunto. Hasta la vista, Jackie.

Se marchó sin demora, ya que tenía que ir aún a Harper's, una agencia de alquiler de automóviles.

* * *

Tres días más tarde, Coplan invitó a Lu Peng Yu a cenar en el Crystal Palace, un restaurante famoso por su cocina pequinuesa. El consejero aceptó de buena gana. Se citaron en el vestíbulo del hotel Hilton, a las siete de la tarde.

Cuando se vieron, Lu Peng Yu le dijo a Francis:

—Disculpe... Olvidé preguntarle dónde se alojaba, y no sabía dónde encontrarle.

—No lo lamente, ayer cambié de domicilio —declaró Coplan—. He alquilado un *bungalow* en las alturas, detrás del jardín botánico. La panorámica que se goza desde allí es espléndida.

En realidad, no había renunciado a su habitación del Victoria, pero había pasado varias horas en la propiedad que le procuró Perchant, a fin de llevar a ella algunas ropas, botellas, paquetes de cigarrillos y periódicos, y familiarizarse con la topografía del *bungalow*.

—¿Ah? Una excelente idea —aprobo Lu—. El aire es mejor allá arriba, sobre todo durante los períodos de calor. ¿Se desarrolla todo a medida de sus deseos?

—Maravillosamente. He hecho las excursiones clásicas, hasta los *New Territories*, y todo coincide con la imagen que me había forjado de la colonia. Excepto una cosa: imaginaba que Hong-Kong estaba superpoblado, hormigueante de gente, lo cual no es cierto más que en algunos barrios. Queda aún bastante espacio.

—Es verdad —reconoció Lu—. Los ingleses han relegado a los refugiados en esas inmensas conejeras de hormigón, donde se amontonan diez o doce personas por cuarto, o en esos monstruosos hacinamientos de barracas a los que han bautizado con el nombre de *Resettlement areas*; pero, aparte de esas zonas, no faltan terrenos para la construcción.

Salieron del Hilton y se dirigieron a pie a la estación terminal de los *ferry-boats*.

Mientras charlaba con el abogado, Coplan permanecía muy atento. Acechaba un indicio que traicionara el más mínimo cambio de actitud de Lu con respecto a él. Ya que si el chino había introducido las fotocopias en el maletín de Tang Lien Chi, tenía motivos para mantenerse en guardia.

En el Crystal Palace, durante la cena, Lu Peng Yu se mostró tan relajado como en ocasión de su almuerzo en el Aberdeen. Volvió a poner sobre el tapete la cuestión de las diversiones, y se informó si Francis era, como él, soltero. Al recibir una respuesta afirmativa, relató algunas calaveradas de que se había hecho culpable en el Japón y en África.

A Coplan le costaba un gran esfuerzo mantenerse a tono con el ambiente. Su aire de jovialidad disimulaba oscuras aprensiones. La crisis se acercaba. Lo había preparado todo para desencadenarla. Y ahora medía las lagunas de la táctica que había elaborado.

A los postres, sin embargo, dio el envite. Con la barbilla apoyada en los puños, fijó en el abogado una mirada llena de malicia.

—¿Está usted libre mañana por la noche? —murmuró.

Intrigado, Lu adelantó su rostro.

—Eventualmente, sí. ¿Por qué?

—Me han propuesto un sugestivo espectáculo... He aceptado, a condición de que tuviera lugar en mi casa, en privado, ya que no me fío de los locales públicos, aunque sean clandestinos. Si le interesa...

Con una leve sonrisa en los labios y un brillo de interés filtrándose por entre sus párpados, Lu Peng Yu se palpó el mentón.

—¿Cine? —inquirió.

—Teatro. Unos artistas consumados, al parecer.

Se produjo un silencio.

Coplan jugaba negligentemente con su cuchillo, con aire de despego.

El deseo se abría camino en la mente de Lu.

—¿Asistirá alguien más, como invitado?

—Nadie —aseguró Francis—. Casi no me atrevía a decírselo a usted. Lo he hecho porque me merece toda la confianza, y porque sé que no habrá

interferencias con las personas que frecuento normalmente.

—En ese caso, acepto con mucho gusto —dijo Lu—. En mi posición, tengo que ser aún más prudente que usted.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Coplan, con una satisfacción que no tenía nada de fingido.

Lu Peng Yu acababa de poner los pies sobre la trampa.

* * *

Apoyado con las dos manos en la balaustrada de piedra de la terraza, Coplan dominaba su impaciencia contemplando el paisaje.

El zumbido de un motor en la curva de la carretera que ascendía hasta la vivienda hizo inclinar los ojos a Coplan. El vehículo rodaba lentamente. Se detuvo delante de la entrada del jardín, dio marcha atrás antes de adentrarse en la propiedad y se inmovilizó finalmente ante la grada.

Cinco siluetas echaron pie a tierra: Jackie Fay y su *troupe*.

Francis bajó a recibirles.

Paseó una mirada neutra sobre los artistas. Los dos hombres tenían unos rostros patibularios y una cabellera abundante y rebelde. Las jóvenes, intimidadas, no carecían de encanto: ojos de cierva, nariz corta y delicada y boca pulposa, típicamente asiática por la expresión desencantada que imprimía al rostro.

Francis les hizo subir a todos. En una sala de estar muy espaciosa, donde se abría el ventanal de la terraza, invitó a los recién llegados a instalarse, provisionalmente, en unos sillones, mientras él hablaba aparte con Jackie.

—Ahora vas a largarte —le dijo—. Toma lo que te debo.

Jackie protestó, al tiempo que se embolsaba el fajo de billetes.

—Pero ¿quién va a llevarles a casa?

—Volverás en el momento oportuno. ¿Cuánto tiempo dura la representación?

—De cuarenta a cincuenta minutos. Depende de que estén más o menos inspirados, ¿comprende?

—Bien. No vuelvas antes de medianoche.

Decepcionado y mortificado (habitualmente, se arrogaba la prerrogativa de asistir al programa del cual era empresario), Jackie no se movió, con el rostro contraído.

—Tengo que arreglar las luces —objetó.

—Yo me encargaré de ello. Vamos, lárgate de una vez.

Con una mano persuasiva, Francis le expulsó. A continuación salió a la terraza para asegurarse de que Jackie cumplía sus instrucciones.

Cuando el automóvil hubo abandonado la propiedad, Coplan volvió al lugar donde se encontraban sus huéspedes.

—Espero a alguien —anunció—. Representaréis vuestro número en la habitación contigua; ésta os servirá de bastidores, para cambiaros de ropa. Si queréis beber algo, podéis escoger: cerveza, agua mineral, jugos de frutas o *whisky*.

Colocó una mesita abundantemente provista de vasos y botellas en medio de los sillones, pero las dos parejas tenían un aire casi petrificado. Debía de ser la primera vez que acudían a una casa particular.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Coplan, mientras se servía un *whisky*.

—Joe... Dick... —respondieron los hombres, mientras las muchachas murmuraban: «Fong Sin... Sheila.»

Francis se dio cuenta de que su vocabulario inglés era muy reducido. Sus tentativas para romper el hielo se estrellaron contra unos embarazosos silencios.

Había rogado a Lu Peng Yu que viniera a las diez y media. El momento se acercaba, pero ¿se volvería atrás el abogado?

Si se olía la trampa, podía adoptar dos líneas de conducta: eludirla, o afrontarla de un modo deliberado previendo una respuesta. Lo esencial era saber si sospechaba que Cadouin le había preparado un cebo.

Nervioso, Coplan soltó su vaso y dijo:

—Acompañadme. Voy a enseñaros la habitación.

Los cuatro invitados se pusieron en pie para seguirle a la habitación contigua. Era una estancia grande, cuadrada, lujosa. Delante de un inmenso lecho recubierto de seda rosa, iluminado por dos apliques con almendras de cristal, una piel de tigre se extendía sobre la moqueta gris. Dos poltronas de patas torneadas, a una y otra parte de una mesita de ébano con incrustaciones de nácar, volvían el respaldo a una chimenea adornada con un espejo enmarcado en molduras de madera dorada. Una araña veneciana esparcía sobre el techo una luz bien repartida, demasiado clara, quizá.

—Bueno —dijo Francis con un gesto circular—, aquí mostraréis vuestro talento. Creo que mi amigo ya no va a tardar...

Los cuatro cómicos estaban impresionados. Temiendo que quedaran paralizados por aquel ambiente tan distinto al que frecuentaban normalmente, Coplan les llevó a la sala de estar y les estimuló vivamente a beber un poco de alcohol.

Les repartía unos vasos de *whisky* cuando un frenazo, en el exterior, le hizo tender el oído. Salió al balcón en tres zancadas y vio el Austin verde de Lu Peng Yu.

—Un momento —rogó, volviéndose hacia sus huéspedes.

Salió y descendió los peldaños de la amplia escalera del vestíbulo, abriendo la puerta de entrada cuando Lu, buscando el timbre, se disponía a llamar.

—¡Hola! —le saludó Francis, cordial—. ¿Le ha costado mucho encontrar esto?

—No demasiado. No llego con retraso, ¿verdad? —dijo el hombre de leyes, un poco turbado, como los que entran por primera vez en un lugar de mala fama.

Cruzaron el vestíbulo y subieron la escalera que conducía al piso. Los cómicos se pusieron en pie, no sabiendo qué actitud adoptar ante la presencia del recién llegado.

Francis cortó de raíz sus incertidumbres.

—Podéis prepararos —les dijo—. Mi amigo y yo vamos a instalarnos cómodamente.

Entregó un vaso y una botella a Lu, cogió el suyo y un garrafón, y luego arrastró al abogado hacia la habitación. Mientras se sentaban en las poltronas, Lu Peng Yu comentó:

—He estado a punto de traer a Pai Yen, mi secretaria... Esto le habría interesado. Pero no me he atrevido a hacerlo, por si le sabía mal.

Francis se sobresaltó. La presencia de aquella agradable persona hubiera comprometido seriamente las posibilidades de éxito de la velada. Respondió, en tono desenvuelto:

—Ha hecho usted mal; eso no podía molestarme... ¿Un cigarrillo?

Lu aceptó. Sus gestos eran febriles. La cosa se explicaba, puesto que la inminencia de la representación ponía electricidad en el aire.

Al cabo de unos minutos resonaron tres golpes, dados lentamente sobre el batiente de la puerta de comunicación.

Esta última se abrió, dando paso a una ninfa envuelta en un velo transparente.

Pareciendo no ver a los dos hombres sentados en la estancia, la joven se desperezó, felina y lánguida, y luego apartó el cubrecama en un movimiento que tuvo mucha gracia y que reveló sus formas esculturales cuando la actriz estuvo de perfil.

La joven se tendió en el lecho, ensayó sucesivamente diversas posturas para abandonarse al sueño y terminó por sucumbir a él en una actitud incómoda, pero muy estética.

Era la llamada Fong Sin. Coplan susurró su nombre al oído de Lu, cuya mirada cautiva no se apartaba del cuerpo de Tanagra de la frágil chinita.

A continuación, la puerta se entreabrió. Deslizándose subrepticamente, como un malhechor, Joe se introdujo en la habitación sin hacer ruido.

Capítulo VI

En la sala de estar remaba cierto desorden. Desde el balcón, Francis dirigió un último saludo con la mano a Jackie Fay y a sus artistas, antes de que montaran en su automóvil.

A continuación, sediento, envió un chorro de sifón a un vaso en el fondo del cual sólo había un poco de *whisky*.

Bebía a grandes sorbos cuando Lu Peng Yu, que había procedido a unas abluciones en el cuarto de baño, vino a reunirse con él.

—También yo me muero de sed —confesó—. ¿Me permite?

—Desde luego —asintió alegremente Francis—. ¿Qué me dice de ese número?

Lu exhibió una ambigua sonrisa, teñida de confusión.

—En mi vida había visto nada semejante —afirmó—. Esa pequeña Fong Sin... ¡Qué asombroso combinado de vicio y de ingenuidad! Se deja arrastrar por su propio juego —suspiró—. Me gustaría volver a verla. Supongo que podrá usted obtener su dirección...

—Lo siento, Lu, pero es imposible.

—¿Por qué? —inquirió el abogado.

Francis le miró al blanco de los ojos.

—Porque toda la banda forma parte de mis amigos, y no estoy dispuesto a facilitarles sus coordenadas —dijo secamente Coplan.

Asombrado por aquel brusco cambio de tono, Lu Peng Yu miró a su anfitrión con las cejas fruncidas.

—¿Acaso está celoso de esa joven?

Los rasgos de Coplan se distendieron.

—No. Tengo otros motivos. Lo que un chino teme por encima de todo es perder la cara, ¿no es cierto?

Lu lo reconoció con un aletear de los párpados.

—Pues a eso se expone usted si no contesta con la mayor sinceridad a las preguntas que voy a formularle.

La máscara de Lu Peng Yu se inmovilizó. Maquinalmente, llevó la mano a su bolsillo interior para sacar su pitillera.

—Explíquese —dijo, fríamente, mientras insertaba un Craven A en la comisura de su boca.

—El individuo que se acaba de marchar con nuestros acróbatas se ha llevado una máquina de fotografiar, la cual contiene seis clichés de usted, tomados hace unos instantes. Esas imágenes producirían muy mal efecto a la dirección del Banco de China y a la Comisión de Import-Export de Pekín, ¿no? No me gustaría utilizarlas, pero quiero la verdad sobre la historia de las fotocopias.

Se produjo un silencio. Coplan miraba fijamente a su interlocutor, para observar la expresión de su rostro y para anticiparse a un eventual ataque.

Lu Peng Yu no pudo reprimir un estremecimiento de la piel de sus mejillas. Aplicó la llama de su encendedor a la punta de su cigarrillo, aspiró lentamente, expelió el humo.

—Discutamos como hombres de mundo —continuó Francis con un leve sarcasmo—. Mi intención no es la de perjudicarlo. Si habla, no arriesga usted nada, se lo garantizo. En caso contrario, la puerta está allí; puede salir libremente, pero cuidado con lo que va a seguir.

El mutismo, la reflexión a que se entregaba el chino, significaban que sabía perfectamente de qué le hablaban y que sopesaba los peligros de la alternativa.

Coplan, que se aventuraba por un terreno poco seguro, se abstuvo de acosarle. El abogado no se movió, a pesar de que podía dar media vuelta y abandonar la villa.

No pertenecía, pues, al Servicio de Información de la República Popular China.

En caso afirmativo, se hubiera reído de semejante chantaje.

Lu Peng Yu pareció reaccionar.

—Me ha engañado usted bien —murmuró—. Supongo que es un investigador especial enviado por París...

—Exactamente.

—Tiene usted que saber que los planos procedían de los Estados Unidos. ¿Por qué se mezcla en el asunto? Deje que se encargue de él el F. B. I.

Coplan respiró. La cosa empezaba a marchar.

—No nos quedemos plantados aquí —sugirió—. Sentémonos y bebamos otro trago. El contraespionaje en América es una cosa, y mi problema, otra: no las mezclemos.

Se instaló enfrente de Lu, con las piernas cruzadas, su vaso en la mano.

—El individuo que le jugó una mala pasada a Tang Lien Chi, en el restaurante Lasserre, fue usted —continuó—. Y la llamada telefónica a la policía procedía también de usted, ¿no es cierto?

El abogado asintió con un gesto.

—¿Contra quién iba dirigida aquella maniobra?

—Esencialmente, era un golpe montado contra la China Popular —confesó Lu Peng Yu, flemático—. Ahora comprenderá usted por qué mis funciones de consejero jurídico acreditado revisten una importancia considerable... para mis jefes ocultos.

—De acuerdo. Pero precise mejor sus objetivos, ya que Francia hubiese salido también perjudicada con aquella maquinación, si hubiésemos detenido al ingeniero Tang.

—Sí —convino Lu en tono desenvuelto—. Todo lo que pueda retrasar, sabotear o impedir los suministros de mercancías a la República de Mao es para nosotros pan bendito. Ustedes, los blancos, engordan al gigante que les partirá la cara. En el asunto de las fotocopias, queríamos matar dos pájaros de un tiro: provocar un enfriamiento entre París y Pekín, y suscitar un nuevo acceso de cólera en los americanos, para que apretaran todavía más su bloqueo económico. ¿Desea usted traicionar la alianza occidental denunciándome a los comunistas?

Coplan se frotó la barbilla.

Lu Peng Yu era un hábil dialéctico: manejaba el sofisma a la perfección, y dejaba en la sombra extremos importantes, mientras afectaba desvelar sin restricción los móviles de la organización que le utilizaba.

—Son ustedes adversarios de la China roja, pero tienen espías en los Estados Unidos —objetó Francis—. El equipo electrónico del Caravelle no es el único secreto industrial que han robado allí, evidentemente. ¿En beneficio de quién?

El chino sacó de su pitillera un segundo cigarrillo que encendió con la colilla del anterior, la cual aplastó seguidamente en un cenicero.

—Para evitar un conflicto que nos perjudicaría a los dos, estoy dispuesto a aclararle el asunto de Orly, pero no iré más allá —advirtió—. En su lugar, yo no insistiría.

Su tono reflejaba un firme determinación.

Considerándolo bien, Coplan poseía los elementos reclamados por el Viejo: la inocencia de Tang Lien Chi quedaba perfectamente establecida, el objetivo, el mecanismo de la maniobra y la identidad del denunciante estaban revelados.

En consecuencia, no se imponía el empujar a Lu Peng Yu hasta sus últimos reductos.

Pero la curiosidad personal de Coplan no se avenía a una solución a medias.

Muy incidentalmente, preguntó:

—¿Por qué ha sido liquidado el estudiante Ling?

El abogado se puso en pie. Con una mano hundida en el bolsillo de su pantalón, dio algunos pasos por la estancia.

—No tengo la menor idea —aseguró—. En todo caso, retenga esto: denunciarme a las gentes de Pekín sería firmar su sentencia de muerte. Dondequiera que fuese, sería liquidado. Respete, pues, su compromiso: recupere lo antes posible esas fotografías, para destruirlas.

Se acercó al ventanal y tiró la punta de su cigarrillo sobre la grava del jardín. Poco después, la colilla proyectó una breve claridad rojiza: la pequeña bengala inserta en el filtro se había encendido. Lu regresó al centro de la habitación y concluyó:

—Lo mejor es enemigo de lo bueno, mister Cadouin. Dese por satisfecho con lo que le he dicho y no quiera llegar más lejos. Es mi último consejo. Buenas noches.

Coplan se puso en pie.

—Le acompañaré...

Bajaron la escalera en silencio.

Francis precedió al agente secreto, abriendo la puerta. Lu Peng Yu pasó por delante de él con los labios fruncidos en una forzada sonrisa, vagamente irónica.

—La velada ha sido excelente —declaró, prosiguiendo su camino hacia el Austin—. Pero no sé quién de los dos guardará mejor recuerdo de ella...

Coplan avanzó unos pasos para ser testigo de la partida del abogado.

Sus brazos fueron violentamente agarrados, retorcidos, empujados hacia su espalda. El ataque lanzado por dos asaltantes adosados a una y otra parte de la fachada se había producido con una rapidez meteórica, cogiendo a Francis completamente desprevenido.

Con el busto doblado por la brutal elevación de sus muñecas hasta sus omoplatos, reaccionó con un golpe de talón en la tibia de uno de sus agresores, el cual le soltó profiriendo una exclamación de dolor.

Dejando caer hacia atrás su mano libre, Coplan agarró el tejido de la americana de su segundo adversario, cerca del hombro, bloqueó con su pierna izquierda la derecha del individuo y, con una tracción irresistible acompañada

de un golpe de riñones, le hizo volar por encima de su cabeza. El tipo quedó tendido sobre la grava, dos metros más allá. Pero antes de que Coplan se hubiera erguido por completo, el primer asaltante blandió una porra y la dejó caer salvajemente sobre su occipucio.

Francis cayó hacia adelante; retenido al nivel de la cintura por la balaustrada, se dobló en dos sobre ella antes de caer al suelo.

Lu Peng Yu, con el rostro crispado por un rictus sardónico, permanecía en pie cerca de su Austin. Con voz monótona, interpeló al hombre que se levantaba trabajosamente a dos pasos de él:

—Trae el automóvil aquí, Woo. Vamos a llevarnos ese paquete.

Luego, al que había acabado magistralmente con la resistencia del europeo:

—Tú, Hong Fai, entra en la casa, cierra la ventana, apaga las luces. Pero antes déjame tu automática...

El interesado le entregó su pistola y a continuación penetró en la vivienda. Una a una, las ventanas quedaron sumidas en la oscuridad.

Un Mercedes negro vino a colocarse al lado del Austin. Woo, dolorido aún, se apeó del coche frotándose los brazos.

—Había acabado por creer que mis sospechas no eran fundadas —gruñó Lu Peng Yu, rencoroso—. Ese blanco casi había conseguido adormecerme...

—¿Le liquidamos ahora mismo? —inquirió Woo.

—No. Ponle el capuchón y las esposas. No le liquidaremos hasta que me haya facilitado una información capital.

Hong Fai, terminada su tarea, cerró la puerta de entrada, se unió a sus compañeros y ayudó a Woo a colocar el prisionero en el portaequipajes del Mercedes.

—¿Adónde le llevamos? —preguntó.

—Al junco —dijo Lu—. Está en el muelle, al abrigo de los tifones, en la bahía de Tam Tai. Yo me adelantaré y os esperaré cerca del sampán de Nip Wonk.

* * *

Un farol iluminaba pobremente la mesa y los bancos de madera toscamente tallada del camarote. Unos vestidos colgaban de unos clavos sujetos a los tabiques. En un rincón, sobre el suelo de tablas, se amontonaban unos sombreros de paja redondos, muy anchos.

Sobre aquel decorado miserable se abrieron los ojos de Coplan cuando recobró el conocimiento. Otro bofetón, chasqueando secamente en su mejilla,

apresuró su despertar propagando unas dolorosas repercusiones en su cráneo. Un hedor nauseabundo, acre, en el cual se mezclaban emanaciones de gas-oil, de salmuera y de carne de pescado podrido invadió sus fosas nasales.

Unas sombras estaban inclinadas sobre él. Recibió otra bofetada y oyó una voz que decía:

—Vamos, Cadouin, un poco de energía... Tenemos prisa.

Escrutando la penumbra, distinguió el rostro de Lu Peng Yu, y luego los de sus acólitos.

—Ponedle en pie, está recobrando el conocimiento —ordenó el abogado.

Francis, tendido en el suelo, fue agarrado bruscamente, izado, sentado en un banco. Sus miembros estaban extrañamente anquilosados.

—Ahora me toca a mí ofrecerle un trato —dijo Lu—. Deme la dirección del individuo al cual entregó las fotografías. En cuanto la película esté en mis manos, será usted puesto en libertad.

Coplan, con la cabeza hecha un hervidero, recobró el sentido de la realidad. Un leve balanceo le hizo comprender que se encontraba a bordo de una embarcación.

—No sea estúpido —murmuró—. Sabe usted perfectamente que no puedo vender a un compañero. Además, no hay motivo: puede usted confiar en mí, esos clichés no serán enviados... a condición de que yo tome posesión de ellos.

Lu Peng Yu retrocedió y apoyó una nalga en la mesa.

—Fiarse de la palabra de un contraespía sería ingenuo y peligroso —replicó—. Está usted de acuerdo con la policía china...

—No es cierto. Actúo por cuenta de mi gobierno, sencillamente.

—Entonces, ¿cómo se enteró de que Ligg había muerto asesinado? El hecho de que lo sepa demuestra que viene usted de Pekín, y no de Europa.

—Había ido a interrogar a Tang Lien Chi. Fue él quien me lo dijo. No tuve ningún contacto con la policía.

—Desde luego —ironizó Lu—. También en eso tengo que creerle bajo palabra, ¿verdad? No estamos de acuerdo. ¿La dirección? ¿El nombre del individuo?

Francis inspiró profundamente, a pesar del infecto hedor que remaba en el camarote.

—¿No se da cuenta de que con esa actitud va a estropearlo todo? —gruñó—. Al retenerme prisionero, está pulsando el botón que desencadenará el jaleo... Ese hombre me espera. No es tonto. Si no me presento, adivinará que nuestra entrevista ha terminado mal y tomará sus precauciones.

Lu Peng Yu, fastidiado, sopesó aquellos argumentos. Tal vez contenían una parte de *bluff*, pero él no podía saberlo a ciencia cierta.

Le tenía sin cuidado que la desaparición de Cadouin fuera señalada a la *Criminal Investigation Branch*. Lo que de veras le preocupaba eran las fotografías.

—No hay más que una solución —dijo súbitamente—. Nos acompañará usted a casa de su amigo, le pedirá la película y me la entregará. ¿Le parece bien?

—De acuerdo —aceptó Coplan, deseoso de abandonar aquel junco.

—Desde luego —continuó Lu—, a la menor tentativa de fuga o de rebelión, recibirá como mínimo una bala en la cabeza. Seremos tres a vigilarle, armados hasta los dientes.

—El inconveniente será *después* —subrayó Francis, únicamente para enmascarar sus intenciones—. Cuando tenga usted las fotografías, sentirá el deseo de eliminarme, seguramente... Le conozco demasiado.

Lu Peng Yu asintió.

—Es cierto. Pero tendrá que correr el riesgo. Una negativa por su parte me hubiera obligado a liquidarle inmediatamente. Por lo tanto, tendrá que confiar en la simpatía que me inspira.

La siniestra sonrisa que acompañó a sus palabras no era de buen augurio. De todos modos, Coplan pareció dispuesto a aceptar la buena fe de su adversario.

—De acuerdo —confirmó—. Quíteme estos brazaletes, es ridículo. Con lo numerosos que son, ¿qué tienen que temer de mí, que estoy desarmado?

Lu habló en chino con uno de sus compinches, el cual libró de las esposas al prisionero.

Coplan se frotó las muñecas, se puso en pie y palpó sus bolsillos, en busca de sus Gitanes. Esto le permitió comprobar que no le habían quitado la cartera ni los cigarrillos. Encendió uno.

Woo subió los peldaños de la escalera de bambú, apartó los paneles del techo y pisó el puente. Hong trepó detrás de él.

—Ahora usted —dijo el abogado.

Coplan subió. Al llegar al puente, se llenó los pulmones de aire fresco mientras miraba a su alrededor.

El junco estaba anclado en un golfo rodeado de colinas, con una anchura de casi dos kilómetros. No había ninguna aglomeración urbana a la vista, pero, sobre uno de los dos cabos que cerraban la bahía, Coplan distinguió un edificio característico: la penitenciaría de Stanley.

Sabiendo que los centinelas vigilaban constantemente los alrededores de la prisión y las aguas vecinas, Francis estudió la posibilidad de echarse al agua.

El cañón de la pistola de Lu Peng Yu se hundió en sus riñones.

—No oirían el disparo —murmuró el chino—. Sería un error intentarlo. Un bote nos conducirá a tierra.

Capítulo VII

Manejada por un amarillo de una delgadez esquelética, la embarcación tocó un pequeño pontón del puerto de los sampanes, al fondo del golfo.

Los cuatro hombres cruzaron silenciosamente el suelo de tablas del desembarcadero y alcanzaron tierra firme.

—Por allí —indicó Lu.

Se adentraron por un camino fangoso. Al cabo de unos instantes, Coplan vio dos vehículos estacionados. Estaban junto a la carretera asfaltada que rodea la isla y que por tal motivo es conocido con el nombre de Island Road.

En menos de media hora llegarían a Victoria City.

En su fuero interno, Coplan ardía de rabia. Sus posibilidades de escapar en campo raso eran casi nulas. Rechazaba la idea de conducir a Lu a casa de Jackie Fay, pero no conseguía descubrir otro destino donde pudiera burlar a sus guardianes, poniéndoles en una situación tal que se vieran obligados a batirse en retirada.

—Subirá usted al Mercedes —dijo Lu—. Irá en la parte de atrás, naturalmente.

El consejero se dirigió hacia su Austin, mientras daba instrucciones a sus esbirros.

En aquel preciso instante ocurrió algo insólito: las portezuelas de los dos vehículos se abrieron como por arte de magia.

Francis fue el primero en advertirlo. Desconcertado, vio surgir unas formas negras, no sólo del interior de los vehículos, sino también de detrás de las carrocerías. Instintivamente, asumió una actitud defensiva. Pero los desconocidos cargaron con una rapidez fulgurante contra los tres chinos.

La embestida fue tan súbita que cogió desprevenidos a Lu y a sus dos acólitos: antes de que pudieran darse cuenta de lo que ocurría, habían recibido un doloroso golpe en un punto sensible de su anatomía.

Aprovechando aquella confusión, Coplan echó a correr hacia el Mercedes. Pero fue derribado al suelo cuando apenas había recorrido un par de metros. Dando una vuelta completa sobre sí mismo, consiguió proyectar su pie contra el rostro del hombre que le había atacado.

Mientras recuperaba la vertical, Francis se dijo súbitamente que un ataque lanzado contra Lu Peng Yu y sus acólitos podía resultar ventajoso para él si determinaba su derrota.

Cambiándose el fusil de hombro, se precipitó contra Hong, que acababa de hacer morder el polvo a uno de los asaltantes. Agarró a tiempo el brazo del especialista de la porra: Hong hundía la mano en el bolsillo interior, donde había guardado su pistola. Una llave, con la cadera como punto de apoyo, y el chino voló por el aire. Cayó como una masa, con un ruido sordo, sin que Coplan hubiera soltado su muñeca.

—*Thank you* —articuló una voz muy cercana.

Francis volvió la cabeza.

El individuo que le había dirigido la palabra era un asiático. Tenía una sonrisa cortés, pero apuntaba a Coplan con un arma.

En aquel preciso instante resonó una leve detonación.

Lu Peng Yu, doblando las rodillas porque su adversario le retorció un brazo para desviar el cañón de su pistola, acababa de dispararse un tiro en pleno rostro. Desconcertado, el atacante continuó sosteniéndole mientras se desplomaba.

Todo el mundo quedó inmóvil, con la mirada fija en el rostro espantosamente destrozado del muerto, sin comprender de pronto que se trataba de un suicidio.

Woo, capturado por dos de los agresores, aprovechó su distracción. Se desasíó brutalmente de ellos y huyó. Sus enemigos se lanzaron en su persecución mientras Woo hundía, sin dejar de correr, una mano en el bolsillo de su pantalón.

Iban a saltarle encima cuando una ahogada explosión interrumpió su carrera, aunque, llevado de su impulso, Woo rodó sobre sí mismo y quedó súbitamente rodeado de llamas.

La claridad de aquel brasero adquirió una intensidad cegadora. Mudos de estupor, repentinamente envueltos por un insoportable calor, los perseguidores saltaron de costado protegiéndose los ojos.

El vivo resplandor no duró más que un segundo, pero el cuerpo continuó ardiendo: sus miembros se contraían y se distendían de un modo horrible.

Siguieron unos momentos de confusión.

El jefe del grupo de los asaltantes dominó el vértigo que se apoderó de él. Con voz aterrada, gritó unas órdenes a sus compañeros y luego le dijo a Francis:

—Marchémonos de aquí, los pescadores van a presentarse de un momento a otro para ver lo que ocurre.

La siniestra fogata había cegado a todos los presentes y la oscuridad, más densa ahora, hacía su marcha insegura. Obedeciendo las instrucciones, unos se dirigieron hacia el Austin o el Mercedes, otros se dispusieron a alcanzar los vehículos que les habían traído hasta allí, estacionados al borde de la carretera, a la salida de una curva.

—¿Y el otro? —recordó Francis—. ¿Le abandona usted?

El desconocido se paró en seco. Inquirió:

—¿Dónde está?

Coplan no tuvo necesidad de responder, ya que una segunda detonación les informó. Otro haz de llamas brotó del cuerpo de Hong, sembrando el pánico entre los supervivientes. El propio Coplan notó que un estremecimiento recorría su nuca.

Unas voces alteradas gritaron del lado de los sampanes. Luego, unos motores de auto rugieron.

—¡Sígueme! —ordenó el hombre de la pistola—. De prisa...

Francis partió al trote con él, mientras las municiones almacenadas en el arma de Hong estallaban bajo los efectos del calor y acababan de destrozar su cadáver.

En el recodo de la carretera, el jefe, uno de sus tenientes y Francis subieron a un viejo Vauxhall. El automóvil se puso en marcha, siguiendo a los otros dos vehículos, en dirección a Victoria City.

* * *

Durante los primeros minutos, los pasajeros del Vauxhall se vieron acosados por el recuerdo de los cuerpos carbonizados. Pero Coplan no tardó en experimentar el deseo de aclarar la situación.

—Me parece que hace unos instantes me llamó usted por mi nombre —le dijo a su vecino—. ¿Le habían encargado que velara por mí?

—No —respondió el interesado, lacónico.

Llevaba un pantalón de sarga y una camisa de cuello abierto. Su rostro redondo y achatado expresaba una sombría reflexión.

No miraba a Coplan, y, sin embargo, este último se sentía espiado.

—De todos modos, gracias por haberme liberado —dijo Francis—. Me encontraba en una situación muy comprometida.

El chino le miró.

—¿Está usted seguro? —inquirió, con aire escéptico.

—¿Cómo? —se extrañó Francis—. ¿Imagina que estaba allí por mi gusto? Aquellos tipos me habían raptado...

—Y cuando atacan a sus raptadores, su primer movimiento es el de largarse. Una rara actitud, mister Coplan.

—Es un impulso normal cuando sólo se piensa en huir —replicó Francis—. Después, me puse de su parte contra ellos.

—Para despistarnos, tal vez —sugirió su interlocutor—. Por lo que vi, andaba usted libremente.

Coplan se encogió de hombros.

—Si me conociera, sabría por qué había entrado en contacto con Lu Peng Yu —gruñó—. Pongamos las cartas boca arriba, ¿quiere? Pekín les ha movilizado sobre la misma pista y con idéntico objetivo: hacer hablar a ese traidor. ¿No es eso?

—Efectivamente. Pero, ahora que ha muerto, me gustaría saber en qué desembocó su entrevista.

Francis comprendió que debía algunas explicaciones a aquel emisario de la policía secreta china. Relató, pues, cómo había obtenido un medio de presión contra Lu Peng Yu, con el fin de obligarle a confesar, y en qué circunstancias había caído después en manos de los guardaespaldas del abogado.

—La cosa se presentaba muy mal porque, en realidad, yo no había confiado la cámara fotográfica al organizador de aquella reunión-sorpresa —confesó—. La cámara continúa en la villa. Empecé engañándole para ganar tiempo, y luego tuve que continuar haciéndolo para salvar el pellejo. Cuando usted intervino, había accedido a acompañar a Lu a la dirección del individuo. Por eso me habían desatado.

El enigmático chino mantenía un rostro impenetrable, sin mirar a Francis. Finalmente, accedió a revelar:

—Seguíamos a Lu Peng Yu desde hace dos días, y nos habían advertido que se encontraba usted en Hong-Kong, probablemente para interrogarle. Sus pistas se cruzaron cuando les vimos juntos en el Hilton y en el Crystal Palace. Pero, estando oculto a cierta distancia del *bungalow* de usted, uno de mis colaboradores no pudo decir si usted había subido a bordo del junco de grado o por fuerza. Estableció contacto conmigo desde la bahía de Tai Tam, y me presenté allí con mis hombres. ¿Qué le había contado Lu Peng Yu en la villa?

Una vez más, mostraba una incredulidad sistemática que enervó a Coplan.

—Reconoció que había comprometido a Tang ocultando unos planos en su maletín, y que le había denunciado para entorpecer nuestros intercambios

comerciales —declaró Francis, de mala gana—. Para mí, aquello era suficiente.

El automóvil contorneaba una montaña y no tardaría en llegar a los suburbios de la ciudad. Eran las cinco de la mañana; las primeras claridades del alba asomaban por el este, sobre el mar.

En una recta de la carretera reaparecieron el Austin y el Mercedes.

El desconocido habló en chino con el conductor. Éste aceleró, al parecer con la intención de alcanzar a los dos vehículos que iban en cabeza.

Un bocinazo del Vauxhall indujo al Austin y al Mercedes a cerrarse a la izquierda. El Vauxhall les adelantó y luego se detuvo. Un cuarto vehículo vino a pararse detrás del Austin.

—Baje conmigo —le ordenó el jefe del grupo a Coplan, en tono conminatorio.

Cuando todos los miembros de la expedición se hubieron reunido alrededor de su jefe, se celebró un conciliábulo al borde de la carretera. Las directrices distribuidas por el chino fueron bastante largas.

Incapaz de seguir aquellas palabras, Coplan se preguntó si el agente comunista pensaba devolverle la libertad. Visiblemente, no le perdían de vista, y Dios sabe qué oscuras combinaciones podía urdir aquel amarillo.

La reunión se disgregó, dando lugar a un reparto distinto, de los hombres en los automóviles. El Austin fue abandonado. Coplan, su robusto guardián, el chófer del Vauxhall y un cuarto pasajero subieron al Mercedes, que fue el primero en ponerse en marcha.

Tanteando el terreno, Francis dijo:

—Bueno, tengo la impresión de que esto ha terminado... Por mi parte, el asunto está archivado. En adelante, nuestros caminos se separan. Déjeme junto a la estación de los *ferries*.

Su interlocutor movió negativamente la cabeza.

—No puedo soltarle, ahora. Después de lo que ha ocurrido en la bahía de Tai Tam, los amigos de Lu Peng Yu le impedirán abandonar Hong-Kong. Querrán saber lo que ha pasado, y si le capturan les dirá usted que el contraespionaje de su país está a sus alcances. Prefiero que crean en la ofensiva de una red europea.

Las aprensiones de Coplan estaban justificadas: aquellos tipos pensaban retenerle cautivo hasta el final de sus ajustes de cuentas, con el pretexto de protegerle.

Recordó, no obstante, unas palabras de Lu Peng Yu, en la villa: «... *denunciarme a los agentes de Pekín significaría para usted firmar su*

sentencia de muerte».

Los marineros del junco debían de estar convencidos de que el blanco era responsable de la muerte de Lu y de sus acólitos. En consecuencia, Hong-Kong iba a convertirse en un lugar realmente malsano para Francis.

—Si no me dejas ver por mi hotel, mi desaparición será notificada a la policía inglesa —observó—. Estoy inscrito en el hotel Victoria. Alquilé la villa de un modo provisional...

—Más tarde arreglaremos esos detalles —replicó el chino—. De momento, se trata de actuar lo más rápidamente posible: tenemos que registrar la oficina de Lu Peng Yu antes de que se haya dado la alarma.

Capítulo VIII

Cuando la carretera periférica se adentra en el distrito de Wanchai, toma el nombre de Hennessy Road; entre los marineros y los turistas es mundialmente famosa porque discurre entre dos hileras de bares, de *dancings* y de *cabarets* que una película ha descrito como «el pequeño mundo de Suzie Wong».

La mirada atraída por el espectáculo que ofrecía el despertar de la ciudad, Coplan pensaba en las últimas palabras de su compañero y en los beneficios que podría obtener de una cooperación con aquellos investigadores de Pekín.

Iban a proceder exactamente igual que lo hubiera hecho él de haber tenido las manos libres. Asociarse con ellos podía resultar instructivo.

La berlina, que había dejado atrás a los otros dos vehículos, se adentró por una arteria que discurría a lo largo del jardín botánico y luego giró a la derecha a fin de contornear los severos edificios de ladrillo rojo del cuartel general de la Policía y de la Magistratura.

Mientras penetraba finalmente en la Hollywood Road, el vecino de Coplan le dijo:

—Permanecerá usted en el vehículo mientras nosotros registramos la oficina. Si antes de que hayamos terminado entra en el edificio algún tipo sospechoso, nos advertirá por medio de dos bocinazos muy breves. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió Francis—. ¿No teme que me largue?

El chino sonrió.

—No. Todavía no —dijo, perspicaz.

El Mercedes se detuvo a cierta distancia del número 76. Los tres asiáticos descendieron y se alejaron a paso normal.

La puerta exterior del inmueble no se cerraba nunca. Cuando los chinos hubieron entrado, Coplan abandonó el asiento trasero y se instaló ante el volante, a fin de gozar de una mayor visibilidad.

Mientras examinaba las inmediaciones del inmueble donde Lu Peng Yu tenía su estudio —y quizá su apartamento— el ruido amortiguado de una larga ráfaga de metrallera sacudió sus nervios. Miró la entrada del edificio, las

aceras delante y detrás del Mercedes, sin distinguir nada anormal, excepto que los transeúntes volvían la cabeza en todos los sentidos. Nadie parecía haber localizado el lugar de donde procedía aquel rosario de ahogadas detonaciones.

Francis lo adivinó inmediatamente. Los tres agentes del contraespionaje chino habían dado con un hueso. Al no disponer de metralletas, no podían haber disparado la ráfaga.

Las deducciones se sucedieron a una velocidad vertiginosa en el cerebro de Coplan. Los asesinos que iban a salir del inmueble reconocerían el Mercedes...

Coplan abandonó rápidamente la berlina y remontó la avenida, alejándose del número 76 aunque sin perder de vista la salida del edificio. A su alrededor, unos peatones se preguntaban con aire inseguro si habían oído unos disparos o unas pruebas de un martillo neumático, pero automóviles y *rickshaws* continuaban su camino.

Francis, tenso, se apostó en un zaguán, aparentemente para encender un cigarrillo. Se estremeció cuando vio salir tranquilamente a tres personas del portal del 76.

No eran los individuos que se habían separado de él unos momentos antes, sino dos desconocidos portadores de un estuche de instrumento musical y la deliciosa secretaria Pai Yen, en impermeable, la cabeza rodeada de un chal de seda verde, con un maletín bajo el brazo.

El trío, impasible, echó como todo el mundo una ojeada circular. La secretaria vio el Mercedes, pero su semblante no reflejó ningún asombro. Sus labios se removieron apenas cuando señaló el hecho a sus compañeros. Uno de ellos se dirigió hacia el automóvil, en tanto que la joven y el otro individuo alcanzaban, sin precipitación y con una sangre fría prodigiosa, un Taunus gris aparcado en la misma avenida.

Coplan, febril, buscó desesperadamente un taxi. No vio ninguno. El Mercedes se ponía en marcha abriéndose paso entre los curiosos; Pai Yen y su compañero cerraban las portezuelas del Taunus.

El Mercedes aceleró.

Ningún taxi a la vista.

Entonces, súbitamente, Coplan dejó de gruñir contra la fatalidad. Bueno, ya que los dos vehículos iban a desaparecer sin que pudiera seguirles, tenía que cambiar radicalmente de táctica.

Se deslizó entre la multitud que se reunía y se metió por la primera bocacalle. Descendió hacia el centro, poniendo en orden sus ideas a medida que se acercaba al Hotel Victoria.

Su situación había empeorado considerablemente después de aquella matanza. Ahora, los dos bandos tratarían de interceptarle. Lo mismo los agentes secretos chinos que los cómplices de Lu Peng Yu imaginarían que había practicado un doble juego.

Coplan no tenía temperamento de mártir, ni estaba dispuesto a batirse en retirada.

Sin preocuparse por lo desastrado de su aspecto, entró en el vestíbulo del hotel y reclamó su cuenta. Mientras se la preparaban, fue a desayunar al restaurante y luego subió a su habitación.

Se afeitó, preparó su maleta y deslizó en un bolsillo interior los documentos de identidad que la víspera había dejado en un cajón del escritorio.

* * *

Media hora más tarde abandonó definitivamente el Victoria. Al chófer del taxi llamado por el portero le dio la dirección de la villa.

Esperaba ser el primero en llegar a ella.

Cuando el taxi abordó la última revuelta, Francis ordenó al conductor que sobrepasara la entrada de la propiedad y continuara ascendiendo la sinuosa pendiente hasta la cumbre de la isla.

No viendo ningún vehículo estacionado en las proximidades de la villa, le dijo al chófer que diera media vuelta.

Pagó antes de apearse, y notó una rara sensación en la boca del estómago cuando, cargado con su maleta, tuvo que cruzar al descubierto el espacio enarenado que conducía a la residencia.

Los trinos de los pájaros taladraban el silencio. Todas las ventanas estaban cerradas. Debido a su inconsciencia en el momento en que Lu Peng Yu y sus acólitos le habían raptado, Francis ignoraba en qué estado habían dejado la vivienda.

La puerta se abrió sin resistencia. Francis dejó su maleta en el vestíbulo y tendió el oído. Tuvo la impresión de que estaba solo. Si otro ser humano se hubiera ocultado en el vestíbulo, Francis habría intuido su presencia, ya que sus percepciones se hacían extremadamente sensibles cuando estaba en guardia.

Entró, cerrando la puerta detrás de él. Al ver confirmada su primera impresión, subió al piso.

No habían registrado los muebles. Los vasos y las botellas que habían servido la noche anterior estaban tal como los habían dejado sus huéspedes.

Coplan bebió un *whisky* a palo seco antes de extender sus investigaciones a las otras estancias. A continuación, plenamente tranquilizado, se extendió sobre el diván.

Después de las trifulcas de la bahía de Tai Tam y de Hollywood Road, la policía de la Colonia debía de estar sobre aviso. Identificarían el cadáver de Lu Peng Yu, encontrarían su automóvil en la carretera y, desde luego, establecerían una correlación con la matanza que se había desarrollado en el gabinete del consejero. Pero la encuesta no podría ir más lejos...

Francis examinó de qué modo podría comprometerle aquella encuesta.

Jackes Fay no había visto al abogado; sus cuatro actores sabían que había pasado la velada en la villa, pero no conocían su identidad, tal vez no se enterarían nunca de que había muerto y, de todos modos, no se presentarían voluntariamente a prestar testimonio a la policía.

Por lo tanto, no había motivo para preocuparse.

Al menos por aquella parte.

Sin embargo, Coplan consideró prudente ir en busca de su cámara-miniatura, la cual había ocultado debajo del colchón mientras los artistas se vestían y Lu estaba en el cuarto de baño.

Se situó cerca de una ventana para exponer la película a la luz y destruir las imágenes que, ahora, resultaban tan comprometedoras como inútiles.

Un crujido de la grava le advirtió que se acercaba alguien. Desde el lugar en que se encontraba sólo podía ver uno de los lados del jardín. Regresó rápidamente a la sala de estar y se adosó a la pared cerca de los goznes de la puerta que se abría al rellano.

Sonó el timbre. Coplan no se movió.

El silencio volvió a adquirir una densidad obsesionante.

Abajo, la puerta se abrió lentamente. Cinco segundos después volvió a cerrarse. ¿Habían entrado o no?

Coplan contuvo el aliento para escuchar más intensamente. Unos pasos leves, precavidos, recorrieron la alfombra del vestíbulo. El individuo se movió por toda la planta baja, abriendo puertas sin volver a cerrarlas.

Francis, satisfecho al ver que sus previsiones se confirmaban, dominó su impaciencia. El asesino que acababa de introducirse en la casa para liquidarle a su regreso empezaba por estudiar el terreno.

Acabaría tal vez por subir al piso...

Inmóvil, con los músculos en tensión, Coplan siguió mentalmente las idas y venidas del personaje. Al oír que subía la escalera, Francis se pegó todavía más a la pared.

La puerta de la sala de estar giró sobre sus goznes y el batiente casi tocó el rostro de Coplan. Transcurrieron unos segundos. Luego, alguien entró en la habitación.

Con el codo, Francis empujó bruscamente el batiente. A continuación se lanzó sobre la mujer, la hermosa Pai Yen, la secretaria de Lu Peng Yu, la cual profirió un grito de terror. Francis le tapó la boca con la mano izquierda, paralizándola con el otro brazo. La joven se debatió frenéticamente, con los ojos desorbitados, propinando unos puntapiés a las piernas de su agresor.

—Calma, monada —murmuró Coplan, estrechando su abrazo—. Calma, si no quieres que te rompa los huesos.

Sofocada, la joven comprendió que sus esfuerzos eran ridículos ante un adversario de aquella talla y cesó de agitarse.

—Eso está mejor —aprobó Coplan—. Ahora, tengo que tomar precauciones. Entre vosotros, el suicidio es demasiado frecuente. Lo siento, Pai Yen...

Cogiendo su vestido por el escote, lo desgarró de arriba abajo por entre los abiertos faldones del impermeable. La combinación corrió la misma suerte. Francis despojó a su víctima de todos sus vestidos a la vez.

Aterrorizada, la joven permaneció completamente inmóvil, a pesar de que ahora gozaba de una completa libertad de movimientos.

Coplan palpó las costuras y registró los bolsillos, tirando al suelo los pequeños objetos que no le interesaban. En el impermeable encontró un encendedor de acero cuyo formato le pareció un poco grande para un modelo femenino. Por otra parte, no descubrió cigarrillos, de modo que se quedó con el mechero.

A Francis le pareció raro que la secretaria no llevara ningún dinero encima, dado que había venido sin bolso.

—No ha venido sola hasta aquí —observó—. Unos compañeros deben esperarla en la carretera... O me esperan a mí. Por lo tanto, disponemos de algunos minutos. Compartía usted los secretos de Lu Peng Yu. *Todos*. Conteste: ¿dónde consiguió las fotocopias que llevó a Francia?

Pai Yen, con las manos cruzadas sobre el pecho, murmuró:

—Anoche, Lu no regresó... Vine simplemente a ver si...

Francis la golpeó en pleno rostro con el dorso de la mano, y la joven cayó sobre el diván.

—Hace una hora, estaba usted en Hollywood Road, sabía que Lu había muerto y se deshacía de los documentos comprometedores —acusó Coplan, inclinándose sobre ella, amenazador—. Además, ha querido registrar mi casa,

con la esperanza de comprender lo que había sucedido en la bahía de Tai Tam. Por lo tanto, no me venga con historias. Hable de una vez...

Respirando agitadamente, la china dirigió una mirada asustada y hostil al europeo.

—Fue... en Anchorage, en Alaska —balbució—. En el curso de su viaje de ida...

—¿Con quién estableció contacto?

—Con un empleado de la oficina de la Pan American Airlines... Un tal Clifford.

—¿Por qué fue asesinado en Pekín el estudiante Ling?

—Porque Tang Lien Chi no había sido detenido en París.

Francis la estudió unos instantes en silencio. Luego ordenó:

—Explíquese. ¿Qué tenía que ver Ling en el asunto? ¿Era uno de vuestros cómplices?

—Sí —susurró la joven—. Temían que la policía de Pekín le interrogara a consecuencia de las declaraciones de Tang. El estudiante podía denunciar a Lu Peng Yu...

—¿Quién ha montado y dirigido toda esa operación?

—Nadie le conoce —aseguró Pai Yen, estremeciéndose de pies a cabeza.

Coplan, con la mano abierta, volvió a golpear el rostro de la muchacha.

Luego continuó:

—Lu Peng Yu estaba *a sus órdenes*. Usted aseguraba el enlace con el peldaño superior. Esta mañana ha quedado demostrado: únicamente usted sabía dónde estaban ocultos los documentos importantes, y por eso la han acompañado al estudio dos asesinos. ¿Quién la ha advertido?

Pai Yen sacudió la cabeza, y su miedo se convirtió en odio. Una crisis de rabia convulsionó sus facciones.

—¡Ha sido Yau Sang! ¡Y le despellejará a usted como a una serpiente! —gritó—. ¡Cerdo extranjero! ¡No saldrá vivo de Hong-Kong! ¿De qué va a servirle formular tantas preguntas? ¡Está usted ya en la tumba, y no repetirá a nadie lo que le he dicho! A na...

Hubiera continuado vociferando si Francis no le hubiera tapado la boca con la mano. Sus gritos se convirtieron en borborigmos.

—¿Yau Sang? ¿Dónde vive ese tipo? —preguntó Coplan con aire burlón—. Puede decírmelo, puesto que la cosa quedará entre nosotros.

En tono de reto, Pai Yen articuló claramente:

—En la Kat Street. Trate de hacerle una visita.

—No dejaré de intentarlo —prometió Francis—. Ahora, vístase. Con el impermeable encima, nadie se dará cuenta de que lleva el vestido roto.

—¿Va usted a..., a dejarme marchar?

—¡Desde luego! ¿Quién, sino usted, podría transmitir un mensaje a Yau Sang de mi parte?

La joven enarcó las cejas.

—¿Su testamento, acaso? —inquirió, más intrigada de lo que quería dar a entender.

—Una aclaración —rectificó Coplan—. La explicación que usted buscaba aquí puedo proporcionársela yo. Unos agentes chinos estaban sobre la pista de Lu. Yo lo ignoraba. Trabajo para el gobierno francés. Anoche le pregunté a Lu Peng Yu por qué había tratado de hacer detener a Tang en Orly. Después, sus gorilas me llevaron al junco. Allí concluimos un pacto: yo le entregaría unas fotografías peligrosas para él, y a cambio me permitiría tomar el avión para Europa. Las fotografías están ahí, las he destruido...

Fue a recoger la película y se la enseñó.

Pai Yen sacudió la cabeza.

—Estaba convencida de que organizó usted la reunión con un objetivo concreto —dijo—. En caso contrario, hubiera venido. Fui yo quien obligó a Lu a traerse una escolta. Él tenía confianza en usted.

—Cuando los agentes de Pekín nos atacaron, a orillas del río, sospechaban que yo estaba informado de las actividades de la red a la cual pertenecía Lu Peng Yu y, como sus colegas habían muerto, me conservaron con ellos. Pero, antes de «interrogarme», quisieron ir a Hollywood Road. Sabían perfectamente la dirección del estudio, puesto que Lu era un funcionario de la administración de Pekín... Repítale eso a Yau Sang, si es ése el nombre de su jefe: no tengo ningún motivo para contarles esa historia a los ingleses, a los chinos, ni siquiera a los americanos. Pero, si me cierra el camino, cometerá un error que tendrá consecuencias incalculables y del cual se arrepentirá. ¿Entendido?

La joven, meditativa, recogió sus destrozadas ropas, contemplándolas con aire perplejo.

—Transmitiré el encargo —murmuró finalmente—. Pero, diga usted lo que diga, su existencia es una amenaza para nosotros. Los hombres de Pekín le atraparán, y...

Coplan la interrumpió:

—Los tres testigos de mi entrevista con Lu han muerto. ¿Por qué se le ocurriría atraparme a la policía china?

Su soberbio aplomo disimulaba el hecho de que los asaltantes de la bahía de Tai Tam eran cinco, y no tres. Los dos supervivientes sabían que había ido a Hollywood Road.

Pai Yen empezó a vestirse. Su apatía se desvaneció, y sus gestos se hicieron más vivos.

—Le aconsejo que no se mueva de aquí —dijo, poniéndose el impermeable—. No salga bajo ningún pretexto hasta que yo misma venga a buscarle, para conducirlo al aeropuerto.

Calzó sus pequeños pies con los zapatos que había perdido a raíz de su azaroso traslado al cuarto de baño, miró fijamente a Coplan y añadió:

—Devuélvame el encendedor.

Sacudiendo la cabeza, Coplan replicó irónicamente:

—Tranquílcese, no voy a utilizarlo.

—Tampoco yo. Devuélvame, si no quiere ponerme en un compromiso: puedo justificarlo todo, salvo la pérdida de ese objeto.

Francis sacó el mechero de su bolsillo y se lo entregó.

Pai Yen lo cogió ávidamente y lo hizo desaparecer en el bolsillo de su impermeable. Notando una vaga inquietud en los ojos de Coplan, declaró:

—No, no voy a utilizarlo. En definitiva, mi visita aquí ha dado los resultados previstos. Tengo que comunicarlos... y decirles a los camaradas que acechan su llegada que su ejecución no es necesaria mientras no abandone usted esta casa.

—Perfecto. Pero si Yau Sang rechaza la idea de dejarme marchar, ¿cómo voy a saberlo?

Pai Yen y Francis tuvieron un mismo sobresalto: un vehículo rodaba sobre la grava del jardín.

Coplan se asomó a la ventana.

No era un vehículo, sino dos: el Austin verde de Lu Peng Yu y una *limousine* negra. De ellos descendieron dos inspectores de paisano y unos agentes de uniforme.

Capítulo IX

Pai Yen, que se había reunido con Coplan, alzó hacia él una mirada cargada de sospechas. Francis la cogió por el brazo para apartarla de la ventana y le dijo rudamente:

—No pierda la cabeza. Voy a recibirles abajo. Métase en el dormitorio y no haga tonterías: no tiene usted nada que temer.

Un imperativo timbrado resonó en el vestíbulo.

Pai Yen se precipitó hacia el dormitorio.

Coplan bajó al vestíbulo y abrió la puerta.

Los dos ingleses de paisano le saludaron cortésmente. Tenían la tez rojiza, la reserva un poco altanera y el porte correcto de los funcionarios coloniales. El más viejo de los dos, un hombre de ojos azules y cabellos canosos, exhibió un carnet de policía y preguntó:

—¿Puede usted concedernos unos minutos, *sir*?

Francis, con las cejas arqueadas por una expresión de asombro, dijo en tono afable:

—Desde luego... Pasen.

Los inspectores, seguidos de dos agentes de raza asiática de uniforme, penetraron en el vestíbulo.

Un ominoso silencio precedió la primera pregunta del jefe del grupo:

—¿Tengo el honor de hablar con mister Cadouin?

La respuesta de Francis fue muy espontánea:

—¿Cadouin? No, se equivocan ustedes. Me llamo Coplan, y soy ciudadano francés.

—Entonces, ¿no conoce usted a un tal Lu Peng Yu? —se informó el detective, mirándole con aire dubitativo.

El cerebro de Coplan funcionaba a una velocidad supersónica. El menor paso en falso podía colocarle en una situación irremediable. Además, arriba, Pai Yen era capaz de prenderse fuego de un momento a otro, creyéndose engañada y cogida en una trampa.

—Sí, conozco perfectamente a mister Lu Peng Yu —admitió Francis.

—¿Y no se llama usted Cadouin?

—No.

—¿No ha conocido, en Hong-Kong, o en Francia, a una persona llamada así?

—Me parece que no.

—¿Tendría inconveniente en enseñarme su pasaporte?

—Ninguno.

Coplan se lo entregó al inspector, el cual lo hojeó durante largo rato.

—El visado de entrada le fue concedido en Pekín —observó el inglés—. ¿Ha venido usted directamente de la China Popular?

—En efecto. Pero ¿puedo enterarme del objeto de su visita?

Su interlocutor ignoró la pregunta.

—¿Cuándo vio a Lu Peng Yu por última vez? —inquirió de un modo casual.

—Anoche —dijo Coplan—. Le recibí aquí mismo.

El policía aprobó con la cabeza y luego sacó de su cartera una tarjeta de visita que mostró a Coplan, sosteniéndola entre el pulgar y el índice.

—¿Cómo explica usted esto?

Era una de las tarjetas a nombre de Cadouin que Francis había hecho imprimir tres días antes. Una inscripción a mano, trazada en rojo con un bolígrafo, mencionaba la dirección de la villa.

Francis hizo una mueca de incertidumbre.

—Supongo que anotó mi dirección en el primer papel que le vino a mano —murmuró, consciente del peligro.

Los policías debían de haber encontrado aquella tarjeta en el bolsillo de Lu Peng Yu o en la guantera de su Austin. Si les daba por comparar las huellas digitales que había en la tarjeta con las suyas, su historia se vendría abajo.

El inspector volvió a guardar el pequeño rectángulo en su cartera, sin hacer ningún comentario.

—De modo que Lu Peng Yu estuvo aquí anoche —dijo—. ¿Asistieron otros invitados a la reunión?

Coplan notó que su cuello se humedecía al pensar en todos los vasos diseminados por la sala de estar y el dormitorio. Sin embargo, afirmó:

—No, estábamos solos. Hablamos de negocios. ¿Acaso le ha ocurrido algo?

De nuevo, el inglés ignoró su pregunta.

—¿Le habló de una cita posterior? ¿Estaba más preocupado que de costumbre?

—En absoluto. Se marchó alrededor de las doce y media, bastante satisfecho de nuestra entrevista. Me dio la impresión de que se dirigía a su domicilio.

El inspector carraspeó.

—¿Cómo empezaron sus relaciones? —preguntó, mirando a Francis con insistencia.

—¡Oh! De un modo muy oficial. Mister Lu Peng Yu formaba parte de una comisión china encargada de negociar en París la compra de tres barcos de transporte. En mi calidad de funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, tuve ocasión de cenar con él. Encontrándome en Hong-Kong, era lógico que le visitara.

Preocupado, el *Chief Detective Inspector* Marble, del C. I. B., estimó que la personalidad del inquilino de la villa le autorizaba a divulgar la causa de aquellas investigaciones.

—Nos hallamos ante un caso muy misterioso, mister Copian. El cadáver de Lu Peng Yu ha sido descubierto esta noche cerca de los restos de dos hombres que habían ardido vivos. Las primeras comprobaciones nos inducen a creer que se disparó un tiro en la cabeza.

Coplan dio un respingo.

—¿Cómo? ¡No es posible! ¿Dice usted que ese hombre ha muerto?

Marble prosiguió:

—Lo que complica el asunto es que el Austin del difunto estaba estacionado a ocho millas de allí, y que a las cinco y media de la mañana su gabinete de consulta ha sido teatro de un sangriento ajuste de cuentas. Todo esto, evidentemente, nos hace suponer que Lu Peng Yu tenía unas actividades..., ejem..., ilegales. ¿No está usted en condiciones de facilitarnos una indicación, por pequeña que sea?

Coplan se frotó la barbilla.

—Me han dicho que en Hong-Kong abundaban las sociedades secretas —respondió—. ¿No son frecuentes los choques entre chinos comunistas y los refugiados?

El digno funcionario de la Corona se apresuró a negarlo.

—No lo crea, son sumamente raros. El chino expatriado es muy respetuoso con las leyes de su país de adopción. Huye de la violencia, no roba, no mata. Lo único que puede conducirle al asesinato o al suicidio es la eventualidad de quedar en mal lugar. Hong-Kong, con sus tres millones de refugiados, es el territorio más tranquilo de la Commonwealth^[8].

—No lo hubiera creído —dijo Francis, imperturbable—. No, de veras, esa historia está por encima de mis posibilidades de comprensión.

El inspector-jefe no disimuló su contrariedad.

—Apenas tenemos indicios —confesó—. Algunas personas que se encontraban en Hollywood Road en el momento de la descarga, pretenden haber visto salir del inmueble a una *nativa* vestida con un impermeable de plástico imitando la piel de leopardo y con un chal verde en la cabeza... Es casi todo lo que sabemos. En cuanto a la secretaria de Lu Peng Yu, todavía no hemos podido localizarla.

Posó sobre Coplan su fría mirada y añadió:

—¿No sabe usted dónde se encuentra, por casualidad?

Francis, con la garganta contraída, consiguió articular:

—Sólo he visto una vez a esa señorita, y no tengo la menor idea del lugar donde vive. Lamento no poder serle más útil, inspector.

El policía paseó los ojos por el vestíbulo.

—¿Ha alquilado usted este *bungalow*?

—Sí, por mediación de un amigo.

—Deduzco que piensa usted permanecer algún tiempo en la Colonia, mister Coplan...

—Un mes, como máximo.

—Bien —dijo Marble—. No olvide que, para más de 30 días, debe usted solicitar un permiso de estancia en el Departamento de Inmigración, aunque su visado tenga una validez de tres meses.

—Llegado el caso, lo tendré en cuenta —asintió Francis.

Marble, su ayudante y los dos agentes, que saludaron haciendo entrechocar sus tacones, se retiraron.

Cuando cerró la puerta, Coplan tenía una sed inextinguible. Sin embargo, espió desde el vestíbulo la marcha de los dos vehículos, y no se dirigió hacia la escalera hasta que se hubieron alejado.

Subió los peldaños de cuatro en cuatro.

Pai Yen estaba apostada cerca del ventanal de la terraza. Volvió hacia Coplan un rostro todavía alterado.

—Lo he oído todo —murmuró, con los labios descoloridos.

Coplan se sirvió un *whisky* doble.

—Saque las conclusiones pertinentes —sugirió Francis, dedicándole una ojeada significativa—. Condenado o no por Yau Sang, tendré que quedarme un poco más. Si tomara el avión mañana, la policía me retendría.

Pai Yen le quitó la botella de las manos y se sirvió también una fuerte dosis de alcohol.

—Mis nervios van a estallar —confesó—. He conservado un dedo sobre el detonador, constantemente, creyendo que usted acabaría por escoger la protección de los polizontes.

Se bebió el *whisky* de un trago, esperó que se aplacara el ardor en su garganta y continuó:

—¿Por qué no lo ha hecho?

Francis se encogió de hombros.

—Porque prefiero obrar por mi cuenta —dijo—. No destruyo nada antes de haber comprendido.

La joven se acercó a él, con los párpados semicerrados sobre sus ojos en forma de almendra.

—He hecho mal en insultarle —susurró—. Casi me reconciliaría usted con los blancos. Ha jugado limpio, a pesar de todo... Ahora sé que puede confiarse en sus palabras, buenas y malas.

—Ojalá no sea usted la única en saberlo —replicó ambiguamente Francis—. Entretanto, estamos metidos en un berenjenal, usted y yo. La llegada de esos policías ha hecho huir, probablemente, a sus guardaespaldas. Habrán creído que iban a detenerla... y que Yau Sang debía ser informado del hecho inmediatamente.

Pai Yen, desorientada, no había pensado en aquello. Privada de la ayuda de sus colegas, no podía volver a la ciudad.

Francis añadió:

—Sus señas habrán sido difundidas ya por los ingleses, y ese impermeable es un poco llamativo... Por otra parte, la sección de la policía china que opera aquí clandestinamente estará también deseosa de echarle el guante. Si Lu Peng Yu era un traidor, usted, su colaboradora más próxima, tiene que rendir cuentas, es lógico.

Súbitamente, Pai Yen se apretó las sientas con las manos y gritó:

—¡No! ¡Basta! No puedo más... ¡Cállese!

Francis le apretó el brazo de un modo reconfortante y suspiró:

—Vamos, tranquilícese... Siempre hay una solución. Yo dispongo también de un automóvil, ¿sabe?

Al borde de las lágrimas, Pai Yen le miró, desconcertada.

—¿Haría usted eso por mí?

—Tendré que hacerlo —gruñó Francis—. Supongo que no va a hacer autostop con esa facha...

Pai Yen reflexionó.

—Pero ¿y si mis camaradas, contrariamente a lo que supone, no han dejado de vigilar los alrededores de la propiedad? —objetó—. Nos ametrallarían al pasar...

—Si prefiere pasearse por la carretera a fin de asegurarse de que continúan allí, no voy a impedirselo. Sin embargo, me parece que si no hubieran regresado a Victoria, habrían venido ya a echar una ojeada a la casa, ¿no?

Pai Yen asintió. La policía británica no viola el domicilio de un ciudadano: si había entrado en la villa, el hecho demostraba que le habían abierto la puerta y, en consecuencia, *que había alguien en la casa*.

Antes de salir de la villa, Francis repitió la pregunta que Pai Yen no había contestado antes.

—¿Cómo me enteraré de la decisión de Yau Sang, si no está de acuerdo en enterrar el hacha de guerra?

—Una bengala verde se encenderá esta noche, a las nueve, en su jardín —dijo Pai Yen—. Si arde, trate de salvar su vida.

Capítulo X

Cuando Pai Yen se hubo separado de él, Coplan comprendió por qué había tenido la audacia de revelarles el lugar donde Yau Sang se ocultaba.

Ahora recordaba el barrio al ver la Ladder Street, una calle en forma de escalera, angosta, hormigueante de gente, empavesada de innumerables insignias y banderolas con grandes ideogramas chinos.

La había cruzado aquella misma mañana, cuando huía de Hollywood Road, para volver al distrito central.

Kat Street y Morlo Gay son dos callejas transversales de aquella vía en pendiente donde las tiendas se aprietan una contra la otra.

Un europeo que penetrara en aquel laberinto era asaltado inmediatamente por los vendedores de curiosidades. Mil pares de ojos le acechaban sin descanso. En cambio, para un chino, desplazarse a su antojo sin llamar la atención era un juego de niños.

Coplan adquirió la convicción de que Pai Yen le había dicho la verdad, en parte porque la proximidad del gabinete de Lu Peng Yu no debía ser casual.

Sin hacerlo a propósito, recorrió en sentido inverso el trayecto seguido por Pai Yen y sus guardaespaldas después de la matanza: en la intersección de Hollywood Road, dio la vuelta para remontarla.

Así pudo comprobar que el trío no había tenido que ir muy lejos para ponerse a cubierto.

La avenida tenía su aspecto habitual. Delante del 76 no se veía ya a nadie, ni ningún coche de la policía.

Condujo el Hillman hasta la estación del *ferry*, cruzó el río sin apearse del automóvil y, cuando estuvo en Kowloon, lo aparcó cerca de la estación.

Almorzó en un restaurante de Nathan Road, se tomó dos tazas de café muy cargado y luego se dirigió hacia la casa de Jackie Fay.

Jackie le acogió con una agradable sonrisa, previendo otro negocio.

—Quiero dormir —dijo Francis.

—¿Con quién? —se informó Jackie.

—Solo. Completamente solo, ¿entiendes?

El rostro del chino se alargó.

—Pero... aquí no...

—¿Cuánto?

Jackie tenía la mente ágil y el sentido del negocio.

—Cinco dólares U. S. A., treinta dólares Hong-Kong —respondió inmediatamente.

Coplan le entregó unos billetes.

—¿Lees los periódicos? —inquirió, de un modo casual.

—No —dijo Jackie, desconcertado por aquel extraño cliente.

—Haces bien —opinó Francis—. Es el mejor sistema para conservar una buena moral. Acompáñame a mi habitación.

Un cuarto de hora después, Coplan dormía tranquilamente.

* * *

Caía el crepúsculo cuando Coplan salió a la calle. Los escaparates de las tiendas estaban ya iluminados.

La perspectiva de volver a subir al Peak no entusiasmaba demasiado a Francis, pero, como tendría que organizarse en función de la respuesta de Yau Sang, estaba obligado a ir allí para conocerla.

Se adentró en la Chatham Road, una amplia avenida bordeada de edificios y de hoteles de quince pisos de construcción reciente que se extendía a lo largo de un terraplén separado de la vía férrea Kowloon-Cantón por un muro cubierto de reclamos publicitarios.

Alcanzó así el aparcamiento de la estación y se dirigió hacia su Hillman. Alguien le habló en el momento en que empuñaba la manija de la portezuela.

—Ése no, *sir*. Aquél.

Era un blanco de elevada estatura, de rostro severo. Con un gesto autoritario, señaló un largo Chrysler negro aparcado paralelamente al Hillman.

El hombre no iba solo. Otro, también de raza blanca y no menos atlético, se había colocado de modo que pudiera cortarle la retirada a Coplan. Llevaba la mano derecha hundida en el bolsillo del mismo lado de la americana.

Coplan, atrapado en el pasillo entre los dos vehículos, miró sin parpadear al tipo que le había formulado aquella orden.

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —inquirió, altanero.

—*Special Branch* —dijo lacónicamente el interesado—. Suba.

Francis obedeció.

El Chrysler dio marcha atrás para salir del aparcamiento y luego se mezcló con la circulación. Poco antes de llegar a la estación giró y enfiló

Nathan Road. Tras haber recorrido un par de kilómetros en línea recta, se detuvo delante de un inmueble reciente, ultramoderno, que no parecía destinado a albergar unos servicios oficiales.

Coplan fue conducido por un largo pasillo, brillantemente iluminado. Los tres hombres subieron en ascensor hasta el séptimo piso; luego, Francis fue introducido en unas oficinas aparentemente dedicadas a usos comerciales. Finalmente le hicieron entrar en una especie de despacho de dirección, de puertas acolchadas.

—Siéntese —ordenó uno de los esbirros, en tanto que otro se quedaba de guardia delante de la puerta.

Francis tenía demasiada experiencia de aquella clase de operación para no olerse algo insólito. Incluso en los casos más graves, los funcionarios británicos insisten en respetar las formas. No detienen a nadie sin notificarle el motivo —o el pretexto— de aquella cortapisa a su libertad.

Coplan se instaló, más intrigado que ansioso.

—Parece usted estar en muy buenas relaciones con esa muchacha... —empezó su interlocutor, en tono neutro y con un leve acento norteamericano—. ¿En qué se ocupa, en realidad?

—¿Qué muchacha? —dijo Francis—. Conozco varias.

—La que ha dejado usted en la Ladder Street, poco antes de mediodía.

—Creo que es la secretaria de un abogado. ¿No será usted su marido?

El individuo frunció el ceño.

—Oiga —dijo—, no crea que va a tomarme el pelo. Esto es muy serio. Esta caja esta insonorizada de arriba abajo. A esta hora, no hay nadie al lado, ni encima, ni debajo. Vale más que responda usted francamente, si no quiere pasarlo mal.

Su aire de superioridad disgustó profundamente a Francis.

—Sus amenazas me tienen sin cuidado —replicó, sin levantar la voz—. ¿Con qué derecho me interroga usted?

—¿Es usted inglés o norteamericano?

—¿Y usted?

El hombre, que se había dejado caer en un sillón, volvió a ponerse en pie.

—Es usted un tipo duro, ¿eh? —inquirió—. Yo también. Pero no tengo paciencia. Llevaba en su automóvil a una muñeca china buscada por la policía. O es usted un imbécil, o la estaba ayudando. ¿Por qué?

—Regresábamos de una excursión campestre —afirmó Francis—. Me gusta esa chica. ¿A usted no?

El coloso agarró una de las solapas de Coplan y le largó un directo. Pero antes de que el puño llegara a su destino, el individuo osciló hacia adelante, víctima de su presa, de su impulso y de la caída hacia atrás que había provocado Francis dejándose ir con su asiento. Con un pie en la boca del estómago, el individuo salió propulsado por encima de Coplan y fue a chocar de cabeza contra un armario metálico, que resonó como un gong.

Coplan se incorporaba sobre una rodilla cuando el otro esbirro, llegando a la carrera, trató de derribarle de un puntapié; Francis se dejó caer de costado y proyectó el tacón de su zapato contra la rótula del nuevo atacante. El beneficiario se paró en seco, tropezó y cayó sobre las piernas de su acólito, el cual, aturdido, se apoyaba en un brazo para levantarse.

Animado de un feroz dinamismo, Coplan se volvió rápidamente; con las manos en el suelo, proyectó esta vez sus dos tacones contra los costados del segundo asaltante, enviándole más lejos. Luego giró y, a voleo, golpeó con el filo de su mano izquierda el musculoso cuello del primero. Aprovechando el breve respiro que le concedía la momentánea apatía de los dos sujetos, sacó la pistola que había recogido en la villa y golpeó con la culata el occipucio del hombre derrumbado delante del armario.

Handicapado por una pierna que le negaba todo servicio, el otro tipo empuñó su pistola. Rugió:

—¡Atrás! ¡Arriba las manos!

Coplan hizo una mueca de desdén.

—Cretino, no se atreverá a disparar. Ni siquiera sabe quién soy... Me encuentro en estado de legítima defensa. ¡Suelte ese juguete, o le vuelo la tapa de los sesos!

Influido por la decisión de su adversario, o temiendo las consecuencias de un intercambio de balas, el interpelado bajó su automática, aunque sin soltarla.

Coplan retrocedió un par de pasos para dominar mejor a los dos falsos detectives.

—Puesto que querían charlar, reanudemos la conversación —dijo—. ¿Qué pasa con esa china?

El individuo que por dos veces había sido golpeado en el cráneo no parecía tener unas ideas muy claras. Su colega, más lúcido, se frotaba los costados frunciendo los ojos, la frente y la boca.

—¿Acaso no lo sabe? —articuló—. Esa muchacha pertenece a una banda de espías, y usted también. Pero usted ha terminado su carrera...

—Son ustedes unos estúpidos —replicó Francis, impávido—. Músculos en lugar de cerebro, y psicólogos como mis botas. Son ustedes únicos, ¿eh? Nadie más puede ser capaz de llevar a cabo una investigación, ¿verdad?

La crispada fisonomía del quídam reflejó un esfuerzo mental considerable.

—No trate de hacerme tragar que es usted un Ganan —gruñó—. Nos hubieran advertido...

—No se fíe de mi acento: soy francés. Y, si no me engaño, la pista de este asunto les ha sido facilitada desde París. ¿Correcto?

El asombro y la desconfianza se pintaron en el semblante del americano.

—Correcto —asintió—. Nos señalaron a un tipo que iba de París a Hong-Kong, pasando por el Polo. El soplo partió de Anchorage.

Coplan, enfundando su Webley Scott, suspiró:

—Levántense, los dos... Han metido la pata hasta el corvejón. Lu Peng Yu estableció un contacto en Anchorage, ¿no es cierto?

Desconcertados, los agentes especiales se pusieron trabajosamente en pie. Nunca les había ocurrido una desgracia semejante, y les costaba digerir la plancha que habían cometido, tanto más cuanto que terminaba de un modo más bien humillante para ellos.

—Sí —continuó Francis, en respuesta a su persistente incredulidad—. Se trataba del equipo electrónico del Caravelle. El asunto nos afecta tanto como a ustedes. Si nos ponemos de acuerdo, las cosas serán más sencillas para todos. Me llamo Coplan.

—Rampton —se presentó el que había iniciado con tan mal pie el diálogo.

—Hackett —dijo el otro, decidiéndose a colocar de nuevo su arma en la funda—. ¿Qué opinas de un trago, Chuck?

Rampton asintió.

Hackett sacó una botella de *whisky* y tres vasos del armario. Los tres hombres bebieron en silencio.

—¿Se encuentra su «central» en Cameron Road? —preguntó Hackett—. Me ha hecho usted pasear cinco horas por esa calle...

Coplan sonrió.

—No, mi puerto no es ése. Me había refugiado en casa de un compañero para dormir tranquilo.

Interiormente, seleccionaba ya las cosas que podía revelar y las que prefería guardarse para sí. Con ello no hacía más que adaptarse a una tradición de los servicios secretos: no exhibir nunca sus triunfos, antes de

saber en qué van a desembocar las investigaciones. Es una táctica que a veces resulta ventajosa.

Pero, si se quiere obtener algo de un competidor, nada mejor que lanzarle un hermoso anzuelo.

—Les hablaba de Anchorage —recordó Francis—. No sé si la indicación es válida, pero parece ser que Lu Peng Yu había recibido las fotocopias de un empleado de la Pan American, un tal Clifford.

Los dos americanos intercambiaron una mirada de entendimiento.

Rampton declaró:

—Al regreso, el chino entró en la oficina de esa compañía, pero creímos que se trataba de una cuestión de billete.

—Existe la posibilidad de que recogiera informaciones para llevarlas a Asia —subrayó Coplan—. Anchorage es un lugar ideal como punto de contacto.

Lo había observado a raíz de un viaje anterior. Única escala de los vuelos transpolares, Anchorage goza de un estatuto muy especial. Alaska es un Estado U. S. A. Por lo tanto, forma parte integrante del territorio de los Estados Unidos. Pero los viajeros que aterrizan en Anchorage no necesitan visado, sus equipajes no son revisados ni a la salida ni a la llegada, y pueden circular libremente alrededor del aeropuerto si disponen de tiempo para hacerlo.

Rampton y Hackett no lo ignoraban. La información facilitada por Coplan era de primera magnitud: si Anchorage era el último eslabón de la cadena, localizar la red que operaba en los Estados sería coser y cantar para los servicios de contraespionaje.

Los americanos se sintieron en deuda con el agente francés y accedieron a mostrarse más comunicativos.

—Cuando llegamos a Hong-Kong, nos pusimos en contacto con el *Deputy Director* de la *Special Branch* y con el *Secretariat for Chinese Affairs* —explicó Hampton—. Les dijimos que Lu Peng Yu estaba clasificado como sospechoso por la C. I. A., y que deseábamos establecer una vigilancia. Pero los ingleses nos contestaron que Lu Peng Yu era un funcionario de la China comunista, que ejercía una actividad completamente honorable en la Colonia, y que no querían tener conflictos con Pekín.

Bebió un sorbo de *whisky*, mientras Hackett tomaba la palabra:

—Entonces enviamos un cable a Washington, pidiendo instrucciones. Esta mañana, el *Deputy Director* nos ha llamado por teléfono para decirnos que el chino había muerto, que una ráfaga de metralleta había liquidado a tres

clientes en su despacho de Hollywood Road, y que su secretaria no se presentó en la oficina a la hora de costumbre. De modo que decidimos echarle el guante antes de que lo hiciera la policía británica.

—¿Por qué la esperaban en la Ladder Street? —inquirió Coplan—. Seguramente, no escogieron aquel lugar por casualidad...

Sus interlocutores, desconcertados, se espionaron mutuamente. Hackett carraspeó.

—Bueno —se resignó a divulgar—, en realidad, éramos cuatro: dos a cada extremo de la calle. Tarde o temprano, Pai Yen tenía que pasar por allí, si no había abandonado Victoria City.

Francis les miró a los dos, convencido de que no lo decían todo.

—¿Qué les hacía creer que Pai Yen se vería *obligada* a pasar por aquella calle? —preguntó, con el ceño fruncido.

Hampton se frotó la barbilla. De mala gana, confesó:

—Se había producido un cortocircuito con otro expediente... Esa muchacha había sido fichada ya hace ocho meses. Se dirigía frecuentemente a la Ladder Street, cuatro o cinco veces por semana. Nunca se consiguió saber dónde entraba: se evaporaba misteriosamente entre la multitud.

—¿Por qué la vigilaban ustedes?

—No éramos nosotros, sino unos colegas —explicó Hackett—. Procedían de Saigón. Le seguían la pista a un vietnamita sospechoso de haber organizado unos atentados contra nuestras instalaciones militares del Sudeste. Y aquel individuo se entrevistó varias veces con la china...

—¿No le detuvieron?

—Sí —dijo Rampton—. Pero el amarillo ardió como una antorcha al verse atrapado. Como no había nada concreto contra la muchacha, y la banda de terroristas había sido desarticulada, el asunto quedó archivado.

Se produjo un largo silencio.

—Pero ¿a qué se debe que estuviera usted con Pai Yen? —preguntó finalmente Hackett, intrigado.

Francis consultó su reloj de pulsera: señalaba las nueve menos veinte.

—Nuestros métodos no son iguales —respondió altivamente—. Mis trabajos de acercamiento estaban basados en una conquista sentimental... Ignoraba que Lu Peng Yu estaba muerto. Hacerle vigilar por su propia secretaria me pareció un buen sistema, ya que no sospechaba que Pai Yen pertenecía también a la banda.

—¿Conquistó a la chica? —preguntó Hackett, con las pupilas brillantes.

Coplan ideó súbitamente un medio para neutralizar provisionalmente la C. I. A.

—A través de ella he obtenido la información sobre Anchorage —reveló—. Déjenme las manos libres y no estropeen nada: estoy en mejores condiciones de actuar que ustedes, nuestros intereses son los mismos, y sería estúpido estorbarnos mutuamente. Si tengo éxito, nos repartiremos los dividendos. ¿De acuerdo?

Tras una breve reflexión, Rampton gruñó:

—Bueno. Intentaremos la experiencia. Denos sus coordenadas. Ya conoce nuestra dirección. Water Supply Cy, Mayfair Building, Nathan Road, Kowloon.

Capítulo XI

Eran las 9:35 cuando el Hillman de Coplan abordó la última cuesta que conducía a la villa.

A pesar de lo instructivo de su entrevista con los americanos, le había hecho perder un tiempo precioso y ahora ignoraba las intenciones de Yau Sang en lo que a él respecta.

Los chinos respetan los términos de un trato y son puntuales. Si, a la hora prevista, la bengala había proyectado su resplandor sobre los macizos del jardín, Francis podía caer acribillado en cualquier momento.

De modo que Francis redobló sus precauciones al acercarse a la propiedad. Especialmente cuando sobrepasó un automóvil aparentemente desierto, estacionado en un aparcamiento improvisado en un paraje desde el cual se divisaba un pintoresco panorama.

No obstante, Francis llegó sin dificultades a la villa. Penetró en el jardín, se detuvo delante mismo de la escalinata... y arqueó las cejas al ver al Mercedes aparcado al lado izquierdo, cerca de un macizo de cactus.

El ritmo de los latidos de su corazón se aceleró ligeramente. La presencia de aquel vehículo revestía un extraño carácter, muy difícil de interpretar.

Nadie estaba sentado en su interior, al parecer.

Coplan se apeó de su Hillman por la portezuela opuesta. Sin dejar de mirar el Mercedes, subió los peldaños de la escalinata.

La cerradura había sido forzada en su ausencia; no necesitó la llave para abrir la puerta. Pasó un brazo por la abertura y palpó a lo largo del marco a fin de encender la luz antes de franquear el umbral del vestíbulo.

Pensando en la ráfaga que había liquidado a los tres agentes del contraespionaje chino a raíz de su entrada en el estudio de Lu Peng Yu, empuñó su pistola y entró rápidamente en la morada.

Del mismo modo que por la mañana había tenido el presentimiento de que estaba solo, ahora tuvo la convicción de no estarlo. Inmediatamente pudo comprobar que no se equivocaba.

Pai Yen apareció en el rellano del piso.

—Suba —dijo, con cierta sequedad—. ¿Por qué no estaba aquí a las nueve?

Francis, relajado, respondió:

—He tenido dificultades por causa suya, ya le explicaré. Prepáreme un gran vaso de agua con un poco de *whisky*...

Pai Yen se deslizó hacia el *living* antes de que Francis hubiera alcanzado el rellano. Su rostro cambió al ver a los dos hombres sentados en unos sillones, con una metralleta sobre las rodillas.

Eran los individuos que habían salido del inmueble de Hollywood Road con Pai Yen. Francis interrogó a la joven con la mirada.

—Yau Sang me ha escuchado —dijo Pai Yen—. Ha llegado a la conclusión de que podía dejarle con vida, pero no en libertad.

Coplan se rascó la sien.

—¿Cuántas semanas o meses piensa retenerme su Yau Sang? —inquirió, sarcásticamente.

Pai Yen le sirvió un vaso de *whisky* con soda.

—Lo ignoro —respondió—. Quiere verle, hablar con usted. Está en juego su seguridad, tanto como la nuestra. Corre usted más peligros de lo que cree.

Los dos asesinos, impenetrables, no perdían de vista a Coplan.

—Francis bebió ávidamente.

—¿Entienden el inglés sus protectores? —inquirió, señalándolos con la barbilla.

—No. ¿Qué importancia tiene?

—Cuando salieron de la Ladder Street, ¿por dónde lo hicieron?

Pai Yen hizo una mueca de impaciencia.

—Por la parte alta —dijo—. ¿Adónde quiere ir a parar?

—A esto: usted corre más peligros de lo que cree. Sus guardaespaldas tendrán trabajo cuando salgamos de la villa. Apuesto mil contra uno a que los han seguido hasta aquí.

La joven escrutó el rostro de Coplan como si temiera un nuevo ejemplo de su maquiavelismo. ¿Estaría inventándose una historia para escapar a la detención?

Francis le explicó el motivo de su retraso y la conversación que había sostenido con los agentes de la C. I. A., sin concretar dónde se había desarrollado.

—Según ellos, estuvo usted en contacto con un terrorista vietnamita, hace ocho meses —citó, a título de referencia—. No puedo haberme sacado de la manga esa información... ¿Me cree ahora?

Preocupada, la china habló en cantonés con sus acólitos. Éstos asumieron una expresión furiosa y, de cuando en cuando, pronunciaron cortas frases a las cuales Pai Yen respondió.

Volviéndose hacia Coplan, la joven dijo:

—Kee y Tzu sugieren que utilicemos los dos automóviles, el de usted y el Mercedes. Usted y yo iremos en el primero, y ellos nos cubrirán en el segundo. ¿Le parece bien?

Francis asintió:

—Es una buena fórmula. Pero tendrá que tenderse en el suelo. Así, los americanos no sabrán si va conmigo o con el Mercedes, como en el viaje de ida. Quieren cogerla viva, de modo que no dispararán.

Pai Yen hizo un gesto de aprobación y luego tradujo la sugerencia de Francis a sus acólitos, los cuales manifestaron también su conformidad con aquella táctica. Era evidente que deseaban marcharse de allí lo antes posible.

Dejando a propósito las luces encendidas, Francis bajó con el trío.

Cuando todo el mundo se hubo instalado, el Hillman se puso en marcha. Los ocupantes de la berlina alemana esperaron casi un minuto antes de partir, a fin de dejar un adecuado intervalo entre los dos automóviles.

Hicieron bien, ya que casi inmediatamente un vehículo pasó por delante del portal. ¿Coincidencia? Era imposible saberlo, de momento.

Coplan no tardó en observar los dos faros en su retrovisor. Al ver que la forma de vehículo no era la del Mercedes, recurrió al truco clásico: una aceleración prolongada. Dado que la carretera tenía muchas sinuosidades, otro conductor no habría adoptado una velocidad análoga por simple espíritu de imitación.

Los faros continuaron a la misma distancia.

—Nos están siguiendo —anunció tranquilamente Francis a su compañera.

Pai Yen, devorada por la curiosidad, se irguió sobre el asiento y miró, con los ojos al nivel del cristal posterior.

—Baje de ahí —ordenó Coplan—. Si nos enfocan con los faros largos, la verán.

Aminoró la marcha hasta la velocidad autorizada, acechando con el rabillo del ojo la reacción de sus perseguidores. El intervalo disminuyó, y luego volvió a estabilizarse.

Kee y Tzu debían de estar ya sobre aviso. Y a menos que estuvieran ciegos, los americanos que ejercían la vigilancia tenían que haberse dado cuenta, también, de que el Mercedes se adoptaba fielmente a sus cambios de velocidad.

Bruscamente, el Mercedes dio señales de vida: de su ventanilla izquierda brotaron una serie de fogonazos, al tiempo que resonaban las secas detonaciones de un arma automática.

Los cristales del vehículo perseguidor volaron en pedazos y el automóvil, súbitamente privado de dirección, se salió de la carretera y fue a estrellarse contra el fondo del barranco después de haber rebotado espantosamente en la rocosa pared.

El Mercedes, lanzado a todo gas, pidió paso con una vehemente llamada de su claxon. Adelantó al Hillman y continuó disparado, con un agudo rechinar de neumáticos en cada curva.

Coplan, estupefacto ante aquella expeditiva liquidación de los americanos, exclamó:

—¡Sus compañeros están locos! ¡Van a poner en pie de guerra a toda la policía de la Colonia!

Pai Yen, que se había incorporado al oír la ráfaga, respondió con una fría sobriedad:

—Yau Sang les había dado la orden formal de eliminar toda amenaza dirigida contra nosotros. Lo han hecho en el momento más favorable...

Efectivamente, aunque algún testigo hubiese asistido de lejos al ametrallamiento y la caída del vehículo, le hubiera sido materialmente imposible evitar la huida de los agresores. El sinuoso trazado de la carretera, sus cruces con otros caminos que serpenteaban entre los montes de aquel distrito, no permitían adivinar qué dirección iban a tomar los bandidos.

El propio Coplan, espectador de primera fila, no veía ya el Mercedes y se preguntaba dónde se habría metido. En cambio, vio subir un autobús de los transportes públicos, que iba desde el muelle de los *ferries* hasta el Peak, y cuyo chófer no daba la menor señal de agitación.

Francis inquirió:

—Bueno, ¿adónde vamos?

—En primer lugar a Kowloon, luego a los *New Territories* —respondió Pai Yen—. Baje hacia Aberdeen. Allí encontraremos a Kee y a Tzu. Una canoa a motor nos llevará a todos al otro lado de la bahía.

* * *

El programa había sido minuciosamente estudiado.

El jefe de Pai Yen sabía que la joven corría un serio peligro al volver a casa del europeo. Le había proporcionado una escolta dispuesta a todo, y había elaborado un itinerario evitándole volver a pasar por Victoria City y

utilizar una de las diez líneas de *ferry-boats* que unen Hong-Kong al continente. Todo ello resultaba bastante normal.

Pero cuando, alrededor de medianoche, Coplan desembarcó en el muelle del puerto de Yaumati, tuvo la sensación de que las medidas adoptadas por Yau San le afectaban principalmente a él.

Aquel refugio de los juncos en épocas de tifones se encontraba en la costa oeste de la ciudad de Kowloon, y las calles que desembocaban en la faja de agua conducían directamente al centro de la villa.

Unos miembros de la organización esperaban a los recién llegados. Éstos sólo tuvieron que andar un corto trecho para subir a otros automóviles, en número de tres. Coplan y Pai Yen se instalaron en el del medio, Kee y Tzu en el que iba en cabeza, y el último quedó reservado para tres chinos mudos, de semblantes falsamente adormilados.

Uno a uno, los vehículos se pusieron en marcha. Cuando viraron en Nathan Road, su separación era suficiente para que no pudiera adivinarse que iban juntos.

—Me parece que me hacen mucho honor —bromeó Francis—. Si hubiese querido largarme, hubiera aprovechado la ocasión antes de Aberdeen...

Sentada a su lado, Pai Yen sacudió la cabeza.

—Estas precauciones no tienden a impedir que huya. En la Colonia, no podría escapar de nosotros. Nuestro servicio de información y nuestra policía son más eficaces que los de los ingleses, puede creerlo. Entre los cuatro millones de chinos que viven en el territorio, el reclutamiento resulta fácil.

—Entonces, ¿por qué este cortejo? —interrogó Coplan.

—Más tarde lo sabrá —dijo Pai Yen.

Se produjo un silencio. Al cabo de unos instantes, Coplan preguntó:

—¿Puede decirme adónde vamos?

—A una vieja aldea. Debe de conocerla, ya que la mayor parte de los turistas la visitan...

A sus labios asomó una sonrisa sibilina, y rectificó:

—... o creen visitarla. No ven más que el decorado exterior. Es Kam Tin.

Coplan enarcó las cejas.

—¿Allí piensan guardarme? ¿En aquella horrible pocilga maloliente y sin luz?

La sonrisa de Pai Yen se acentuó.

—Tranquilícese —dijo—. Lo encontrará muy cómodo.

Llegaron a su destino al cabo de media hora.

De noche, el aspecto de Kam Tin era más lúgubre aún que durante el día. Consistía en una recia muralla de ladrillo, de cuatro a cinco metros de altura, delimitando un cuadrilátero provisto, en cada uno de los ángulos, de una torre cuadrada de vigilancia. Una sola puerta, no mayor que la de una habitación, permitía el acceso al interior de aquel recinto.

¡Como prisión, no estaba mal escogido!

Cargado con su maleta y su abrigo, Copian siguió a Pai Yen por el terreno fangoso que rodeaba la aldea. La verja de hierro forjado, irrevocablemente cerrada todas las noches a las 10, se abrió ante la joven.

Pequeñas casas, todas idénticas, sucias, de fachadas vetustas, formaban unos islotes de medio centenar de metros de lado, separados por unos pasillos que se cortaban en ángulo recto. Albergaban a una comunidad cuyos miembros eran todos descendientes del clan de Tang, el constructor que había edificado aquella localidad fortificada en el siglo XVII.

En virtud de un antiguo privilegio, el orden era mantenido en la aldea por sus propios alguaciles, y la policía inglesa no tenía derecho a penetrar en ella^[9].

Un silencio de tumba, apenas desflorado por los pasos furtivos de Pai Yen y de sus compañeros, hubiera podido hacer creer a Francis, si no hubiese visitado Kam Tin unos años antes, que no había un alma detrás de aquellos muros sin ventanas.

Después de algunos rodeos, la china empujó un batiente de aspecto tan deplorable como todos los otros. Francis tuvo que encorvarse para entrar detrás de ella en una pequeña estancia mal iluminada por una polvorienta bombilla eléctrica.

Aquel tugurio no contenía más que una mesa patizamba, un taburete, un catre, ropas viejas colgadas de unos clavos y unas desconchadas piezas de vajilla.

Francis tenía un concepto bastante distinto del confort; se disponía a decirlo cuando vio que Pai Yen desplazaba el catre, dejando al descubierto la tapa de una trampilla, que la joven levantó.

—Cuidado al bajar —advirtió—. Los peldaños son muy estrechos y altos...

A pesar de la confianza que tenía en sí mismo y de la que concedía a la palabra de los hijos del Celeste Imperio, Coplan pensó que tal vez había ido un poco lejos; la cosa tenía todo el aspecto de una trampa...

A pesar de todo, se deslizó por la abertura, ayudándose con una mano, su maleta en la otra. La excavación era profunda. Los guardaespaldas no les

siguieron: volvieron a cerrar la trampilla.

Cuando Francis hubo descendido la escalera, Pai Yen se adentró por un túnel semejante, por su anchura, a las callejas del exterior. Veinte metros más lejos, la joven abrió un batiente metálico y una cálida luz la envolvió.

—Hemos llegado —dijo, señalando el interior del local—. Tal vez esto no le parezca tan desagradable.

Coplan pasó delante de ella. Desconcertado, se detuvo en el umbral de la estancia.

Era una habitación muy amplia y amueblada con un gusto refinado. Varios faroles difundían una claridad rosa-anaranjada sobre una cómoda de ébano con incrustaciones de nácar, sobre unos veladores finamente esculpidos, una mesita cuyas patas estaban talladas en forma de garras de tigre, y sobre un inmenso diván cubierto con una lujosa piel blanca. Unos artísticos jarrones, unas pinturas sobre seda y una magnífica alfombra realizaban con sus colores la opulenta intimidad de aquel salón. En un ángulo, sobre un zócalo, una estatua de Buda de bronce dorado ponía en el ambiente una nota de inmutable serenidad.

—¿Le gusta? —inquirió la joven.

—Sí —admitió Coplan—. Como cárcel, no está mal...

—No permanecerá mucho tiempo aquí —dijo Pai Yen, preocupada—. Creo que van a encargarle una misión *para nosotros*.

Francis, con los puños en las caderas, la contempló con aire pensativo.

—Entonces, ¿no se trataba únicamente de retirarme de la circulación? —murmuró.

Detrás de él, unos cortinajes se apartaron.

Un hombre embutido en un quimono de mangas muy anchas, calzado con zapatillas de fieltro, entró como una sombra y articuló:

—No, mister Coplan. No se trataba *únicamente* de eso...

Capítulo XII

Coplan se volvió en redondo.

El recién llegado se inclinó, con las manos hundidas en sus mangas. Llevaba el cráneo afeitado. Su rostro redondo, de pómulos salientes y labios delgados, tenía la palidez que produce un prolongado encierro. Una mirada neutra se filtraba entre sus pupilas, y nadie hubiese podido adivinar si aquel hombre era estúpido o inteligente, cruel o lleno de bondad. Su edad debía de oscilar entre los cuarenta y los cincuenta años.

—¿Mister Yau Sang? —inquirió Francis, bastante mortificado por no poder catalogar al personaje.

El chino se inclinó tres veces.

—Le agradezco que haya aceptado mi invitación —declaró con su voz incolora—. ¿Puedo ofrecerle una taza de té?

Independientemente del hecho de que había enviado a dos individuos armados de metralletas para convencer a su huésped, Yau Sang era de una cortesía exquisita.

—Me siento muy honrado —dijo Francis, adoptando el mismo estilo—. ¿Me permite fumar?

Mientras asentía, Yau Sang golpeó ligeramente un gong.

Francis encendió un cigarrillo. Entretanto, Pai Yen empezó a hablar volublemente con su jefe, el cual la escuchaba con los ojos inclinados y las facciones inmóviles.

La joven le contaba, evidentemente, que los americanos habían iniciado una investigación y que habían intervenido por dos veces en el curso de la jornada.

Apareció un criado con una bandeja. Un delicado aroma a jazmín se elevó de las tazas cuando vertió en ellas la infusión.

Habiendo terminado su relato, Pai Yen esperaba la conclusión que Yau Sang extraería de él. Pero este último, dirigiéndose en inglés a Coplan, le dijo:

—Lo que acabo de saber no hace más que confirmar mi opinión... Siéntese, por favor.

Francis y Pai Yen se instalaron en el diván, mientras Yau Sang se sentaba en un sillón de respaldo recto.

El chino continuó:

—En ese asunto de los planos se ha cometido un error. Sin embargo, puede resultar beneficioso. Estas últimas veinticuatro horas han sido muy agitadas para todos nosotros. Es deseable que la calma y el reposo apacigüen nuestros espíritus antes de que abordemos el tema de que quiero hablarle. ¿No opina usted igual?

—Sí, desde luego —dijo Coplan—. A pesar de mi deseo de aclarar las cosas lo más pronto posible, me gustaría concederme unas horas de reflexión.

—Nada más natural —aprobó Yau Sang—. Por otra parte, voy a facilitarle un elemento que no posee y que puede influir en su posición: hace dos horas, los ingleses han dictado una orden de detención contra usted.

Coplan enarcó las cejas. ¿Era una afirmación gratuita destinada a impresionarle, o una información valiosa que merecía ser tomada en serio?

—No veo lo que podría haberles inducido a adoptar semejante medida —objetó Francis—. Mis respuestas al inspector fueron inatacables.

Yau Sang parpadeó.

—No lo dudo —murmuró—. Pero han actuado a petición de un representante oficioso de Pekín. Dos testigos afirman que esta mañana se encontraba usted en Hollywood Road, y que puede facilitar un testimonio capital acerca de lo que ocurrió allí.

Coplan, que había notado una extraña sensación de malestar en la boca del estómago, expulsó lentamente una bocanada de humo.

La afirmación de Yau Sang era muy verosímil.

Los dos agentes secretos chinos que habían participado en la refriega de la bahía de Tai Tam sabían que Francis había acompañado a sus tres compatriotas al lugar donde fueron asesinados.

Reclamar la colaboración de la policía británica era una maniobra sumamente hábil: significaba tanto como inducirla, de un modo solapado, a que se encargara de la destrucción de aquella organización clandestina...

Al mismo tiempo, quedaba demostrado que Yau Sang estaba muy bien documentado: tenía informadores incluso en las altas esferas del *Criminal Investigation Department*.

—Lo que usted me dice no es excesivamente alarmante para mí, pero no dejaré de tenerlo en cuenta —declaró Francis—. Por regla general, sólo informo de las circunstancias exactas de un... accidente a mis superiores.

Asintiendo con gravedad, Yau Sang respondió a media voz:

—Le felicito por ello. Por otra parte, la prudencia que demostró ante la policía inglesa le ha salvado la vida. Volveremos a hablar de todo esto mañana. Ahora, permítame que me retire.

Se puso en pie, hizo tres reverencias y desapareció silenciosamente detrás de los cortinajes.

Bastante perplejo, Coplan miró a Pai Yen.

—¿Duerme en la habitación de al lado? —susurró.

Pai Yen movió negativamente la cabeza y le cogió por la manga.

—Venga, voy a enseñarle su apartamento.

Le condujo a través de una serie de habitaciones que ofrecían todas las comodidades que pueden encontrarse en una residencia de gran lujo.

Finalmente, la china se detuvo en un dormitorio no menos suntuoso que el salón.

—Dormiré aquí —dijo.

* * *

Al día siguiente, a media mañana, Pai Yen se presentó en el salón acompañada de un criado y le dijo a Francis:

—Acompañe a Cheong. Yau Sang quiere verle.

Siguió al doméstico al otro lado de los cortinajes, cruzó una especie de antecámara decorada con panoplias de armas antiguas y penetró en otra *suite* separada de la primera por una puerta de acero.

Yau Sang, con ropas occidentales, recordaba ahora a uno de esos agentes de cambio que se ven detrás de una pequeña taquilla en numerosos lugares de Hong-Kong: camisa blanca inmaculada, americana de alpaca, rostro rasurado y expresión concentrada.

Estaba sentado detrás de un escritorio, sin ningún papel delante de él: únicamente una ponchera de porcelana, vacía, destinada a servir de cenicero, colocada cerca del sillón que esperaba al visitante.

El cambio de ropas de Yau Sang pareció haber modificado también su comportamiento. Menos ceremonioso que la víspera, abrió el debate sin florituras.

—Pai Yen me ha repetido textualmente una frase suya, y ello me ha decidido a provocar esta entrevista. Le dijo usted que no destruía nada antes de haber comprendido, ¿no es cierto?

Coplan asintió con un gesto.

—Eso traduce una disposición encomiable y relativamente poco extendida en el mundo actual —continuó Yau Sang—. Por lo tanto, voy a permitirle

comprender y, al mismo tiempo, demostrarle que ni usted ni nadie, ni siquiera una coalición militar, podrían destruirnos.

Hablaba en un tono muy mesurado, exento de fanfarronería, que daba un peso singular a sus palabras.

—El servicio secreto del cual no soy más que un modesto auxiliar difiere completamente de aquellos con los que usted se enfrenta habitualmente — prosiguió—. Hong-Kong es para nosotros una simple plataforma giratoria, pero nos resulta muy útil y por ello me veo obligado a suprimir implacablemente a todo individuo susceptible de ayudar a la Policía de la Colonia contra nosotros.

»Puedo desvelarle nuestro objetivo fundamental; no se trata de ningún misterio: liberar Asia de los dos gigantes que se la disputan, la República Popular China y los Estados Unidos. Desde Corea a Vietnam del Sur, y desde la India a Laos, esos países han creado unos conflictos cuyas consecuencias han pagado millones de desdichados. Mañana, la guerra podría devastar todo el Extremo Oriente. Queremos impedirlo. Y creo que lo conseguiremos.

—Necesitarán unos medios fabulosos —observó Francis—. ¿Están al alcance de un grupo autónomo?

—Sí —dijo Yau Sang—. Nuestra fuerza de persuasión es el budismo.

Copian fijó una mirada interrogadora en Yau Sang.

—Para ser más exacto —rectificó el chino con la sombra de una sonrisa—, debería decir que nuestra organización es el brazo ofensivo del budismo. ¿Quiere usted algunos ejemplos de nuestra actuación? Las manifestaciones de Saigón, que han derrocado unos gobiernos mediatizados por los norteamericanos; nuestra intervención armada en Laos, entre los nacionalistas y el Pathet Lao, donde fundimos estatuas de Buda para convertirlas en granadas de obús^[10]; nuestras maniobras políticas en Ceylán, en Tailandia y en Birmania; la fundación de un partido en el Japón, con vistas a conquistar el poder en aquel país y expulsar de él a los americanos^[11]... La lista es larga, ya que nuestros esfuerzos se desarrollan en todos los frentes.

—Sin embargo, hay una cosa que no comprendo —dijo Coplan—. ¿No existe una contradicción flagrante entre la doctrina budista de renunciación, de no-violencia, de negación de los valores materiales, y esos movimientos agresivos que utilizan el terrorismo, la autodestrucción voluntaria y otros medios de presión de carácter ofensivo?

Yau Sang no pareció desconcertado ni ofendido por la pregunta.

—En su calidad de hombre blanco, no posee usted la formación necesaria para desenredar esa contradicción, que no es más que aparente —subrayó—.

En todas las épocas, los sacerdotes budistas han desempeñado un papel activo en la vida de los pueblos de Asia, precisamente para favorecer las condiciones propicias a la observancia de su filosofía. Siempre han tenido consejeros cerca de los reyes, han vivido con el pueblo. En el siglo pasado, resistieron a la colonización y apoyaron la revuelta de los Boxers. ¿Acaso Roma y la Iglesia Católica no organizaron en Occidente las Cruzadas, no han luchado por el poder temporal, al tiempo que predicaban la caridad, el perdón y las virtudes de la pobreza? En nuestra época, tenemos que combatir no sólo al materialismo comunista que persigue la fe y que ha expulsado brutalmente al Dalai Lama del Tibet, sino también al materialismo capitalista que persigue una dominación financiera y corruptora.

Ante el silencio de Coplan, Yau Sang volvió a unos datos más inmediatos:

—Tratamos de retrasar en la medida de lo posible la industrialización de China, torpedeando las entregas de equipo. Su ruptura con la U. R. S. S. ha sido una gran victoria para nosotros; el bloque americano coincide con nuestras aspiraciones y esperamos ver cómo se endurece todavía más. Todo lo que separe a nuestros enemigos de sus compinches sirve a nuestros propósitos. Supongo que ha captado la idea...

—Comprendo perfectamente la idea que acaba de exponerme —aseguró Francis—. En cambio, no alcanzo a discernir el objetivo de esta entrevista.

—En primer lugar quiero aclarar la situación —dijo Yau Sang—. Imprégñese de la idea de que se encuentra ante un sistema indestructible, que agrupa a decenas de millones de fanáticos, los cuales obedecen unas consignas concretas y cuya cabeza pensante es un consejo de Venerables. Nada se opone a que le revele incluso dónde tiene su sede, puesto que sus miembros son intocables: es el templo de los 10 000 Budas, en Sha Tin, a una decena de kilómetros de aquí.

Aquel templo, flanqueado por una pagoda y otros edificios, era el santuario de un monasterio donde oficiaban unos bonzos de todos los rangos... Efectivamente, la confesión de Yau Sang no implicaba ningún riesgo.

Coplan reconoció:

—Ningún jefe de un servicio de información ha reinado nunca sobre un imperio tan vasto..., a excepción quizá del Hombre del Kremlin.

Yau Sang aprobó con un gesto y continuó:

—Ahora percibe usted las verdaderas dimensiones de nuestro movimiento. Bien. El estado mayor de Sha Tin quiere confiarle una tarea

susceptible de tener enormes repercusiones, lo mismo para su país que para nosotros...

—¿En qué consiste?

—En transmitir al jefe de sus servicios especiales un documento muy secreto. Una especie de proposición.

Coplan examinó durante unos segundos la punta rojiza del cigarrillo que acababa de encender.

—De acuerdo —asintió—. Eso no ofrece dificultades insuperables...

—Pero no deja de ofrecerlas, de todos modos, y no pequeñas —replicó Yau Sang—. Vamos a definir conjuntamente las modalidades de su regreso a Europa.

Capítulo XIII

A aquella misma hora se celebraba un conciliábulo en uno de los locales del edificio del Banco de China. Los que asistían a él no eran empleados del banco.

El grupo estaba compuesto por los dos fugados del equipo de la bahía de Tai Tam, el jefe oculto de la Sección de Vigilancia de los Refugiados, un funcionario de la Oficina de las Relaciones con el Consejo Ejecutivo de la corona británica y el responsable del Servicio de Información chino que operaba en Hong-Kong.

En el curso de la conversación que sostuvieron aquellos cinco hombres, se intercambiaron las frases siguientes:

—No es seguro que nuestra gestión cerca de la Dirección de la policía inglesa tenga el efecto deseado... Los ingleses practican a menudo un doble juego.

—Sí, y una solidaridad racial les une a pesar de todo a sus socios europeos. A Francia, de un modo especial. Dudo que accedan a detener a un francés que ocupa un cargo ministerial, arriesgándose con ello a provocar un incidente, para resolver el enigma de una refriega que sólo ha enfrentado a unos chinos...

—Opino lo mismo, Tcheng... No podemos confiar ciegamente en sus seguridades. Si ese individuo trata de evadirse de Hong-Kong, cerrarán los ojos y a continuación nos expresarán su más sincero pesar.

—Tendríais que movilizar a vuestros informadores, a fin de descubrir dónde se oculta. Y, llegado el caso, impedirle que abandone la Colonia antes de habernos facilitado algunas explicaciones.

—He dado ya instrucciones antes de acudir a esta reunión. Los muelles de embarque de los paquebotes y el aeropuerto de Kai Tak están vigilados, pero no he dado la orden de raptar al blanco, caso de advertirse su presencia.

—Hay que hacerlo. Asumo toda la responsabilidad. En Pekín quieren aclarar este asunto a toda costa. El asesinato del estudiante Ling demuestra que esos traidores tienen ramificaciones incluso en nuestro país. El absceso debe ser sajado de una vez para siempre.

—Muy bien. Voy a transmitir inmediatamente las consignas adecuadas. En menos de una hora, los equipos de acción diseminados por la isla y por Kowloon, estarán dispuestos a intervenir a la primera señal.

* * *

El inspector Marble se entrevistaba con el *Deputy Director* en uno de los edificios del cuartel general de la policía. El rostro de los dos ingleses reflejaba un profundo disgusto.

—Las luces estaban encendidas, las habitaciones del primer piso se encontraban en desorden, como si varias personas hubieran pasado la noche en ellas, pero en los armarios no había ningún objeto personal del interesado —explicó Marble—. Yo me inclino más bien por el rapto, ya que la puerta del inmueble había sido violentada y no estaba cerrada con llave.

—¿Ningún vehículo en el garaje? —inquirió el director adjunto de la *Special Branch*.

—No —respondió el inspector—. Eso refuerza mi hipótesis. Si han raptado al francés, pudieron robar su automóvil para dar la impresión de que se había marchado por voluntad suya.

—¿Ha iniciado usted investigaciones a propósito del vehículo?

—Desde luego. Ahora mismo vengo de casa Harper's. Le habían alquilado un Hillman gris, de cuatro plazas, modelo 63. He difundido el número de matrícula a todos los puestos de policía de la Colonia.

El director, con las manos unidas a la espalda, se inmovilizó delante de una ventana. Desde allí, dominaba los edificios del barrio comercial y los buques que cruzaban el estrecho.

—Esta historia me envenena —le confesó a Marble—. La C. I. A., por una parte, la acusación de los chinos, por otra, nueve muertes en 24 horas y, para colmo, la desaparición de un sospechoso contra el cual no podemos formular ningún cargo concreto... Es demasiado. Sin embargo, está hundido hasta el cuello en esos ajustes de cuentas, no cabe duda.

—Comparto su punto de vista, *Sir* —dijo Marble en tono grave—. Ayer por la mañana, cuando le interrogué, tuve la impresión de que me ocultaba algo. No había ningún fallo en sus respuestas, pero su cabeza no era la de un hombre que ha dormido toda la noche. Además, sus ropas arrugadas y manchadas no eran las de un *gentleman* que ocupa una villa del distrito del Peak.

Su interlocutor dio unos pasos por la estancia.

—Todo eso es muy oscuro —observó—. Un funcionario francés que llega a Pekín, que recibe a Lu Peng Yu en su casa, que acompaña a unos individuos de la China Popular al domicilio del abogado poco después de que este último se suicidara, y a continuación nos lo señalan como si fuera un adversario de mucho cuidado. ¿Por qué?

El inspector Marble, con su sombrero entre las manos, contempló fijamente el *parquet*.

—Es muy raro, *Sir* —admitió—. Sin embargo, creo que debemos mirar las cosas desde el ángulo judicial. Estamos investigando unos asesinatos. Para identificar a los culpables necesitamos testigos. Cualquiera que esté en posesión de informaciones que puedan ayudarnos debe facilitarlas a la magistratura, y en caso de no hacerlo puede ser perseguido como cómplice.

—Desde luego —aprobó el director adjunto—. Aunque no hubiera una petición formal de los chinos, la orden de detención está justificada. Además, ¿quién sabe si ese hombre está muerto, o prisionero? Tenemos que buscarle con todos los medios disponibles.

Se acercó a su escritorio y empuñó el teléfono.

Marble supo que el gran mecanismo estaba desencadenado: aparte de su propio servicio, el C. I. B, el *Deputy Director* alertó sucesivamente al inspector-jefe del «*Triad Society Bureau*», a la sección naval de la Oficina de Narcóticos y a la *Anti-Illegal Immigration Squad*, organismo encargado del control de los juncos.

* * *

Aquella misma noche, en los apartamentos subterráneos de Kam Tin, Yau Sang y Coplan sostuvieron una última entrevista antes de separarse.

—Lamento imponerle esas incomodidades, pero son inevitables —dijo el chino—. Conozco perfectamente los peligros que acechan a un fugitivo en las aguas territoriales inglesas, y no especulo nunca con la suerte.

—La pérdida de mi equipaje es un pequeño inconveniente —replicó el francés—. De todos modos, le agradecería que hiciera llegar esta carta a uno de mis amigos, llamado Merchant, a fin de que no esté preocupado por mí.

Entregó el pliego.

—Puede estar seguro de que llegará a manos del destinatario antes de mediodía —prometió solemnemente Yau Sang—. Bien: ¿Está usted dispuesto a afrontar ese penoso viaje?

—No tema, mi condición física es perfecta. Sin embargo, queda un punto por aclarar: ¿a quién y cómo tendrá que ser comunicada la respuesta?

—Un turista podrá depositarla, en un sobre franqueado con cuatro sellos franceses nuevos, en la caja de las ofrendas del templo Wat Po, de Bangkok.

La vestimenta de Coplan había sido radicalmente transformada. En vez de un traje de ciudad, llevaba ahora una chaqueta de tela recia, sin solapas ni botones, ceñida con un cordel, y un pantalón corto, deshilachado, que le daban el aspecto de un judoka. Una cadenita, de la cual pendía un medallón de plomo, rodeaba su cuello. Su mano izquierda sostenía un saco de materia plástica, impermeable.

Pai Yen asistía a aquella última entrevista. Miraba a Francis con una mezcla de simpatía, de pesar y de ansiedad.

—Se han tomado las medidas necesarias para que su regreso a Europa no ofrezca dificultades —dijo Yau Sang—. Creo que todo irá bien.

—Adiós —dijo Coplan, siguiendo a su guía.

Salieron por la trampilla. Los dos hombres que esperaban en el miserable cuchitril se unieron a ellos, y el grupo se hundió en las tinieblas del callejón.

Delante de la verja del recinto había una camioneta estacionada. Uno de los chinos se sentó ante el volante, en tanto Francis y los otros subían por detrás a la cabina.

El vehículo se puso en marcha.

Recorrió el trayecto que Coplan había efectuado en sentido contrario al venir a Kam Tin, y al cabo de media hora alcanzó el muelle de Yaumati.

Un junco estaba atracado contra el muelle.

Los chinos salieron de la furgoneta. Entre los tres, descargaron un voluminoso cesto, muy pesado, y lo trasladaron a bordo de la embarcación. Unos marineros les ayudaron a transportarlo hasta la proa.

La operación se efectuó en el más completo silencio. Las gentes dormían, en sus sampanes, y nada turbó su sueño.

La Colonia era un puerto franco, y la aduana no metía la nariz en los embarques de mercancías de los juncos. Pero un agente de policía afecto a la vigilancia del muelle observó el carácter un poco insólito de aquel cargamento nocturno, y como había recibido la consigna de señalar toda posible anomalía, se dirigió hacia una cabina telefónica.

Poco después, el motor auxiliar del junco empezó a vibrar. Los tres chinos volvieron a montar en la camioneta, que partió hacia el centro de Kowloon, mientras la embarcación abandonaba el muelle.

Y, con algunos minutos de intervalo, *la misma escena se desarrollaba a bordo de varias radas de Kowloon y de la isla de Hong-Kong.*

En el P. C. de las brigadas navales de la Oficina de Narcóticos y del Control de la Inmigración ilegal, se registraron numerosas llamadas, algunas relativas a un mismo lugar.

Desde sus puestos de observación, unos informadores de la policía secreta china transmitieron a su P. C. informaciones semejantes, hasta el punto de que los equipos de acción, no sabiendo adónde acudir, quedaron paralizados por aquella abundancia de informaciones.

El junco del refugio de Yaumati salió a pequeña velocidad y ganó el mar, izando sus dos velas en cuanto hubo cruzado el dique de protección. Pero no puso rumbo al estrecho de West Lamma, que da acceso al Mar de China: cruzó la bahía, donde numerosos cargos al paio esperaban que se hiciera de día, sea para aparejar, sea para atracar en un muelle de manutención.

Coplan estaba en el puente con los dos asiáticos encargados de la maniobra. Al igual que ellos, acechaba las luces estables o móviles de las embarcaciones de todas clases que flotaban entre Hong-Kong y el Continente.

Aquella fase de su evasión era la más crítica, y la intervención repentina de una *vedette* rápida de la policía, durante aquel breve intervalo, podía ser una catástrofe. El control, es cierto, se ejercía normalmente en el límite de las aguas territoriales.

El junco viró ligeramente, a fin de evitar la oscura silueta de un pequeño buque de carga. Cuando estuvo a medio centenar de metros de él, el timonel apuntó el índice hacia el casco negro de aquel barco y dijo:

—*That one...*

Coplan asintió. Se quitó rápidamente la chaqueta y el pantalón. Cogió su saco de plástico y, completamente desnudo, con su extraño medallón colgado al cuello, gritó:

—*Good bye...*

Y se lanzó al agua.

* * *

—Debe de ser la que ha salido del muelle de Yaumati —estimó el *Staff Inspector Kane*, sin apartar los ojos de sus prismáticos—. Cambie el rumbo, Hastings.

La *vedette* se inclinó a babor, dibujando una curva, y partió hacia el objetivo. Su proyector no tardó en barrer el puente del junco, donde dos hombres, con los ojos deslumbrados, mostraban unos rostros particularmente estúpidos.

Tres breves golpes de sirena intimaron al velero a detenerse. La *vedette* fue a pegarse al flanco del junco.

Kane y dos agentes cantoneses subieron a bordo. De sus cinturas pendían unos grandes revólveres.

Por medio de sus subalternos, Kane hizo saber al patrón del junco que éste iba a ser objeto de una inspección.

Los chinos se deshicieron en reverencias.

Kane y uno de los cantoneses penetraron en lo que constituía la parte habitable de la embarcación. El inglés, empuñando una linterna, exploró la amplia cabina situada en la parte delantera.

Buscaba, si no a un individuo que podía ocultarse provisionalmente en la cala, al menos un equipaje o un vestido que denotara la presencia de un europeo.

Al ver un enorme cesto, lo bastante grande como para contener a un hombre, le dijo a su subalterno:

—Llame al *skipper*...

Unos segundos después llegó el patrón.

—Hágale abrir eso —ordenó Kane, ya que el cesto estaba cerrado con un candado.

El propietario del junco inició un rosario de largas y quejumbrosas explicaciones. No tenía derecho a abrir aquel cesto, destinado a un honorable comerciante de Macao, y enviado por un no menos honorable exportador de Kowloon. Además, no tenía la llave.

—Dígale que si no obedece inmediatamente, haré saltar el candado —gruñó Kane, furioso.

El chino, sin dejar de lamentarse, tuvo la suerte de encontrar, por la mayor de las casualidades, la llave entre sus harapos. Finalmente, consiguió abrir el cesto.

Kane levantó la tapadera y enfocó el haz de su linterna. Con la otra mano, palpó la paja que llenaba el interior del cesto.

Ningún pasajero clandestino se ocultaba allí: todo el espacio disponible estaba lleno de objetos de porcelana cuidadosamente rodeados de un embalaje protector.

Despechado, Kane llevó sus investigaciones a otra parte. Pero, por mucho que rebuscó, no descubrió nada que permitiera afirmar que un blanco se había escondido en aquel junco.

Tras una comprobación rutinaria de los papeles de a bordo, Kane se retiró hacia la *vedette* y autorizó al junco a continuar su ruta.

* * *

Con su saco entre los dientes, Coplan nadó hacia el cargo. Se sumergió cuando la *vedette* pasó a cincuenta metros de distancia de él, con el haz de su proyector dirigido hacia la unidad que pertenecía a la organización de Yau Sang.

Sin aliento, Francis tocó con la punta de los dedos el acero del casco del cargo. Pasó la mano a lo largo de él hasta encontrar la cuerda que pendía de la popa, tal como estaba previsto. Se agarró a ella y descansó unos instantes.

Distinguió, a lo lejos, el junco parado y la *vedette* de la policía pegada a él.

Cuando sus músculos se hubieron relajado, Coplan quiso iniciar la ascensión, pero, temiendo ser visto por alguno de los ocupantes de la *vedette* cuando volviera a ponerse en marcha, permaneció en el agua.

El potente motor de la embarcación de la policía volvió a rugir, y una estela de espuma señaló el alejamiento de la embarcación.

Entonces, Francis se izó a fuerza de puños hasta el nivel del puente del cargo. Alguien le ayudó a pasar por encima de la barandilla: era un marinero tailandés, de rostro mofletudo y jovial.

—*Good night, Sir* —saludó—. Sea usted bien venido... Le esperábamos para levar el ancla.

* * *

Cerca de cinco días de navegación fueron necesarios para alcanzar el puerto de atraque del cargo. Coplan había sido dotado de ropa nueva, de corte europeo. El pasaporte y el dinero que se había llevado en el saco de plástico volvieron a sus bolsillos.

Desembarcó en un puerto tailandés. Desde el mismo puerto se hizo conducir por un taxi al aeropuerto, donde debía tomar un avión de la Air-India.

Capítulo XIV

Francis empujó suavemente la puerta y asomó la cabeza por la abertura.

El Viejo sostenía una lupa encima de un mapa.

Gruñó, sin levantar la cabeza:

—No se quede plantado ahí. Está produciendo una corriente de aire.

Coplan entró en el despacho y cerró la puerta.

Su jefe continuó estudiando un punto del mapa.

—¿Le han gustado las vacaciones? —inquirió secamente—. Hace más de una semana que espero noticias tuyas.

—A partir del momento en que estuve de nuevo en condiciones de enviárselas, la cosa no se imponía —dijo Coplan.

Se produjo un silencio.

—¿Cuál fue la causa de ese impedimento? —inquirió finalmente el Viejo.

—Una estancia forzada en las instalaciones de los colegas de Lu Peng Yu.

El Viejo, soltando por fin su lupa, consintió en mirar a Francis.

—¿En Hong-Kong?

—Sí.

—Entonces, ¿era una jugarreta de los ingleses, en definitiva?

—No. El asunto ha adquirido un cariz singular... y sobrepasa todo lo que usted pueda imaginar.

—¡Vaya! —exclamó el Viejo, vagamente irónico—. ¿Subestima mi imaginación hasta tal punto?

—El hecho de que haya conseguido unir a chinos, ingleses y americanos contra mí, y atraerme los favores de un adversario, resulta algo sorprendente —dijo Francis—. ¿No opina lo mismo?

Su jefe arrugó la frente.

—Siéntese —murmuró—. Eso me parece bastante meritorio en efecto. ¿Y a qué se debió esa unanimidad?

—A mi afán de reservarle a usted la exclusiva de mis servicios, un error que un día de éstos pagaré muy caro —replicó Coplan.

Bajo la mirada desaprobadora y sorprendida del Viejo, se quitó la corbata y a continuación desabotonó su camisa.

—¿Tiene usted demasiado calor? —gruñó el director del S. D. E. C.

Sin contestar, Coplan tiró de la cadenita que rodeaba su cuello y exhibió una cajita cuadrada, de metal gris, la cual desprendió de dos cierres.

La abrió y se la tendió a su jefe, diciendo:

—Le he traído un recuerdo de Hong-Kong... Tendrá que ampliarlo para descifrar el texto.

En el centro de la cajita, en una pequeña cavidad, reposaba un pequeño envoltorio de papel negro. El Viejo sacó cuidadosamente de él un microfilm del tamaño de un sello de correos.

—¿A quién se lo ha birlado? —inquirió, exponiendo a la luz el diminuto rectángulo de película.

—Me lo ofrecieron, para que se lo entregara a usted. Y esperan una respuesta.

Los ojos del Viejo, clavados en Coplan, exigieron más amplios detalles.

Francis le relató de un modo muy sintetizado los acontecimientos que habían precedido a su encuentro con Yau Sang, y esbozó a grandes rasgos el programa de la organización budista con la cual había chocado.

—No conozco los términos exactos de ese mensaje, pero estoy seguro de que podemos realizar allí una operación sumamente provechosa —concluyó.

Con el rostro contraído por una intensa reflexión, el Viejo se puso en pie y se dirigió al armario blindado donde guardaba, además de los expedientes que quería seguir de cerca, un montón de objetos, de productos y de utensilios heterogéneos, desde frascos de perfume anestésico hasta despertadores explosivos para mesilla de noche...

Sacó del armario un proyector de diapositivas, con el objetivo enfocado hacia arriba. Lo colocó sobre su escritorio y se volvió hacia Francis:

—Cierre los postigos, ¿quiere?

La imagen adquirió una anchura de más de un metro. El texto, en inglés, se hizo perfectamente legible.

Los dos hombres, con la cabeza inclinada hacia atrás, se enteraron del contenido del documento elaborado por los Venerables del Templo de Sha Tin. Leyeron incluso por segunda vez el párrafo esencial:

«... Esa identidad de puntos de vista sobre el estatuto futuro y sobre la autonomía política de los países subdesarrollados de Asia nos hace desear un acercamiento entre Francia y la organización de combate que nos hemos visto obligados a poner en pie. La creciente influencia de vuestro país en el mundo occidental, su irradiación espiritual en América del Sur y en África, podrían representar para nuestra causa un peso considerable.

»Libramos una lucha desigual contra dos adversarios gigantescos dotados de las armas más espantosas de la ciencia moderna. Sólo podemos oponerles nuestros mártires y

unas multitudes famélicas con las manos vacías. Si una gran nación desprovista de todo afán imperialista nos prestara una ayuda técnica y material, conseguiríamos la victoria en menos de diez años. Lo atestiguan los éxitos que hemos obtenido ya en el Sudeste.

»En contrapartida, os ofrecemos nuestro apoyo incondicional para la defensa de vuestra política neutralista y pacífica cerca de todos los Estados del Tercer Mundo. Un posición de privilegio, *lo mismo en el terreno de vuestros intereses comerciales que en el de los intercambios culturales*, os estaría reservada en el Asia de mañana...»

Siguió un pesado silencio.

El Viejo fue a abrir los postigos y la luz del día borró las frases que habían aparecido sobre la blancura del techo.

El Viejo miró a Coplan con aire preocupado.

—Es un grueso bocado —murmuró—. Y hay que manejarlo con la mayor circunspección...

Coplan, más propicio al entusiasmo, exclamó:

—¡Esa llave nos abre todas las puertas de Asia sin que tengamos que disparar un solo tiro!

El Viejo volvió a sentarse en su sillón.

—Evidentemente, esos hombres sólo pueden encontrar una ayuda eficaz en nosotros —declaró—. Comprendo perfectamente que quieran encauzar su lucha por caminos distintos a las huelgas del hambre, a los holocaustos individuales y a las demostraciones de masas, siempre asesinas para los que las realizan. Pero, si les apoyamos, abierta o clandestinamente, nos arriesgamos a hipotecar el futuro del lado de China...

Coplan, seducido por la idea de una cooperación activa entre Francia y un conjunto de países deseosos de representar el papel de tapón entre el Comunismo y el Capitalismo, habló con voz contenida:

—¿Quién le dice a usted que mañana, en la propia China, no reconquistarán las palancas de mando que han perdido? Se descuida demasiado la influencia del espíritu, como factor de evolución. Los budistas son muy capaces de adaptar unas estructuras políticas a las necesidades actuales de los pueblos de Asia. Disponen de medios de persuasión considerables: cada bonzo es un observador y un propagandista, cada pagoda es un foco de enseñanza y de agitación, y se las encuentra en Siberia y en Ceylán... Rusos y chinos han tratado inútilmente de destruir aquella creencia, y a pesar de su formidable aparato antirreligioso han tenido que pactar con ella.

El Viejo levantó una mano.

—¡Cuidado, Coplan! No se trata de convencerme... ni de tomar partido. La Presidencia decidirá.

Encendió su pipa con mucha calma. Involuntariamente, su mirada se desvió hacia el proyector.

—En fin, sea cual sea la suerte reservada a esta llamada, considero que debemos mantener el contacto con ese Yau Sang... Ello va a abrirnos perspectivas ilimitadas en todo el Extremo Oriente, donde habíamos perdido tanto terreno.

Súbitamente, recobró toda su vivacidad. Con la pipa apretada entre las mandíbulas, se dedicó a sacar el microfilm del proyector.

—Voy a hacer sacar dos copias, a escala normal, que un mensajero...

Volvió los ojos hacia Coplan:

—... que *usted* llevará al Eliseo, con un informe que voy a redactar ahora mismo.

Utilizando el interfono, llamó a un especialista del laboratorio fotográfico. Luego preguntó:

—¿A quién debemos notificar nuestra respuesta?

—Hay que llevarla a Bangkok —dijo Francis—. Y, por motivos que usted conoce tan bien como yo, sería preferible enviar allí a otro agente...

En el rostro normalmente adusto del Viejo se reflejó la sombra de una sonrisa.

—A propósito, ¿sabe que el *Quai d'Orsay* recibió una nota del *Foreign Office* señalando su desaparición de Hong-Kong? Empezaba a preguntarme seriamente si no se había metido usted en un feo avispero...

—En un momento determinado, me hice la misma pregunta —confesó Francis—. No estaba preparado para enfrentarme con tantos rivales, tantos adversarios y tantos... aliados, sobre un territorio tan reducido.

Pero el Viejo no le escuchaba; soñador, expresó en voz alta el balance que extraía de aquel sorprendente mensaje:

—Sí, eso promete grandes cosas: Buda contra las bombas atómicas... La potencia del espíritu contra la de las ideologías económicas... Después de todo, tal vez sea ésta la verdadera solución.

Notas

[1] La línea Oder-Neisse. (N. del A.) <<

[2] Servicio de Documentación Exterior y de Contra-Espionaje. Depende directamente del Primer Ministro. (N. del T.) <<

[3] National Aeronautic and Space Council. Depende asimismo de la Casa Blanca. (N. del A.) <<

[4] Policía de Seguridad Egipcia. (N. del A.) <<

[5] Scherout Bitahon. Servicio de seguridad israelita. (N. del A.) <<

[6] Servicio de Documentación Exterior y de Contraespionaje. <<

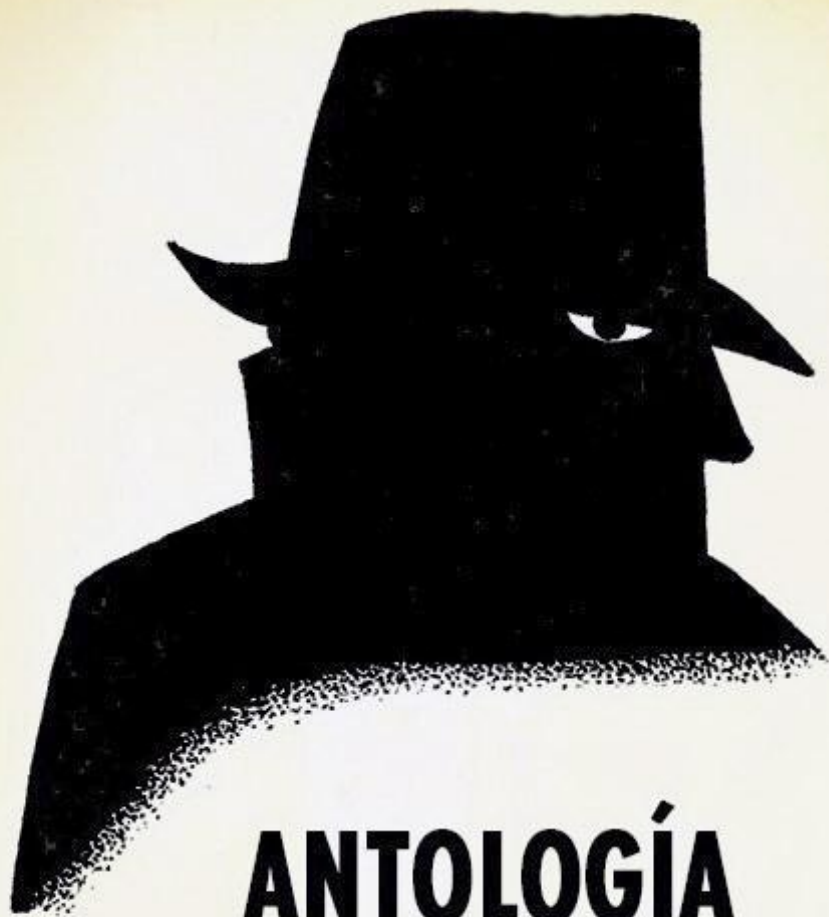
[7] Todo esto es auténtico. (N. del A.) <<

[8] Tal es, al menos, la tesis que sostienen las autoridades locales. (N. del A.)
<<

[9] Auténtico. El nombre de aquella aldea, la más antigua de la Colonia, ha sido britanizado. Su verdadera denominación es Kat Hing Wai. (N. del A.) <<

[10] Auténtico. (N. del A.) <<

[11] Se trata del Soka Gakkai, que convierte a las familias japonesas a un ritmo de 100 000 por mes, según una información aparecida en la revista *Time* del 2 de diciembre de 1964. (N. del A.) <<



**ANTOLOGÍA
DE NOVELAS
DE ESPIONAJE**
PRIMERA SELECCIÓN



ALAIN PAGE - Disco rojo para Calone
CLAUDE RANK - El carn
PAUL KENNY - Todos con

Lectulandia